

ADRIANA HARTWIG

LA
OSCURIDAD
EN EL
ABISMO



VESTALES

La oscuridad en el abismo

Adriana Hartwig

Índice

LA OSCURIDAD EN EL ABISMO

Sinopsis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

SINOPSIS

La oscuridad se consume en un abismo, se mete dentro de sí misma, imposibilita que algo se escape de allí. Atraída como a un agujero negro, como si una fuerza gravitacional la arrastrara, Isabela se adentra en la oscura mirada de Dermont, a quien todos le dicen que debe temer, que debe esconderse de él. En esos ojos, que todos ven como tenebrosos, ella ve, tímida, una luminosidad que escapa al abismo.

La señorita Isabela Alcántara no tendría por qué trabajar, pero cree en hacerlo. Cree que las mujeres no deben ser meros objetos decorativos en un hogar, ni vivir bajo la indiferente ala de un hombre. Ella es maestra y ha aceptado un trabajo como tal en la estancia Los Tacuarales, propiedad de Lautaro Sanlúcar. Lorena Sanlúcar, la hija de Lautaro necesita alguien que le enseñe no solo los rudimentos de la escritura y la lectura, de la gramática, la aritmética y la geometría. Necesita alguien con quien volver a conversar desde que ha perdido el habla.

Cuando Isabela llega al lugar, las voces de los habitantes de la zona comienzan a rumorearle extraños sucesos anteriores. La muerte de la esposa de Lautaro, la repentina mudez de Lorena, el fatal destino de las maestras anteriores a ella. Todos coinciden en sospechar de Dermont, el extraño medio hermano de Sanlúcar con sangre indígena, que parece seguir los designios de una cruel leyenda.

Sin embargo, cuando ella lo conoce, no ve oscuridad en esos ojos como los demás reclaman, ve apenas una mirada acostumbrada a rehuir, ve una tenue luz sobre el fondo de la retina, como una vela que quiere alumbrar la noche. En ese lugar amenazado, intenta, entonces, avanzar sin ver, sin caer en un abismo que siente que la atrapa.

Hartwig, Adriana

La oscuridad en el abismo. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-4454-28-7

1. Novelas Románticas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-28-7

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

PRÓLOGO

Santa Cruz de Cristo, Corrientes, 1893.

Ella se despertó bruscamente. Abrió los ojos y se halló en la más profunda oscuridad. Un espasmo de dolor le atravesó la espalda cuando se incorporó. Dio unos pasos inseguros hacia la pared. Se había hecho daño en la caída, y el suplicio se intensificó al caminar. Sus pies descalzos se hundieron en el fango. El olor a lodo y cieno se elevó en lentas oleadas y le cubrió la nariz, lo que le causó arcadas.

La mujer se inclinó y respiró con profundidad una y otra vez en un vano intento por calmar las náuseas. Se apoyó en el muro y arrastró los dedos entre la hiedra. Su pálida mano contrastó vivamente con la negra humedad que cubría los antiguos ladrillones. La punta de sus dedos tenía sanguinolentas heridas sucias de barro.

Elevó los ojos para contemplar el cielo un instante. Ese círculo a tres metros de altura era la única salida. La luna emergió de las negruras, y su tenue resplandor azulino iluminó parte del pozo. Diminutos dardos de luz cayeron torcidos sobre la joven y revelaron la palidez mortal de su rostro.

Observó aquella luminiscencia durante lo que creyó una eternidad; luego, sopló sus dedos ateridos. El aliento cálido no alivió el frío que se le había adherido a la piel.

Escuchó el sumiso ulular del viento. Las ramas de los árboles comenzaron un arrullo que duraría quizás hasta el amanecer, y el olor de la vegetación descendió con suavidad hasta ella. Percibió en el aire el aroma de la tierra mojada, de las enredaderas, de las flores salvajes.

Dio un paso hacia la claridad, y sus pies provocaron ondulaciones en el agua. Solo eran unas pulgadas, pero bastaron para arrojarla a merced del frío. El hedor a descomposición se elevó, y ella se dejó caer de rodillas, presa una vez más de las arcadas.

Gritó. Una y otra vez, gritó. Nadie acudió a ayudarla.

Apoyó la cabeza en la hiedra y cerró los ojos un momento. Sus dedos temblaron, incontrolables, sobre los volantes mojados de su blusa de organdí. Ocultó las piernas bajo la falda y apoyó la cabeza en los brazos.

Comenzó a llorar.

Sabía que moriría allí, sola y en la oscuridad. Lo último que escucharía sería el gélido rugir de la ventisca entre los árboles y los ecos desgarradores de sus propios alaridos.

Intentó incorporarse de nuevo al apoyarse en el muro. Entonces, sus dedos rozaron un desnivel entre los ladrillos. Se inclinó hasta descubrir una vieja aldaba de hierro entre la vegetación. La empujó, y una antigua puerta de madera se abrió con un crujido.

La muchacha contempló la oscuridad un instante y luego, sin titubeos, se internó en ella.

CAPÍTULO 1

Ciudad de Corrientes, 1895.

Olivia Hermann se empujó los lentes sobre la nariz y observó con cierta impaciencia la puerta que la separaba del señor Próspero Lozada. Era evidente que no le disgustaba hacerla esperar, pero era una dama, por lo que se exigía que la recibiera de manera inmediata.

Estaba sentada en una de las tres sillas que se encontraban en un estrecho pasillo, mientras una joven secretaria le dirigía, una y otra vez, miradas de curiosidad cada cinco minutos, calculó, o quizás diez.

—Señorita Hermann.

—Livi, por favor.

—Livi —dudó. Tenía los dedos suspendidos sobre una máquina de escribir—. Creo que el señor Lozada no podrá recibirla hoy. Está muy ocupado.

—Esperaré.

La mujer se mordió el labio inferior. Parecía preocupada. Tendría veinte años, veintidós como mucho. Vestía con la elegancia que tal empleo exigía, pero su rostro aniñado carecía por completo de la gélida autoridad que debía mostrar frente a visitantes inoportunos, como lo era Livi. Ella no se había anunciado, y en eso residía su ventaja sobre el señor Lozada: él no la esperaba, así que no había contado con el tiempo ni la oportunidad de escapar. Recordó de pronto la ventana que se hallaba en el interior del despacho del caballero. Un hombre del tamaño de Lozada tendría dificultades para caber

por ahí. Imposible sería que, además, consiguiera huir a través de ella sin quedar atascado. Livi sonrió, más tranquila. Ese hombrecillo escurridizo estaba atrapado en su propio despacho. Esa vez conseguiría acorralarlo y obligarlo a escucharla.

Livi miró a la mujer con amabilidad.

—No se preocupe por mí —le aseguró—, no me inquieta perder el tiempo. De hecho, me quedaré aquí toda la mañana si es necesario.

La empleada vaciló y al final asintió antes de volver la atención al documento que había estado examinando. Los garabatos del señor Lozada eran casi ilegibles.

Livi abrió su pequeña maleta de tela bordada color damasco, que era una de sus posesiones más preciadas. Apartó con la mano las fotografías que siempre llevaba consigo, un manuscrito y el cuaderno de notas. Por fin encontró lo que buscaba. Dejó el maletín sobre una silla a su derecha, se apoyó contra el respaldo del asiento y desplegó una revista. Intercambió una mirada con la secretaria y, cuando la mujer regresó a su labor, Livi buscó la sección que le interesaba y se dedicó a la lectura.

4 de noviembre de 1895.

Belle Époque, Ciudad de Corrientes.

Número 76.

LA BELLEZA DE UNA CIUDAD VIEJA

Son siete las violentas y fascinantes corrientes que giran, se arremolinan y se extienden en el río Paraná. Una vez fueron silentes testigos de la fundación de la ciudad de Corrientes a manos del adelantado Juan Torres de Vera y Aragón el 3 de abril de 1588. Hoy, sus aguas azuladas reflejan, junto con el sol naciente de una mañana de noviembre, la cambiante fisonomía de una de las localidades más antiguas del país.

En el acta de su fundación, Corrientes es llamada “La ciudad de vera”. La ciudad adolece de una serie de cambios que a muchos disgustan: día a día, avanza la construcción de modernos edificios que terminarán, mucho me temo, por alterar sus rasgos.

Algunas iglesias se niegan a adornar sus columnas con florituras italianas. Con la esperanza de mantener el aspecto que le han dado nuestras costumbres, sufren las críticas de un sinnúmero de matronas que desean ver en ellas un eco de la modernización urbanística que han comenzado nuestros políticos. Unas pocas casas, en las cercanías del puerto y en la calle Junín, mantienen en su arquitectura reminiscencias españolas, mientras docenas de nuevas edificaciones de características italianas surgen en el tejido urbano. Estas últimas son las preferidas por nuestra aristocracia local.

Bordeado de lapachos del color de la alborada en una mañana de verano, el rocoso barranco de los pescadores y el muelle son un reducto de paz; el primero, gracias al susurro eterno de las aguas del río al besar la orilla del arenal, y el segundo, por sus bancos de piedra mora y sus pérgolas de jazmín.

En las bochornosas noches de calor estival, allí, el remanso arrastra el sueño, y las penas se diluyen en cada estrella que aboveda el cielo. De día, un sinfín de comerciantes, peones, arrabaleros y embarcadizos confluyen en las inmediaciones del puerto para despertar a la ciudad adormilada con sus voces y alharacas, y a veces intercalan con el español palabras en francés o en inglés. No obstante, el tacuaral y las enredaderas todavía se mecen con la antigua tonada guaraní sobre las barrancas del Paraná.

Pese a los anhelos de la elite local de modernizarse y emular a los centros más importantes de Europa no solo en las particularidades arquitectónicas de sus hogares, sino también en sus atuendos y maneras, Corrientes con sus calles de tierra, sus pequeñas plazas y la cacofonía de voces con su tonada guaraní que bordean las barrancas, el arroyo Arazá y la campiña, todavía aparenta ser lo que una vez fue: el fiel reflejo de un pueblo español.

Cualquier extraño pronto descubrirá que el centro se halla distribuido entre importantes edificios públicos, casas particulares y locales comerciales. Aquí es menester mencionar que las construcciones más antiguas y hermosas de la zona pertenecen a familias cuyos miembros no solo están relacionados con la política local, sino también con los más honrosos pilares morales de nuestra sociedad. Querrá el extranjero admirar la casa de la viuda del Dr. Juan Pujol en Córdoba y Julio, la de Vedoya en Julio y Catamarca, la de F. Araud, frente al mercado, por la calle Rioja, y la de la familia Lagraña, que se encuentra por Junín y Rioja. Pertenecen también a esas familias algunas quintas y casas de recreo que han proliferado en los últimos años en las afueras, más allá del Poncho Verde. En todas esas propiedades, el forastero solo encontrará amabilidad y regocijo.

Las extensiones de grandes tierras rurales hacia el este se forman a no más de un kilómetro de la plaza del Pisito, y puede accederse a ellas por la prolongación de la calle Ayacucho. Allí es posible admirar las zonas de chacras y chalets de M. Cavia, Martín Miranda, Luis Resoagli, R. Galarza y José Zamudio, entre otras no menos importantes.

No le aconsejo a nuestro amigo visitante que se aventure más allá del arroyo Salamanca ni hacia el este. No querrá encontrarse con nuestros pobladores más miserables, imagino. Hará bien en ignorarlos, como hace gran parte de nuestra sociedad.

En tanto las construcciones antiguas se pierden bajo la sombra de los modernos edificios y la tarde se recuesta sobre los últimos eslabones de piedra y adobe que nos unen a nuestra historia, los buenos vecinos de esta ciudad tres veces centenaria vuelven sus ojos anhelantes hacia Europa.

Nuestro pueblo está cambiando, quizás a causa de la admiración que la aristocracia siente por Inglaterra, Francia e Italia. ¿Serán alteradas también nuestras costumbres? ¿Amaremos y odiamos lo que ellos, los europeos, aman y odian?

¿Es posible ocultar lo que somos para parecer lo que deseamos ser?

Redacción anónima

Livi levantó la mirada cuando escuchó el crujido del picaporte. El señor Lozada asomó la cabeza. Era un caballero de aspecto confiable, rubicundo, incluso rozagante, aunque estaba quedándose calvo. A sus cincuenta años, debía de resultarle una molestia la pérdida de cabello. Solo le restaban unos rizos a los lados de la cabeza, sobre las orejas.

—Buenos días señorita Hermann —dijo. Su tono revelaba cansancio y resignación. Unos pesados lentes se deslizaron sobre su nariz, y los regresó a su lugar con dos dedos; luego echó una rápida mirada de reproche hacia su secretaria—. Pase por favor.

—Buenos días, señor. Llámeme Livi —lo corrigió la joven con una sonrisa, y recogió la maleta—. Me agradecería que lo hiciera. Después de todo, ya casi somos amigos.

La empleada observó al caballero con expresión acongojada. Era su manera, quizás, de disculparse por no haber podido deshacerse de aquella muchacha.

Livi ensanchó la sonrisa cuando el señor Lozada hizo un gesto con la mano para invitarla a entrar al despacho.

—Tengo una proposición que hacerle —anunció con ánimo.

—Lo imaginaba.

—¿De verdad? Supongo que ya me conoce, señor. Lo que tengo para decirle lo sorprenderá, pero estoy segura de que llegará a la conclusión de que es una excelente idea. De hecho, espero que la secunde.

Próspero comenzó a cerrar la puerta del despacho, pero antes intercambió una mirada con la secretaria.

—Rescátame en quince minutos —ordenó en voz muy baja mientras le hacía señas con las manos— o me suicidaré con el abrecartas.

Martina lo miró, confundida, hasta que por fin comprendió sus ademanes.

—Sí, señor —prometió.

El caballero cerró la puerta con estoicismo.

Olivia Hermann. “Livi”, se corrigió mentalmente, lo llevaría a la tumba.

CAPÍTULO 2

Santa Cruz de Cristo, Corrientes.

Isabela Alcántara cerró el paraguas con un chasquido, se lo colgó del brazo y giró sobre los talones. Se enfrentó a la lluvia que la había acompañado desde la ciudad de Corrientes hasta Santa Cruz de Cristo, un pueblo ubicado entre Empedrado y Saladas, conocido simplemente como “La Cruz” entre sus escasos habitantes.

Bajo el influjo de su habitual optimismo, la joven pensó que, pese a las molestias que podría causar, la lluvia era una bendición para la campiña.

Isabela dejó el bolso de viaje a sus pies y se envolvió en el abrigo de lana. La temperatura estaba comenzando a bajar. Gélidas ráfagas de aire se empeñaban en acorralarla con frío y humedad. Sacó un par de guantes de uno de sus bolsillos y comenzó a colocárselos en tanto anhelaba el calor de un mate entre las manos y de unas pantuflas abrigadas en los pies.

Mientras el olor a tierra mojada y jazmín impregnaba los campos de maíz circundantes, la tormenta arreciaba.

Faltaría media hora para las once de la mañana, pero no parecía haber pasado un minuto más de la cinco: una pesada penumbra gris azulada había descendido oblicua desde el cielo hasta rozar el horizonte. Aquella oscuridad parecía decidida a parapetarse allí, en las afueras del pueblo, para custodiar la vieja estación de tren quizás hasta bien entrada la tarde.

No había esperanzas de que la lluvia se apaciguara en las siguientes horas. ¿Empeoraría acaso la tormenta hasta el punto de obstaculizar su arribo a destino?

“Por supuesto que no”, se dijo a sí misma; aunque el persistente aguacero y el lodazal que se había formado en los alrededores de la estación eran cuestiones a tener en cuenta. Bajó la vista y se examinó los botines y la falda. Lamentó haber elegido esa mañana un atuendo tan bonito cuando era probable que terminara el día con el vestido arruinado y el calzado de gamuza en condiciones desastrosas.

Isabela se dio vuelta y observó su entorno. Además de la rítmica cadencia del agua al resbalar desde el tejado hasta la calle, el silencio resultaba atronador en la sepulcral quietud que se había apoderado del lugar una vez que el tren siguió su bucólica senda hacia Saladas.

Era una mujer que no se acobardaba con facilidad, pero encontrarse sola en un sitio desconocido no era en realidad una situación agradable, mucho menos cuando no tenía la menor idea de cómo llegar a su destino.

Tampoco podía esperar que alguien fuera a recogerla, al menos no en ese momento. Le habían dicho que enviarían a alguien a buscarla, claro que sí, pero eso sucedería al mediodía porque se esperaba que llegara recién entonces. Sin embargo, las ansias habían podido con ella, y había decidido adelantar el trayecto.

Empezaba a creer que eso había sido un error, y uno grande.

Bien, solo tenía dos opciones: esperar con paciencia y en soledad por quien fuese que tuviera el deber de encontrarla o adentrarse en el creciente lodazal, que parecía extenderse hasta el infinito, e intentar hallar por sí misma la finca Los Tacuarales.

Ninguna de las posibilidades le parecía agradable, por decir poco. Lo primero sería exasperante, y lo segundo implicaba un terrible peligro, ya que podía perderse o, peor aún, algún malviviente podía asaltarla o, Dios no lo permitiera, atacarla y dejarla malherida.

Bajo la sombra de su coqueto bonete de paseo, examinó el camino que cruzaba las vías de este a oeste y poco faltó para que se imaginara a sí misma tendida a la vera, muerta y sin sus pertenencias, víctima del despiadado ataque de algún malhechor.

Isabela había hecho oídos sordos a las recomendaciones de sus padres y, en ese momento, lamentó no haber sido más prudente. Dado que ambos eran ya muy ancianos para acompañarla en aquel viaje, habían insistido en que se dejara escoltar por un pariente. Podía haber elegido entre el marido de su hermana o algún primo del medio centenar con que el Señor había bendecido a aquella prolífica familia, pero ella se había negado incontables veces antes de partir. No quería que sus allegados, cualquiera de ellos, la condujeran hasta La Cruz. Al aducir ser una mujer mayor de edad, inteligente y con plena capacidad de valerse por sí misma, se había sentido valiente y digna del respeto de cualquier fémica cuyo lema fuera “igualdad e independencia”.

Había insistido en que no precisaba compañía alguna para viajar en tren, aunque nunca antes había salido de la ciudad en uno, ni en ningún otro medio de transporte a decir verdad.

Había asegurado que podría llegar a la estancia Los Tacuarales sana y salva, sin acompañantes, cuando no conocía La Cruz en absoluto ni sabía las señas de la finca.

“He aquí la consecuencia de mi arrogancia”, pensó desanimada. Había terminado de pie en el andén de una estación que parecía a punto de venirse abajo a causa de la vejez, sin saber qué hacer o qué camino tomar, con frío, a merced de la lluvia y con riesgo de arruinar uno de los pocos vestidos decentes que poseía.

De pronto añoró la presencia de su madre y de su padre, de su hermana mayor, quien estaría allí a desgana, ansiosa por deshacerse de ella, e incluso de su cuñado, quien, con toda seguridad, no dejaría pasar la oportunidad para endilgarle un sermón sobre su tendencia a hacer tonterías.

En un repentino impulso de extrema cobardía, pensó en esperar y tomar el tren de regreso a la ciudad. Terminaría el día hundida en el llanto por la oportunidad perdida, sobre la falda de su madre, pero a salvo de los elementos y de cualquier malviviente.

Nada de eso.

Isabela echó los hombros hacia atrás, aferró el paraguas con una mano y recogió la maleta con la otra. Se dijo a sí misma que debía mantener la calma. De ordinario, se enorgullecía de su propio temple y buena disposición para hacer frente a las situaciones más insólitas, pero ahí estaba, escudada detrás del paraguas en tanto deseaba que alguien la rescatara de aquel imprevisto. Qué vergüenza.

En algún recóndito rincón de aquel lugar, debía de haber una persona, ¿o no? ¿Que no sabía hacia dónde ir para llegar a la condenada finca? Preguntaría. Alguna alma caritativa se dignaría a darle una indicación. Decían que, en la campiña, las personas eran más amables que en la ciudad. Quizás incluso un ser misericordioso se ofreciera a escoltarla hasta las mismísimas puertas de Los Tacuarales.

Más animada, miró a su alrededor y casi perdió todo vestigio de esperanza al descubrir que la estación estaba tan vacía como la había encontrado al descender del tren.

¿Entonces?

Estaba a punto de caer en las garras de la indecisión cuando reparó en una mujer que emergía trabajosamente del interior de una habitación al final del andén. Tiraba con una mano de un niño pequeño y llorón y, con la otra, de una maleta que parecía haberse tragado todas sus pertenencias.

La mujer se detuvo bajo las sombras que echaba el alero, se inclinó, amenazó al niño con darle un bofetón si no se callaba y examinó las nubes negras que abovedaban el cielo con expresión contrariada. Parecía preocupada.

Quizás dudaba entre quedarse allí hasta que amainase la tormenta o aventurarse bajo la lluvia hasta su destino, al igual que ella.

Isabela tomó una decisión. Se dirigió hacia ella con una sonrisa.

—Buenos días, disculpe —dijo en cuanto la mujer la miró con cordial curiosidad. El niño dejó de llorar en el acto y fijó los enormes ojos oscuros en ella—. ¿Podría ayudarme?

—Cómo no. —La matrona sonrió, y su rostro adquirió un aspecto sapiente y bonachón—. ¿En qué puedo serle útil, señorita?

—Necesito unas señas.

—¿Adónde quiere ir?

—A Los Tacuarales. ¿Conoce usted la finca? Tengo entendido que es una de las más grandes de la región.

La mujer abrió la boca y luego la cerró. Todo rastro del amable gesto había desaparecido.

—¿Cómo dijo?

—Los Tacuarales —repitió Isabela, e intentó componer una sonrisa forzada. Estaba comenzando a preocuparse de verdad—. ¿Podría decirme cómo llegar?

El niño se ocultó detrás de la falda de la madre.

Parecía no solo sorprendida, sino también tan horrorizada como su hijo.

—¿Tiene que ir allá? —preguntó la mujer.

—Así es.

La desconocida se persignó.

—Dios bendito —murmuró, y el pequeño la imitó.

Isabela parpadeó.

—¿Cómo dice?

La mujer iba a agregar algo más, pero calló de pronto cuando un anciano emergió de las sombras y fijó en ella sus ojos entornados.

Arrebujado en un pesado abrigo negro que lo cubría desde los hombros hasta las botas, el viejo no dudó en avanzar hacia ellas con el inconfundible contoneo de quien está acostumbrado a pasar la mayor parte del tiempo sobre la grupa de un caballo.

La señora crispó la mano en el hombro de su hijo y se inclinó como para transmitir una confidencia.

—Ese lugar está maldito —murmuró presurosa—. Ahí vive el demonio.

La matrona meneó la cabeza y se negó a decir más. Empujó al niño hacia la lluvia y, antes de que Isabela pudiera hacer algo más que mirarla sorprendida, se marchó.

El viejo, en tanto, llegó hasta la visitante con un andar pausado. No parecía un vagabundo ni un personaje particularmente amenazante, pese a que sus rasgos apenas eran visibles bajo las anchas alas del sombrero. Resultó ser solo un anciano de piel apergaminada y nariz torcida. Isabela no logró comprender el espanto de la mujer ni el apuro por partir, dado que antes la había visto dudar entre salir a la lluvia o esperar un poco más.

El anciano carraspeó y le echó una mirada de arriba abajo para examinarla desde los primorosos botines de gamuza hasta la punta de la pluma que le adornaba el sombrerito. Isabela se tragó un comentario, obligada por la educación que le habían inculcado y de la que, era evidente, carecía el viejo. Él no pareció encontrar nada interesante en ella; sin embargo, se limitó a mirarla en silencio durante un largo momento.

—Buenos días —saludó ella entonces.

El hombre lanzó un escupitajo hacia el andén y se quitó el sombrero al recordar los modales.

—Buenos días —dijo.

—Soy...

—Sé quién es usted: la señorita Isabela Alcántara.

—¿Cómo lo supo?

—Yo vine a buscar a una maestra, y eso parece usted. Se viste como una.
—El viejo frunció los labios como si careciera de dentadura—. El patrón dijo que venía de la ciudad y que yo debía ir por usted, y aquí estoy.

—Eso veo.

De pronto, el hombre pareció perplejo. Bajo las espesas cejas, sus ojos semejaban dos canicas negras. Isabela estaba comenzando a impacientarse.

—¿Sucedo algo? —preguntó.

—Es usted muy joven.

—Gracias, creo. Lo tomaré como un cumplido. —Isabela sonrió con amabilidad.

—No es un cumplido.

Ella decidió ignorar aquel comentario.

—Entonces, es usted de Los Tacuarales —dijo. De repente creyó sentir que un enorme peso caía de sus hombros. No terminaría muerta en un lodazal después de todo. Si bien aquel individuo no le parecía en especial agradable, no era un sinvergüenza dispuesto a despojarla de sus pertenencias o de su vida —. Decidí adelantar mi viaje.

—Ya lo noté.

—Espero que no sea un problema.

—No creo. Yo vine antes por la lluvia. Si esperaba en la finca, quizás no habría llegado. Parte del camino queda bajo el agua cuando llueve así.

—Entiendo.

El viejo observó los botines de la muchacha una vez más.

—Eso no le funcionará allá —comentó—. Está lloviendo desde el lunes. La avenida de entrada es un auténtico barrial pese a la gravilla que el patrón mandó a echar. —Hizo una pausa—. Necesitará un buen par de botas si se queda.

Isabela lo miró confundida.

—¿Si me quedo? Disculpe, pero el señor Sanlúcar dijo que, si lo deseaba, el empleo era mío.

—Habrá que ver si todavía lo desea para la noche.

—No comprendo.

—Ya entenderá usted. —El viejo murmuró algo entre dientes y se caló el sombrero casi hasta los ojos. Su espalda crujió cuando se agachó y le arrebató el bolso de viaje sin miramientos—. Sígame. El patrón dijo que la quería en la casa para el mediodía.

Y era evidente que el anciano no estaba dispuesto a desobedecer al señor Sanlúcar. Isabela asintió.

El empleado la miró con curiosidad, y la boca se le extendió en una sonrisa torcida.

—Al patrón no le gusta que le hagan perder el tiempo —aclaró.

Parecía una advertencia. Isabela estaba comenzando a sentirse inquieta.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y usted es...?

—Faustino Quintana. En Los Tacuarales, me ocupo de los jardines y de los caballos de tiro o de lo que mande el patrón. Hoy seré su cochero.

—Está bien. —Ella no supo qué más decir, así que se limitó a guardar silencio.

—¿Trajo algo más con usted? —preguntó al echar una mirada alrededor.

—No. Eso es todo, señor.

El anciano cabeceó.

—Faustino nomás —indicó—. Dejémosles el título de “señor” a los patronos.

—Puede usted llamarme por mi nombre si lo desea también. Me llamo Isabela.

—El carruaje está atrás, señorita —anunció con sequedad tras hacer caso omiso de las palabras de la joven.

Ella vaciló.

—Eh, disculpe —murmuró al fin—. ¿Conoce usted a la señora que se encontraba a mi lado?

—Por aquí, todos conocemos a todos. ¿Por qué?

—Hizo un comentario de lo más insólito...

—¿Qué dijo?

Isabela creyó percibir cierto recelo en el tono del viejo.

—No tiene importancia —resolvió con una sonrisa suave. Consideró que habría sido muy poco amable de su parte revelar al anciano la impresión que tenía esa mujer sobre el lugar donde trabajaba—, una tontería sobre la lluvia.

Él asintió.

—Hay una manta dentro del carruaje, si quiere —ofreció—. Está haciendo frío.

—Gracias.

Isabela se animó al pensar que el empleado no era tan arisco y malhumorado como parecía.

“A veces, la bondad de las personas puede percibirse a través de pequeños gestos de amabilidad”, decidió.

Lo siguió en silencio hasta abandonar la precaria seguridad de la estación. Abrió el paraguas y descendió con lentitud los escalones que la separaban de la calle al presagiar para sí una vergonzosa caída si no andaba con cuidado.

Mientras tanto, sin preocuparse en asegurarse de si ella lo seguía o no, Faustino cruzó la calle al tiempo que vadeaba los charcos de agua estancada que encontraba a su paso y se detuvo junto a un carruaje. La esperó, paciente, sin hacer amago de tomarle la mano para ayudarla a franquear las trampas de barro que hallaba en el camino. Isabela no se arredró. Se limitó a caminar sobre las huellas dejadas por el anciano y así llegó a salvo hasta él. Observó de reojo a los dos caballos que se movieron nerviosos ante su presencia. Eran enormes. Sin exagerar, podría haber afirmado que su cabeza llegaba hasta el cuello del animal. Uno de ellos corcoveó, e Isabela dio un salto para apartarse de él de inmediato.

El anciano abrió la puerta.

—¿Le tiene miedo a los caballos, señorita? —preguntó risueño—. Si es así, no se sentirá a gusto en Los Tacuarales. La estancia se dedica a la cría de equinos.

—Lo sé. —Isabela se mostró optimista—. Sin embargo, mis deberes me mantendrán dentro de la escuela y de la casa que me sea asignada. Mientras los caballos no acostumbren a corretear por mi jardín, estaré bien.

El anciano la miró un momento en silencio. Quizás se interrogara si la dama estaba en sus cabales.

—Suba —ordenó por fin y, cuando ella se introdujo en el interior del vehículo, le entregó la maleta de viaje y cerró la puerta. La contempló una vez más, como si dudara en hacerle un comentario, y luego trepó al pescante sin más que decir.

*

Después de una hora de marcha entre traqueteos por un sendero de tierra que, con la mejor disposición, solo podía ser calificado como intransitable, Isabela dejó de distraerse con el deprimente paisaje que se extendía frente a sus ojos hasta el infinito y pensó en las líneas que había escrito en su cuaderno de notas.

Su siguiente artículo para *Belle Époque* debía ser tan bueno como el anterior. No dudaba de que lo sería, siempre que pudiera encontrar el momento adecuado para escribir y concentrarse en la tarea. En su casa, tal actividad resultaba casi imposible.

Dentro de las paredes de su hogar, nadie se habría atrevido a interrogar por qué la labor de escritura se le hacía tan dificultosa, por temor a escuchar una respuesta por demás ácida y mordaz. La contestación más amable a tal pregunta habría sido, con toda seguridad, que se precisaba una enorme capacidad de concentración y mucho más de paciencia, además de una formidable aptitud para ignorar la distracción que insistían en provocar cada

uno de los miembros de la familia. De otro modo, jamás podrían enlazarse de manera exitosa unas palabras con otras y crear un artículo que resultara atrayente para las lectoras de la revista.

¿Cómo podía hacerle entender a sus parientes, en particular a su cuñado, que la pérdida de un sombrero no tenía la menor importancia frente a la posibilidad de describir, sumida en unpreciado silencio, la vida cotidiana de la ciudad y de sus habitantes? La prenda había sido encontrada por fin en la cocina, y nadie en la casa había podido determinar cómo había llegado hasta allí desde la sala de recibo, a través de treinta metros de pasillos, habitaciones y un patio interno. Aquel sería siempre un misterio, pero no representaba una noticia de particular importancia como para que Isabela se hubiera visto interrumpida en su tarea periodística.

¿Habría una manera educada de convencer a Elicia, su hermana, de que determinar qué debía vestir al salir de paseo no era una decisión que a Isabela le interesara tomar por ella mientras la pluma descansaba de modo trágico en el tintero?

Había intentado hablar con ella, pero Elicia insistía en distraerla con exagerados aspavientos mientras la interrogaba respecto a una resolución tan importante como qué color le destacaría con mayor precisión los ojos. También debía prestar opinión acerca de cuál de sus numerosos chales le acentuaba la blancura de la piel y de si debía o no acortar el ruedo de la falda, como lo dictaba la moda imperante. Además, en caso de que los botines de encaje se estropearan, Dios no lo permitiera, ¿debía reemplazarlos por unos de gamuza?

Su madre, por el contrario, no acostumbraba a importunarla con tonterías. No adrede, al menos. Pero a veces, mientras Isabela intentaba encontrar la palabra correcta que describiera de manera adecuada cierto evento, la escuchaba, a través de la puerta, advertir al resto de la familia sobre las nefastas consecuencias de diversas conductas. A saber, salir a la calle sin el abrigo apropiado, dormir con el cabello mojado o recorrer en enaguas la casa cuando podría sorprenderlos alguna visita inoportuna.

Las recomendaciones estaban dirigidas por lo general a alguna de sus jóvenes primas, pero ella misma, a veces, resultaba ser también la destinataria: “Isabela, has estado escribiendo desde las siete de la mañana. Ya pasa del mediodía. Te hará daño a la espalda. Levántate, hija. Camina un poco. Tienes que estirar las piernas”; “Isabela, ese resfrío no se curará solo. Deberías ir al médico”; “Isabela, hija: ¿crees necesario salir tan tarde en la noche? Sé que debes entregarle tus notas al editor, pero podrías encontrarte con personas indeseables”.

En aquella casa poco proclive al halago, su padre, el último miembro masculino de la familia Alcántara, parecía ser el único en comprender la afición de la joven a la palabra escrita y a la lectura y, por lo tanto, aquella necesidad de silencio y calma.

Ella era una mujer inteligente. Pese a las protestas de su cuñado y de un sinnúmero de primos, había recibido una excelente educación. Ellos se habían mostrado preocupados por la reputación de la muchacha y por sus limitadas oportunidades en el mercado matrimonial, que disminuirían de modo significativo al dedicarse al estudio.

Al ser una niña que había llegado cuando ya se creía que Elicia sería el único retoño de esa pequeña rama de la familia Alcántara, sus padres no habían escatimado mimos ni esfuerzos para cumplir con todos los caprichos de la pequeña, que había arribado para alegrarles el otoño de sus vidas. No la habían echado a perder, sin embargo, como temía la parentela en general. Isabela había crecido hasta convertirse en una dama a la que su madre consideraba un ejemplo de intelecto, gracia y virtud, más allá de la opinión en disidencia del resto de los parientes.

Del señor Alcántara, quien le había enseñado a leer en la atiborrada biblioteca familiar, había heredado el gusto por la escritura y por la Historia. Hipólito Alcántara era un renombrado historiador en Corrientes y, en su momento, antes de que una progresiva ceguera y los achaques de la edad lo alejaran de la pluma y de la vida pública, se había solazado en escribir para varios periódicos sobre un sinfín de temas; la mayoría de ellos, históricos.

Tras seguir su ejemplo, Isabela había decidido hacer lo propio: escribía de manera regular para *Belle Époque*, una revista para señoras. Pese a estar orientada a entretener a lectoras de ordinario amantes de la seda y el encaje, sin más educación que la estrictamente necesaria, también contenía artículos muy interesantes sobre la vida cotidiana en la ciudad, la política y la economía de la provincia.

Isabela, además, soñaba con escribir un libro que fuera publicado y recibido con interés por una gran cantidad de ávidos lectores. Era un anhelo largamente acariciado, que, se lo había prometido a sí misma, alcanzaría sin importar cuánto tiempo le llevara correr tras él.

Con el apoyo de sus padres, había conseguido el título de maestra y, en los momentos de ocio, se había dedicado a escribir sobre la ciudad de Corrientes y la vida cotidiana de sus habitantes, primero por placer personal y luego con la intención de pulir su estilo mediante la práctica.

Con el tiempo, y después de que varios periódicos de la zona rechazaran publicar los artículos por considerarlos demasiado sosos para su público, Isabela consiguió que el editor de *Belle Époque* le diera una oportunidad. Desde entonces, el número de lectoras había ido en aumento.

Le habría gustado añadir su propio nombre a los artículos, pero la preocupación de su madre por la opinión que tendrían los vecinos sobre sus ideas, en ocasiones escandalosas, la habían obligado a desistir. No poco habían pesado en esa decisión los lloriqueos de su hermana mayor, siempre atenta a la reputación de la familia, y los desagradables comentarios de su cuñado sobre su tendencia liberal.

Había lamentado muchísimo su suerte el día en que había pedido al editor de la revista que publicara sus palabras como “redacción anónima”, y mucho más se había apenado cuando los rumores comenzaron a atribuir sus palabras a un caballero de renombre. Se trataba del autor de una profusión de artículos publicados en dos de los periódicos más importantes de la ciudad.

En tanto, su cuñado, al igual que el resto de sus parientes, había esperado que, con obtener el título de maestra, se sintiera satisfecha y se dedicara luego a elegir un marido. Pero no había sucedido así. Porque, a pesar de las

ilusiones paternas, eran pocos los caballeros que querían arriesgarse a llevar del brazo a una mujer que, debido a sus ideas, sería siempre cuestionada por gran parte de los buenos vecinos de la ciudad. Por supuesto, había tenido pretendientes, pero, con el trato, habían sido evidentes las intenciones de aquellos hombres: una vez que ella tuviera el anillo de casada en el dedo, no habrían dudado en arrebatarse la libertad. Por lo tanto, había permanecido soltera.

Isabela creía con firmeza en que debía reconocerse la igualdad entre hombres y mujeres, no solo en el trato, sino también en el mundo laboral y tanto más dentro del matrimonio, y era ese en realidad el problema. No muchos caballeros estaban dispuestos a aceptar, no digamos ya a secundar, tal sinsentido.

En segundo lugar, la joven consideraba que el mercado matrimonial no estaba bien provisionado. ¿Qué había en él? Calaveras insufribles, ancianos decrepitos, misóginos iracundos y la peor calaña de la especie: hombres que consideraban que la inteligencia en la mujer era un incordio, sobre todo si el nombre de la dama venía unido a un diploma.

Isabela temía, y no sin cierta razón, que cualquiera de esos caballeros, una vez que la tuviera de rodillas bajo el yugo del matrimonio, no dudara en tomar medidas para negarle el acceso a libros y revistas si consideraba que lo que ella leía era inapropiado para una dama. Y, lo más significativo, temblaba al pensar en la posibilidad de que le prohibiera seguir escribiendo. Así que ella había permanecido soltera para dedicar las mañanas a la lectura y a la escritura y las tardes a buscar un lugar donde emplearse como maestra.

Eso último no había resultado sencillo.

Aunque el señor Jantus, su cuñado, no quisiera aceptarlo, el hecho de que escribiera para *Belle Époque* de manera anónima no había engañado a familiares, conocidos ni vecinos durante mucho tiempo, y el nombre de la joven había comenzado a mencionarse en la sobremesa de sus allegados con cierto resquemor.

Con inusitada prontitud, ninguna escuela parecía dispuesta a contratar a una maestra de ideas poco tradicionales, e Isabela se había comenzado a desesperar. No podía depender económicamente de sus padres para siempre, ni deseaba hacerlo. Y si seguía soltera cuando, Dios no lo permitiera, su padre falleciera, sin medios propios para subsistir, terminaría dependiendo de su cuñado. Eso la horrorizaba. El señor Jantus no habría dudado en utilizar su dinero y posición de proveedor como un látigo a fin de obligarla a acatar la voluntad patriarcal. De su hermana no podía esperar complicidad alguna porque jamás se habría arriesgado a despertar la ira de su marido al oponerse a sus decisiones.

Había sido por casualidad una mañana, durante la visita de una parienta, que Isabela había encontrado la solución a sus problemas.

Una prima tercera de su madre había consultado si ella estaría dispuesta a ejercer de maestra en una finca en el interior de la provincia. Sabía, por los dichos de una allegada, que en La Cruz, un pueblo de poco más de doscientos habitantes, existía una importante hacienda donde había niños que precisaban educarse.

La familia Sanlúcar, había comentado, era la dueña no solo de la estancia, denominada Los Tacuarales, sino también de más de la mitad de las pequeñas propiedades que componían el pueblo y que, con los años, habían sido arrendadas a campesinos y aparceros.

Bastaría con solicitar el empleo, puesto que había sido abandonado por la última maestra de manera intempestiva, lo que había dejado a los niños del lugar sin nadie que les enseñara las primeras letras. Además, no había muchas jóvenes dispuestas a abandonar la ciudad para afincarse en un lugar tan alejado de toda posibilidad de divertimento.

Aunque en un principio Isabela había dudado en dejar a sus padres, su hermana le había asegurado que se ocuparía en persona del bienestar de ambos. Después de todo, había dicho, vivían a media calle de distancia. Su cuñado no había mostrado reparos, cosa extraña, e incluso se había ofrecido a escribir unas líneas por ella a los propietarios de la finca, a fin de que aceptaran concederle una entrevista.

¿Por qué tanta amabilidad? Isabela pronto lo había descubierto: tanto su cuñado como su hermana deseaban alejarla de la ciudad con la esperanza de que los rumores sobre ella dejaran de incordiar a la familia.

Habían pasado ya varias semanas de angustia y ansiedad hasta que por fin el señor Sanlúcar decidió invitarla a la propiedad. Si, después de entrevistarla, la consideraba adecuada para enseñar en la estancia, el puesto sería de ella.

Isabela jamás había tomado una decisión precipitada en la vida y se enorgullecía con frecuencia de su propia capacidad para sopesar las ventajas y desventajas de cada situación, pero allí estaba, dispuesta a comenzar una nueva vida en la campiña.

La joven dejó de garabatear en su cuaderno de notas y volvió la atención hacia la ventanilla. La lluvia se había convertido en una fina llovizna y, en el horizonte, se podía vislumbrar un creciente número de saetas de luz que caían sesgadas sobre el herboso prado al tiempo que dibujaban arabescos dorados en los pastizales.

El carruaje se bamboleó, y finas espigas platinadas rozaron un lateral del vehículo. Isabela se inclinó y observó su entorno, subyugada.

Los deprimentes colores que la lluvia había destacado en las afueras del pueblo ya no existían tras cruzar la tranquera que señalaba la entrada a Los Tacuarales. El carmín, el bronce, el jade y el púrpura los habían suplantado al teñir cada tramo del paisaje con brillantes trazos de color.

Enormes matorrales de plata y oro se alzaban a un lado del camino para mostrar sus etéreas púas de pelusilla al cielo, mientras el viento arrastraba consigo el olor a salvia y lavanda silvestre hacia el norte.

A su paso, los árboles entrelazaban las ramas en las alturas para conformar una movediza bóveda. Entre las sombras, un millar de mariposas blancas muy pequeñas revolotearon al alzarse desde el barro hasta las corolas de las flores salvajes.

El carruaje dobló en un recodo del camino y avanzó poco más de un kilómetro tierra adentro entre saetas resplandecientes en tanto la lluvia se sosegaba hasta desaparecer.

Isabela se inclinó y no tardó en descubrir los cambios, aunque sutiles, que se iban produciendo en el paisaje a medida que el vehículo abandonaba el prado y se adentraba a una avenida de guijarros.

Si bien la belleza del entorno seguía siendo impresionante, poco a poco se iba tornando ominosa, incluso amenazante. La bóveda formada por los árboles se había estrechado hasta dejar bajo sombras gran parte del sendero. Los haces de luz, que hasta entonces se habían estampado como ornatos en el suelo, habían desaparecido para dejar lugar a una penumbra gris enfermiza. Y cuando por fin el carruaje se detuvo, Isabela solo avistó una miríada de arbustos espinosos a su alrededor que se entretejían entre sí para crear un muro impenetrable de jade y amatista alrededor de la que era, con seguridad, la casa ancestral de la familia Sanlúcar.

El anciano se apeó y le abrió la puerta del vehículo. Isabela se recogió parte de la falda del vestido y aceptó la ayuda de Faustino para descender. Una ráfaga de viento empujó un puñado de hojarasca a sus pies y luego se deslizó entre los charcos de agua que se habían estancado sobre la gravilla. Las hojas parecieron sisear sus secretos entre suspiros y murmullos.

Isabela levantó la vista hacia el cielo en parte borrascoso, y la luz torcida del sol pinceló de amarillo desvaído la pluma que le adornaba el primoroso bonete de paseo. Una diminuta cascada de cintas y florecillas de tafetán cayeron desde las alas del sombrerito hasta su hombro cuando volvió el rostro hacia la imponente residencia de los Sanlúcar.

Se accedía a la puerta principal de la vieja casona a través de una escalera tallada en roca, custodiada por parterres de viejos ladrillos. El edificio había sido construido con piedra mora en dos niveles, casi al borde de una hondonada. Su vieja estructura se reflejaba en las aguas oscuras de la laguna que nacía en el fondo de la barranca, junto al tupido bosque de pinos y

eucaliptus que bordeaba las costas. Gran parte de la fachada estaba cubierta por una enredadera que sombreaba no solo el pórtico, sino también el mirador y los ventanales de madera negra.

Isabela tembló en tanto una insidiosa vocecilla en su interior la animaba a reconsiderar la decisión de emplearse en aquella casa.

El aspecto de la construcción era, como poco, tenebroso.

—¿Señorita?

Isabela dio un respingo.

Faustino tomó la maleta de sus manos.

—El señor la está esperando —anunció el viejo con sequedad. Sus botas hicieron crujir la gravilla cuando dio unos pasos hacia las escaleras de acceso—. Sígame.

—Sí, por supuesto.

—Asusta, ¿no?

El hombre se detuvo y clavó los ojos atentos en ella.

—¿Le teme a los fantasmas, señorita? —preguntó en voz baja.

—No, claro que no. Los fantasmas no existen.

Él curvó los labios en una sonrisa desagradable.

—¿Y qué me dice de los demonios? ¿Cree en ellos?

—¿Pretende asustarme?

—¿Está asustada?

—Le aseguro que no —sostuvo Isabela con una sonrisa—. No creo tampoco en ellos.

—¿No? —insistió el viejo, burlón—. Aquí aprenderá a creer.

Isabela elevó la vista hacia la vivienda una vez más mientras seguía al anciano hacia el pórtico.

El sepulcral silencio que envolvía al viejo caserón habría horadado los nervios de cualquiera, reconoció. Los únicos sonidos que se animaban a quebrar la siniestra quietud eran el aullido del viento bajo el alero, el susurro de las aguas de la laguna al lamer la rocosa orilla y el murmullo de las hojas en los árboles.

Isabela observó uno de los ventanales de la segunda planta. Una cortina se deslizó con suavidad en la penumbra para ocultar la oscura silueta de una persona.

Sin lugar a dudas, era un buen sitio para comenzar a creer en fantasmas y demonios.

*

Isabela contempló absorta la sala donde el señor Sanlúcar acostumbraba a trabajar por las mañanas, tal y como le había informado Faustino poco antes de dejarla en el pasillo frente a las enormes puertas de madera artesonada.

Era evidente que se trataba de la guarida de un hombre habituado a la reciedumbre en los muebles. No había allí rastro alguno del delicado mobiliario francés tan en boga en la ciudad: un enorme escritorio repleto de documentos, cuadernos y libros mayores ocupaba gran parte de la estancia, junto a dos sillones de roble de estilo isabelino, un sofá y un pequeño armario de bebidas. La joven fue incapaz de discernir si había otros enseres además de aquellos debido a la oscuridad.

Cayó en la cuenta de que las cortinas estaban echadas y de que solo un tenue resplandor proveniente de las ventanas iluminaba parte de la sala; el resto se encontraba en penumbras. Eso le acicateó la curiosidad, pero, antes de que pudiera pensar en ello con más detenimiento, notó el sinnúmero de libros que cubrían dos de las cuatro paredes, el alféizar de la ventana e incluso la repisa de una chimenea de ladrillos. Cualquier otro pensamiento quedó relegado al fondo de su mente.

La muchacha crispó las manos contra la manija de la maleta y reprimió el impulso de avanzar hacia los libros para examinarlos uno a uno como la voraz lectora que era.

—Buenos días, señorita Alcántara.

Ella dio un respingo y volvió el rostro hacia la oscuridad. La cortina osciló con el viento, y la suave luminosidad del mediodía se reflejó un instante en los ojos de quien la había asustado. Él se movió en la escasa claridad con fluidez. Era un caballero que vestía una elegante chaqueta oscura y un chaleco tan formal como aquella, con un aspecto imponente y hasta intimidante.

—Buenos días, señor —balbuceó sorprendida.

Aquel sinfín de libros la había distraído hasta el punto de no haber notado la presencia del hombre. Isabela se avergonzó. No era propio de ella tal falta en los modales. Por cierto, ignorar al anfitrión no era una buena manera de comenzar una entrevista de trabajo.

Él inclinó la cabeza de modo cortés.

—Soy Lautaro Sanlúcar —se presentó.

—Sí, señor. Lo imaginé.

El caballero hizo un gesto hacia uno de los sillones, que se encontraba frente al escritorio.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

Isabela se preguntó si sería muy descortés de su parte pedirle al señor Sanlúcar que recorriera las cortinas, o bien, que encendiera una lámpara. Casi no veía a un palmo de su propia nariz. Pero antes de que se decidiera a hacerlo, el caballero se acercó a la ventana y corrió el cortinaje. La joven notó con agrado que la lluvia había amainado.

La luz del sol iluminó cada rincón del recinto, aunque con timidez. El ligero calor del mediodía comenzó a caldear la sala de inmediato.

Lautaro se acercó al armario de bebidas.

—¿Desea algo de beber? —ofreció con amabilidad—. ¿Una copa de jerez, quizás?

—No, señor, gracias. No bebo. —Isabela dirigió una rápida mirada al reloj que llevaba prendido a la blusa, y poco faltó para que exhalara un suspiro de alivio—. Espero no haberlo hecho esperar —dijo, aunque sabía que no lo había hecho.

—En absoluto. —Él le dedicó una educada pero gélida sonrisa en tanto regresaba a su asiento, detrás del escritorio—. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Sí, señor. Muy agradable. Fue una experiencia encantadora. Nunca antes había dejado la ciudad, mucho menos para adentrarme en la campiña. —Ella se mostró cordial en tanto guardaba el paraguas en la maleta—. Aunque habría preferido presentarme en su casa en una mañana soleada.

—Poco probable en esta época del año; es la estación lluviosa.

Isabela se alisó los pliegues de la falda mientras se interrogaba si aquellas palabras augurarían semanas enteras de tormentas, lloviznas y garúas. Haciendo gala de su optimismo, pensó que, de ser así, tendría muchas oportunidades para leer a sus anchas en los momentos de ocio.

—Justo estaba releiendo sus referencias, señorita Alcántara —comentó el caballero, lo que la arrancó con brusquedad de aquellos pensamientos. Él tomó entre las manos una carta y la observó con detenimiento—. Estoy impresionado.

—Eh... ¿Sí?

—Sí. Son excelentes.

Isabela no supo qué decir, así que optó por guardar silencio. No sabía que su cuñado había añadido algo más a las líneas que había escrito para dar fe de ella.

¿Qué referencias podría tener cuando nunca antes había trabajado como maestra? Maldijo al señor Jantus para sus adentros. En el afán por deshacerse de ella y alejarla de la ciudad, bien podría haberle advertido sobre las

referencias de marras. Si el señor Sanlúcar comenzaba a interrogarla, ¿qué podría decir? No sabía qué mentiras había pergeñado su cuñado en nombre de ella.

Ansiosa, la joven elevó los ojos hacia el patrón y lo estudió a hurtadillas, mientras el caballero releía en silencio la misiva que sostenía en la mano.

De rasgos recios y afilados, Isabela imaginó que a ese caballero no le sería difícil amedrentar a quien tuviera la desdicha de cruzarse en su camino. No tenía el aspecto bonachón que exigía la moda en un hombre de su edad; por el contrario, se veía duro e inflexible: no había en él suavidades ni sutilezas. Tampoco daba la impresión de ser un aficionado a la poesía ni a los clásicos. La mayoría de los libros que se amontonaban en la biblioteca trataban temas como el amor, la belleza y el arte, pero era imposible imaginarlo enfrascado en la lectura de aquellos textos. De hecho, habría sido más sencillo figurarlo como un púgil callejero.

Su pelo oscuro peinado con prolijidad hacia atrás y sin rastros del aceite que tantos señores acostumbraban a usar para dar forma al cabello, la escrupulosidad de su atuendo y su formalidad en el trato revelaban una personalidad sin ínfulas ni artificios, un caballero de la vieja escuela.

¿Cuántos años tendría? A juzgar por las líneas del rostro, le calculó cuarenta y tantos, cincuenta años tal vez.

Lamentó entonces no haber interrogado a sus parientes, conocidos y allegados respecto al señor Sanlúcar y su familia. Alguien debía de saber algo más de él, aparte de que era el dueño de gran parte de La Cruz. Después de todo, pertenecía a la aristocracia terrateniente y latifundista. No era probable que fuera un ilustre desconocido para los buenos vecinos de la ciudad. Los chismorreos sobre la vida de aquel hombre debían de bastar para llenar varios libros.

En su momento, había creído poco importante efectuar averiguaciones sobre su vida y obra, tras asumir que trataría en lo sucesivo, después de la entrevista, con la señora de la casa. Eso era de esperarse. Un caballero rara vez se entretenía con los asuntos domésticos. Pero Isabela estaba comenzando a sospechar que no existía tal pareja. De haber una mujer en la vida del señor

Sanlúcar, aquella la habría esperado en la puerta para recibirla y mostrarle la sala de recibo. Además, hasta donde había podido constatar, no había en la casa nada que le hiciera suponer la presencia de una dama: ni siquiera una simple margarita silvestre en un jarrón.

No había otra mujer en esa casa. Eso la alarmó. ¿Acaso estaría aislada con ese hombre, prácticamente un desconocido? De pronto recordó todas las advertencias de su madre sobre permanecer a solas con un varón.

Isabela echó una mirada disimulada hacia la puerta. Estaba abierta, como se esperaba al estar reunidos un hombre y una mujer no emparentados por la sangre ni por una alianza matrimonial. Si bien tenía ideas liberales y de ordinario le preocupaban poco y nada las murmuraciones que suscitaba su propia conducta, entrevistarse con un caballero sin la presencia de otra dama en la casa para que diera una pátina de respetabilidad al asunto era inconcebible.

—¿Señorita?

—¿Sí, señor? —Isabela sonrió para ocultar el nerviosismo.

Lautaro le dirigió una mirada atenta, y ella recordó las referencias que se suponía que tenía y que había mencionado en la carta. Reprimió el impulso de moverse en la silla como una niña atrapada en una mentira. Se ruborizó, sin embargo, presa de la incertidumbre.

Lautaro arqueó una de sus perfectas cejas oscuras.

—¿Sucedo algo? —preguntó mientras la observaba.

—Lo lamento, sé que es una nimiedad, pero una mujer como yo, sola en esta situación, debe ser precavida —explicó Isabela, que se sentía una tonta. Tonta, anticuada y hasta fastidiosa—. ¿Existiría la posibilidad de que la señora de la casa esté presente en nuestra entrevista?

—¿Le preocupa su reputación?

—No mucho, por lo general —admitió con sinceridad—. Sin embargo...

—Comprendo. No se preocupe por el decoro, señorita. Aquí hacemos las cosas de manera diferente a la ciudad. Le aseguro que el hecho de que usted esté aquí a solas conmigo no suscitará una impresión equivocada en nadie — prometió él tras hacer caso omiso de sus palabras—. Mi gente me conoce.

—Ah. —Isabela se mostró un poco más animada. Debía de ser un hombre de buenas costumbres, incapaz de faltarle el respeto a una mujer, pensó.

—Todos en La Cruz saben a qué atenerse conmigo —continuó con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas sobre el asunto.

—Qué alivio.

—Quien fomente rumores sobre mi familia o allegados será desahuciado de inmediato —concluyó él, tajante, y no había en su afirmación nada más que la exposición de un hecho.

Isabela lo miró estupefacta.

Lautaro suavizó la expresión del rostro, quizás al notar que aquellas palabras podían haber sonado demasiado duras a oídos de una extraña recién llegada de la ciudad.

—Mi esposa falleció hace dos años —aclaró.

Isabela se sintió una desalmada por haber sacado un tema que era evidente que lo afectaba.

—Lo siento mucho —murmuró.

Él asintió y volvió los ojos hacia la carta.

—A juzgar por estas líneas, parece usted tener la impresión de que enseñará las primeras letras a los niños de la hacienda —retomó.

Isabela lo observó sin comprender.

—¿Y no es así? —preguntó desconcertada.

—No —replicó él con serenidad, divertido a su pesar—. Los hijos de mis peones y arrendatarios asisten a una escuela que se encuentra en el pueblo.

—Oh. —Ella no supo qué otra cosa hacer más que mirar al señor Sanlúcar alelada.

Lautaro unió los dedos sobre el escritorio.

—Es obvio que hubo un malentendido —expresó.

—Parece que así es.

—Sin embargo, quiero ofrecerle un empleo no muy diferente al que esperaba conseguir usted, de hecho. Espero que tenga a bien escuchar mi propuesta en toda su extensión antes de que decida rechazarla.

Ella no estaba en posición de rehusar ningún trabajo, a menos que fuera deshonesto o existiera la posibilidad de que se avergonzara de él. Isabela asintió, cautelosa.

—Lo escucho.

—Tengo una hija, señorita Alcántara. Su nombre es Lorena —continuó él, sin apartar los ojos de los de ella. Su voz dejó traslucir durante un instante un profundo afecto que enseguida desapareció, sin embargo—. Es una niña pequeña. Cumplirá siete años en abril. Desde que falleció la madre, no ha vuelto a pronunciar palabra.

—Qué triste situación. Lo siento mucho.

—Estoy seguro de que también lamentará escuchar que son muchas las personas que, a causa de su mudez, la consideran lenta de entendederas, incluso idiota, pero no es el caso.

—Por supuesto que no, señor —concordó Isabela, de pronto apenada. El secreto anhelo de regresar a la seguridad del propio hogar con sus padres desapareció de un plumazo. No sabía qué pretendía de ella con exactitud ese caballero, pero, si estaba en sus manos ayudar a la pequeña, lo haría.

—Necesito de alguien que esté dispuesto a enseñarle, señorita Alcántara, alguien que no tenga prejuicios y que comprenda que, aunque mi hija no quiere o no puede hablar, sí entiende y es capaz de aprender lo que usted le enseñe.

—¿Puedo preguntarle si la vio un médico y, en ese caso, qué dijo respecto a su situación?

Lautaro se mostró disgustado.

—Los mejores especialistas la han tratado y ninguno de ellos pudo encontrar la causa de su silencio. —Hizo una pausa—. Uno de ellos dijo que la niña hablaría cuando tuviera algo que decir, no antes.

—Eso parece razonable.

Lautaro la miró sorprendido, y ella lo inmovilizó con una luminosa sonrisa.

—No se preocupe, señor Sanlúcar. Estoy segura de que la pequeña hablará cuando sea el momento de hacerlo.

—Es lo que deseamos todos en esta casa.

—Me atrevo a suponer que la muerte de la madre la afectó mucho. Pero todavía es pequeña. Lo superará. Solo hay que tener paciencia y tratarla con dulzura.

Él la miró en silencio un momento. La afabilidad y ternura que expresaba esa mujer en el rostro, no solo en las palabras que pronunciaba, lo sorprendió.

—Tiene usted un corazón muy cálido —observó, y no parecía contento en particular con ello.

Isabela decidió ignorar tal afirmación al sentir que las mejillas se le encendían bajo la mirada atenta del hombre. Siempre se había sentido incómoda con los halagos, quizás porque no estaba acostumbrada a recibirlos.

—¿Me permite preguntarle qué causó la muerte de su esposa?

—No acostumbro hablar de ello —dijo él, cortante.

—Discúlpeme por favor, no pretendía...

—No importa. Sus referencias, como dije, son excelentes, pero no tienen ni tendrán para mí ninguna importancia si usted no es capaz de tratar a mi hija con el respeto y la amabilidad que merece.

Era una advertencia en toda regla, incluso una amenaza.

Isabela asintió.

—Jamás maltrataría a nadie, señor —aseguró, y no dudó en enfrentar aquellos ojos fríos e inteligentes, todavía con la difunta señora Sanlúcar en la mente.

La muchacha se preguntó si la muerte de la dama habría acaecido a causa de una lenta y desagradable enfermedad. Eso explicaría el trauma de la niña y la resistencia del señor Sanlúcar a hablar. Tanto el padre como la hija debían de haber sufrido mucho.

Lautaro la observó, en tanto la señorita Alcántara se removía inquieta en la silla. Esa mujer tenía un aspecto delicado, algo anticuado, aunque acorde con la profesión de maestra. Daba la impresión de que una ráfaga de viento podría tirarla al suelo, pero había en ella una fortaleza de espíritu que se percibía con facilidad en la tranquila seguridad de sus palabras. Parecía competente, aunque su juventud lo hacía dudar. Si no hubiera sabido nada de ella, la habría considerado una escolar.

Isabela lo miró, inquisitiva, y él pensó que quizás también en esa oportunidad tendría que obedecer a sus instintos, como solía hacer en los negocios.

Lautaro se inclinó.

—Estas son las condiciones, señorita —determinó—. Usted, si desea quedarse y ocuparse de Lorena, residirá en esta casa.

—¿Aquí?

—Sí. Puede instalarse en la habitación que le apetezca del piso alto, dado que la mayoría de ellas están vacías. Dará clases a la niña en las mañanas y tendrá libres las tardes, mientras ella duerme la siesta. Después de la merienda, es Nely quien cuida de mi hija. A Lorena le gusta quedarse en la cocina y ayudarla en sus labores hasta la hora de la comida.

—¿Nely es la cocinera?

—Eso y mucho más. Se ocupa de los quehaceres del hogar, de las compras y de los invitados, si los hay. No hay muchos sirvientes. No me gusta tener la casa llena de extraños.

—Entiendo.

—Nely estará encantada de compartir con usted la atención de mi hija de tarde en tarde, dado que ella cuida de sus nietos y sé que desea regresar a su casa antes del anochecer para ocuparse de ellos. Hasta ahora, he contado con su buena voluntad, pero no me parece justo abusar de su generosidad.

—Sí, señor. Lo comprendo.

Lautaro inclinó la cabeza en un gesto de reconocimiento a las palabras de la joven.

—Bien —dijo—. Le permitiré disponer cualquier cambio que crea conveniente dentro de la casa, siempre que redunde en beneficio de la niña.

—¿Cualquier cambio? ¿A qué se refiere?

—Esta casa fue edificada a principios de siglo, señorita Alcántara. Es vieja, al igual que todo el mobiliario que se encuentra en su interior, y su aspecto no es, por decir poco, agradable. Quiero que mi hija se sienta cómoda. Desde la muerte de su madre, nos quedamos en la ciudad, pero ahora necesito estar aquí. Hay asuntos muy importantes que debo atender en la finca, pero no me siento capaz de separarme de ella y dejarla con extraños.

—Es comprensible.

—Si hay que comprar muebles nuevos, cortinas, alfombras o lo que le parezca a fin de tener a mi hija contenta, solo tiene que elegirlos y pedir que me envíen las facturas a mí —continuó él, como si no la hubiera escuchado—. Entiendo que las niñas pequeñas necesitan de un entorno agradable para sentirse seguras.

—Sí, señor. —Isabela vaciló al dudar si debía revelar la idea que se le había ocurrido a poco de llegar al ver los jardines de la propiedad—. Me gustaría sacar a la niña afuera cuando mejore el tiempo, si me lo permite.

—¿Por qué?

—Creo que sería beneficioso para ella tomar clases al aire libre.

—He estado lejos de la finca mucho tiempo. Los jardines están descuidados.

—Sé que habría que podar el césped y sacar las malas yerbas... ¿Cree que podría hacerse?

Él la miró pensativo.

—Haga lo que le parezca —resolvió al fin—. Solo tiene que llegar a un acuerdo con Faustino. Él se ocupará de todo.

—Gracias, hablaré con él.

—No cuento con una extensa servidumbre, como le mencioné, pero quienes trabajan para mí también lo harán para usted. Si decide quedarse, llevaré a cabo las presentaciones correspondientes.

—Sí, señor, por supuesto. Me gustaría quedarme.

—Bien. A Faustino ya lo conoce. A Nely la verá durante la comida, en poco más de media hora, o puede llamarla usted misma desde su habitación una vez esté instalada para que la ayude a desempacar. Si necesita usted algo en particular o tiene una dieta especial, háblelo con ella.

—No se preocupe por mí, señor —repuso con afabilidad—. Traje conmigo todo lo que necesito para mi estadía y nunca he tenido problemas con las comidas.

De hecho, podía ingerir cualquier cosa, siempre que fuera comestible. Su madre y su hermana por lo general la regañaban por ello. Solo un hombre podía mostrarse tan angurriente, decían, e Isabela se limitaba a mirarlo en irritado silencio mientras daba cuenta de todo lo que la criada le colocaba en el plato.

Lautaro asintió, y ella se preguntó por qué ese hombre la miraba con tanta atención. Estaba comenzando a incomodarla. ¿Esperaba acaso que hiciera algo impropio? Tal vez. No la conocía. Quizás estuviera preguntándose si no huiría en la noche con la platería.

—Señor, quizás no sea algo importante, pero debo informarle que soy una mujer soltera —agregó ella de pronto.

Él dirigió una mirada intencionada a la mano izquierda de la muchacha.

—Eso ya lo sé —confirmó—. Y no, no lo considero importante.

—Sí, bueno, lo que quiero decir es...

—¿El decoro otra vez?

—No se ofenda, por favor —pidió de inmediato en tanto hacía un gesto con la mano. Acalorada, bajó los ojos hacia su propia falda—. No quise insinuar que no fuera usted a comportarse como el caballero que es, pero, como soy una mujer soltera y sin compromisos, no estaría bien visto que me hospedara en su casa.

—Ya le dije que no tiene que preocuparse por eso.

—Lo sé, pero, ¿no habrá un lugar donde pueda quedarme en el pueblo? Me sentiría más a gusto —insistió Isabela con una sonrisa amable. A su madre le daría un ataque de apoplejía si terminaba conviviendo con un caballero viudo sin una compañía adecuada—. No me molestará caminar hasta allá, le aseguro. Puedo ir y venir a pie sin inconvenientes.

Él alzo una ceja. Había cierto humor en la mirada del hombre cuando se inclinó y la observó de cerca.

—Quizás debería haberle mencionado con anterioridad que no estaremos solos —dijo.

—¿No?

—No. Mi madre no se encuentra muy bien de salud y rara vez abandona sus habitaciones, pero está en la casa, y todos en La Cruz lo saben. Es una dama respetable, y su presencia bastará para extinguir cualquier tipo de murmuración maliciosa respecto a usted o a nosotros.

Isabela sonrió, todavía un poco avergonzada por haber perseverado con aquel tema.

—Gracias, señor —pronunció—. No sabe usted lo aliviada que me siento.

—Eso es evidente. —Él hizo una pausa—. No lo creo posible en vista de sus obligaciones, pero quizás se encuentre usted con mi hermano en alguna ocasión. Él no reside en esta casa, pero trabaja aquí con los libros mayores y a veces incluso se queda a comer. Como ve, su reputación está a salvo.

—Entiendo.

Lautaro la miró a los ojos.

—Le pediría que me hablara de usted, pero lo encuentro innecesario. Pedí un informe en cuanto recibí su carta. Hice algunas averiguaciones sobre usted y su familia. Soy un hombre de negocios, señorita. No convocaría a una entrevista a una extraña para oír de sus labios lo que creyera conveniente decirme —explicó él con paciencia—. No confío en nadie y no me disculparé por eso. Sin embargo, la idea de solicitar información sobre usted no ha sido mía, sino de mi hermano. Él es aún más receloso que yo con los extraños.

—Comprendo.

—Espero que sí, porque tengo que velar por la seguridad de mi hija, y nada es más importante para mí que Lorena y su bienestar.

Isabela parpadeó. Pensó en sus sentidos discursos sobre la igualdad entre el hombre y la mujer. Que era de vital importancia equiparar los derechos de la mujer a los del hombre dentro del matrimonio era una frase que había repetido en incontables ocasiones frente a sus conocidos en tertulias y confiterías. Incluso, una vez, había hecho comentarios de admiración sobre el valor de las mujeres solteras que debían criar solas a sus hijos después de que quien les había prometido amor eterno desapareciera en el horizonte. Había sido algo en verdad escandaloso, como poco.

Rememoró sus artículos en *Belle Époque* y repasó cada palabra escrita en ellos. Como no encontró allí nada indigno, retrocedió mentalmente en el tiempo y examinó toda su vida. Lo único objetable en su propia conducta, pensó, podría ser la alegre participación en un beso al término de una fiesta cuando tenía quince años. Nada de importancia.

Concluyó con cierto desánimo que su vida podía resumirse en una palabra: aburrida. Lo cual, en ese momento, solo podía ser considerado algo bueno.

Debió admitir que lo más emocionante que había hecho, además de escribir para *Belle Époque*, era estar allí, sentada frente al señor Sanlúcar, a punto de conseguir su primer empleo como maestra.

Eso era un poco deprimente para una mujer de su edad.

Y respecto a su familia, no había mucho que decir tampoco. Elicia se había casado muy joven, poco antes de cumplir dieciséis años, y desde entonces se había dedicado al cuidado de la casa.

Su cuñado tampoco tenía una vida muy vivificante. Trabajaba como administrador en un aserradero en las mañanas y, durante las tardes, se dedicaba a planear mitines políticos, que nunca sucedían, con sus escasos pero importantes amigos.

Sus padres, por su parte, se habían retirado de la vida pública hacía mucho tiempo y dedicaban los días a la lectura y el ocio en una pequeña casa en la calle Junín.

Lautaro la sorprendió con una sonrisa socarrona.

—¿Le preocupa mi opinión sobre sus referencias? —preguntó.

Ah, esas condenadas referencias, por supuesto. Isabela se ruborizó. Era el momento de confesar.

—Señor, no fue mi intención mentirle. De hecho, yo no escribí esas líneas. Lo hizo mi cuñado en mi nombre, y le aseguro que no tenía idea de que hubiera decidido agregar referencias cuando es obvio que no las tengo —se disculpó—. No he tenido la oportunidad de enseñar aún, pero sé que puedo hacerlo, y muy bien además. Perdóneme por no haberlo mencionado antes, pero estaba, estoy, tan avergonzada...

—Modesta no es, eso ya lo sé.

—¿Cómo dice?

Él hizo un gesto con la mano.

—No se preocupe por eso, señorita. No es su experiencia lo que quiero, sino su buena voluntad —confesó—. En su familia no hay nada preocupante. De hecho, según mis informes, todos y cada uno de ellos tienen una reputación intachable.

—Así es.

—Excepto usted.

—Oh.

—Si bien su conducta es incuestionable, no así sus dichos.

—Me lo temía. —Isabela exhaló un suspiro—. ¿Sacará el tema de mis llamadas “ideas anarquistas”?

Lautaro sonrió con cierta calidez.

—Solo para asegurarle que sus pensamientos, aunque considerados escandalosos por muchos de los buenos vecinos de la ciudad, no me molestan.

Eso fue inesperado.

—¿No? —musitó.

—No. Todos ellos, no. Mi hija se hará mayor en el nuevo siglo, señorita, y quiero para ella felicidad. Si desea estudiar, me gustaría que fuera libre de hacerlo. Hasta ahora, una mujer necesita del permiso paterno para educarse o, en el peor de los casos, una orden judicial. Espero que, en un futuro no muy lejano, mi hija solo precise de su inteligencia y dedicación al estudio para ser admitida en una universidad —afirmó él, suave—. Si prefiere casarse y dedicarse a su hogar e hijos, ella tendrá la libertad de elegir a su marido, y solo intervendré en tal decisión si considero que el hombre no la merece o que le hará daño.

—Estoy impresionada.

—No es mi intención impresionarla, pero sí calmarla. Pensé que estaría usted nerviosa por ese asunto. Sin embargo, no toleraré en mi casa discursos que coloquen en tela de juicio mi fe o ataquen la santidad del matrimonio.

Un caballero de la vieja escuela, sin duda alguna. Isabela asintió.

—Comprendo —expresó.

—Muy bien, eso es todo lo que tenía para decirle. Más allá de eso, usted ha llevado una vida de lo más ordinaria.

Isabela no supo si sentirse halagada, ofendida o directamente deprimida ante aquella pobre elección de palabras. Decidió que se limitaría a ignorarlo y compuso una expresión amable en el rostro.

—Además del alojamiento y la comida, sus gastos estarán cubiertos mientras viva aquí —continuó el caballero—. Como es natural, a fin de mes, recibirá un salario por su trabajo. ¿Le parece bien?

—Muy bien. Pero hay una cosa... —Isabela titubeó—. Me gustaría saber si encuentra usted inoportuno que continúe escribiendo para *Belle Époque*. De verdad me gustaría seguir haciéndolo, pero si cree usted que no debería...

—En absoluto. De hecho, lamentaría que abandonara su pluma, señorita. Mi madre es una asidua lectora de la revista y ha disfrutado con sus palabras desde que publicó usted su primer artículo sobre la historia de la fundación de la ciudad de Corrientes. Incluso ha discutido conmigo la posibilidad de ir a la ciudad solo para conocerla.

—¿En serio?

—Yo no le mentiría.

—No, por supuesto que no. Me siento halagada, señor. Con mucho gusto intercambiaré impresiones con su madre.

Lautaro le dirigió una mirada especulativa.

—Sé que siente una gran afición por la Historia. Le alegrará saber que estas tierras fueron alguna vez propiedad de los jesuitas, en el siglo XVII —comentó—. Las ruinas de la reducción están hacia el norte, cubiertas por la vegetación, pero hallará el lugar interesante si desea visitarlo alguna vez.

—Claro que sí. —Isabela de pronto se entusiasmó con el tema—. Podría dedicar mis momentos de ocio a explorarlo y estudiarlo.

—Hágalo, pero siempre acompañada por alguien. Usted no conoce el terreno y podría perderse con facilidad. Puede acudir a Faustino para que la guíe hasta allá si decide aventurarse a tal sitio. Él estará encantado de mostrarle el camino.

Isabela lo dudaba, pero le agradeció la sugerencia de todos modos.

Él la miró.

—¿Y bien? —interrogó—. ¿Quiere el empleo?

Ella no vaciló. De hecho, no podía creer su buena suerte.

—Sí, señor —dijo.

De pronto, un mundo de posibilidades se abrió frente a sus ojos, lo cual la subyugaba. No solo podría enseñar a una niña que, con claridad, necesitaba afecto y atención, sino que también tendría tardes libres para escribir o explorar a gusto la propiedad.

—Muy bien. —Lautaro se puso de pie, e Isabela hizo lo propio. En tanto él rodeaba el escritorio, ella aferró con ambas manos la manija de su maleta—. Le presentaré a mi hija y a mi madre durante la comida. Ahora suba a refrescarse y a descansar un momento. La espero en una hora en el salón comedor.

Isabela asintió.

—Gracias. Me gustaría desempacar y cambiarme de ropa antes de conocer a Lorena y a la señora Sanlúcar. No me parece apropiado presentarme ante ellas con la falda húmeda y los zapatos sucios de barro. —Señaló las escaleras—. Es por allí, ¿verdad?

—Sí.

Ella hizo un rápido gesto a guisa de despedida, cruzó el pasillo y subió los escalones presurosa, con la maleta que se balanceaba de manera peligrosa entre sus brazos.

Lautaro apoyó un hombro contra la jamba de la puerta y la observó escabullirse en el piso alto mientras los volantes de la falda le flotaban alrededor de los tobillos y la pluma del sombrero se le sacudía de un lado al otro, presa quizás de la misma energía que su propietaria.

Esbozó una sonrisa. Tenía la impresión de que esa mujer traería a su puerta más de un problema, pero pensó que aquella calidez y su determinación en ayudar a Lorena compensarían con creces los conflictos que pudiera suscitar su presencia en la casa.

*

Isabela corrió las cortinas y observó el paisaje a través de los amplios ventanales de la alcoba. Desde allí tenía una buena vista de la laguna y el bosque circundante. Si bien las oscuras nubes de tormenta se habían disipado, la temperatura no había cambiado: el frío persistía.

La muchacha se envolvió los hombros con un chal de lana y observó la laguna. Era escalofriante. Hermosa, con sus barrancas, el camalotal en flor y el cielo reflejado en ella, pero su quietud, su oscuridad y aquellas aguas tranquilas la inquietaban.

El bosque de pinos y eucaliptos que rodeaba la hondonada tampoco invitaba al paseo. Como sombras movientes en la penumbra, se mecía con suavidad bajo la caricia del viento, una y otra vez, en un eterno vaivén. Semejaba un muro de niebla y negrura cuya razón de existencia era mantener allí aprisionados a los habitantes de la finca.

—¿Señorita?

Isabela soltó una exclamación.

—Discúlpeme, no pretendía asustarla —dijo una mujer desde el umbral—. ¿Cómo le va? ¿Usted será la nueva maestra de la señorita Lorena? Sí, ¿verdad?

—Así es.

La extraña sonrió mientras se alisaba las inexistentes arrugas del delantal. Aparentaba unos sesenta años, como poco, y vestía a la vieja usanza, costumbre que persistía en la campiña y que había menguado del todo en la ciudad. Llevaba un rebozo bordado echado sobre los hombros, una falda de algodón escandalosamente corta, enaguas de lienzo almidonado, una blusa adornada con puntillas y un calzado de tela.

—Faustino me dijo que usted venía de la ciudad y que la encontró antes de que se convirtiera en un pollo mojado.

Isabela sonrió.

—Acérquese, por favor, no se quede en la puerta —invitó.

—No piense que fui maleducada al asomar la cabeza así nomás. Llamé a la puerta dos veces.

—Lo siento, no la escuché. Estaba distraída.

—Perdone usted, pero como no respondió, pensé... No sé lo que pensé, no importa. —Soy Nely, Nely Almirón.

—Y yo soy Isabela Alcántara.

—¿Necesita que me lleve su ropa al lavadero? Con este viento, estará seca en un santiamén. Puedo limpiarle los zapatos también. Faustino mencionó que debieron atravesar un barrial para alcanzar el carruaje.

—Si me muestra dónde está el lavadero, yo misma me ocuparé de eso. No quisiera importunarla.

—No lo hará. Es mi trabajo. —La mujer echó una mirada a su alrededor en tanto repasaba con rapidez el escaso mobiliario, la alfombra raída y las vigas que atravesaban el techo de lado a lado en forma de cruz. Aunque la ropa de cama había sido cambiada en la mañana y el ropero, el lavabo y la mesita que se hallaba junto a la ventana estaban libres de polvo, la chimenea no había sido limpiada, los candelabros precisaban una friega y las cortinas clamaban por una buena sacudida—. ¿Está segura de que prefiere quedarse aquí?

—Sí.

—Hay otra habitación tan amplia como esta al final del pasillo. Tiene muebles más bonitos, como les gustan a las señoras de la ciudad. Y tiene mejores vistas.

—Me gusta esta. —Isabela observó a su alrededor al tiempo que se preguntaba qué preocupaba en realidad a Nely. Dudaba de que fuera solo el polvo y el hollín. Aunque tratara de disimularlo, Isabela ya había reparado en la expresión inquieta de la mujer.

Nely vaciló.

—No se preocupe por mi ropa, por favor. Ya lo solucioné.

—¿Ah, sí? No lo creo. —La mujer soltó un suspiro. La señorita había colgado la falda del respaldo de una silla, a un lado de la ventana, y había dejado los botines junto a la parrilla de la chimenea, sobre un ladrillo—. La gamuza se echará a perder si la deja así, y su falda se arruinará. Déjeme a mí. ¿Todavía no terminó de desempacar? La ayudaré.

—Nely, de verdad que no es necesario. —Isabela no supo cómo rechazar el ofrecimiento sin parecer antipática.

No estaba acostumbrada a las atenciones de una criada. Pese a que sus padres tenían un apellido respetable y provenían de una familia acomodada, nunca habían contratado a nadie que asistiera con los quehaceres domésticos en la casa. Solo estaba Carmencita, quien se limitaba a preparar las comidas tres o cuatro veces a la semana, sacudir el polvo de tarde en tarde y poco más. Ambas hermanas, tanto Elicia como Isabela, habían sido educadas para ocuparse de sí mismas sin depender de la ayuda de ninguna asistente.

Nely sonrió.

—No me molesta hacerlo, en serio —afirmó—. Y ya deje de preocuparse por eso. Yo me encargaré de su ropa. Ahora, siéntese en el escabel, frente al espejo. Le arreglaré el pelo. Parece un nido de pájaros.

—Intenté peinarme, pero me fue imposible hacerlo.

—Es la humedad. —La empleada echó una rápida mirada hacia la cama. La maleta de la señorita se encontraba abierta junto a los almohadones con la mitad de las pertenencias todavía en su interior. Isabela solo había sacado un vestido, unos botines de entrecasa, un cepillo y un par de horquillas—. Además, no tiene usted el pelo lacio ni rizado, sino una combinación de ambos.

La joven tiró de un mechón de su cabello, resignada.

—Es lamentable —musitó—. Jamás pude arreglarlo de manera correcta.

—No se preocupe, estará presentable en un instante. Tan solo espere un momento mientras me ocupo de sus cosas. —Nely se inclinó, alisó un vestido y lo colgó en el armario con la rapidez que otorgaba la experiencia—. A mí me gustaría irme para la ciudad, sabe usted, pero aquí están mi esposo, mis hijos y mis nietos, y no podría dejarlos.

—Entiendo.

—Mi Jeremías le arrienda una parcela al patrón —continuó la mujer en tono parlanchín—. Le encanta trabajar la tierra. Tiene el campo en el alma, y mis hijos se le parecen. Una vez, fui a la ciudad con la señora Eleonora, y me gustó mucho.

—¿Se llama Eleonora la madre del señor Sanlúcar?

—No, la anciana se llama Angelina. Eleonora era la esposa del señor, que Dios la tenga en su gloria —respondió Nely, y se santiguó—. Bien, como le decía, aquella vez fui al mercado y visité el muelle. Me habría gustado quedarme por allá, pero, como sabe, aquí están Jeremías, mis muchachos y sus niños.

Isabela la miró a través del espejo mientras intentaba, una vez más, dominar su pelo con el cepillo.

—La familia es importante —comentó.

—Y sí, a veces hay que optar. ¿Tiene usted marido? No le veo anillo, pero por aquí algunas nos arrejuntamos nomás. Al padre Goyo eso no le gusta, pero poco tiene que decir. Las cosas son como son y ya. Puede que en la ciudad

sucedá lo mismo.

Isabela se ruborizó al comprender el sentido de tales palabras.

—No, no estoy casada ni prometida. —Y luego agregó—: Ni arrejuntada. Vivía con mis padres.

—¿Y qué piensan los suyos de que haya decidido venir usted hasta Los Tacuarales?

“No sé, pero sé qué sienten: alivio”, pensó de buen humor.

—Supongo que habrían preferido que encontrara un empleo en la ciudad, pero no me fue posible —respondió en cambio—. Esta es una oportunidad de trabajo muy importante para mí.

—Ya veo. —Nely suspiró en tanto doblaba una falda—. El patrón ama esta casa, creció aquí, pero la mayor parte del tiempo está en la ciudad. Después del entierro de la señora Eleonora, se quedó en la ciudad, y por estos lares no lo veíamos más que de tanto en tanto. De hecho, estuvo casi dos años fuera de aquí.

—Me comentó algo. Debe de resultarle doloroso al haber sido testigo de la agonía de su esposa.

—¿Agonía? —Nely hizo una pausa en sus labores. Una blusa quedó colgando de su brazo. Miró a Isabela con confusión—. ¿Qué agonía?

—Pensé que la señora Sanlúcar había padecido una triste enfermedad que la llevó a la muerte.

—No. La muerte de la patrona fue bien repentina.

Isabela la miró sorprendida. Era obvio que había dejado que la imaginación corriera a sus anchas, pensó. Había entretejido en su propia mente una trama que, al parecer, nada tenía en consonancia con la realidad.

—¿Qué sucedió? —preguntó, y luego se sonrojó, avergonzada—. Discúlpeme, no pretendía chismorrear.

—No se disculpe, es natural que quiera saber. —Nely se dio vuelta y acomodó la blusa en el ropero. Parecía ensimismada—. La señora se cayó por las escaleras. Se rompió el cuello.

—Dios mío. —Isabela se llevó la mano a los labios, horrorizada. No le sorprendía en absoluto que la niña del señor Sanlúcar estuviese tan dolida por la muerte de la madre. Perderla así, de manera tan repentina, y de un modo tan horrible además, debió de haber sido un gran golpe para la pequeña.

La criada inclinó la cabeza.

—Yo estaba aquí cuando sucedió, ¿sabe usted? Me hallaba en la cocina. Me estaba preparando para regresar a mi casa —contó mientras acariciaba con los ásperos dedos la puntilla que adornaba el corsé de un vestido. No parecía consciente de lo que hacía—. Debería haberme ido al caer la tarde, pero quería terminar de fregar las ollas, así tendría menos trabajo al día siguiente. Ya era bien entrada la noche cuando escuché a la señora gritar. —Hizo una pausa. La tristeza se le reflejó en el rostro—. Estaba discutiendo con su marido otra vez.

—¿Discutían a menudo?

—Siempre, pero mucho más desde que el señor Dermont había regresado.

—¿El señor Dermont?

Nely murmuró algo entre dientes, metió el vestido en el ropero y se apresuró a rodear la cama.

—Usted escuchará muchos rumores por aquí sobre el patrón y toda su familia —advirtió antes de quitarle el cepillo de los dedos. Comenzó a peinarla con experta presteza—. No podrá evitarlo, los chismorreos abundan. Pero no haga caso de ellos. La mayoría son habladurías, mentiras.

—Comprendo.

La empleada suspiró.

—Dermont Sanlúcar es el hermano del patrón —explicó—. Pasó su infancia aquí, al igual que el señor Lautaro, pero, poco después de que su padre falleció, se marchó. Debía de tener dieciséis años por entonces. Nadie

sabe qué hizo de su vida lejos de Los Tacuarales, pero, un día, después de mucho tiempo, regresó para quedarse. A la señora Eleonora le ponía los pelos de punta.

—¿Por qué?

—Ya me dirá usted cuando se encuentre con él. Yo estoy aquí desde que tenía diez años recién cumplidos. Vine con la madre del patrón cuando se casó, sabe usted, y de eso hace ya cuarenta y siete años. Conocí a la señora Eleonora cuando todavía era la prometida del señor Lautaro. Parecía ser la adecuada, ¿me entiende?

—¿Adecuada? —Isabela sabía que no estaba bien chismorrear, pero la curiosidad pudo más que los modales.

—La señora Angelina siempre se preocupó mucho por la reputación y la fortuna de la familia. Ahora está más vieja, y los achaques de la edad la tienen a maltraer; además, con todo lo que ha sucedido en esta casa... Bueno, le diré que esas cosas ya no le interesan como antes, pero, en aquel entonces, le insistió al patrón para que tomara como esposa a una señorita de Saladas que había conocido en una tertulia a la que había asistido. Tanto habló y presionó que, un buen día, el señor Sanlúcar aceptó conocer a la mujer que su madre consideraba que sería una perfecta esposa para él.

—Supongo que cumplía con todos los requisitos: importante apellido, dinero, buena familia, intachable reputación.

—Así es. Además, la señora Eleonora era muy hermosa. Se veía como un ángel y parecía ser uno: siempre dulce y atenta, era imposible imaginar que pudiera siquiera elevar la voz. La señora Angelina la invitó a quedarse aquí unos días, y la señorita no tardó en aparecerse cada tanto, en compañía de su madre, por supuesto. Con el tiempo, el patrón le propuso matrimonio. Si quiere saber mi opinión, lo hizo más por cansancio que por otra cosa. O porque debía casarse y tener hijos, como se esperaba que hiciera. Y esa mujer era la adecuada, ¿entiende? En eso, los miserables somos más afortunados. Podemos arrejuntarnos con quien nos parezca y ya.

Isabela asintió, pensativa. Ella misma había hecho esa observación en una oportunidad, con otras palabras, claro, y había horrorizado a sus padres y a su hermana por igual. Su cuñado se había limitado a fusilarla con una mirada aviesa.

—Nada resultó como se esperaba, ¿verdad? —adivinó.

—Así es. —Nely comenzó a trenzarle el cabello—. Poco después de tener su anillo de casada en el dedo, la señora comenzó a mostrarse como en realidad era: caprichosa y egoísta. Dios me perdone por faltarle el respeto así a una muerta, pero es la verdad, se lo juro. No era mala, pero estaba acostumbrada a que le consintieran todos los deseos, y el patrón no estaba dispuesto a hacerlo. A la señora Eleonora le gustaba la ciudad, quería ir allá cada vez que se le antojaba, y eso al patrón lo tenía sin cuidado cuando debía ocuparse de la hacienda. No podía estar yendo y viniendo de aquí a la ciudad y de regreso solo porque su mujer quería asistir a una fiesta o al teatro. Las cosas comenzaron a tornarse muy feas por acá.

—Me imagino.

—Todo empeoró cuando nació la niña, la señorita Lorena. La señora Eleonora no quería que creciera aquí, entre peones y campesinos. Se le ocurrió que el patrón se quedara acá, si tanto le gustaba el campo, y que ella se fuera con la niña a la ciudad.

—Supongo que eso agravó la situación.

—Y no se imagina cómo. El señor le gritó a la señora que, si deseaba irse, era libre de hacerlo, pero su hija se quedaba con él. Y la señora Angelina estuvo de acuerdo. Para entonces, la patrona ya detestaba a su nuera. La dulce señorita que había conocido ya no existía. De hecho, la señora Eleonora llegó a decir que quería vivir sola con su marido e hija, que su suegra debía buscarse otra casa porque, como toda mujer casada, quería mandar en su hogar. La señora Angelina, que por entonces estaba bien de salud, se ocupaba de dirigir todo este caserón como siempre lo había hecho, sin darle a la señora Eleonora su lugar.

—Qué triste situación, Nely —opinó Isabela con compasión.

—No pasó mucho tiempo antes de que todo el pueblo estuviera al tanto de todo esto, ¿sabe usted? Llegó el momento en que el señor y su esposa discutían frente a la servidumbre como si nada. Nosotros éramos más por entonces, y los patrones se decían cosas, señorita, que un hombre jamás debería decirle a una dama y que una señora no debería desearle al marido. Todo empeoró cuando llegó de visita una prima del señor, la señorita Valentina Beltrán. A la señora Eleonora le supo mal que el señor prefiriera pasar las tardes de ocio con su prima y no con ella, y las peleas se intensificaron.

Isabela asintió.

—Quizás tenía celos de la relación entre el señor y su prima.

—Sabrá Dios. Pero así estaban las cosas cuando regresó el señor Dermont. La señora Eleonora le tenía mucho miedo. Llegó incluso a exigirle al patrón que le pidiera a su hermano que no frecuentara la casa. El señor Lautaro se negó a hacerlo, por supuesto, primero por llevarle la contraria, creo yo, y segundo porque el señor Dermont se ocupa de todo por aquí. El señor Lautaro prefiere dirigir los negocios que la familia tiene en la ciudad.

—Entiendo.

—A todo esto, la señora Eleonora enloqueció de rabia. El señor Dermont abandonó la casa y se instaló en el bosque, en una casita que el difunto señor Sanlúcar mandó a construir para... Bueno, no importa. El punto es que el señor Dermont decidió que, al alejarse, le daría un poco de paz a su hermano.

—¿Lo consiguió?

—No. Para entonces, la señorita Lorena estaba por cumplir los cinco años. —Nely desvió los ojos hacia los ventanales un momento, luego miró a Isabela, y su expresión reveló un enorme abatimiento—. Bueno, como le decía, esa noche, yo estaba en la cocina. Oí al señor discutir con la señora. En esa ocasión, era por la presencia de la señorita Valentina en la casa. El señor la mandó a callar. Todo eso lo escuché desde la cocina. Luego, se hizo el silencio. Cuando creí oportuno irme sin encontrarme con los patrones, tomé mi

abrigo, y ya salía de la casa por la puerta lateral cuando escuché un grito atronador, sí señor. Fue horrible. Cuando llegué a la sala, la señora estaba en el suelo, a los pies de las escaleras, con el cuello roto.

—¿Y el señor?

—Ahí, de pie, junto a ella. Me dijo que pidiera ayuda, pero hasta yo sabía que la señora Eleonora estaba bien muerta. Hice lo que me dijo y fui a buscar a Faustino para decirle que trajera al médico del pueblo. Por supuesto, no hubo nada que hacer. La patrona había muerto. Cuando la señora Angelina lo supo, le preguntó al señor cómo había sucedido aquella desgracia, y él solo atinó a decir que, después de discutir con su esposa, se había retirado a la biblioteca para beber a solas y que había sido entonces cuando la había escuchado caer.

Isabela meneó la cabeza.

—Qué triste desgracia —musitó.

—Aquellos fueron unos días horribles, ¿sabe usted? La señorita Valentina intentó de todo para distraer al señor de su pena, pero no lo consiguió. A su manera, él quería a su esposa, yo lo sé. No la amaba, cierto, pero era la madre de su hija, y algo de afecto le tenía. Lamentó mucho la muerte de la señora, pese a lo mal que se llevaban.

—¿Y la niña?

—Cuando la señora Angelina se acordó de ella, corrió a la habitación de la pequeña. La señorita Lorena debía estar dormida, pero no era así. La chiquita estaba escondida en el interior del ropero con las manos en los oídos, aterrorizada. Desde entonces, perdió la voz.

—Qué tristeza.

—Sí, señorita. —Nely la miró un momento en silencio—. Le he contado todo esto por una razón, no piense que lo hice solo por chismorrear.

La mujer se inclinó y le buscó la mirada.

—Poco después del entierro de la señora Eleonora, la madre del patrón despidió a toda la servidumbre —relató—. Solo dejó que nos quedáramos Faustino y yo porque nos conoce y sabe que nosotros jamás pensaríamos nada malo del patrón. Pero, los demás, sí. Los rumores fueron intolerables. Todavía lo son. Se dice en el pueblo que fue Lautaro quien empujó a su esposa por las escaleras para librarse de ella..., y ese es solo uno de los murmullos que corren por aquí sobre esta familia.

Isabela conjuró para sí la imagen del señor Sanlúcar. No le daba la impresión de ser un hombre cruel. Recordó la diversión en sus ojos al notar la creciente preocupación por su propia reputación y luego, otra vez, al hablarle de las mentiras incluidas en las referencias, y una vez más le fue imposible imaginarlo como un asesino.

Recordó el afecto en su voz al mencionar a su hija. ¿Podría un hombre que ama tanto a una niña odiar a la mujer que la había concebido hasta el punto de provocar su muerte? Isabela pensaba que era improbable. Además, concluyó, el señor Sanlúcar parecía un hombre inteligente. Si hubiera querido asesinar a su esposa, habría buscado la manera de hacerlo sin suscitar habladurías en su contra.

La joven decidió mostrarse cautelosa con respecto a todo aquel asunto.

—¿Dice usted que los rumores persisten? —interrogó.

—Sí, señorita, y por eso he hablado de todo esto con usted, para que no crea en ellos. Ni en los otros. De hecho, no haga caso de nadie que intente hablarle mal de cualquiera en esta familia.

—No lo haré.

Nely asintió satisfecha.

—El patrón es un hombre bueno, siempre lo ha sido. Lo que le sucedió a su esposa aquella noche fue un accidente. Ganas de darle sus buenos bofetones a la señora Eleonora, seguro no le faltarían, pero nunca le levantó la mano. Así que ya ve, si jamás le propinó un golpe, ¿cómo podría haberla matado?

Isabela asintió, sin saber qué comentario hacer.

—Parece razonable —murmuró.

Nely esbozó una sonrisa.

—Sabía que usted comprendería —dijo—. No como las otras.

—¿Las otras?

—Las otras maestras —aclaró Nely, y colocó la última horquilla en el pelo de la señorita. Era obvio que no deseaba hablar del tema, pero, quizás para apaciguar la curiosidad de Isabela, agregó—: Le tenían miedo al patrón, pero mucho más al señor Dermont. Mucho temor, de verdad.

—¿Fueron despedidas? —preguntó Isabela con vago interés.

Nely efectuó un rápido movimiento con la mano y se dirigió hacia la puerta, diligente.

—Discúlpeme, pero debo ocuparme de la mesa. ¿Bajará a comer?

—Sí, por supuesto.

—Muy bien. —Se detuvo en el umbral. Vaciló y, al final, dijo—: El señor Sanlúcar tiene su carácter, pero, créame, no es un asesino. Y en cuanto al señor Dermont... Es solo un hombre, uno como cualquier otro.

Isabela asintió, sin saber qué decir.

La mujer sonrió.

—Ya comprenderá usted —agregó.

*

“El salón comedor tiene la misma lúgubre atmósfera que el resto de esta vieja casa”, decidió Isabela al detenerse junto a la puerta.

El mobiliario, enorme, oscuro y muy masculino, dominaba la estancia. Tampoco había allí nada que recordara la cercanía del siglo XX. De hecho, incluso el aparador artesonado tenía, en los detalles de su talla, ornatos

propios del siglo XVIII. Las cortinas de terciopelo color azul intenso solo conferían más oscuridad a un ambiente ya de por sí deprimente. La lámpara de bronce que pendía sobre la mesa desde las alturas del techo abovedado sostenía, entre sus múltiples brazos, no solo hermosas piezas de cristal, sino también el elegante entretejido de una miríada de arañas.

Con todo, el comedor resultaba casi agradable en comparación con las vistas: a través de los ventanales, solo era visible parte del parque que rodeaba la casa por el oeste. La maleza se había extendido sobre caminos de lajas y parterres por igual hasta volver gris y agreste lo que debía ser verde y lozano. Y más allá del jardín, solo se vislumbraban el bosque y un puñado de sombras que se mecían en la niebla.

Lautaro se puso de pie de modo cortés.

—Señorita —saludó.

Isabela lo miró. “No es un asesino —pensó—. No puede serlo... ¿o sí? No, por supuesto que no”. Compuso una sonrisa. No permitiría que un puñado de cuentos malintencionados la predispusiera en contra de un hombre que la había tratado con el debido respeto y, más importante aún, que amaba a su hija y se preocupaba por ella.

—Espero no haberlo hecho esperar, señor —dijo.

—En absoluto. Acérquese. —Él hizo un gesto hacia la anciana que estaba sentada a su derecha, la cual llevaba el pelo entrecano recogido sobre la nuca con una cinta, un vestido azul intenso y un collar de perlas por todo adorno. Era evidente que, en tiempos pasados, había sido una auténtica belleza. Todavía había rastros de hermosura en aquellos ojos almendrados, en la curva suave de aquellos labios y en el óvalo perfecto del rostro—. Le presento a mi madre, Angelina Cavia de Sanlúcar. Madre, esta es la señorita Alcántara.

Isabela saludó a la señora con la debida deferencia, y la mujer hizo lo propio. La expresión del rostro de la matriarca era amable, y los ojos, de un tono de gris muy similar a los de su hijo, no mostraban otra cosa que calidez.

Después de hacer un breve comentario sobre el estado lamentable de los caminos que conducían a Los Tacuarales, le deseó una estadía agradable en el hogar.

—Gracias, señora.

Acostumbrada a vestirse con elegancia siempre que bajaba a compartir una comida con su familia, Angelina observó con agrado el atuendo de la joven. No era ni ostentoso ni demasiado informal. Era adecuado. “La distinción está en los detalles”, pensó satisfecha.

Isabela dirigió la mirada a la niña que se encontraba sentada a la izquierda del señor Sanlúcar. Llevaba un precioso vestido de muselina gris y puntillas que resaltaba el color de sus ojos y el tono rosado de su boquita, pero no era adecuado para una niña pequeña. Era demasiado formal. Sin embargo, de alguna manera, pensó Isabela, resultaba apropiado para ella: ese pequeño rostro reflejaba una seriedad poco frecuente en una chiquilla, una infinita tristeza.

Isabela observó al padre a hurtadillas y luego regresó la atención hacia la hija. No había muchas semejanzas entre ambos, además del color de los ojos y del pelo.

Lautaro apoyó una mano en la cabeza de la niña.

—Esta es Lorena —la presentó—, mi hija.

Isabela se inclinó y sonrió con dulzura.

—Hola, nena —dijo.

Lorena se limitó a observarla en silencio, inmóvil. Parecía estar evaluándola.

Isabela no se arredró.

—Me llamo Isabela —pronunció con suavidad—. Seré tu maestra.

La niña volvió el rostro solemne hacia su padre y lo observó un momento. Él le acarició el pelo.

—La señorita Isabela te enseñará todo lo que necesitas aprender ahora que eres mayor —explicó.

Lorena asintió. No tenía nada que decir. Lautaro intercambió una mirada con Isabela y luego le acercó una silla para que se sentara a la mesa. Nely se apresuró a ofrecerle pastel de carne, y la joven se sirvió una pequeña porción, en tanto el señor Sanlúcar se acomodaba en su lugar, en la cabecera.

—Faustino me comentó que tienen caballos —manifestó Isabela, lo que atrajo sobre ella la atención de la niña. Y no solo de ella, notó de pronto. Angelina la miraba con expresión afable, aunque ensimismada. El señor Sanlúcar, por su parte, se limitó a probar la comida. Sin embargo, Isabela estaba segura de que la observaba con la misma atención que reserva un depredador para una presa—. He visto a varios de ellos corretear por el prado desde mi ventana. Son magníficos, aunque debo confesar que me aterran. Yo les temo a los caballos.

Lorena pareció muy sorprendida.

—Mi nieta sabe montar desde los tres años —expresó Angelina con orgullo—. Ahora tiene su propio poni. Su tío se lo regaló en la última Navidad.

—¿Es eso cierto? —Isabela fingió cautela—. ¿Y no es peligroso?

Lorena sonrió. No fue una gran sonrisa, pero ahí estaba, en la curva suave de los labios de la niña. “Otra similitud con su padre”, pensó Isabela. El señor Sanlúcar sonreía de aquella manera.

—No, no lo es. —Angelina volvió los ojos hacia Isabela—. ¿Puedo preguntarle el porqué de su miedo? Los caballos son criaturas maravillosas.

—Cierta vez, en mi infancia, mi hermana me invitó a cabalgar con ella. De pronto, algo asustó al caballo, y yo intenté controlarlo, pero no pude. Cuando se alzó sobre las patas traseras, me arrojó al suelo y me di un fuerte golpe —narró—. Ese fue el final de mis clases de equitación. Desde entonces, siento mucha aprensión al estar cerca de un ellos.

La sonrisa de la niña se ensanchó. Al parecer, le hacía gracia que una señora le tuviera pavor a los caballos.

—Lorena, si he de acompañarte cuando decidas estar con tu poni, tendrás que ser paciente conmigo porque es probable que me largue a llorar aterrorizada —advirtió—. ¿Lo serás, pequeña?

La niña asintió, y Angelina sonrió.

—En el piso alto, al final del pasillo, hay una sala que se dispuso para el uso de los niños —comentó la señora, que acariciaba con los dedos las perlas que le adornaban el cuello, distraída—. Lorena acostumbra tomar allí sus meriendas, pero las comidas del mediodía y de la noche las comparte aquí con su padre. Y conmigo, si mis rodillas me permiten caminar.

—Comprendo.

—Sé que, en la ciudad, los niños no comen con los adultos, pero aquí, en el campo, las costumbres son diferentes.

—Eso me han dicho. —Isabela vio a Nely tentar a la anciana con una porción de batatas asadas. Angelina hizo un gesto con la mano para rechazar la oferta. Apenas había picoteado la porción de pastel.

—Tendrá usted que disculparme si, en lo sucesivo, tomo mis comidas en mi habitación —agregó la anciana—. Con este clima, me es muy difícil salir de la cama.

—No se preocupe, señora. Yo entiendo, y lo lamento mucho —se compadeció Isabela con simpatía—. A mi madre le sucede lo mismo. No se puede hacer nada, es la edad.

—¿Es muy mayor su madre?

—Sí. Mi padre también. Yo fui una sorpresa para ellos. Llegué cuando ya no esperaban tener más que nietos en la casa. Mi hermana me lleva quince años, imagínese.

—Debieron de consentirla, entonces.

—Mucho. Tanto que mi cuñado cree que me han echado a perder. Tengo más libertad que la que tuvo mi hermana en su momento, lo cual ha sido causa de algunas desavenencias fraternales —reveló de buen humor. Se llevó la comida a la boca con absoluto placer en tanto pensaba que, más tarde, debería felicitar a Nely. Nunca había probado un pastel tan delicioso—. Mi hermana tuvo todo el rigor de una educación de mediados de siglo, basada en la importancia del matrimonio y del cuidado del esposo, de los hijos y poco más. En cambio, yo llegué a la vida de mis padres cuando ya estaban dispuestos a aceptar que una mujer puede hacer más en la vida que solo dedicarse a organizar una casa y atender las necesidades de la familia.

Lorena, notó Isabela, no perdía palabra de lo que decía. Tampoco su padre, aunque continuaba sin mirarla.

De ordinario, el señor Jantus tenía la misma actitud cuando iba a comer con sus suegros: se dedicaba a limpiar el plato sin aparentar prestarle mayor atención. Eso, claro, a menos que Isabela diera la bienvenida al segundo platillo con algún discurso de carácter anarquista; pero ella sabía que estaba atento a todo cuanto se hacía y decía a su alrededor.

—He leído todos sus artículos, señorita Alcántara —expresó Angelina de pronto, después de probar un pequeño trozo de pan de queso. Esa mujer comía tan poco como un pajarito. En extremo delgada, las manos de la señora parecían casi translúcidas—. Disfruté mucho con ellos.

—Llámeme por mi nombre, por favor. Sus palabras me hacen muy feliz.

—Admito que, en un primer momento, pensé que los escribía un caballero, y así se lo comenté a mi hijo Lautaro, quien estuvo de acuerdo conmigo. Pero Dermont no coincidió con nosotros. —La mujer hizo una pausa—. Dermont es el hermano menor de Lautaro —aclaró.

Isabela asintió.

—Lo sé. ¿Por qué no estuvo el señor de acuerdo con usted? —inquirió.

—El estilo —explicó Lautaro, escueto—. Dermont dijo que un hombre, si ha de explayarse sobre un tema en particular, lo hará llamando a las cosas por su nombre. Usted, en cambio, realiza una descripción más poética, por decirlo

así, de algo tan prosaico como una calle, por ejemplo. Mi hermano consideró que solo una mujer podía ser capaz de esa prosa.

—Entiendo. Nunca había pensado en ello. —Isabela estaba exultante—. Además, por sus palabras, asumo que su hermano también ha leído mis artículos. Me siento halagada.

Él curvó los labios hacia arriba.

—Le fue imposible no hacerlo —confesó, y desvió la vista hacia su hija. Cortó una salchicha en trozos más pequeños para la niña con la naturalidad que da la costumbre. Lorena miró a Isabela con curiosidad—. Mi madre insistía en mostrárselos, igual que a mí.

Isabela no perdió la sonrisa. No le importaba por qué los habían leído. Que el señor Sanlúcar y su hermano consideraran a aquellos escritos dignos de leerse y que hubieran encontrado tiempo para hacerlo entre sus muchas y variadas obligaciones era alentador.

—La manera en la que enlaza usted las palabras para formar oraciones de una hermosura casi poética me impresiona —comentó Angelina con sencillez—. No muchas personas pueden escribir de tal modo.

—No sabe cuánta alegría me da escuchar eso —dijo Isabela sonriente.

De pronto, la timidez de la muchacha se relajó hasta casi desaparecer. Nada la emocionaba más que hablar de su trabajo como escritora. Los colores le animaron las mejillas, y la mirada se le iluminó.

Lautaro la observó, pensativo. De pronto, la belleza de aquella mujer resultó evidente. Era una hermosura encantadora, sutil, que estaba allí, en la curva suave de sus labios, en la tersa suavidad de las mejillas, en la dulzura de la mirada.

—Durante mucho tiempo, he tenido que ocultar mi autoría —continuó Isabela, ajena a la evaluación de Lautaro—. Todavía sigo haciéndolo, aunque ya es un secreto a voces. Si pudiera, pregonaría desde los tejados que todos los artículos de *Belle Époque* dedicados a Corrientes y a su historia me pertenecen.

—¿Y por qué no lo hace? —inquirió Angelina.

—Por respeto a mi familia —respondió con sinceridad—. Mis padres no ven nada cuestionable en que escriba, pero a veces tiendo a desviarme del tema y deo entrever mis ideas, que son un tanto... escandalosas, hasta consideradas por muchos como anarquistas.

—Ya veo —dijo la anciana, aunque, a juzgar por la expresión que mostraba, las palabras de la escritora bien podrían ser señaladas por la Iglesia como blasfemias y, aun así, ella continuaría leyéndolas.

—Mi problema es mi cuñado, el señor Jantus —continuó Isabela, ya en confianza—. Es un caballero mayor cuya educación ha girado en torno a una premisa muy simple: los hombres deben ser los proveedores naturales de la familia, y las mujeres de la casa deben dedicarse a su marido e hijos, sin más distracción que sus labores de aguja. En su opinión, educar a una fémia es poco menos que atentar contra los pilares morales de la sociedad.

—Entiendo.

Isabela sonrió complacida.

—Sabía que comprendería —manifestó, y volvió los ojos hacia el patrón—. Señor, ¿lee usted mucho?

Lautaro notó que, pese a la timidez de la joven, cuando hablaba de un tema que le apasionaba, la desenvoltura que mostraba se hacía patente.

—Cuando mis deberes me lo permiten —respondió.

—Supongo que lo notó: no pude apartar los ojos de su biblioteca cuando tuvo usted la amabilidad de recibirme. Parece estar bien provista.

—Lo está —confirmó, escueto, y luego agregó—: Aunque si cree que soy aficionado a la lectura, se equivoca. Todos los libros que ha visto usted le pertenecen a mi hermano. Tengo entendido que los ha recolectado desde muy joven. Tiene muchos más en su casa.

—Hay más en una habitación del piso alto también —comentó Angelina—. A causa del lugar que ocupan los libros mayores y los documentos relacionados con la hacienda, Dermont se vio obligado a trasladar una buena

parte de ellos allí.

Isabela sintió que la emoción le coloreaba las mejillas. Contuvo apenas el deseo de solicitar permiso para revisar no solo la biblioteca, sino también aquel recinto. Acostumbrada a leer en tres idiomas casi desde la cuna, le apasionaba la idea de pasar los momentos de ocio enfrascada en la lectura. Pero concluyó que no sería correcto hablar de ello. Sus anfitriones, empleadores, se corrigió, podrían tener la impresión equivocada de que descuidaría las obligaciones laborales a causa de ese amor por la literatura.

Lautaro se aseguró de que Lorena tuviera en el plato un buen surtido de verduras y luego volvió los ojos hacia la maestra. Ella llevaba un vestido marrón sencillo, de entrecasa, con el cuello alto adornado con puntillas, al igual que las mangas y los bajos de la falda. Aunque era un atuendo adecuado para la ocasión y no había nada cuestionable en él, Lautaro pensó que debería llevarlo una mujer de mayor edad, no ella.

A sus cuarenta y cinco años, era mucho mayor que la señorita Alcántara y no podía menos que verla como una jovencita. Ella llevaba el pelo recogido en una apretada trenza que le caía sobre la espalda. Cuando había llegado, tenía puesto un bonete de paseo, uno de esos ridículos sombreritos adornados con plumas y flores de tafetán tan de moda en la ciudad, y él no había tenido una clara visión de su cabellera. Pero había visto cómo varios mechones ondulados intentaban huir de la prisión del tocado con cada movimiento de cabeza.

Admitió para sí que esa mujer lo había sorprendido. Cuando Nely le anunció que la señorita Alcántara había llegado, había esperado recibir en la biblioteca a una dama de mayor edad y de modales refinados y contenidos. Pero su desconcierto había ido en aumento al entrevistar a una joven mujer que, en su opinión, había dejado las aulas demasiado pronto, pese a la seguridad que demostraba en sí misma y en los conocimientos que tenía como maestra.

La manera en que había saludado a su hija le había demostrado, además del temple de la muchacha, la profundidad de su bondad y su natural inclinación hacia la comprensión y contención, cualidades propias de una

auténtica dama. Otra en tal lugar, más interesada en impresionar al empleador, habría deseado imponer autoridad de inmediato sobre la niña, de modo de aniquilar todo tipo de rebeldía antes de que se manifestara. Ya había sucedido con anterioridad. Hallar a una mujer que se mostrara comprensiva e incluso tierna con Lorena, sin tener como objetivo agradar al padre, había sido una interesante sorpresa.

Entonces, después de haberla escuchado hablar sobre su familia, del hecho de que sus padres fueran demasiado mayores para tratarla con severidad, de su hermana, de su cuñado y del amor por la palabra escrita, comprendía un poco más la razón de ese temperamento dulce y a la vez desenvuelto.

—¿Sucede algo? —preguntó Angelina con preocupación, quizás al notar la expresión avinagrada de su hijo.

—No, madre.

—Sin duda, Lautaro está preguntándose si Dermont aceptará confiarle sus amados libros —aventuró la anciana, y dirigió sus ojos astutos hacia Isabela—. No se los daría a nadie que pudiera dañarlos. Algunos son primeras ediciones muy raras por lo que tengo entendido.

—Oh, ¿de verdad? —Isabela no necesitó más incentivo que aquel para relegar al olvido las dudas. Se dio vuelta hacia Lautaro, ansiosa—. Le aseguro que, si su hermano tuviera la amabilidad de prestarme los libros, los cuidaría.

El patrón le devolvió la mirada, de pronto divertido.

—Veo que le apasiona leer —observó.

Lorena dividía la atención entre su padre, su plato y la nueva maestra. Hacía mucho tiempo que no presenciaba una conversación tan animada en la mesa.

—Mucho, señor. Mi hermana me ha dicho que incluso puedo resultar ofensiva porque pierdo todo interés por otra cosa que no sea proseguir con la lectura —confesó, y luego añadió con rapidez—: Por supuesto, exagera. Jamás descuidaría mis deberes. Aquí leería en mis horas de ocio o por la noche, antes de dormir.

—Por supuesto que sí —decidió Angelina, que dirigió a su hijo una mirada intencionada.

—Puede usted tomar el libro que guste cuando le apetezca hacerlo —concedió Lautaro entonces—. Hablaré con Dermont.

—¡De verdad es usted muy amable, señor!

Él no hizo comentarios. Angelina lo miró con reprobación y volvió los ojos cálidos hacia la señorita.

—Isabela, sé que esperaba comer en la cocina con Nely. Debido a su posición en esta casa, es lo propio, pero preferiría que compartiera las comidas con nosotros —pidió, afable—. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

—Gracias, señora. Es usted muy bondadosa —repuso, a sabiendas de que aquella era una invitación fuera de lo común, por decir poco. Ella, como miembro del servicio, debía comer con los sirvientes de la casa, no a la mesa con el señor.

—A Lautaro le vendrá bien la compañía. Sé que no le gusta cenar solo, aunque tiene que hacerlo con regularidad, por desgracia —comentó la mujer—. Lorena a veces toma sus comidas más temprano, y yo me quedo en cama a causa de mis articulaciones.

Isabela asintió.

La niña observó a la institutriz, pensativa.

—¿Te gustaría que Isabela cenara aquí con ustedes? —preguntó la anciana.

Ella asintió, e Isabela le sonrió.

—Eres muy amable, Lorena —agradeció—. Veo que no has comido tus verduras. ¿No te gustan?

La pequeña negó con la cabeza.

Isabela asintió, comprensiva, y probó un trozo de zanahoria.

—Elicia, mi hermana, es una amazona magnífica. ¿Sabes lo que significa eso? Cabalga muy bien; y de lado, además, como una dama. Una vez le pregunté cómo podía montar así sin caerse. Me dijo que, para hacerlo, necesitaba tener mucha fuerza en los brazos y las piernas, además de práctica. Me confió que, todos los días, comía en el almuerzo un montón de verduras para adquirir fortaleza. ¿No deberías hacer lo mismo tú también si deseas ser una buena jinete?

Lorena lo pensó. Era evidente que le habría gustado controlar las riendas de un caballo tan bien como la señorita Elicia, pero el precio que debía pagar se le antojaba muy caro.

—Si pensara que mi hija sería capaz de manejar un caballo como lo haría una amazona de experiencia, quizás mi hermano podría encontrarle una montura adecuada —agregó Lautaro despacio—. El poni es para niñas pequeñas.

Lorena por fin asintió y comenzó a consumir las verduras. Con desagrado, pero lo hizo.

Angelina sonrió.

—Es usted muy buena, Isabela —alabó.

—No dije más que la verdad —acotó ella—. Mi hermana tiene sus ideas.

—Así que usted no sabe cabalgar —retomó Lautaro, reflexivo—. Es una lástima.

—No. Desde mi caída, me he mantenido alejada de los caballos. —Isabela examinó otra zanahoria con el tenedor antes de masticarla—. Lo mío son las palabras, no la equitación.

Lautaro la evaluó con atención.

—Si mi hija quiere cabalgar, también tendrá que hacerlo usted —razonó, y casi sonrió al ver el espanto reflejado en el rostro de la mujer. Se sirvió una medida de vino en una copa—. ¿Cree acaso que se quedará usted aquí mientras Lorena practica sola en el picadero o en el prado?

—Por supuesto, no hay nadie más... —murmuró ella al caer en la cuenta de que, a partir de ese día, era responsable de la seguridad de la niña en tanto se encontrara bajo su vigilancia.

—No se preocupe, señorita. —Lautaro terminó el vino—. Mi hermano se ocupará personalmente de usted. Encontrará un tiempo entre sus obligaciones para enseñarle a cabalgar. Es él quien, de ordinario, se ocupa de los caballos y de todo lo relacionado a ellos.

Eso la espantó aún más. El señor Dermont no la conocía siquiera y ya debería encargarse de ella. Pero, antes de que pudiera encontrar la voz para decir algo, cualquier cosa, Lautaro se puso de pie y se disculpó.

—Tengo que resolver unos asuntos importantes —se excusó—. En la tarde, quiero examinar unos documentos que el señor Lozada, mi administrador, me envió, y me gustaría tener listos los papeles.

—Por supuesto. —Angelina hizo un gesto con la mano para apremiarlo a marcharse—. No te preocupes.

Lautaro depositó un beso suave en la frente de su hija.

—Cuida de tu maestra —le pidió con suavidad, y la niña sonrió. Él levantó la vista y se encontró con la mirada de Isabela. Inclino la cabeza en un gesto de despedida. La joven asintió, sin saber qué otra cosa hacer.

Cuando el señor Sanlúcar desapareció en la penumbra del pasillo, Lorena se deslizó fuera de la silla y buscó a Nely con la mirada. La mujer dejó sobre la repisa del armario una fuente cubierta y acudió a ella con una sonrisa.

—¿Es hora de la siesta? —preguntó, y la niña asintió.

Angelina echó una breve mirada hacia el reloj de pie que se encontraba en una esquina del comedor.

—Por cierto, ya debería estar en la cama —observó.

Nely asintió, y Lorena le enseñó en silencio las manos. Se había ensuciado con la salchicha. En uno de los volantes que adornaban su vestido, había también una mancha de salsa.

—Ya veo. —Sonrió—. Primero te cambiarás de ropa y te refrescarás. Despidete de tu abuela y de la señorita Isabela, pequeña.

Lorena corrió hasta su abuela y la besó en la mejilla; luego, se dio vuelta hacia la maestra, indecisa.

—¿Me darás un beso a mí también? —preguntó Isabela con suavidad, y tendió los brazos hacia ella.

La niña asintió con timidez.

—Eres preciosa —pronunció cuando Lorena se dejó mimar.

Luego de que la pequeña se marchara con Nely, Angelina se mostró complacida.

—Usted es buena con los niños —comentó. En su plato, quedaba todavía gran parte del pastel de carne y la mitad de la única salchicha que se había servido, pero era evidente que el almuerzo, para ella, había terminado—. Las otras jóvenes que contraté fueron una decepción.

Eso la sorprendió. Recordó que Nely había mencionado la existencia de otras mujeres, también empleadas para enseñarle a la niña. De hecho, ella misma se encontraba allí porque la parienta de su madre le había comentado que la última maestra se había marchado de Los Tacuarales de manera intempestiva. Sabía que debía reprimir la curiosidad, pero le fue imposible hacerlo.

—Discúlpeme, pero ¿por qué dice eso? —dijo vacilante.

Angelina deslizó un dedo sobre el altorrelieve que adornaba el tenedor.

—Cuando mi nuera falleció, mi hijo no estaba en condiciones de decidir cómo había que educar a la niña, así que resolví ocuparme del asunto de manera personal —relató la anciana en voz baja—. Contraté a una señorita de Saladas para que le diera clases a la pequeña. Graciela Alegre me pareció una buena elección en su momento. Pertenecía a una familia no acomodada pero decente. A veces era demasiado severa, incluso impaciente. Pensé en despedirla, pero no había muchas personas que quisieran el empleo.

Isabela se acordó de los rumores que tildaban al señor Sanlúcar de asesino y asintió, comprensiva.

—Debería haberle prestado más atención —continuó—. No estaba en sus cabales. ¿Cómo podría haber imaginado...? No podía saberlo.

—¿Qué cosa? ¿Es la mujer que se marchó sin despedirse?

Angelina desvió la mirada un instante.

—No —dijo al fin—. Usted se refiere a la señorita Paiva. Manuela escapó de aquí en la noche con parte de la platería.

Isabela recordó que ese detalle no había estado incluido en el parloteo de la parienta de su madre.

—Entiendo —musitó—. ¿Qué sucedió con la señorita Graciela?

Angelina no parecía querer continuar con el tema. De hecho, se mostró arrepentida de haberlo sacado a colación, pero ya no podía callar.

—Se suicidó —reveló despacio—. Graciela se suicidó.

Isabela abrió la boca y luego la volvió a cerrar.

—Dios mío —murmuró.

—Fue un suceso muy desagradable. Todavía no entiendo por qué decidió quitarse la vida en esta casa cuando podría haber elegido otro sitio para su final, cualquiera menos este.

Isabela estaba horrorizada.

—Sucedió... ¿aquí?

—Sí, así es. Nely la encontró en la mañana. Le extrañó que Graciela no hubiese bajado a desayunar. —Angelina dudó una vez más—. Su muerte resultó rápida, supongo. Se colgó de una viga en su habitación. Cuando Nely dio la alarma, ya había fallecido.

Isabela pensó en las vigas que cruzaban el techo de su propia alcoba y luego en la expresión de Nely al entrar a aquellos aposentos tras no escucharla responder a su llamado. Palideció.

—¿Sucedió en la primera habitación de la derecha? —preguntó Isabela en voz muy, muy baja. De reojo, vio a Nely entrar al comedor y detenerse junto al aparador para comenzar a cubrir, en silencio y con sorprendente eficacia, los alimentos que no habían sido solicitados.

Angelina enarcó una ceja.

—Sí —confirmó—. ¿Cómo lo sabe?

—Lo adiviné. —Isabela se preguntó si podría dormir allí después de enterarse de aquello.

Que una mujer se hubiera quitado la vida al colgarse en la que ahora era su alcoba no era una noticia muy edificante, por decir poco. Sin embargo, eso, por supuesto, había sucedido hacía mucho tiempo, se dijo, y como la mujer razonable que era, sabía que a nada debía temer de todo aquello.

—Lo siento mucho —musitó.

—Sí, todos lo sentimos —dijo Angelina, quien apoyó la servilleta sobre sus labios y luego la dejó arrugada sobre el mantel. Se puso de pie—. Lamento haber hablado de esto. No sé por qué lo hice. No es un tema para tratar en la mesa.

—Está bien, señora. No se preocupe.

Angelina le ofreció una pálida sonrisa.

—Isabela, espero que pueda visitarme en mi alcoba de tarde en tarde —deseó. Había un rictus de amargura en la voz—. Ya no recibo visitas y a veces extraño conversar con una mujer.

—Sí, señora. Será un placer —prometió ella distraída—. Incluso podría solicitar su opinión sobre el nuevo artículo que estoy preparando.

—Eso me encantaría. —Angelina sonrió y, después de un breve gesto de despedida, se marchó, tras apoyarse en un elegante bastón con mango de plata.

La muchacha observó el plato, y Nely le dirigió una mirada sapiente en tanto recogía la vajilla.

—¿Desea cambiarse de habitación? —preguntó con amabilidad.

Isabela la miró. ¿Acaso creía que pasaría gran parte de sus noches ocupada en contemplar aquella maldita viga, presa de la imaginación, en tanto recreaba en la mente los últimos momentos de aquella mujer?

¿Se figuraría en la oscuridad los pies colgantes, las manos laxas, el cuerpo inerte? O, peor aún, ¿creería escuchar, en el silencio de la madrugada, el crujido del cuello al quebrarse? ¿O vería la silueta informe de la fallecida cernirse sobre ella en la penumbra?

Por supuesto que no. Qué tontería. Era una dama instruida. Era imposible que invirtiera el tiempo en conjurar espíritus.

—Sí —aceptó con suavidad—. Gracias.

CAPÍTULO 3

Ciudad de Corrientes.

Próspero Lozada se detuvo un instante en el pórtico, frente al umbral de su casa, en tanto se preguntaba si no habría olvidado algo. Se colocó el paraguas debajo del brazo y se palpó los bolsillos de la chaqueta. Tenía la sensación de que había dejado algo importante en el hogar. Revisó el maletín. Los documentos que necesitaba estaban allí. Vaciló. Dirigió una mirada a su entorno al tiempo que dudaba entre regresar o no para asegurarse de que no había dejado alguna cosa importante en la sala.

La luz del sol, cálida y brillante, caía oblicua sobre el jardín de la vieja casona colonial. En compañía de la brisa que provenía del río, iluminaba con sus doradas pinceladas los antiguos parterres de flores, los senderos de ladrillo y los viejos arbustos que adornaban el perímetro de la propiedad. Una miríada de mariposas blancas había descendido sobre los árboles y refulgían bajo la luz del sol como diminutas estrellas con alas.

Próspero entornó los ojos cuando notó las nubes oscuras que avanzaban desde el oeste y que amenazaban a la ciudad con otra tormenta. Pronto, la luz del sol desaparecería, y el día se vería envuelto por la penumbra que precede a la lluvia.

Al final, el caballero se ajustó los lentes sobre la nariz y cruzó la calle, todavía desierta a tan tempranas horas de la mañana. Lo que debía llevar consigo lo tenía, así que no perdería el tiempo en preocuparse por algo que no podía recordar, decidió.

—¡Señor, un momento por favor!

Próspero detuvo los pasos y se volvió. Una criada le hizo una seña con el abrigo y el sombrero desde la puerta poco antes de cruzar la calle y darle alcance.

—Gracias. —El hombre se colocó las prendas con rapidez. No deseaba que algún vecino lo sorprendiera mientras se vestía en la vereda—. Ya sabía que olvidaba algo.

—¿El señor tiene algún recado para la señora Marta?

—Ninguno, niña —contestó.

—¿Está seguro?

Próspero forcejeó con una de las mangas del sobretodo. Le ajustaba demasiado a la altura del codo.

—Solo que recuerde sacar al perro al patio —dijo entonces—. Ese animal no debería dormirar dentro de la casa. Se supone que está para cuidar la propiedad, no para echarse en la cocina.

—Sí, señor —acató la criada con una sonrisa, a sabiendas de que la señora Lozada jamás dejaría a *Dulce* afuera cuando podía tenerlo con ella. Próspero se tocó el sombrero a guisa de despedida, se empujó los lentes sobre la nariz una vez más y cruzó la calle a grandes pasos bajo la mirada somnolienta de la criada.

El señor esquivó a un par de transeúntes tan apurados como él, se disculpó con una matrona a la que casi había atropellado al doblar la esquina y se dirigió hacia la oficina de correos, presuroso.

Diez minutos después, se detuvo en la puerta del local y frunció el ceño con disgusto. Había creído que hallaría el lugar casi —si no por completo— vacío, pero no sucedió así: había al menos veinte personas que esperaban a ser atendidas por un único empleado. Al parecer, todos los caballeros en la ciudad habían tenido la misma idea que él: con la posibilidad de que cayera un chaparrón en cualquier momento, nadie querría realizar diligencias tan temprano, por lo que el correo estaría desierto. Se habían equivocado. Próspero se resignó a lo inevitable y se dispuso a esperar a ser atendido.

Saludó a un par de conocidos con un ligero movimiento de cabeza, abrió el maletín y se aseguró una vez más de tener todos los documentos que debía enviar a su cliente. Se sorprendió al hallar entre sus papeles el último número de *Belle Époque*, la revista favorita de su esposa. La había comprado para ella, pero había olvidado dársela.

Próspero se acomodó en una silla y, como supuso que no tendría otra cosa que hacer durante la siguiente hora y media, comenzó a hojear las páginas sin mucho interés. Era una publicación dirigida a una audiencia femenina, eso era evidente; contenía artículos sobre labores de aguja, tocados, tipos de tela, abrigos y sombreros, nada que le importara. Pasó un par de páginas hasta que encontró un artículo que le llamó la atención.

11 de noviembre de 1895.

Belle Époque, Ciudad de Corrientes.

Número 84.

I NTELIGENCIA Y DETERMINACIÓN

Una audaz señorita que en ciertas ocasiones escribe para el periódico *Las Cadenas* con el seudónimo de “Severa” compartió conmigo, en cierta ocasión, una conversación que escuchó por casualidad.

Mientras su amiga relataba frente al espejo de la sala la admiración que había despertado entre los caballeros en un baile de la noche anterior, una joven muy inteligente comentaba por lo bajo: “El día en que la mujer se olvide de mirarse al espejo y tome un libro, disminuirán las cabezas huecas y la frivolidad”.

A la amiga de esa señorita, muy poco le importaba su propia cabeza hueca, porque, tras ignorar de manera deliberada la opinión de su interlocutora, tomó la palabra y pasó a describir su éxito social de la siguiente manera: “Mis

adoradores fueron nada menos que tres, quienes se enloquecieron por completo..., y yo me mostré cruel, inflexible”.

¿Es esto lo que deseamos, que nos reconozcan por ser coquetas, hermosas y frívolas? ¿Solo eso? ¿Nuestro éxito radica en cuántos admiradores tenemos? ¿En serio? No sorprende entonces que los caballeros nos consideren inferiores a ellos.

Señoras: no debemos permitir que esto continúe así. Es una vergüenza.

Es importante para el futuro de nuestras hijas y nietas que seamos apreciadas por nuestra inteligencia, nuestras convicciones, todos nuestros logros.

Luchemos por la libertad, por la igualdad, por el derecho al voto, por un salario adecuado, por justicia.

Empecemos por oponernos a que palabras como las siguientes sigan utilizándose para describirnos: “En los balcones y las ventanas de las casas, el sexo femenino, ese preciado *chiche* de la humanidad, asoma su preciosa cabecita”.

¿“*Chiche* de la humanidad”? Sin palabras. ¿La mujer hoy no es más que un adorno, solo una frágil y hermosa muñequita de porcelana que debe ser admirada y protegida?

Así nos ven, pero la culpa no es de los otros, sino nuestra. Porque insistimos en ser partícipes de frivolidades y chismorreos indolentes cuando deberíamos batallar en las calles por llegar a la universidad, conseguir mejores empleos y alcanzar las urnas.

He aquí otra conversación, esta vez hallada en una crónica escrita por F. A. de Mirón, que nos hará pensar en cómo nos presentamos ante los otros:

—Señorita, ¿quiere usted decirme de quién gusta su amiga M.?
—le dijo cierto joven a una morocha.

—No sé decirle con seguridad, caballero. La razón es obvia. Como usted bien lo sabe, hay una condición que nos es característica...

—¿Cuál es?

—Nosotras adolecemos de una volubilidad inconcebible. Cuando vemos un buen mozo, nos impresiona y lo amamos, pero... aparece otro más bonito aún, y entonces desechamos al primero para dedicarnos de manera exclusiva al último.

Señoritas, es el momento de pensar antes de soltar frases como “adolecemos de una volubilidad inconcebible”. Mientras en la calle hay compañeras que intentan permanecer en los salones universitarios, obtener un título, conseguir la igualdad entre hombres y mujeres en todos los ámbitos, otras solo provocan vergüenza.

En realidad, ¿qué deseamos para el futuro? Cambiemos el mundo, señoras. Tenemos las armas: inteligencia y determinación. ¡Para ello no necesitamos mostrar los tobillos, tampoco menospreciar a otros, solo leer para tener fundamentos, hablar para ser escuchadas y rebelarnos para dejar de ser invisibles!

Redacción anónima

Próspero murmuró su disgusto entre dientes. El autor de aquel artículo debería dedicar el tiempo a problemas más acuciantes. El municipio no parecía preocuparse en demasía por el bienestar de los ciudadanos: allí había todo un tema. En las inmediaciones de su propia casa, los faroles precisaban de una buena friega, como poco. Además, los árboles amenazaban con caer sobre algún desprevenido cada vez que había tormenta. Era una desgracia a

punto de ocurrir. Y eso no era lo más desagradable; había que atreverse a salir cuando las calles quedaban anegadas a causa de la lluvia y ríos de basura y excremento se formaban en las esquinas.

—Señor Lozada.

Próspero se sobresaltó. Se dio vuelta y se encontró con la personificación de todas sus pesadillas a su lado.

La señorita Hermann sacudió el paraguas que llevaba y se alisó la falda.

—Buenos días. Qué agradable sorpresa —lo saludó.

Él no se dejó engañar. “Qué sorpresa ni qué nada”, pensó. Estaba seguro de que esa niña entrometida lo había rastreado como un sabueso. Quizás incluso habría visitado la residencia Lozada para informarse de su paradero. La criada le habría dado un resumen de sus actividades del día, con toda seguridad, y la señorita Hermann no habría dudado en seguirle los pasos.

Livi tendió la mano hacia él de manera educada. Próspero no la estrechó como ella esperaba, como si se tratara de un hombre. Por el contrario, como un caballero que había sido educado en las viejas costumbres de mediados de siglo, la acercó al rostro con ademán de besarla y la soltó de inmediato, aunque con delicadeza.

—Señorita Hermann —pronunció.

Ella sonrió.

—Llámeme Livi —lo instó ella, y luego añadió—: El habernos encontrado aquí es una maravillosa oportunidad para hablar del asunto que tenemos en común.

Próspero guardó el ejemplar de *Belle Époque* en el maletín.

—Este no es el lugar ni el momento —objetó.

—El lugar y el momento adecuados para hablar de algo en particular se relacionan con el tiempo. Usted, ahora mismo, no hará otra cosa que esperar, y yo no tengo ningún otro asunto que atender. Bien podemos hacernos mutua

compañía y tener una agradable conversación sobre los intereses financieros del señor Sanlúcar.

Próspero la miró, y la perplejidad se reflejó en su rostro rubicundo.

—Señorita Hermann... Eh, este... Livi —se corrigió—, ¿qué está haciendo?

—¿En este momento?

—Sí. No. Me refiero a que usted debería estar ocupada con otros asuntos. Ya le dije que el señor Sanlúcar no está en la ciudad.

—Envíele una carta, entonces, para comentarle mi propuesta.

—Señorita, él nunca dejaría la administración de sus negocios en manos de una mujer.

—Puede que lo sorprenda —expresó la joven, siempre sonriente.

El hombre lanzó un resoplido.

—Esto es incorrecto —se quejó—. Que una dama pretenda administrar una propiedad es inaudito.

Ella hizo un gesto con la mano, como si estuviera espantando a un insecto particularmente molesto.

—Sé que puedo hacerlo. Usted sabe que los números me son familiares, incluso queridos. Entiendo que, por mi condición de mujer, lo dude, pero soy muy inteligente. Le aseguro que puedo hacer el mismo trabajo que un hombre con iguales o mejores resultados.

—Una señorita de su edad no debería interesarse en libros contables —amonestó Próspero—. Mucho menos en los problemas de un ingenio azucarero. He escuchado rumores muy desagradables sobre usted.

—Los rumores siempre son desagradables. ¿Ha escuchado usted uno agradable alguna vez?

El señor Lozada no se dejó distraer.

—Que una dama viaje sola fuera de la ciudad y sea vista en un pueblo como San Ignacio en compañía de campesinos e indios no es correcto. Pero eso no es tan preocupante como el hecho de que se dedique a criticar las condiciones laborales de esa gente y los predisponga en contra el señor Pedro Gómez Lanari.

—Ese hombre no es un caballero.

—Da la casualidad de que el señor Gómez Lanari me comentó, ayer por la tarde, que la sorprendió el sábado pasado en San Ignacio mientras usted incitaba a los trabajadores a la huelga —continuó, como si ella no hubiese intentado interrumpirlo—. Eso no se hace. Una dama debería estar en su casa y dedicarse a las tareas domésticas.

Livi apoyó ambas manos sobre el paraguas.

—Ese hombre no ha dudado en explotar a sus obreros a gusto y placer durante años. —acusó al tiempo que se forzaba a mantener la calma—. Ahora, ha decidido vender la propiedad. El señor Sanlúcar está interesado en adquirirla. Entiendo que este caballero pretende cerrar el ingenio y dividir la tierra en lotes. Muchos hombres perderán sus empleos, e incontables familias quedarán en la miseria. Tengo que hacer algo para impedirlo.

—No, señorita, no tiene que hacer nada. ¿Qué puede importarle...? Dios mío, esto es una vergüenza. Debería estar buscándose un marido, no problemas.

—Señor, no necesita gritarme.

Próspero enrojeció.

—Perdóneme —se disculpó. Sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos y lo apoyó en sus sienes—. No fue mi intención elevar la voz, pero este tema está comenzando a horadar mis nervios, y apreciaría que tuviera usted la amabilidad de evitarme más disgustos.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Por supuesto. —Livi asintió, comprensiva—. Mi padre me dijo algo parecido hará un par de días. A veces pienso que son los caballeros los que deberían portar sales. Es una pena y lo lamento mucho, pero no cejaré en mi empeño por conseguir mis objetivos.

—Señorita...

—Livi —le recordó ella. Buscó algo en uno de los bolsillos de su abrigo. Al fin tendió un sobre hacia él. No olía a flores, como toda papelería femenina, y tampoco estaba adornado con el monograma de la familia de la dama—. Me gustaría que enviara esto al señor Sanlúcar junto a sus documentos.

—Livi. —Próspero le dirigió una mirada casi paternal—. Esto no funcionará, lo sabe.

Ella no se amilanó.

—Por favor —musitó. Le tomó la mano y apoyó el sobre en ella en tanto lo miraba a los ojos—. Haga esto por mí, y le prometo que ya no lo presionaré para que hable en mi nombre con el señor Sanlúcar.

Próspero la miró un momento en silencio y por fin asintió.

—Está bien —accedió. Debería haberse negado, pero sabía que discutir con esa señorita sería agotador y por demás inútil—, lo haré.

La muchacha le ofreció una sonrisa encantadora.

—Gracias, señor —dijo—. No se arrepentirá.

CAPÍTULO 4

La Cruz.

Isabela apartó la mirada de sus notas cuando oyó la voz de Nely en el pasillo. Se la escuchaba furiosa. Preocupada, dejó la pluma en el tintero y bajó la cortina plegable del antiguo escritorio de roble.

La débil luz del atardecer le iluminó las ondas del pelo cuando se inclinó y cerró la ventana. Los susurros del viento entre las ramas de los viejos rosales se acallaron, y el murmullo del agua en el camalotal desapareció. Con el silencio, resultó audible la discusión que se desarrollaba en las cercanías. Llegó a identificar entre los coléricos susurros la voz de Nely, pero también creyó percibir en una de las voces el temple inflexible del señor Lautaro Sanlúcar.

Presas de la curiosidad, Isabela se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Dudó un instante, sin embargo. ¿Haría bien en entrometerse en un asunto que no le concernía?

Lorena abandonó la tarea que Isabela le había asignado un momento antes y levantó los ojos hacia ella, aprensiva.

—No te asustes —la tranquilizó Isabela con una sonrisa—. Debe de ser una tontería.

La niña contempló la puerta con fijeza, y el miedo se reflejó en su expresión.

Isabela se inclinó y le rozó la mejilla con una caricia.

—Lorena, mírame. Iré a ver qué sucede, ¿está bien?

La pequeña estiró la mano y cerró los dedos contra el ruedo de la falda de la maestra. Pretendía detenerla quizás, aunque no imprimió fuerza en el agarre.

Isabela se enterneció. A su manera, Lorena estaba intentando protegerla. Entonces se arrodilló, tomó aquel angelical rostro entre las manos y buscó la mirada de la niña.

—Conoces a Nely —comenzó con dulzura—. A veces eleva la voz, pero eso no significa que esté enfadada, ¿verdad?

La joven Sanlúcar vaciló. Al final, meneó la cabeza.

—Quizás necesite ayuda para preparar la cena. ¿Te parece bien que vaya a preguntarle?

Lorena no respondió, como siempre, y otra vez Isabela lamentó no poder hacer más. Conversaba con ella, la invitaba a participar de la plática, intentaba persuadirla para que hablara de todas las maneras posibles, pero la chiquita permanecía en silencio.

La niña tan solo no estaba dispuesta a permitir que su voz escapara de sus labios sellados.

Lorena dejó caer la falda y movió la mano sobre la pizarra de práctica. Isabela notó que la niña todavía no había concluido la tarea que le había dado. Copiar unas líneas de un libro le estaba resultando muy difícil. La caligrafía de la alumna se torcía hacia la derecha hasta aplastar las vocales contra los renglones. El texto sería, como poco, ilegible.

Isabela guio los dedos de la pequeña con suavidad.

—Así, ¿ves? —explicó con ternura—. Quiero comprender lo que escribes, no adivinar.

Lorena borró lo que había garabateado e intentó hacerlo de nuevo, esa vez con trazos más grandes. Isabela pensó que esa niña jamás lograría tener una caligrafía elegante a menos que se esforzara en ello.

La voz de Nely atravesó el pasillo una vez más. Se oía, más que disgustada, rabiosa. Lorena aplastó la pizarra contra la alfombra, pero no elevó la vista.

Isabela fue hacia la puerta.

—Regreso en un momento —anunció.

Mientras tanto, Lorena se concentraba en enderezar las letras torcidas.

La joven maestra salió al pasillo, cerró la puerta despacio detrás de sí y avanzó en silencio hacia las voces.

Las ventanas que se abrían hacia los jardines estaban entornadas. Alguien había arrimado los postigos. La luz del ocaso no lograba penetrar las cortinas, limitada a un tenue resplandor color carmín contra las celosías.

Isabela se alisó las arrugas de la falda y se aseguró de que los botones de la blusa que llevaba puesta estuvieran abrochados en el cuello de manera correcta. Sabía que el señor Sanlúcar se encontraba en el vestíbulo con Nely, ya que había percibido su voz. No quería presentarse frente a él desaliñada. Sin embargo, pensó, no podría evitarlo. Notó que había manchas de tinta en la puntilla que le adornaba la manga.

Isabela rodeó las escaleras que conducían al piso alto y se detuvo junto a la barandilla, bajo la sombra de los arabescos de madera tallada que adornaban los balaústres.

El vestíbulo se encontraba en penumbras. También allí alguien había cerrado las ventanas. Solo la luz de una lámpara iluminaba el recinto con un ligero fulgor amarillento.

La dama se inclinó y vio a Nely de pie junto al señor Sanlúcar. Tenía las manos en las caderas. Estaba furiosa, tal y como ella había imaginado, pero la ira no parecía estar dirigida hacia el patrón, sino hacia una pareja de edad avanzada que se hallaba de pie frente a la puerta de entrada, en el pórtico.

El señor Sanlúcar observaba con gesto imperturbable a los visitantes. Cualquiera habría dicho que aquel rostro había sido esculpido en piedra si se consideraba la ausencia absoluta de toda emoción en la gélida expresión.

—Señor Paiva, le ruego que se retire —pidió Nely, quien con toda seguridad estaba efectuando un gran esfuerzo para conservar la tranquilidad—. La señora Angelina no se siente muy bien. Si lo escuchara, su salud se

resentiría.

Isabela dirigió la atención hacia los extraños con creciente preocupación.

El señor Paiva fijó los ojos oscuros en Lautaro. Era un hombre de mediana edad, muy delgado, de rostro pálido y anguloso. Aunque en su atuendo era evidente la confección casera y la endeble situación económica, vestía de modo adecuado con respecto a lo que se esperaba en un caballero de su edad.

—¡Me importa muy poco la salud de esa mujer! Es mi hija quien me preocupa —vociferó el señor, colérico. Había un rictus de amargura en su boca y, en la expresión, una enorme pesadumbre—. No me iré de este pueblo hasta saber qué sucedió con Manuela.

—El señor Sanlúcar ya le dijo que la señorita huyó —explicó Nely con irritación. Tenía parte de la blusa húmeda y restos de jabón en los brazos. Era probable que hubiera estado trajinando en el lavadero antes de que las visitas llegaran a interrumpir su labor—. Desapareció con un par de candelabros y dos fuentes, todo de plata.

—Mi hija no robaría —objetó la mujer, llorosa. Los ojos enrojecidos y las enormes ojeras delataban la angustia que sentía. El pelo se le había escapado de la redecilla hacía mucho tiempo y le caía en despeinados mechones canosos sobre los hombros.

—Es un poco alocada, como toda muchacha joven, pero nunca tocaría nada que no fuera suyo —gruñó el caballero a su vez.

—Le enseñamos bien, de verdad que sí.

—Algo le sucedió aquí —insistió el hombre—, y quiero saber qué fue.

—Ella estaba tan ilusionada con trabajar para usted y cuidar de esa niña... —La mujer unió las manos contra el pecho cuando fijó los ojos en Lautaro—. Lo juro. Manuela jamás habría abandonado este trabajo. No por propia voluntad, al menos.

—Escapó, señora —reiteró Nely, inalterable.

O ya estaba acostumbrada al llanto de la mujer o le era indiferente esa tristeza. Isabela estaba dispuesta a decantarse por lo primero. Era evidente que esa pareja ya había visitado Los Tacuarales en varias oportunidades, y tal impresión resultó confirmarse cuando el señor Paiva señaló el interior de la casa.

—Déjeme ver su habitación otra vez —exigió.

Lautaro le dirigió una mirada penetrante.

—Sabe que eso no es necesario —objetó.

—¡Sé que encontraré algo! —El caballero comenzó a temblar y dio un paso hacia el interior del vestíbulo—. Tiene que haber algo. Manuela no pudo haber desaparecido así, sin dejar siquiera una nota. Ella no lo haría.

—¡En esa alcoba no hallará nada! —aseguró Nely al franquearle el paso—. Yo misma la limpié después de que la señorita Manuela la dejó. No había ninguna nota, eso se lo puedo jurar.

En tanto el señor Sanlúcar observaba a la pareja, inmovible, la mujer soltó un sollozo desgarrador.

—Si nos permitiera usted hablar con el resto de la servidumbre...

Nely no se dejó emocionar por el evidente dolor de la señora.

—No hay nadie más.

—Mi hija tiene que estar en alguna parte...

—Seguro, pero aquí no. Tampoco encontrará nada de esa señorita en esta casa. Recogí lo poco que dejó, que fueron un par de guantes y un pañuelo, lo empaqueté y se lo envié a usted.

—Si nos permitiera entrar una vez más...

—¡Ya estuvo usted tres veces y no halló nada! El señor Lautaro fue muy paciente, pero creo que ya se están abusando.

—Sé que están ocultando algo —acusó el señor Paiva. Los dedos del hombre temblaban sin control—. No sé qué es, pero lo descubriré.

—Haría bien en buscar a la señorita Manuela en otra parte y dejar de importunar por estos lares.

—Nely —pronunció el señor Lautaro, y no necesitó más para hacer callar a la sirvienta. Fijó los ojos acerados en el anciano—. Señor Paiva, cálmese.

La criada se enfurruñó, pero no hizo comentarios.

El señor Paiva iba a decir algo, pero entonces reparó en la presencia de Isabela.

—¿Es usted la nueva maestra de esa niña? —preguntó al tiempo que elevaba la voz—. Me hablaron de usted en el pueblo.

Nely se dio vuelta con brusquedad y clavó en ella una mirada de advertencia. Isabela no supo cómo interpretarla. ¿Quizás esperaba que se marchara sin más? No podía hacerlo. La educación que había recibido desde la cuna no se lo permitía.

El señor Sanlúcar, por el contrario, como era de esperarse, se limitó a mirarla sin revelar en el rostro nada en absoluto.

—Buenas tardes, señorita —dijo con un tono de voz desprovisto de toda emoción.

Isabela abandonó las sombras y avanzó despacio hacia el vestíbulo. Compuso en su rostro una expresión afable, aunque no sentía la menor predisposición a mostrarse en ese momento. De hecho, lamentó haber abandonado la sala.

—Buenas tardes, señor —saludó. Por cierto, no lo había visto desde la mañana, durante el desayuno.

Nely no apartó la mirada de ella, e Isabela se imaginó que más tarde recibiría una reprimenda de su parte por haber estado fisgoneando. Supuso que lo tenía merecido.

—Le sugiero que abandone esta casa de inmediato, señorita —advirtió el señor Paiva, colérico. No esperó a saludarla ni a serle presentado—. De lo contrario, lo lamentará. No es un lugar seguro para una mujer joven como

usted, eso lo sabemos todos en el pueblo. No se habla de otra cosa. De hecho, hay apuestas sobre cuánto durará aquí.

—¿Cómo dice?

—¡Es probable que termine muerta! Todos lo saben. Que luego encuentren su cadáver en un zanjón no será una sorpresa para nadie.

—No digas eso... —sollozó la esposa.

—Mi hija está muerta, lo sé. Quiero creer que no, pero...

El señor Sanlúcar hizo un gesto con la mano.

—Es suficiente, señor Paiva —lo cortó, tajante. La dureza en la voz resultó atemorizante—. Le sugiero que se retire en este momento de mi casa.

—¿O qué?

—Francisco, por Dios... —La esposa se aferró al brazo de su marido, presa de una inmensa incertidumbre—. No digas más. Regresemos al pueblo. Aquí no tenemos nada que hacer...

—¿Se atreve, señor Sanlúcar, a mandarme a callar cuando sé que mi hija sufrió aquí un destino incierto? —El visitante crispó los dientes, iracundo. Se apartó de su mujer atacado por una gran agitación—. Dice usted que mi hija huyó con su platería como una vulgar ladrona. Miente. Sé que mi niña era una muchacha voluntariosa, y la eduqué bien y sé que jamás se habría quedado con algo que no le perteneciera. Dígame, ¿qué está ocultando?

Lautaro alzó una ceja.

—Cuidado —musitó.

—¿Es una amenaza? ¡Bah, qué pueden importarme sus amenazas cuando ya no tengo a mi hija conmigo! Quiero saber quién la mató, porque estoy seguro de que está muerta o, de otro modo, ya habría regresado a casa con nosotros. ¿Fue usted? ¿O fue ese monstruo al que llama hermano?

Nely soltó un impropio muy poco femenino.

—¿Ha perdido la razón? —gritó—. ¿Cómo se atreve...?

—¡Usted no se meta! ¿Acaso cree que no sé quién es? ¡Una cómplice incondicional de esta familia! No dudaría usted en ocultar un cadáver si cualquiera de sus patrones se lo pidiera.

—Francisco, tu corazón —susurró la señora Paiva, suplicante, en tanto presionaba los dedos sobre el brazo de su marido una vez más—. No te exaltes. Enfermarás.

Lautaro encajó los dientes unos contra otros. Un músculo se tensó junto a su boca. Su expresión era dura e inflexible.

—No toleraré sus insultos, señor Paiva —pronunció en voz muy baja. Sus implacables ojos parecían astillas de hielo—. Márchese.

Isabela hundió las uñas en la palma de su propia mano, nerviosa. Habría preferido darse vuelta y regresar a la sala, pero no pudo hacerlo. Un movimiento de su parte habría llamado la atención del señor Paiva sobre ella una vez más, y no deseaba enfrentarse a él. Comprendía el dolor de aquel hombre, pero había comenzado a incomodarla con tantas amenazas y acusaciones. Se disgustó consigo misma. Debería haberse quedado con la niña, como se esperaba que hiciera.

—Si quiere que me vaya, déjeme ver a ese maldito primero. Sé que está aquí. Está cayendo la noche. Ya debe de haber abandonado su guarida. —El hombre cerró las manos en puños a los lados del cuerpo—. Tiene que hablar conmigo. Si no fue usted quien mató a mi hija, estoy seguro de que tuvo que ser él. Ese demonio tiene que hablarme de Manuela, decirme dónde está, qué hizo con ella.

La mujer comenzó a llorar con desgarradores gemidos.

—Solo quiero saber dónde está mi niña —balbuceó—. Porque sé, aquí en mi corazón, que ella no abandonó esta casa. Al menos no por propia voluntad.

Nely gruñó algo entre dientes.

—Su hija no era ninguna santa, señora, y usted debería saberlo —acusó, e Isabela contuvo el aliento—. Yo la tenía bien vigilada porque estaba segura de que se convertiría en un problema para esta familia. Y no me equivoqué. No

había día en que no estuviera detrás del señor Lautaro.

—Miente —siseó la mujer, que ocultó la boca detrás de un pañuelo—. Mi hija no se atrevería.

—Se atrevió a mucho más, créame —continuó Nely, enojada—. Una noche, tuve que sacarla a rastras de la biblioteca cuando intentó que él la comprometiera.

—¡Miente! —coreó el señor Paiva, fuera de sí—. ¡Usted diría cualquier cosa, pergeñaría una mentira, incluso un engaño así para proteger a su patrón y a ese demonio que se ampara en la oscuridad para cometer sus crímenes!

—Señor, comprendo su frustración, pero no permitiré que hable de mi hermano en ese tono ni con esas palabras —sentenció Lautaro, y era una advertencia en toda regla—. Cállese.

—¡Quiero saber dónde está mi niña!

—¡Su niña era una zorra! —replicó Nely tras hacer caso omiso de la expresión del patrón. Era obvio que las acusaciones que había oído la habían hecho enfurecer—. Si no reconoceré yo a las tontuelas como su hija...

—¿Cómo dice?

—Lo único que deseaba esa mocosa era cazar a un hombre de fortuna para que la mantuviera. ¡No me habría sorprendido que llevara ya un hijo en sus entrañas y estuviera buscándole un padre!

La señora Paiva no estaba dispuesta a tolerar una ofensa como aquella. Levantó la mano, pronta a propinarle un golpe a Nely, pero Lautaro no se lo permitió. Sujetó el brazo de la mujer en el aire, y ella lo miró aterrada. Él la soltó con delicadeza.

—Contrólese —solicitó—. Esto no es necesario. Nely lamenta sus palabras.

Era obvio que no lamentaba nada, pero no hizo comentarios, sino que se limitó a soltar un resoplido.

El señor Paiva apretó los labios y fijó los ojos furiosos en Isabela una vez más.

—Cúidese, señorita —recomendó, y había un profundo dolor en sus palabras, debajo de la ira que lo embargaba—. O acabará muerta.

Isabela se mostró tranquila pese a que la situación le parecía de suma violencia.

—Le agradezco su preocupación, pero confío plenamente en el señor Sanlúcar —aseguró.

Y se sorprendió a sí misma al comprender que era cierto. No lo decía solo porque el señor Lautaro fuera su empleador y le debiera lealtad, sino porque estaba segura de que ese hombre jamás podría lastimar a una mujer. El modo en que había defendido a Nely era una prueba irrefutable de ello. Había una profunda veta protectora en él, y eso era innegable.

La señora Paiva elevó sus ojos asustados hacia el cielo.

—Tenemos que irnos —dijo—. Pronto anochecerá.

El sol se había convertido en una sangrienta esfera que se hundía en el horizonte, detrás de las azuladas crestas del pinar, mientras las sombras de la noche desgarraban el azul violáceo del firmamento.

El señor Paiva se puso tenso.

—La compadezco —expresó al fin. Aferró a su esposa del brazo, se dio vuelta y se dirigió hacia el viejo carruaje que lo esperaba en la avenida sin mirar atrás.

Nely cerró la puerta con fuerza, e Isabela imaginó que el golpe debió de escucharse en toda la casa.

—¡Espero que, la próxima vez, me permita usted recibir a ese hombre con una pistola en la mano! —le espetó al señor Sanlúcar. Se dio vuelta y se dirigió hacia la cocina a grandes pasos al tiempo que murmuraba entre dientes su fastidio. Se detuvo de pronto al llegar junto a las escaleras para mirar a Isabela por encima del hombro—. Usted necesitará un té, imagino.

La maestra no supo qué decir.

—Sí, gracias —masculló.

—Enseguida se lo alcanzo.

Cuando Nely desapareció en el pasillo, la muchacha no se atrevió a enfrentar la mirada del señor Sanlúcar, así que clavó los ojos en el suelo.

—Lo lamento —pronunció.

—Haría bien en olvidar lo sucedido —dijo Lautaro con frialdad—. No le concierne.

—Por supuesto. —Isabela supuso que lo tenía merecido. El color le encendió el rostro—. Discúlpeme por favor. No debería haberme acercado, fue un error de mi parte. No volverá a suceder.

Lautaro observó el semblante de la joven y maldijo entre dientes.

—Perdóneme —se retractó, y fue evidente que no estaba acostumbrado a disculparse: su incomodidad resultó incluso desconcertante. Su expresión se suavizó—. No debí hablarle en ese tono.

—Lo comprendo, no se preocupe. Ahora, si no le importa, me retiraré. Lorena debe de estar esperándome. —Se interrumpió de manera brusca cuando Lautaro le tomó la mano para detenerla.

Los dedos de él fueron suaves al tocarla, casi imperceptibles, pero ella los sintió como cadenas de hierro forradas con seda, como grilletes que la anclaban junto a él. Fue incapaz de moverse. Ni siquiera se atrevió a mirarlo.

—Gracias —dijo él en voz baja.

—¿Por qué?

Porque no había dudado en exponerse en su defensa a pesar de haber escuchado las acusaciones que le hacían. Le acarició el dorso de la mano. Sus ojos, por lo general glaciales, se tornaron cálidos.

—Por su lealtad —simplificó.

Isabela no supo qué decir. No estaba acostumbrada a que un hombre ajeno a su propia familia la tocara. La mano femenina se veía pequeña y delicada entre los dedos de él.

—Si me lo permite, regresaré a mis deberes ahora —se excusó.

La incomodidad de la joven fue evidente. Lautaro le agarró la palma con más fuerza de la necesaria, como si temiera que ella intentara escapar.

—Querría explicarle esto —expresó—. Lo que acaba de presenciar...

—No lo haga. —Ella elevó el rostro hacia él en tanto intentaba recuperar la mano que el caballero le sostenía. Esbozó una sonrisa trémula—. No es necesario, créame, por favor.

Lautaro la miró un instante en silencio. Le liberó la muñeca, y ella retrocedió un paso. Intentó que el gesto fuera natural, pero no lo consiguió. Isabela parecía ansiosa por alejarse de él.

Él la estudió un momento en silencio.

—Como guste —concedió, e hizo un gesto de imperturbable cortesía antes de entrar en la biblioteca y cerrar la puerta.

Isabela exhaló un suspiro de alivio. Giró sobre sus talones, se recogió la falda y se dirigió hacia la sala casi a la carrera. Presa de gran agitación, reconoció para sí que le había costado muchísimo mantener la compostura, primero frente a los padres de la señorita Paiva y, luego, cuando el señor Lautaro la había tomado de la mano. La había sorprendido con aquel ademán tan íntimo.

Debía reconocer que presenciar una escena como aquella había sido sumamente desagradable. Escuchar las acusaciones contra su empleador y contra el resto de la familia había sido una experiencia espantosa, por cierto, pero más conmovida se había sentido con el gesto del señor Sanlúcar. Era evidente que no había esperado simpatía alguna de parte de él. ¿Habría pensado acaso que ella correría escaleras arriba para hacer su equipaje y salir de esa casa como una tromba, asustada por las acusaciones en contra de él?

Reflexionaba al respecto cuando encontró la puerta de la sala entreabierta. Se detuvo de manera súbita en la penumbra. Estaba segura de haberla cerrado. Confundida, tendió la mano hacia el picaporte. ¿Acaso estaría Nely allí dentro, o quizás la señora Angelina? Lorena había debido de asustarse al notar que tardaba en regresar.

De repente, la puerta se abrió, y ella retrocedió un paso, sorprendida.

—¿Qué...?

Un hombre la aferró del brazo. Isabela elevó los ojos, y una exclamación de miedo escapó de sus labios cuando un salvaje la acorraló allí, contra la pared.

Isabela lo miró petrificada, incapaz de pronunciar palabra.

Alto, delgado pero corpulento, de espaldas anchas y músculos desarrollados, aquel montaraz parecía peligroso: el rostro de líneas severas, la mirada gélida y el rictus amargo de aquella boca no hacían más que subrayar la amenaza latente de su cercanía. Tenía el pelo negro y lacio suelto sobre los hombros. Incluso para un bárbaro, habría resultado apabullante.

Aquel hombre de duras facciones, piel oscura y expresión fiera apoyó una mano en la pared, junto a la cabeza de la maestra, y se inclinó hacia adelante. Clavó en ella una mirada brutal, despiadada. Los ojos de él eran de un tono de castaño muy claro, casi ambarino. Parecían amarillos en la penumbra, del color del oro añejo.

—Respire —indicó con voz de acero y hielo—. Parece estar usted a punto de desmayarse.

Isabela recordó entonces las advertencias de su cuñado, todas aquellas que había descartado con mohines de hartazgo: que en el campo había hombres peligrosos; que un salvaje no dudaría en ofenderla; que ella era una tonta, pese a su edad y a que creía saberlo todo, y que no tardaría en meterse en problemas; que, si la asesinaban, nadie se enteraría; que encontrarían su cuerpo putrefacto en un despeñadero.

Y allí estaban todos los miedos de su cuñado reunidos en un hombre que parecía capaz de devorarla para luego escupir los huesos.

Pasos presurosos resonaron en la quietud del pasillo. Nely rodeó las escaleras con una fuente en las manos, y una taza de té tembló en la bandeja cuando se detuvo, agitada y nerviosa, junto a Isabela.

—Señor —exclamó, y ensayó una sonrisa—. Aquí tengo té para la señorita. ¿Querría usted también?

Aquella bestia no apartó la mano de la pared, ni la mirada de Isabela.

—No —rehusó cortante.

—Bien. Eh, permítame presentarle a la señorita Isabela Alcántara. —Nely no perdió el gesto sonriente—. Es la nueva maestra de su sobrina.

Isabela parpadeó con desconcierto.

—Señorita —dijo Nely solícita—, le presento al señor Dermont Sanlúcar.

CAPÍTULO 5

Dermont Sanlúcar la sujetó de un brazo y tiró de ella hacia el interior de la sala. Isabela no se permitió decidir si seguirlo o resistir el agarre. Tenía la impresión de que esa bestia no dudaría en arrastrarla si intentaba rivalizar con él. Lo miró mientras todavía se debatía entre el desconcierto y el horror. El hombre llevaba una sencilla camisa de algodón y pantalones de campesino. Unas viejas botas y un ancho cinturón de cuero completaban el atuendo.

“Dios mío —pensó—, ¿eso que tiene en la cintura es un facón?”

Nely los siguió con fingida imperturbabilidad hasta apoyar la bandeja ruidosamente sobre una mesa junto a la puerta. El té se derramó, pero la mujer intentó mantener la sonrisa en los labios.

—Señor Dermont, discúlpeme, pero la señorita maestra debe ir con su sobrina —apuró.

Él no respondió. Isabela por fin intentó liberarse, pero fue inútil. La fiera no la soltaría hasta que quisiera hacerlo.

—Cierra la puerta, Nely —solicitó el señor Sanlúcar.

—Señor, por favor. Ya hablará con la señorita en otro momento. ¿Quizás en la cena?

Dermont la ignoró y empujó a Isabela hacia el sillón. Ella cayó sobre los almohadones y lo miró un instante, alhelada. Él tenía la mandíbula oscura a causa de no haberse rasurado en dos días, como poco, el aspecto desaliñado de un peón de campo y la apariencia de un púgil después de una pelea. Exudaba peligro. Isabela no quería hablar con él ni en la cena ni en ningún

otro momento. No recordaba haber sido tratada alguna vez de aquella manera por nadie, mucho menos por un hombre. Se sintió ultrajada. Intentó incorporarse, pero él clavó en ella aquellos ojos duros.

—Quieta —ordenó.

Isabela intercambió una mirada con Nely, aprensiva. “Es un salvaje”, pensó. Sin duda, su rostro reflejó tal conclusión, dado que Nely se mostró escandalizada, y el señor Dermont alzó una ceja, burlón.

—Señor, su hermano está en la biblioteca —insistió la sirvienta. Cerró la puerta a desgana cuando él dirigió hacia ella esos ojos espléndidos, amenazante—. Si quiere hablar con el señor Lautaro sobre la señorita, estoy segura de que responderá a todas sus dudas.

—Ese imbécil, ¿acaso no aprendió nada?

Nely se inclinó y encendió otra lámpara. Dermont se alejó de la luz cuando la penumbra azul se convirtió en bronce y dejó en sombras parte de su rostro.

—Señor, no creo que esto sea necesario —musitó la mujer—. Está asustando a la dama.

—Sírvenme un poco de whisky.

Nely asintió, sin saber qué decir o hacer para apaciguar al hombre. Fue hasta un aparador y extrajo una botella del interior, tras lo cual sirvió una medida en un vaso. Sus dedos temblaron ligeramente.

—Si hablara con su hermano, sabría que la dama aquí presente cuenta con unas excelentes referencias.

—Malditas referencias. De ordinario, son un puñado de mentiras.

—La señorita no lo engañaría.

Isabela se ruborizó.

—Señor Dermont. —Nely se mostró alarmada—. El señor Lautaro jamás contrataría a nadie si no tuviera informes adecuados, usted lo sabe. No dejaría a la señorita Lorena en manos de una persona incapaz.

—Ya lo hizo dos veces —protestó Dermont con desprecio. Recibió de Nely el whisky y bebió un trago sin apartar su brutal atención de Isabela.

Ella frunció el ceño. Por fin encontró su propia voz y decidió hacerle frente a ese patán insufrible.

—Entiendo su preocupación, señor —pronunció con calma, sin embargo. Hizo un gesto hacia la sirvienta cuando ella quiso intervenir—, pero el señor Lautaro ya habló conmigo. Le aseguro que me considera capaz de ocuparme de la niña.

El hombre se apoyó contra el alféizar de la ventana. La postura dominante e intransigente que exhibía hizo poco por calmar los temores de Isabela. Cuando la miró de arriba abajo con patente descortesía, ella sintió un escalofrío. Pese a saber que era el hermano del señor Lautaro, su aspecto incivilizado no dejaba de amedrentarla. Ni la expresión insensible, ni la sólida complexión de aquel cuerpo resultaban tranquilizantes. No había ni una pizca de suavidad en él y tampoco, al parecer, resabio alguno de la educación que debieron de inculcarle como caballero, concluyó. Se enfadó cuando aquel examen resultó demasiado vergonzante como para tolerarlo.

—Pertenezco a una buena familia, señor —se defendió Isabela en tanto se esforzaba por mantener la voz tranquila—. Le garantizo que no encontrará quejas contra mí.

Él elevó una ceja.

—Lautaro nunca ha sabido calibrar a las personas —se mofó.

—Tendrá que confiar en mí —concluyó Isabela, y lo desafió al ponerse de pie. Aquellos ojos de ámbar resultaban intimidantes, pero ella no se arredró. No le gustaba el laconismo de aquel hombre, y mucho menos su mirada. Que la evaluara como lo haría un depredador a su presa le parecía irritante, incluso ofensivo.

—¿Y por qué debería hacerlo? —preguntó él. La sombra de una sonrisa se instaló en las comisuras de sus labios—. Es usted una extraña.

—Soy una dama, señor.

—¿Puede probarlo?

—¿Cómo se atreve? —Isabela se indignó—. Está siendo insultante, y eso no es propio de un caballero.

—¿Cree que soy un caballero? —Le mostró los dientes en una sonrisa burlona—. ¿Escuchaste, Nely? La señorita cree que soy un caballero.

—Lo escuché, señor —ratificó la criada en voz baja. Era obvio que habría preferido estar en cualquier parte menos allí; incluso el infierno habría tenido un ambiente más agradable, pero no se decidía a abandonar a la maestra a su suerte.

Isabela rodeó una silla y apoyó las manos sobre el respaldo. Supuso que parecería estar parapetándose detrás de ella, pero no le importó. ¿Qué esperaba, que él la atacara? De suceder, se imaginó que aquel mueble sería de muy poca utilidad.

Nely restregó las manos contra el delantal.

—Señorita Isabela, creo que debería regresar ahora con la niña —opinó.

—En un momento iré, Nely.

—Pero...

—Estoy intentando explicarle al señor Sanlúcar, aquí presente, que nada debe temer de mí y no me retiraré hasta que lo comprenda. —Enfrentó a Dermont con una expresión de desenfado admirable—. ¿Le gustaría leer mis referencias, señor? ¿Eso le ayudaría a calmar sus temores?

Él la observó en silencio un momento con expresión ilegible.

—Aunque creo que no será necesario —continuó ella con desparpajo en vista de su gélido silencio—. Entiendo que usted convenció a su hermano para que recabara información sobre mí y mi familia.

Dermont la miró a los ojos.

—Así es —confirmó sin rastro de arrepentimiento.

—Bien, señor. Entonces, le bastará con saber...

—Hábleme de usted.

—¿Quiere saber sobre mi familia?

—De usted. Parece muy joven.

—Tengo veinticinco años, señor.

—Lo dicho: es muy joven. ¿Tiene experiencia en la educación de niños?

—Eh... No en realidad. Sin embargo...

—¿Su familia está de acuerdo con esto?

Isabela parpadeó, sorprendida por la pregunta.

—¿Se refiere usted a que trabaje en una finca lejos de la ciudad? — consultó—. No tienen inconvenientes.

—Me refiero a que se hospede usted en la casa con un asesino.

—¡Señor! —Nely apretó los labios—. ¿Cómo puede decir eso? ¿Está intentando asustar a la señorita adrede? ¿Qué pretende?

—Tranquilízate. Solo estoy repitiendo lo que se dice en el pueblo.

Isabela lo miró con fijeza.

—Confío en el señor Sanlúcar —aseguró.

—Eso no es lo que le pregunté. —Él desvió la mirada hacia la criada. Su rostro cruel e inflexible no reveló ninguna emoción—. Regresa a la cocina.

—Nely debe quedarse aquí —exigió Isabela con renovados bríos. Crispó las manos contra el respaldo de la silla al enfrentarse a aquella mirada insolente—. No puedo estar con usted sin la compañía de otra persona. No sería apropiado.

—Sin embargo, no tiene usted nada que objetar si es mi hermano quien se encuentra a solas con usted.

—El señor Lautaro es un caballero.

El insulto fue evidente. Nely palideció, e Isabela se puso tensa, pero él no hizo comentarios.

—¿Me tiene miedo, señorita Alcántara? —preguntó en cambio con aterciopelada suavidad.

—¿Debería temerle?

—Nely, ¿qué opinas? ¿Debería sentirse asustada la señorita?

La sirvienta lo miró, ceñuda.

—Señor, esto es ridículo —arguyó.

Dermont torció los labios. Centelleos de humor se reflejaron en sus ojos ambarinos.

Isabela notó entonces el parecido con el señor Lautaro. Si se los imaginaba juntos, las similitudes eran evidentes, pero, si los hubiera encontrado en la calle por separado, pensó que jamás habría adivinado que eran hermanos. Si bien compartían ciertos rasgos, las diferencias entre ambos resultaban apabullantes.

—Si a su familia no le importa su destino, ¿qué piensa su marido? —inquirió él, lo que la sorprendió.

—No estoy casada, señor.

—¿Comprometida?

—Tampoco.

—Una mujer de su edad. Sorprendente.

Isabela le lanzó una mirada aviesa.

—Fue mi decisión —sostuvo a la defensiva.

—No lo dudo.

—Una dama no tiene que tener como destino obligado el matrimonio —replicó ella. Intentó contenerse, pero falló miserablemente—. De hecho, representa un yugo para toda fémica. Al ser una institución que solo beneficia a los hombres, no veo por qué debería anhelar formar parte de ella. ¿Por los hijos? No lo creo. Sería más beneficioso para una dama tenerlos fuera del

matrimonio y criarlos por sí misma, en libertad. Mis padres se llevan muy bien, pero son más los matrimonios que no congenian y que llevan una vida miserable. Permítame verme libre de esa situación.

Nely la contempló boquiabierta. El señor Dermont, en cambio, se mostró indiferente a sus palabras. El silencio resultó, sin embargo, opresivo.

Eso no la acobardó.

—Un marido tiene todos los privilegios —continuó—. Tiene el poder de decidir qué lee su cónyuge, a qué horas se ausenta, si le permite salir, con quién habrá de relacionarse y durante cuánto tiempo. ¿No es esto injusto? No puede usted culparme si prefiero la soltería a un estado de civilizada esclavitud.

Él la observó con expresión ilegible.

—El honor exige que un caballero les dé la protección de su apellido a su mujer y a sus hijos —objetó con voz queda—. Los bastardos no tienen derechos si no llevan el apellido del hombre que los engendró. ¿Ha pensado en ello o se limita a repetir lo que escucha como una avecilla sin seso?

Isabela se puso tensa.

—Soy una mujer instruida, señor —sostuvo—. No tengo por costumbre parlotear sin fundamentos. Una “avecilla sin seso”, como dice usted, sería incapaz de comprender que una mujer, al estar sometida por ley al marido, carece de toda libertad. Se encontraría a placer entre los barrotes de su jaula, siempre que se le proporcionara calor y alimento, además de algún capricho. Una dama casada no puede tener propiedades ni administrarlas a gusto si su esposo se opone a ello. Precisa del permiso paterno para estudiar y, en caso de no obtenerlo, de una orden judicial para entrar a los sagrados recintos de la universidad. La esclavitud femenina debe terminar.

Él bebió un trago de whisky sin apartar los ojos de los de ella.

—¿Terminó? —interrogó. Su rostro adusto carecía de toda emoción.

Isabela sintió que el calor le subía por el cuello hasta las mejillas. Esa simple pregunta resultó más humillante que una crítica pormenorizada a sus palabras.

—Sí —farfulló.

Él le dirigió otra de esas miradas impertinentes al tiempo que la repasaba de arriba abajo para evaluarla. No encontró en esa mujer nada en particular extraordinario. De hecho, consideró su atuendo anticuado, su peinado poco favorecedor y su expresión rebelde francamente molesta. Era hermosa, por supuesto; tenía rasgos que le recordaban a la perfección del arte grecorromano, pero él estaba acostumbrado a relacionarse con hembras mucho más llamativas que aquella. La belleza era moneda de intercambio, fácil de conseguir y de gozar. Un hombre podía obtener los favores de una mujer atractiva si tenía el dinero para tentarla. Sin embargo, las féminas que él había conocido eran sumisas y afables, hembras que sabían qué se esperaba de ellas y cómo debían comportarse frente a un hombre.

Isabela, concluyó, era una sabelotodo solterona e impertinente, incapaz de contener la lengua.

Y, sin embargo, reconoció a disgusto, resultaba más interesante e intrigante que todas las mujeres que había tratado en la vida.

Isabela comenzó a sentirse muy incómoda. Ese hombre parecía estar desnudándola con los ojos. La miraba de una manera claramente ofensiva. Nunca se había sentido tan agraviada.

—Señor, creo que debemos concluir nuestra conversación en este momento —propuso orgullosa.

Él se movió, e Isabela perdió toda capacidad de razonamiento. Vio, sorprendida, cómo el vello de aquel pecho se extendía sobre la piel dorada hasta desaparecer entre los pliegues de la camisa a medio abrochar. Los músculos del abdomen de Dermont resultaban asombrosos, inimaginables en un caballero de su posición. Era evidente que dedicaba gran parte del tiempo

al trabajo duro. Ella apartó la vista, sonrojada. Ese salvaje carecía de vergüenza y de todo conocimiento sobre las más básicas normas de urbanidad. ¿Cómo se atrevía a presentarse a medio vestir ante una dama?

Ella nunca había visto a un hombre como aquel antes, mucho menos se había imaginado en su compañía. Resultaba avasallante.

Isabela descubrió que él continuaba observándola.

—¿Terminó su examen, señor? —preguntó con insolencia y, cuando él elevó los ojos hacia los de ella, agregó—: Permítame sugerirle que sacie su curiosidad sobre mis circunstancias con la lectura de los informes que solicitó al señor Lautaro sobre mí y mi familia. Si no le importa, regresaré a mis deberes.

—Me importa. Quédese donde está.

—¿Disculpe?

—¿No le advirtieron sobre mí, señorita Alcántara?

—No comprendo.

—Veo que no.

—Señor, la señorita está descuidando a la niña —se quejó Nely de pronto—. El señor Lautaro se molestará. Ya hablará con ella en otra oportunidad.

Él no apartó los ojos de Isabela. La observó durante un momento que a la joven se le antojó eterno hasta que por fin asintió y le señaló la puerta con un gesto.

—Ya puede huir de mí —concedió.

La dama elevó la barbilla y abrió la boca para hacer una aguda observación sobre ese poco caballeroso comportamiento, pero Nely se apresuró a empujarla hacia el pasillo. Había adivinado las intenciones de la joven y se había apurado a evitar un enfrentamiento entre ella y el patrón.

—Disculpe, señor —se excusó la sirvienta, y cerró la puerta con firmeza.

Isabela se mostró disgustada al encontrarse de pronto fuera de la sala.

—Esto es inconcebible —manifestó.

Nely la ignoró. La tomó de un brazo y la guio hacia las escaleras casi a rastras. Isabela la miró, ceñuda.

—¿A qué se refería ese hombre? —inquirió—. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Sobre qué debían advertirme?

—Ay, señorita, no haga caso. —Nely alzó un hombro para descartar tales preocupaciones—. Son tonterías nomás. Tendrá que perdonar al patrón. No quiso ser grosero al interrogarla. El señor Dermont es así: brusco y áspero. Tiene un carácter muy particular, pero no es mala persona. No le tenga miedo.

—No le temo.

—Me alegro. —Nely pareció dudar de sus propias palabras—. Eso está muy bien.

—Es un bruto salvaje. Un grosero. Tiene mucha razón en no considerarse un caballero.

—No lo culpe usted. —Comenzó a subir las escaleras con lentitud. Recordó que había dejado la bandeja con el té en la sala, pero no se atrevía a buscarla en ese momento. No quería que el señor Dermont la reprendiera por haber osado defender de él a la maestra. Bajó la voz, como si temiera que alguien más escuchara lo que estaba a punto de decir—. Su posición en esta casa siempre ha sido muy extraña.

Isabela se detuvo en el rellano de las escaleras.

—No comprendo.

—Ya entenderá. ¿Quiere que le prepare un baño antes de la cena?

—Por Dios, ¿qué estoy haciendo? Debería regresar con Lorena —recordó.

—No, señorita. No se preocupe por ella. Está con la señora Angelina. Su abuela le está enseñando a preparar una tarta. Estará entretenida hasta la hora de la comida, créame.

—Pero usted dijo...

—Lo que dije fue para ayudarla a escapar del señor Dermont —replicó Nely. Apoyó una mano en el brazo de la dama y la instó a ascender un par de peldaños más hasta el piso alto—. Suba a su habitación. Necesita reponerse de la impresión. El señor Dermont debió de indisponerla con su actitud. Pero no se preocupe por él, no acostumbra a comer con la familia. Se marchará en un momento, y usted podrá bajar.

Isabela se negó a dar un paso más.

—¿Me está pidiendo que me oculte en mi habitación hasta que ese hombre decida abandonar la casa? —cuestionó incrédula.

—Bueno, sí.

—De ninguna manera.

—¡Nely! —La voz de Dermont atravesó el pasillo con la fuerza de un latigazo—. Ven aquí.

La mujer se dio vuelta con la intención de bajar las escaleras casi a los saltos, pero Isabela la contuvo con un gesto. La joven se recogió la falda y bajó los peldaños que había subido con una expresión que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones: se disponía a enfrentar al señor Dermont.

Nely palideció, pero la otra ignoró de manera deliberada los desesperados intentos de la mujer por detenerla. Rodeó las escaleras con la criada a sus espaldas y se detuvo a unos pasos de la sala.

Dermont estaba de pie en el umbral con un hombro apoyado con indolencia contra la jamba de la puerta. Tenía el vaso de whisky entre las manos. Bajo la tenue luminosidad de la lámpara, la piel del hombre había adquirido el color del bronce bruñido, y sus ojos amarillentos contrastaron con viveza con el negro azulado de su pelo cuando la miró.

Su rostro férreo no reflejó más emoción que cierta curiosidad.

Isabela se mostró calmada. Elevó el mentón, sin embargo, en tanto se preparaba para subrayar sus palabras con la debida firmeza.

Él pensó que parecía una paloma asustada frente a un depredador. Ni su estirado decoro disimuló el nerviosismo de su mirada.

—Señor Sanlúcar —dijo ella—, le agradecería que tratara a Nely con el debido respeto. Es una mujer mayor, y está siendo usted particularmente difícil. Le sugiero que modere el tono y que mejore la actitud. Entiendo que mi presencia en esta casa le resulte incómoda, pero no tiene razones para tiranizar a Nely.

—Tiene usted muchos bríos para ser solo una empleada en este hogar —observó. Parecía divertido.

—Señorita, esto no es necesario —suplicó Nely.

Él curvó los labios a un lado.

—Regrese a sus deberes, Isabela —ordenó.

—No recuerdo haberle dado permiso para que me llamara por mi nombre, señor.

—No lo necesito. Estoy acostumbrado a hacer lo que me place.

Eso la calló. Nely decidió intervenir antes de que la dama encontrara las palabras para replicar.

—Señor, ¿necesita algo? —preguntó.

—Otro whisky. —Él no apartó los ojos de la maestra.

—Le alcanzaré uno en un momento. —Nely sonrió, nerviosa. Supuso que, a esas horas, el señor ya debía de ir por la tercera botella del día—. Señorita, venga conmigo.

Isabela intercambió una mirada con Dermont. Él torció los labios en una sonrisa glacial e hizo un gesto de despedida, pero, como no lo realizó con la debida deferencia, resultó en un aspaviento de mofa.

Cuando él regresó al interior de la sala y cerró la puerta, Nely soltó un suspiro de alivio. Una vez más, guio a Isabela escaleras arriba.

—Señorita, no debería usted aguijonear al señor Dermont —aconsejó. Parecía vacilar—. Como dijo, él está acostumbrado a hacer su voluntad. No le conviene azuzarlo.

—Eso es inaceptable. No sé cómo permite que ese hombre, y digo “hombre” porque es imposible considerarlo un caballero, la trate como a una sirvienta.

—Es lo que soy, señorita.

—Es usted una persona, no importa a qué se dedique. Merece respeto.

—No se moleste con el señor por mí, señorita. Las cosas son como son y ya. No discuta con él. De hecho, me gustaría que se mantuviera usted a distancia.

—No planeaba buscar su compañía. —Isabela se dirigió a su habitación, donde apoyó la mano en el picaporte y abrió la puerta—. Ni siquiera para mantener amenas conversaciones de sobremesa, créame.

—Hablo en serio.

—También yo.

—¡Señorita! —Nely la sujetó de un brazo y la detuvo en la lobreguez del umbral mientras le buscaba la mirada—. Evítelo. El señor Dermont jamás le haría daño. A su manera, es un caballero. O intenta serlo, al menos. Pero temo que pueda resultar lastimada de todos modos. El señor no está acostumbrado a tratar con una dama como usted. Perdóneme, pero, por lo que he oído, la mayoría de las mujeres con las que se relaciona pertenecen a los bajos fondos. Podría ofenderla, aunque no fuera esa su intención.

Isabela comprendió que Nely estaba muy preocupada por ella. Asintió, pese a que no pensaba con seriedad en andar de puntillas por la casa para evitar un encuentro con esa fiera. Escondarse detrás de las columnas o encerrarse en su propia habitación para evadir a una persona a la que consideraba en particular ofensiva no era propio de ella.

—Ese hombre tiene muy pocas similitudes con el señor Lautaro —soltó de pronto—. Casi no se parecen.

—No tienen que parecerse.

—Pero son hermanos.

—No en realidad. Bueno, sí lo son, pero el señor Dermont nació fuera de esta casa, del lado errado de las sábanas, no sé si me entiende. —Nely parecía reacia a hablar, a revelar demasiado. Dudó—. Es el bastardo del viejo patrón, del señor Justiniano. ¿Comprende usted ahora?

Isabela recordó de pronto el encendido discurso que había pronunciado respecto a la esclavitud femenina. Había mencionado la posibilidad de que una mujer educara a sus hijos fuera de la institución del matrimonio, y él había replicado a sus palabras con una sencilla pero fría observación sobre los niños nacidos en esa situación. “Los bastardos no tienen derechos si no llevan el apellido del hombre que los engendró. ¿Ha pensado en ello o se limita a repetir lo que escucha como una avecilla sin seso?”.

Isabela se mostró turbada.

—Dios mío —musitó.

Nely bajó la voz tras echar una rápida mirada a su alrededor.

—El señor Justiniano nunca le fue fiel a la señora Angelina, pero tenía la decencia de mantener a sus amantes lejos de esta casa, en el pueblo. Esas mujeres carecían de importancia para él. No tardaba en dejarlas cuando se aburría de ellas —reveló—. La señora Angelina nunca temió por su posición en esta residencia. Toleró las infidelidades de su marido como la dama que es, en silencio y sin hacer alharacas, hasta que el patrón conoció a una india que lo volvió loco.

Isabela recordó la piel bronceada de ese salvaje, aquel pelo oscuro, los rasgos angulosos y el cuerpo fuerte y flexible.

Nely asintió.

—Sí, señorita. La madre del señor Dermont era una india. El patrón la contrató para servir en esta casa. Era muy hermosa, no miento. Eso sí, vivaz y astuta como una zorra también. No tardó en quedarse preñada. De pronto, esa india tenía más poder en Los Tacuarales que la señora Angelina. Mandaba sobre los sirvientes como si fuera la dueña de todo esto, y el señor se lo permitía. La patrona le suplicó a su marido que no le hiciera pasar la vergüenza de tener a su amante bajo su propio techo, que pensara en su

primogénito. El señor Lautaro, por entonces, tenía siete años. Fue testigo del sufrimiento de su madre a causa de esa mujer. El señor Justiniano no era un buen marido, pero tampoco era un desalmado. Al final, mandó a construir para su amante una casita en el bosque. Allí nació el señor Dermont, y el patrón lo amó desde que la partera le colocó a ese niño en los brazos.

Isabela sabía que no estaba bien esparcir rumores, que debía detener aquello, pero no lo hizo.

—¿Qué sucedió luego? —preguntó con curiosidad.

—Ese niño creció entre el bosque y la casa. Iba y venía en tanto repartía su tiempo entre su madre y su padre. A corta edad, demostró ser poseedor de una inteligencia extraordinaria. Pronto se convirtió en el hijo predilecto del señor Justiniano. El señor Lautaro, mientras tanto, se había transformado en un joven reservado. Era aplicado en sus estudios, pero no tenía cabeza para los números ni para la administración de estas tierras. El señor Justiniano no dudaba en exteriorizar su decepción porque esperaba que su heredero creciera para hacerse cargo de los negocios familiares. Pero el señor Dermont lo enorgullecía. Era un niño astuto, desenvuelto, tenaz como la zorra de su madre. A los ocho años, ya dominaba muchos de los ejercicios matemáticos que el maestro del señor Lautaro no lograba que su joven tutelado resolviera. Era evidente quién había heredado del patrón la habilidad para dirigir Los Tacuarales.

—¿La señora Angelina aceptó al niño?

Nely asintió.

—Es una dama, señorita. Sabe cuáles son sus obligaciones —explicó, y luego añadió—: El patrón la obligó a figurar como la madre del señor Dermont, sabe usted. Porque un bastardo no tiene derechos, ¿entiende? El señor Justiniano le dio su apellido a su bastardo y, frente al mundo, la señora Angelina se comportó como si ella lo hubiera parido. Siempre fue una buena esposa.

Isabela solo pudo adivinar los sentimientos de la dama ante esa situación: un marido infiel y la presencia constante en la casa del producto de uno de esos escauceos amorosos. De pronto sintió un ramalazo de pena. Concluyó que ella sería incapaz de tolerar una situación así.

—¿La madre aceptó esa situación? —inquirió.

—¿Se refiere usted a esa india? —preguntó Nely, y el desprecio que sentía hacia la mujer fue casi palpable. Era obvio que la lealtad de la criada estaba junto a la señora Angelina—. No tuvo mucho que decir. Cuando el señor Justiniano decidía algo, no había quien le quitara la idea de la cabeza. La señora Angelina presentó al niño como su propio hijo frente a familiares y allegados, pero esa indígena no tuvo que soportar eso durante mucho tiempo. Murió de neumonía poco después de que el señor Dermont cumpliera tres años.

—Entiendo.

—La señora Angelina nunca maltrató a la criatura —continuó Nely—. No lo insultó por su condición ni por las circunstancias de su nacimiento. Pero era un constante recordatorio de la traición del marido, de su vergüenza, del dolor que le había provocado el hombre al que amaba.

—Lo imagino.

—Cuando el patrón falleció, el señor Dermont decidió marcharse. No sé por qué lo hizo. Ya le comenté en otra ocasión que tendría por entonces unos dieciséis años. Nadie intentó detenerlo. Habría sido inútil de todas maneras. El señor Dermont hacía lo que le venía en gana, sin tener en cuenta la opinión de nadie más. Habrá tenido sus razones, supongo, así como para regresar. No sé mucho sobre su vida lejos de aquí, pero le puedo decir que siguió estudiando. Si ignora usted sus maneras, su brusquedad y aspereza, verá que es un hombre instruido. Si quisiera, podría discutir con usted sobre los temas más variados durante horas. Ya ha visto la cantidad de libros que tiene. Sé que habla varios idiomas con fluidez porque lo he escuchado leer a la señorita Lorena algunos de sus libros y no he entendido ni una palabra de toda la

jerigonza. Y, desde que regresó, se ocupa de la finca, tarea para la que el señor Lautaro siempre necesitó de la ayuda de su administrador, el señor Lozada.

—Comprendo.

Nely titubeó.

—Creo que lo ha notado ya —agregó en voz queda—. Cuando el señor Dermont está en la casa, todos tenemos mucho cuidado de dejar las habitaciones en penumbras.

Isabela asintió. Centenas de preguntas se agolparon en los labios de la joven, pero las contuvo. Dos décadas y media de severa educación en modales le impidieron interrogar a Nely. Sin embargo, no necesitó hacerlo, porque Nely no estaba dispuesta a callarse en ese momento.

—Los ojos del señor Dermont no toleran la luz —explicó, evasiva sin embargo—. Nació así. Solo sale de su casa al caer la tarde, cuando el sol comienza a hundirse en el horizonte. Le haría daño estar fuera en otro momento. No lo encontrará deambulando por la finca de día, solo de noche. ¿Me entiende?

Isabela asintió. Recordó haber encontrado la biblioteca a oscuras al entrevistarse por primera vez con el señor Lautaro. Luego, ese mismo día, antes de tener aquel desagradable encuentro con el hermano menor, había notado la falta de luz en el pasillo y la sala. Era una dolencia extraña. Recordó la manera en la que Dermont le había rehuido a la luz cuando Nely había encendido la lámpara. De repente, lamentó haberse mostrado tan arisca con él. Tal condición debía de resultarle dolorosa. Se imaginó a sí misma incapaz de disfrutar del sol y de su calor, y un ramalazo de lástima la golpeó.

Nely la miró un momento en silencio.

—Escuchará usted que lo llaman “monstruo”, entre otras cosas —advirtió despacio, casi en un susurro—. No haga caso de esos rumores. Son necedades basadas en una vieja creencia local de la época de los jesuitas.

—¿De qué se trata?

—Olvídelo. —Nely sonrió, pero los ojos serios de la señora no reflejaron más que preocupación—. Son tonterías, nada de importancia. Supersticiones.

—Pero...

—Solo enciérrese en su habitación después de la cena. —Nely crispó la mano contra el brazo de la muchacha para asegurarse de tener su atención—. El señor Dermont no es un hombre cruel, pero a veces... A veces es mejor evitarlo. ¿Comprende? Evítelo y no se cruce en su camino.

CAPÍTULO 6

“Si tú no existieras...”

En el cielo, el sol parecía una vieja moneda de oro bruñido que se hundía entre pliegues de terciopelo. Su luz rojiza caía sesgada entre los árboles como débiles haces llameantes que se clavaban en la hierba. Destellos de bronce germinaban sobre los espinos y los viejos rosales marchitos, mientras la tarde moría recostada en las aguas negras de la laguna. Un racimo de sombras plomizas se desgranaba de este a oeste, en la línea del horizonte, para anunciar la cercanía de la noche.

“Si tú no existieras, yo existiría...”

Dermont observó en silencio el reflejo del ocaso en la laguna. Dejó caer las cortinas, que se deslizaron sobre los ventanales con un siseo casi imperceptible. Entre los frunces de la tela, se coló durante un instante la mortecina luz del sol para grabar atezadas espirales sobre la alfombra.

Él se dio vuelta hacia el recinto que había convertido en su guarida particular y encendió una lámpara. La leve luminosidad tiñó de un tono de amarillo desvaído parte del escritorio, el respaldo de las sillas, una botella de whisky vacía y las páginas apergaminadas de un antiguo libro. Las sombras reptaron hacia los rincones y se quedaron en las esquinas, agazapadas. El resto de los muebles, escasos por cierto, y los objetos que atestaban aquella habitación quedaron opacados. Eran solo fantasmas en la quietud, mudos testigos de esas horas insomnes.

La estancia no estaba atiborrada, pero lo parecía a causa de la disposición de los objetos que Dermont consideraba más preciados. Había invertido años de vagabundeo en la búsqueda de aquellos artículos: una estatua de Hades esculpida en mármol de Carrara, un par de espadas españolas y una serie de libros cuyo valor resultaba inimaginable, escritos algunos en francés, otros en

inglés, alemán y en castellano antiguo. Una lanza tupí, varias flechas, un tocado guaraní confeccionado con plumas y cuentas de jasó, y un juego de pistolas de duelo completaban la colección. El resto de los objetos que había recolectado a lo largo de veintidós años se encontraban en la sede ancestral de la familia Sanlúcar y en una de sus propiedades en Buenos Aires.

Dermont se alejó del escritorio. Sacó una botella de whisky de un armario y sirvió un par de medidas en un vaso para luego beber un trago. Contempló a Hades, pensativo. El dios estaba sentado en aquel trono de piedra con una flor destrozada a sus pies, una obvia referencia a Perséfone. La observaba con una expresión desprovista de toda sutileza: el dolor estaba reflejado en el semblante marmóreo con brutal crudeza; la desesperación estaba allí, en sus ojos y en el rictus amargo de la boca. La fealdad y dureza de los rasgos de la divinidad resultaba casi repugnante, pero había en esa mirada una suavidad desconcertante, un secreto anhelo eterno e insaciable. Era un objeto cuya belleza no era evidente: el artista no buscaba impresionar, sino conmover. En esos ojos había una profunda soledad, el ansia absoluta por el regreso de la mujer amada.

Dermont curvó los labios. Él siempre había sabido apreciar las particularidades, aquellos pequeños detalles que otros dejaban escapar o bien decidían ignorar. Esa estatua no tenía la extraordinaria hermosura que caracterizaba al arte griego y quizás por eso no había sido apreciada por sus antiguos dueños, pero él jamás cometería el error de deshacerse de ella. Era una obra de arte oscura y visceral, una que solo un hombre como él sabría apreciar: un hombre que vivía en la misma gélida oscuridad que el dios del inframundo.

Dermont rodeó el escritorio y se dejó caer sobre un antiguo sillón de madera oscura. El exquisito tallado de los brazos y del respaldo representaban dos niveles distintos del infierno. Era una esmerada obra jesuítica que había hallado en un viaje, en Córdoba. No había otra igual. A Dermont le gustaba solo aquello que no tenía punto de comparación, que era único. Lo importante era tener en su poder y a su disposición lo que consideraba insustituible, objetos valiosos que solo le pertenecieran a él, que no pudieran escapársele entre los dedos, con los que compartir la oscuridad.

Rebeca sentía algo parecido por sus propias pertenencias. No se encontrarían en su casa libros antiguos ni estatuas, mucho menos resabios del pasado guaraní, pero sí una fortuna en fruslerías femeninas: sedas y encajes, vestidos, zapatos, primorosas estatuillas de cristal y joyas.

—Esto es mío —había dicho ella una noche al examinar su propia imagen en el espejo mientras sus dedos largos y elegantes descendían, y el collar de diamantes lanzaba destellos hacia la penumbra—. No me traicionaré.

Rebeca amaba sus botellas de vidrio tallado, la vajilla Pearlware y Whiteware, los muebles de origen francés, las piedras preciosas y los trajes de canutillos y perlas, pero no se apegaba a nadie, a ninguna persona, ni hombre, ni mujer. Tenía amantes, pero ni uno de ellos le importaba tanto como esos objetos de cristal. Decía que una prostituta que vivía de su cuerpo debía olvidarse del corazón. El de ella, le había confesado una noche, ya había sido pisoteado en demasiadas oportunidades.

Dermont elevó el vaso frente a la luz de la lámpara. El líquido ambarino tembló bajo su mirada. Rebeca odiaba que bebiera. Le habría echado un sermón si hubiera estado allí y luego le habría recriminado haber tratado a la maestrita como si fuera una puta y no como la dama que era. Rebeca se había esforzado por inculcarle modales. Pensó en ella y se preguntó si estaría bien. Había prometido escribirle, pero no era algo que a esa mujer le gustara hacer.

Recordó la última noche que habían estado juntos. Jugaban a los naipes en la habitación de ella: él con un vaso de whisky sobre la mesa, y ella con un collar de esmeraldas en el cuello. Se escuchaba el violín que provenía del salón contiguo. El músico tocaba una vieja melodía mientras las trabajadoras cenaban. Los clientes todavía tardarían hora y media en llegar.

Rebeca examinaba los naipes. Vestía una camisola de satén y encaje, atuendo que consideraba cómodo y sentador. Llevaba el pelo suelto sobre la espalda; una cascada de oro y bronce que se ensortijaba al caerle sobre la cintura.

—Tu hermano parece ser un hombre interesante —había comentado antes de mirarlo por encima de las cartas—. Me gustaría conocerlo. Reservado y poco proclive a explicarse. Me pregunto si disfrutaría una velada a mi lado.

—Jamás pisaría un lugar como este.

—¿Así de mojigato es?

—Es un caballero de la vieja guardia.

Rebeca se había mostrado pensativa.

—¿No te gustaría verlo? —le había preguntado—. ¿Volver a tratarlo?

—Mi presencia en Los Tacuarales nunca ha sido de su agrado.

—Tonterías. Tengo entendido que siempre te trató bien.

—Porque era su deber.

Rebeca lo había mirado un instante. En los ojos de la mujer, había misterio y experiencia, demasiados secretos y algo más que él no había sabido interpretar.

—Nunca entenderé a los hombres —había terminado por decir—. Y sabe Dios que lo he intentado.

—¿Y eso?

—Sé que quieres verlo. Tengo la impresión de que no se despidieron en buenos términos —había explicado—. Veinte años es mucho tiempo. Regresa allá, habla con él.

—No.

Rebeca había arrojado un naipe sobre la mesa.

—Abandonar la finca no fue un error. Hiciste lo que debiste en su momento. Todos tomamos alguna vez una decisión que nos parece correcta —había razonado—. Pero ha llegado la hora de regresar y enfrentarte a los tuyos como un hombre, ya no como un niño.

—Aquí tengo todo lo que necesito.

—Y siempre lo tendrás, querido. Todo esto te pertenece. Tienes propiedades, dinero, placer, todo a tu disposición. —Ella le había dirigido una de sus miradas intensas, sapientes—. Es el momento de detenerse y mirar

atrás. ¿No lo ves? Alguna vez debemos enfrentarnos con lo que dejamos en el camino. Solo así podemos avanzar más ligeros, sin el peso de lo que hicimos o de lo que pudimos haber hecho.

—No hay nada allá para mí.

—En eso te equivocas. —Rebeca se había reclinado contra la silla—. Está la tierra. Amas Los Tacuarales. Este lugar no es para ti. Sirvió a sus fines, ya puedes dejarlo. Tienes el alma de un campesino, querido. No estás bien aquí, eso puedo verlo. Regresa a reclamar lo que es tuyo.

Él había bebido el whisky de un trago, y Rebeca había sonreído, reprobadora.

—Beber no te ayudará —había agregado—. El alcohol no acallará el anhelo de regresar a donde en realidad perteneces.

Dermont rozó con la punta de los dedos la cubierta de un libro. Era una versión muy antigua de *La divina comedia* de Dante. Sus páginas amarillentas se sentían suaves al tacto.

“Si tú no existieras...”

Endureció la expresión.

“Si tú no existieras, todo esto sería mío.”

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Dermont hizo un gesto con la mano, y un anciano se internó en la habitación hasta detenerse frente al escritorio. Era un indio viejo y desgarrado, de piel apergaminada y expresión bonachona. Echó una rápida mirada hacia la botella vacía y luego otra hacia el vaso del patrón. Había un reproche en la expresión del hombre. Tampoco le gustaba que bebiera. Dermont estaba seguro de que Ceferino había recibido órdenes de vigilarlo. Rebeca estaba decidida a evitar que se emborrachara hasta la muerte, y aquel indio era el sirviente incondicional de la mujer.

—Señor —pronunció. Parecía anonadado—, una mujer quiere verlo.

Dermont elevó los ojos hacia él. Casi sonrió al advertir la sorpresa en el rostro de Ceferino.

—¿Quién es? —interrogó.

—Una dama, señor. Es la maestra que se hospeda en la casa principal, la institutriz de la señorita Lorena.

El empleador observó la débil luminosidad del ocaso. El sol casi desaparecía entre las sombras de la noche.

—Hazla pasar —indicó con suavidad.

Ceferino echó una breve mirada hacia la botella de whisky una vez más.

—¿No prefiere usted que le diga que venga en otro momento?

—¿Por qué?

—Señor, usted ha estado bebiendo. —Ceferino se veía muy incómodo—. Sé que aguanta bien la bebida, pero no es correcto recibir a una dama después de haberse echado por el gaznate botella y media.

—Ceferino. —Era una advertencia.

El viejo calló y observó su entorno.

—¿Está seguro de que no quiere recibirla en el salón? —consultó dudoso.

Dermont se recostó contra el respaldo de la silla y cruzó las piernas.

—No te preocupes, estoy seguro de que la señorita Alcántara sabrá apreciar mi guarida —expresó. Había humor en su voz.

Ceferino lo miró extrañado.

—Sí, señor.

Dermont notó la amonestación en la mirada del empleado. Pensó que una de las desventajas de tener a su servicio a un hombre que había velado por su seguridad desde que tenía uso de razón era que lo conocía muy bien. A veces se tomaba demasiadas atribuciones.

Ceferino se marchó y, unos minutos después, regresó en compañía de la maestra. El viejo lo miró un momento con expresión reprobadora y luego desapareció en el pasillo.

Isabela se detuvo en la puerta, lo observó y deseó regresar sobre sus propios pasos. Él no estaba vestido para recibir visitas, eso era evidente: la chaqueta colgaba del respaldo de una silla, al igual que la corbata. Tenía el pelo suelto sobre los hombros, aunque en aquel entorno no parecía un salvaje que representara particular peligro.

Él no se levantó para saludarla con la debida cortesía, sino que se limitó a permanecer sentado. Tenía una postura estrictamente masculina, arrogante y altanera.

Ella intentó no fijar la vista en el vello de los brazos y del pecho de aquel hombre. La piel bronceada se veía oscura en la penumbra, y los ojos amarillentos refulgían con suavidad entre las sombras.

—Buenas noches, señor —saludó, educada.

Él no lo fue.

—¿Por qué está aquí? —interrogó a bocajarro.

Isabela vaciló. Era evidente que no la invitaría a sentarse, así que decidió tomar asiento por propia cuenta. Él la siguió con la mirada como un depredador cuando ella se acomodó frente al escritorio.

—Señor, vine a disculparme con usted —anunció—. No debí exaltarme en nuestro primer encuentro. Fue impropio de mi parte.

A él pareció importarle muy poco la admisión de culpa.

—¿Vino sola? —preguntó.

—No. Faustino tuvo la amabilidad de mostrarme el camino.

—¿La está esperando?

Ella lo miró desconcertada.

—Por supuesto que no. Me parecería una descortesía hacerlo aguardar. Le dije que podría regresar sola a la casa. No está lejos.

Él curvó las comisuras de los labios.

—¿Decía usted que vino a disculparse?

Isabela se ruborizó.

—Sí —confirmó. Ese hombre tenía una facilidad sorprendente para aguijonearla—. Lo lamento.

—Supongo que Nely ya la puso al tanto de los pormenores de mi vida —razonó él. No reveló en la voz ninguna emoción—. ¿Esa es la razón de que esté usted aquí?, ¿lástima?

—No, señor. Jamás podría sentir lástima por usted. —Se interrumpió, y sus mejillas adquirieron una ligera tonalidad rosada—. Eso no sonó muy bien, pero estoy segura de que me entendió.

Dermont la contempló, pensativo.

—Desde que la conocí, me he preguntado en varias ocasiones si ha encontrado usted a muchos hombres capaces de entenderla —expuso.

Isabela lo miró sin saber qué responder. La verdad era que a veces se preguntaba lo mismo, pero eso no era algo que fuera a revelar. Esbozó una sonrisa.

—No muchos, en realidad. Es un problema cuando se es una mujer inteligente —adjudicó con vivacidad—. Opino que se relaciona de alguna manera con el ego masculino, ¿no cree usted?

Él la observó con los ojos entornados. Ella era una mujer preciosa. Cualquier hombre con sangre en las venas sería capaz de apreciar tal belleza. Él, por lo general, era inmune a esa hermosura, pero, cuando la joven sonrió, la dulzura y calidez de su encanto provocaron en él la resurrección de un viejo anhelo que creía muerto hacía mucho tiempo.

Dermont endureció la expresión, se puso de pie y rodeó el escritorio. Los movimientos fueron suaves, fluidos, pero de igual manera la alarmaron.

Isabela intentó incorporarse, de seguro con la intención de alejarse de él, pero, antes de que pudiera escapar, él apoyó las manos en ambos brazos de la silla para acorralarla contra el respaldo.

Se inclinó y le buscó la mirada.

—Debería marcharse de aquí —aconsejó.

Isabela se echó hacia atrás, de pronto con el corazón desbocado. El olor de él la envolvió: madera, cuero y whisky, una mezcla de pura masculinidad, incluso salvajismo.

Él curvó las comisuras de los labios en una mueca de amargura.

—Usted no pertenece aquí —musitó—. No está segura.

Isabela se indignó. Ese hombre estaba tratando de asustarla adrede, y no lograba imaginar por qué.

—No me iré —se negó, resuelta. Presionó la espalda contra el respaldo en un vano intento por mantener cierta distancia entre su cuerpo y el de él, pero estaba demasiado cerca—. Señor Sanlúcar, debería dejar de intimidarme. No funcionará. Tengo un cuñado, ¿sabe? El señor Jantus intentó hacer lo mismo en varias oportunidades, y le aseguro que no lo consiguió.

Dermont observó aquel rostro, los ojos bonitos, los labios llenos. La piel de la muchacha se veía suave. Cálida y suave. Se preguntó cómo se sentiría acariciarla. Quizás como seda entre los dedos. El deseo le calentó la sangre y le endureció el cuerpo. Crispó las manos contra los brazos de la silla porque no quería ceder a los instintos y tocarla, porque la deseaba. La madera crujió bajo sus dedos.

—No la quiero aquí —expresó en voz queda. Había una amenaza latente en el tono.

—¿En esta casa? Discúlpeme, pero...

—Regrese a la ciudad.

—No. El señor Lautaro dijo que podía quedarme.

Dermont la estudió un instante en silencio.

—Yo soy el dueño de estas tierras, no Lautaro —objetó.

Eso la sorprendió.

—¿Disculpe?

Él clavó en ella los ojos gélidos. Era un hombre fuerte y peligroso, de poderosa musculatura; un animal desprovisto de toda emoción.

Isabela de pronto se arrepintió de haber acudido sola a su encuentro. El amarillento resplandor de la lámpara iluminó parte del rostro masculino cuando Dermont inclinó la cabeza. Esos ojos magníficos parecían trozos de ámbar a contraluz.

—Los Tacuarales me pertenece —confirmó—. Todo lo que ve es mío. Soy yo quien decide si usted se queda o se va, no mi hermano.

—Pero...

—No la quiero aquí.

—Su comportamiento no me agrada, señor. Está conduciéndose de una manera que es, con franqueza, ofensiva. ¿Podría apartarse, por favor?

Él le aferró el mentón con dos dedos para obligarla a mirarlo y deslizó el pulgar sobre su piel. Seda y fuego. Dermont controló sus instintos.

—¿Para qué vino aquí? —cuestionó con rudeza—. Podría haberse quedado a salvo bajo la sombra de mi hermano, lejos de mí. Estoy seguro de que ya la previnieron en mi contra. ¿Por qué tiene que mostrar tal condenada obstinación? Todos en el pueblo me consideran un monstruo. Soy un bastardo, no tengo honor. Dicen que soy un demonio, un maldito, y no están muy equivocados. Podría usarla a mi gusto y placer, y no habría nadie que se atreviera a liberarla de mí. —Curvó los labios y se acercó más. La boca de Dermont casi rozaba la de ella—. ¿Me tiene miedo?

—No, señor —sostuvo Isabela, tensa. Apartó la cara con brusquedad y se deshizo del agarre. Pero no se permitió engañarse a sí misma. Si había conseguido escapar de esos dedos era porque él se lo había permitido. Lo empujó y se puso de pie—. Está usted tratando de amilanarme y no entiendo por qué. Y le diré algo más: no me iré de Los Tacuarales hasta que el señor Lautaro decida despedirme. Trabajo para él, no para usted. ¿Está claro?

Dermont cerró la mano en el brazo de ella y la atrajo con violencia hacia él. La miró desde arriba, recio y frío. En ese momento, ella lo vio como una auténtica amenaza.

—Es usted una mujer muy hermosa —observó—. Está aquí, en mi casa, sola. Vino a buscarme sin compañía. Sabe que no soy un caballero. Ahora, ¿contra la pared o sobre el escritorio? Usted decide.

Ella lo miró con espanto. Se sacudió y, al contrario de lo que pensó, él le permitió escabullirse. Retrocedió un paso y luego otro en tanto contemplaba el aspecto silvestre de él, su rudeza, la expresión implacable de su rostro.

Isabela se dio vuelta y tiró del picaporte de la puerta. De pronto, él estaba a su espalda. Dermont aplastó el puño contra la madera, se inclinó y acercó la boca a la oreja de la joven.

—Es usted una maldita complicación —musitó. Su aliento cálido le rozó la piel—. Lo supe en cuanto la vi.

Isabela soltó una exclamación cuando él enredó los dedos en su pelo y tiró hacia atrás. Dermont se inclinó para buscar la base de su cuello con los labios.

—¿Me tiene miedo ahora? —preguntó.

—¿Señor? —Ceferino forcejeó con el picaporte—. ¿Necesita algo? Creo que me retiraré a la cama, si no le importa. La edad, ya sabe. ¿Quiere que acompañe a la señorita hasta la casa?

Dermont se apartó de la puerta, e Isabela aprovechó el instante para huir. Ceferino se hizo a un lado y la vio salir de la casa a la carrera.

Dermont lo miró un momento.

—Síguela —ordenó al fin—. Asegúrate de que llegue a salvo a la casa.

—Sí, señor.

—Ceferino.

El anciano lo miró en silencio desde el umbral. Los ojos bonachones reflejaron durante un instante la luz de la lámpara.

—La próxima vez que decidas intervenir en mis asuntos, terminarás en la calle.

Ceferino asintió.

—Le dije que no estaba usted en condiciones de tratar a una mujer — justificó y, antes de que él pudiera decir algo más, el anciano entornó la puerta —. Mucho menos a una que le agrada.

CAPÍTULO 7

Hacia las siete de la mañana, el resplandor del sol comenzó a palidecer poco a poco hasta convertirse en una leve luminosidad dorada sobre la línea del horizonte. Pronto, una legión de nubes plomizas avanzó desde el sur y extendió un bucólico manto gris y azulino sobre Los Tacuarales. Unos minutos después, empezó a llover. No hubo relámpagos ni truenos, solo el rítmico repiqueteo de la lluvia en las ventanas entre los suspiros del viento y el murmullo del camalotal en la laguna.

Isabela detuvo sus pasos en el rellano de las escaleras y se alisó la falda. Por lo general desayunaba poco después de las ocho, pero había decidido levantarse al resultarle evidente que ya no podría dormir. Había pasado toda la noche dando vueltas entre las sábanas, presa del insomnio. Cuando por fin había caído rendida en un sueño inquieto, se había poblado de pesadillas, y en todas ellas, ese odioso salvaje era el protagonista principal.

El frío rozaba las cortinas, se arrastraba sobre las baldosas y se hundía en la penumbra. Isabela se arrebujó en el rebozo de lanilla bordada y observó los ventanales, que se encontraban entornados. La pálida luz del día penetraba en el pasillo con suavidad para ahuyentar las sombras hacia los rincones.

La muchacha vaciló. “Dermont está aquí”, pensó. Quizás debería regresar a su propia habitación y encerrarse allí. “Eso sería una cobardía”, reconoció. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No quería encontrarse con él en ese momento, ni en ningún otro a decir verdad. Desvió la mirada hacia los claros cristales una vez más. Las violentas emociones que experimentaba en su cercanía la confundían. Nunca se había sentido tan nerviosa en la presencia de un hombre, ni tan consciente de él. No le temía, admitió; no era eso. No lo consideraba capaz de lastimarla. Sin embargo, él provocaba en ella algo que no lograba comprender.

Cuadró los hombros y elevó el mentón. “Que sea lo que tenga que ser”, pensó. Si ese salvaje se cruzaba en su camino, le haría frente.

Isabela descendió las escaleras con expresión taciturna. Disgustada, supuso que el haber pasado una mala noche era consecuencia del desagradable encuentro con ese bruto animal.

Ella había ido a la residencia de él con la intención de disculparse por el enfrentamiento en su primer encuentro, y ese hombre había decidido asustarla. Porque no había duda de que esperaba aterrorizarla.

“Bestia tosca”, pensó con rencor. Ningún caballero se habría atrevido a tratar a una dama como lo había hecho él.

—Señorita. ¿Señorita?

Isabela al fin prestó atención a su entorno. Terminó de bajar los peldaños y esperó a Nely.

La mujer la observó con preocupación.

—¿Se encuentra bien? —inquirió.

—Sí, gracias por preguntar. Solo tuve un par de pesadillas.

—Quizás debería retirarse a descansar. Yo la disculparé con el señor Lautaro y le llevaré el desayuno a su habitación dentro de unos minutos.

—No será necesario. Estoy bien. —Isabela le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

La mujer vaciló.

—Hay algo para usted allá, en la sala —reveló por fin.

—¿Qué es?

—Son flores, señorita —explicó Nely. Se veía muy incómoda, incluso disgustada.

Isabela frunció el ceño, se recogió la falda y fue hasta el salón. Vio el ramo desde el umbral. Una docena de claveles blancos destacaban en la escasa luz, sobre el piano.

—El señor Dermont me dijo que dejara aquí las flores, que usted entendería —contó Nely.

Isabela se estrujó la falda entre los dedos. Supuso que él estaba intentando disculparse por el atroz comportamiento para con ella. Vio a Nely observarla con curiosidad. Era evidente que esperaba una explicación por su parte, pero ella no iba a dársela. Consideraba que lo sucedido la noche anterior no concernía a nadie más. además, era demasiado vergonzoso. Con solo recordarlo, ya se sentía incómoda.

—Son unas flores muy hermosas, señorita —comentó la mujer de pronto con expresión reflexiva—. El patrón debió de mandarlas a buscar al pueblo, porque por aquí no hay de ese tipo. Esos claveles solo pueden ser de la señora Martínez. En La Cruz no encontrará jardines más hermosos que los suyos.

Isabela atravesó el recinto para rozar los pétalos blancos con la punta de los dedos. No recordaba haber recibido flores en toda la vida. Era la primera vez, ¡y provenían de un bárbaro que insistía en intimidarla con su feroz conducta!

—¿El señor Dermont dijo que eran para mí? —consultó en voz baja. Eran en verdad hermosas.

—Sí, señorita. Pero no piense usted que él bajó hasta el pueblo para comprarlas. El señor Dermont no iría. Le tienen mucho miedo allá, sabe usted.

—¿Miedo?

—Sí. La gente hasta se santigua cuando lo ve. Me imagino el susto que se habrá llevado la señora Martínez al descubrir que Ceferino esperaba en su vivero para comprar claveles. —Nely hizo una pausa—. ¿Por qué cree que el señor Dermont decidió hacer este gesto?

Isabela se mostró evasiva.

—No lo sé —musitó.

—El señor me ordenó que, además, le comunicara a usted unas palabras de su parte.

—¿Qué dijo?

—Dijo, y son sus palabras, lo juro: “Actué según sus expectativas. Mis disculpas.” No comprendo, señorita. ¿Qué quiso decirle? ¿Acaso la trató de manera indebida? Porque, si es así, debería informárselo al señor Lautaro. Él se encargará de arreglar las cosas, siempre lo hace.

Isabela apretó los labios.

—Y ahora es mi culpa —murmuró. Las mejillas se le encendieron a causa de la creciente irritación.

Nely parpadeó, confundida. Le resultó evidente que la maestra no había escuchado ni una de sus palabras.

—¿Cómo dice?

—¿Dónde está el señor Dermont?

Nely ahuecó los labios.

—En la biblioteca, señorita —respondió—. Pero...

Isabela la ignoró. Se dirigió hacia la puerta, cada vez más indignada. ¡Qué bruto irracional más despreciable! ¡Se atrevía a hacerla responsable de su comportamiento como si tal cosa!

*

Lautaro examinó uno de los libros mayores y frunció el ceño. Las cifras eran largas y parecían no tener fin. Además, las anotaciones realizadas en los márgenes tenían la particularidad de ser casi indescifrables. Repasó una columna de números y luego otra en silencio.

Dermont lo observaba con vago interés desde su posición detrás del escritorio. Supuso que el estado de las cuentas no era lo que molestaba a su hermano. Se preguntó qué sería y si debería importarle. Con indolencia, estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos en tanto bebía un trago de whisky.

Dermont lo miró. Se cuestionó cómo habría sido la relación con él si el padre de ambos no hubiera decidido dejarle Los Tacuarales en el testamento.

Lautaro amaba esas tierras. Siempre había creído que viviría allí, que las administraría y que las legaría a sus propios hijos, pero Justiniano había tenido otros planes: dejar Los Tacuarales a su bastardo.

Que Justiniano Sanlúcar hubiera decidido legarle la propiedad a Dermont había terminado por destruir una relación fraternal ya bastante tensa de por sí. Lautaro se había sentido traicionado, desplazado por él, un hijo ilegítimo, un mestizo además.

Si bien compartían la misma sangre, Lautaro ya era un joven cuando él solo era un niño. La diferencia de edad era grande, y su padre no había hecho nada por acercarlos. De hecho, al preferir al segundo hijo de manera abierta, lo único que había logrado había sido crear un abismo entre los hermanos.

—Las cuentas parecen estar bien —opinó Lautaro, y cerró el libro para luego dejarlo sobre el escritorio. Parecía cansado. A él nunca le habían gustado los números.

—¿Deseas que las revise por ti?

—No, no es necesario. Lozada es un caballero confiable. Incluso podría desentenderme de los libros contables y estoy seguro de que no faltaría un centavo de mis negocios en la ciudad.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

Dermont examinó su bebida.

—Pareces disgustado.

Lautaro vaciló.

—Recibí una carta junto con los documentos —explicó—. Es de esa mujer, Olivia Hermann.

—¿Olivia Hermann?

—Pretende convencerme para que me quede con el ingenio de San Ignacio. Ha estado presionando a Próspero durante meses. Insiste en tener una entrevista conmigo.

—¿Qué dice en su correspondencia?

—Que sería una buena inversión para mí quedarme con el negocio.

—Es posible que tenga razón. La elaboración de caña de azúcar es importante para la provincia y ha sido muy redituable para el dueño del ingenio en los últimos dos años.

—Pero las tierras valen mucho más que el establecimiento y las actividades que se realizan allí en este momento. —Lautaro se mostró pensativo—. Podría dividir las y venderlas por lotes. Sacaré más dinero de esa manera.

Lautaro examinó los documentos que había recibido de parte del administrador en la mañana.

Dermont seguía bebiendo mientras contemplaba a su hermano en silencio.

Su aparición en Los Tacuarales después de más de veinte años de ausencia había causado gran revuelo entre la servidumbre, pero también había sorprendido a su hermano y a su madre, por no mencionar a Eleonora, la esposa de Lautaro.

Dermont se sirvió otra medida al tiempo que recordaba a Eleonora, esa perra altanera. Saber que Los Tacuarales pertenecía a un espurio, con sangre india además, había sido un fuerte golpe para ella. Lautaro tenía sus propios negocios en la capital y estaba a cargo también de los intereses económicos de su madre y de la familia materna. Incluso, el viejo le había dejado en el testamento unas propiedades en la ciudad. Era dueño de una fortuna. Eleonora, como su esposa, no tenía nada que lamentar, pero la idea de estar emparentada por matrimonio con un mestizo y de que aquel además fuera dueño de Los Tacuarales le había resultado odiosa. De hecho, desde que Dermont le había sido presentado, se había dedicado a acicatear a su marido. Pretendía

impugnar el testamento de Justiniano Sanlúcar. Era imposible hacerlo, pero eso no le había impedido insistir en ello una y otra vez hasta colmar la paciencia de su marido y de su suegra.

Para Eleonora, Dermont era un ser despreciable y repulsivo. Lautaro pudo haber estado de parte de ella, hasta era de esperarse que hiciera tal cosa. Después de todo, Eleonora era su mujer y la madre de su hija. Pero no lo había hecho. Era un caballero, siempre lo había sido, y el honor y el profundo sentido del deber que sus padres le habían inculcado desde la cuna lo habían impulsado a defender a Dermont y a tratarlo con la debida deferencia, pese a que le sobraban razones para odiarlo.

Justiniano siempre había comparado a sus hijos entre sí y, a sus ojos, Lautaro, el primogénito, era mucho menos que satisfactorio. El bastardo, por el contrario, era todo lo que siempre había esperado en un descendiente.

Dermont se preguntó cuánta amargura habría suscitado su propio nacimiento en Lautaro. Luego, cuando Justiniano había decidido darle el apellido y obligar a su esposa a presentarlo como hijo ante el mundo, ¿cuán profundo e intenso habría sido el odio de su hermano mayor?

—Esa mujer ha estado incitando a los obreros de Gómez Lanari a la huelga.

—Debe de tratarse de una persona con una profunda conciencia social —comentó Dermont—. Muchos trabajadores perderán su sustento si decides cerrar el ingenio.

—Es posible.

—Es una certeza. —Dermont terminó el whisky—. El ingenio desaparecerá, venderás las tierras por partes, y la mitad de San Ignacio quedará en la inopia.

Lautaro lo observó un momento en silencio.

—¿No crees que es muy temprano para beber? —cuestionó.

Dermont curvó los labios a un lado.

—Para un caballero, sí —matizó—, pero un bastardo puede hacer lo que le plazca.

El primogénito le dirigió una mirada reprobatoria, pero no hizo comentarios.

—Lozada cree que debería concederle una entrevista a la señorita Hermann —dijo—. Quizás, si le ofrezco un poco de dinero, se calme su interés por azuzar a los obreros.

—Es posible, aunque poco probable. —Dermont echó un vistazo a la carta que su hermano había dejado sobre el escritorio—. Te sugeriría que te olvidaras de esa propiedad, pero, como sé que sería inútil, solo puedo desearte suerte en tus tratos con esa dama.

Lautaro se recostó contra el respaldo de la silla y examinó la misiva de la señorita Hermann una vez más, ensimismado.

Dermont pensó entonces en otra mujer particularmente molesta: Isabela Alcántara. A la maestra no le repugnaba. De hecho, el que fuera un bastardo, un mestizo, no parecía importarle en absoluto. Era su despreciable conducta para con ella lo que la indignaba.

Por lo general, se conducía de manera apropiada con las mujeres, incluso ostentaba cierta caballerosidad si la ocasión lo ameritaba. Pero, con esa mujer, no conseguía contenerse. Por alguna razón, se mostraba con ella como el monstruo que todos creían que era.

Había algo en esa hembra que lo aguijoneaba, que lo impulsaba a tratarla de manera en verdad despreciable. ¿Qué pretendía al actuar de ese modo? Que ella no se atreviera a acercársele.

Entonces, la puerta se abrió con vehemencia.

—¡Señor Dermont! —exclamó Isabela, y entró a la biblioteca de manera intempestiva—. Creo que debemos hablar.

¿Mantenerla a distancia? Eso era algo en lo que estaba fallando miserablemente, pensó, divertido. Dejó el vaso sobre el escritorio.

—Buenos días, señorita Alcántara —saludó—. Estoy a su disposición.

Lautaro se puso de pie con cortesía.

—¿Señorita? —pronunció. Parecía confundido—. ¿Sucedó algo?

Ella enrojeció.

—Perdóneme, por favor —se excusó avergonzada, tras lo cual dirigió una mirada venenosa hacia Dermont, quien permaneció apoyado contra la silla en esa postura de pura masculinidad que le irritaba tanto—, pero quisiera intercambiar unas palabras con el señor, si me lo permite.

Lautaro dirigió los ojos hacia Dermont y lo vio servirse otro trago. En el lugar de su hermano, otro hombre ya habría estado borracho, pero él parecía aguantar muy bien la bebida. Aun así, consideró que no sería apropiado permitirle estar a solas con una dama.

—Quizás en otro momento... —comenzó.

—Ahora —exigió Isabela, y se ruborizó una vez más—. Por favor. Necesito aclarar con el señor algo muy importante.

Lautaro la miró un largo instante en silencio y al final asintió.

—Como quiera —resolvió, y en su rostro no se reflejó ninguna emoción, aunque sus ojos fríos fueron elocuentes.

Isabela lamentó haberlo molestado y pensó en disculparse con él, pero, antes de que pudiera hacerlo, el señor Sanlúcar abandonó la biblioteca.

Dermont esperó a que su hermano se marchara para dejar el vaso sobre el escritorio.

—¿Cerramos la puerta o la dejamos abierta? —preguntó en tono de mofa—. Si piensa usted hacer una escena, podríamos dejarla como está, de manera que Nely y mi hermano, y tal vez la señora Angelina, puedan disfrutar del espectáculo.

—¡Es usted insufrible! —vociferó ella con irritación antes de cerrar la puerta con firmeza a su espalda—. Quiero saber qué pretende.

—¿Disculpe?

Isabela avanzó hasta el escritorio y apoyó las manos sobre la superficie.

—Desde que me conoció, ha intentado intimidarme, incluso me ha ordenado que me fuera —recordó—. Entiendo que no le caiga en gracia, ¿pero es todo esto necesario? Ayer por la noche, hasta me amenazó.

Dermont sonrió.

—Intenté disculparme por mi comportamiento.

—¿Con las flores?

—Sí. Podría además excusarme al decir que no me encontraba en condiciones de recibir a nadie debido a mi lamentable afición a la bebida. ¿Es eso lo que quiere escuchar?

La dama entornó los ojos.

—Quiero dejarle esto muy claro, señor: no me iré de esta casa hasta que su hermano decida prescindir de mí —aseguró—. Toleraré sus insultos y su falta de modales, pero no espere que acepte sus flores como si lo que sucedió anoche fuera una nimiedad, nada más grave que un simple error con respecto a la cortesía que le debe un hombre a una mujer.

Él se puso de pie con indolencia. El facón que llevaba a la cintura resultó amenazante bajo la débil luz de la farola. Dermont rodeó el escritorio con lentitud, como si quisiera darle tiempo a escapar. Se movía con la gracia de un cazador al acecho. Pero Isabela permaneció en el lugar con terquedad. Estaba decidida a no permitir que ese hombre la intimidara, aunque pesara unos treinta kilos más que ella y fuera mucho más fuerte.

Él llegó a su lado e inclinó la cabeza para buscarle la mirada.

—¿Y qué ocurrió anoche, señorita? —interrogó con suavidad.

Él estaba demasiado cerca, pero Isabela no se movió. Contuvo el impulso de poner distancia entre ambos. Esa fragancia, que ya asociaba con su salvajismo, flotó hasta ella y la subyugó.

—¿Puede mantener más espacio entre nosotros, por favor? —exigió—. Que se acerque así no es apropiado.

Él esbozó una sonrisa. El depredador estaba allí, en esa mirada fiera, en la curva seductora de esa boca, en la expresión del rostro.

—Sé que no me tiene miedo —reconoció mientras le rozaba la mejilla con el dorso de la mano—. Eso me gusta.

—¿Qué está haciendo? No me toque.

—¿Recuerda lo que sucedió ayer por la noche?

—Por supuesto que sí. Créame, jamás lo olvidaré. Se mostró usted insultante.

Dermont se inclinó, y ella se apoyó en el escritorio. Todavía se negaba a moverse, pues lo consideraba un acto de cobardía y se había prometido a sí misma que esa vez ese hombre no la obligaría a retroceder.

Él la acorraló al apoyar las manos sobre la superficie de la mesa, a los lados de su cuerpo.

—Huele usted muy bien, Isabela —cumplimentó, y su voz sedosa fue una caricia en sí misma.

—Usted no. Huele a whisky. Aléjese de mí.

Dermont la rodeó con los brazos. Eran bandas de hierro a su alrededor.

Isabela se desesperó.

—¿Qué está haciendo, señor?

—Escandalizarla —afirmó él, y sonrió al verla enrojecer, supuso que de indignación—. Se ve muy hermosa cuando se enoja.

—¿Cómo se atreve a hacerme esto? —Isabela intentó forcejear con él, pero todo movimiento fue inútil. No podría escapar de esos brazos hasta que él deseara soltarla—. Usted no tiene vergüenza, señor.

Dermont clavó en ella sus ojos ambarinos. Solo había deseado erizarle las plumas, pero todo cambió en un instante. De pronto, fue consciente del cuerpo pequeño y flexible de ella contra el propio, de esa delicadeza y suavidad, de

su femineidad. Inclino la cabeza. Todo rastro de humor habia desaparecido del rostro de el.

—Quédese —pidió en voz baja—. Quédese y aténgase a las consecuencias.

—¿Qué...?

Ella se sobresaltó cuando la puerta de la biblioteca se abrió con brusquedad. Lautaro se detuvo en el umbral. Dermont se apartó de la dama con lentitud, y ella retrocedió un paso para poner distancia entre ambos.

—Señor, yo... —comenzó la joven con la intención de disculparse, pero calló al considerar que nada de lo sucedido era culpa de ella en realidad. Dermont hizo un gesto con la mano para ordenarle silencio, y ella le dirigió una mirada reprobatoria.

Lautaro curvó los labios.

—Necesito hablar contigo —le dijo a su hermano.

Isabela se apresuró a ir hacia la puerta.

—Si me disculpa, señor, me retiraré ahora —se excusó.

Lautaro asintió y se hizo a un lado. Esperó a que ella se alejara para cerrar la puerta del recinto.

Dermont alzó una ceja, inquisitivo.

—¿Sucedo algo? —preguntó antes de tomar el vaso y acabar con la bebida.

Lautaro endureció la expresión.

—No te acerques a ella —ordenó.

—¿Es una advertencia?

—Solo aléjate de esa mujer.

La boca de Dermont se torció a un lado.

—Creo que deberías decirle a ella que se mantenga lejos de mí —musitó, para luego atravesar la biblioteca con indolencia. Cuando llegó a la entrada, se detuvo un instante y añadió—: Incluso, ayer por la noche, fue ella quien acudió a mi casa.

Lautaro fue muy rápido. Crispó las manos en el cuello de la camisa de su hermano y lo empujó con violencia contra la puerta.

—Ella está bajo mi protección —siseó.

—¿Y eso qué significa?

—No permitiré que la lastimes.

Dermont se deshizo del agarre y lo miró a los ojos.

—Cuidado —advirtió con suavidad.

—La señorita Alcántara no es una de tus mujeres. No toleraré que juegues con ella. Es una dama.

Dermont curvó las comisuras de los labios, pero no había humor en su expresión, y mucho menos en sus ojos.

—Lo tendré en cuenta —aceptó—. Sin embargo, creo que ella tiende a olvidar eso cuando está conmigo.

CAPÍTULO 8

El señor Lozada se aseguró de llevar consigo todo lo que precisaba. Revisó el maletín por centésima vez, se palpó los bolsillos dos veces y, por fin, se ajustó los lentes sobre la nariz.

—Estoy listo —resolvió con una sonrisa. Examinó la carga del carruaje. Llevaba dos maletas. La Cruz no estaba lejos, a poco más de tres horas de la ciudad, pero, si debía quedarse más de los tres días que tenía planeado permanecer en Los Tacuarales, necesitaría un par de mudas de ropa.

Ramiro dirigió un rápido vistazo hacia el cielo antes de saltar al pescante, se echó la capa sobre los hombros y se arrebujó en ella.

—¿Crees que lloverá? —preguntó Próspero, de pronto preocupado. Si sucedía, los caminos se convertirían en un lodazal, y eso complicaría el trayecto. Además, cuando la lluvia era espesa, Los Tacuarales quedaba prácticamente aislado, era imposible llegar hasta allí desde el pueblo. Tendrían que rodearlo e ingresar a campo traviesa por un viejo camino de tierra.

—Es posible, señor —opinó Ramiro, pensativo. Oteó el horizonte en tanto se acomodaba en el asiento—. Mire aquellas nubes, allá por el oeste. Se nos están viniendo encima. Si no nos apresuramos, quedaremos en medio de la tormenta.

—Comprendo. Démonos prisa, entonces.

—Sí, señor —acató Ramiro, y tomó las riendas—. Cuando usted diga.

Próspero subió al carruaje y acomodó su corpachón en el asiento más próximo a la ventanilla. Dejó el maletín junto a él y se inclinó para cerrar la puerta.

—Un momento, por favor.

Próspero casi se atragantó con su propia saliva cuando una pequeña mano enguantada se apoyó en la abertura. Sorprendido, vio a la señorita Hermann recogerse la falda y trepar al carruaje sin ayuda, casi de un salto.

—Buenos días, señor —lo saludó ella con descaro al tiempo que se acomodaba en el asiento frente a él, tras lo cual cerró la portezuela—. ¿Le parece que tendremos un buen viaje? Intuyo que va a llover.

—¿Qué...?

—Su secretaria me comentó que pensaba usted hacerle una visita al señor Sanlúcar en su casa de La Cruz. Permítame acompañarlo.

Próspero intentó decir algo. Abrió y cerró la boca. Luego frunció el ceño.

—Señorita —pronunció, al borde de la desesperación—. No puede venir conmigo. Esto no es correcto.

Ella estaba luchando con una maleta, que parecía muy pesada.

—Livi. Debe llamarme Livi, ¿recuerda?

—Livi, por favor.

—No se preocupe, señor. Lo que es apropiado o no para mí, yo lo decidiré —afirmó con una sonrisa. Por fin logró que el equipaje ocupara un espacio junto a ella—. ¿Nos vamos?

—¡De ninguna manera! Señorita... Eh, Livi. No puede tan solo subirse a un carruaje y abandonar la ciudad. ¿Qué dirá su padre de todo esto?

—No lo sé. Tampoco me importa, en realidad. El señor Hermann tiene sus ideas, pero yo tengo las mías.

—Esto no puede estar pasando.

Livi se inclinó y le palmeó el brazo, quizás en un intento por tranquilizarlo.

—Cálmese o terminará sufriendo de los nervios —le advirtió. Luego, alisó la cinta que adornaba su sombrerito de paseo.

—Por favor, no me haga esto. Bájese. Regrese a su casa.

Ella tuvo el descaro de sonreír.

—Sabe que no lo haré. El señor Sanlúcar ha estado evadiéndome. Es hora de que me reciba —decidió. Extrajo un paraguas y una revista del interior de la maleta—. No se preocupe. Le aseguro que no notará mi presencia.

—Pero...

Livi golpeó la trampilla del carruaje con la punta del paraguas.

—Todo saldrá bien, confíe en mí. El señor Sanlúcar terminará considerando mi oferta, ya lo verá.

La pequeña ventana se abrió.

—¿Sí, señor? —dijo el cochero.

—Livi, por favor. —Ella sonrió con amabilidad—. Ya podemos irnos.

Ramiro pareció perplejo.

—Eh... Sí, señorita —balbuceó.

—Livi.

La trampilla cayó, Ramiro agitó las riendas y el carruaje avanzó calle abajo a buena velocidad.

Próspero sacó un pañuelo de uno de los bolsillos y se lo apoyó sobre los ojos.

—Dios mío —musitó.

Livi lo ignoró. Descansó la espalda contra el asiento, se sacudió la falda color azul zafiro y tomó una revista entre las manos. Con una leve sonrisa de satisfacción en las comisuras de los labios, se dispuso a leer.

25 de noviembre de 1895.

Belle Époque, Ciudad de Corrientes.

Número 98.

UNA ARISTOCRACIA DE BARRO

Hasta 1880 aproximadamente, el sector más descuidado de la economía en Corrientes resultó ser el agrícola. La población se veía obligada a consumir en la ciudad los productos provenientes de Buenos Aires, que se vendían a precios muy elevados. Un kilo de batatas, zapallos, cebollas o tomates resultaba así un manjar vedado para los pobres.

Corrientes se desarrolló con la ganadería desde que sus habitantes descubrieron, en el ganado cimarrón, una riqueza inesperada. El trabajo creció, pese a las guerras intestinas que ensangrentaron la tierra, y durante siglos fue una fuente inagotable de recursos.

Para la ciudad de Corrientes, la ganadería es una actividad impropia para los caballeros. Subrayo: en la ciudad. No así en el resto de la provincia.

Chacras y quintas se encuentran por doquier en las afueras del centro, pero no se hallará en ellas nada más que animales de raza en cantidades muy pequeñas, si es que se los encuentra.

Hoy, casi a las puertas del siglo XX, la agricultura es mucho más importante para el Gobierno. Desde que, a comienzos de 1890, se decidió brindar a la población un sinfín de facilidades para adquirir tierras, comenzó a generarse un beneficio de la economía.

A partir de tales actividades económicas, ha prosperado nuestra aristocracia local. Dado que el origen de sus lujos y riquezas han sido la tierra y el trigo, llama la atención que intenten ocultarlo al aducir heredar sus fortunas de una larga lista de antepasados ilustres; de impecables desconocidos, en realidad. La verdad es otra, para desgracia de muchos nombres provistos de doble apellido. Existen parientes que han sido olvidados por conveniencia, llegados del Viejo Continente con los primeros inmigrantes sin más posesiones que la ropa que

llevaban encima. Pero eso no se dice, así como tampoco se revela que todo lo que se exhibe con orgullo no es más que el producto del capital más importante que puede tener una persona: la tierra.

No. Eso no debe decirse. Porque no se hace. Porque no está bien. Así los de arriba pueden seguir engañándose a sí mismos y a otros, allegados y extraños, sobre las generaciones de lujos y privilegios que llevan a sus espaldas. Así se puede despreciar en público a los dueños de mueblerías, sastrerías, talabarterías, panaderías y carpinterías. Y no olvidemos al resto de la población: campesinos, arrieros, lavanderas, indígenas; pobres todos, que ni el desprecio merecen, porque nadie los menciona, a nadie importan.

Redacción anónima

Un relámpago quebró el silencio. Livi observó el cielo a través de la ventanilla.

—Está comenzando a llover —comentó.

Próspero se sintió desfallecer. “Tres horas de viaje bajo la lluvia —pensó con desánimo—, y con la señorita Hermann a mi lado. Livi”, se corrigió.

El caballero meneó la cabeza.

—El señor Sanlúcar me cortará el cuello por esto —pronosticó.

CAPÍTULO 9

El viento aulló entre los tacuarales, se deslizó bajo el alero del establo y silbó quedamente al desaparecer en el bosque. La quietud del ocaso se había atemperado con la llegada de la noche, en tanto los peones terminaban de cumplir con las labores del día. Entres mates y escuetos comentarios sobre el tiempo, la cosecha venidera y el precio de la carne en el mercado local, los hombres pronto se distribuyeron las tareas del final de la jornada.

Para las siete, ya muchos de ellos se encontraban en el prado, ocupados en controlar a una tropilla de yeguas que mostraban particular tozudez, sobre todo desde que había llegado a Los Tacuarales un nuevo semental. Unos pocos trabajadores se habían quedado en las inmediaciones de las caballerizas para encargarse de la limpieza de los pesebres, una tarea no muy agradable. El olor a estiércol, cuero y madera parecía impregnar cada rincón de la hacienda, al igual que el hedor nauseabundo del grano fermentado. Con la última tormenta, parte del pienso se había mojado y se había echado a perder, así que había que enterrarlo antes de que empezara a criar gusanos y el número de moscas se multiplicara.

Dermont cruzó el pasillo de gravilla que dividía las cuadras en dos alas y se detuvo junto a la tranquera de la última caballeriza. Apoyó los brazos sobre la valla y observó los cascos de una yegua.

—Se golpeó con la tranquera, patrón, ¿ve? —explicó Faustino al darle alcance. Se quitó el sombrero y se pasó un pañuelo por la frente para secarse el sudor de las sienes—. El casco izquierdo está bastante hinchado, pero solo es eso, un golpe. Ya se le pasará.

Dermont asintió. Acostumbrado a trabajar en silencio, se había habituado a ser escueto en su vocabulario, al igual que los peones.

Los hombres de la campiña no precisaban de un léxico elegante ni fluido. Con tener buena mano con los animales, predecir las condiciones del tiempo mediante la observación de los colores en el cielo y saber echar las cuentas cuando de dinero se trataba, ya era más que suficiente. Tan solo la honestidad y el respeto a la palabra empeñada bastaban para medir la valía de un hombre. Y en caso de desavenencias, la solución estaba en el filo del facón.

Él era un caballero por apellido y posición, pero se sentía más a gusto allí, con la tarea de palear estiércol entre los caballos y jornaleros, que en un salón con una ristra de petimetres. Y la prueba estaba en sus manos ásperas, en el color de su piel y en su cuerpo fortalecido por el trabajo duro y constante.

Faustino echó una mirada hacia los empleados que se dedicaban a ganarse el jornal entre los pesebres. Dos de ellos se encontraban distribuyendo el grano en los comederos, otro estaba ocupándose de los arneses, y el último, un jovencuelo de poco más de quince años, se afanaba en engrasar el cuero de las monturas.

—Esa mujer es una bruja —comentó en voz baja, a sabiendas de que no lo escuchaba nadie más que el patrón—. Se lo puedo jurar.

Dermont empujó la valla y entró al cubil, lo que hizo que la yegua se removiera inquieta. Él le acarició el pelo marrón, las orejas, el morro, y el animal pronto se tranquilizó.

—¿Te parece? —musitó. No necesitó que le dijeran a quién se refería el peón. Palpó el pecho de la yegua.

Faustino asintió y volvió a ponerse el sombrero, aunque hacía calor.

—Sé que le hizo una brujería a la señorita Lorena —afirmó.

—¿Una brujería?

—Sí, usted me entiende. Un *payé*. Eso es, le hizo un *payé*.

Dermont tranquilizó al animal con unas pocas palabras suaves.

—¿Por qué lo haría? —preguntó.

Faustino se colocó una ramita en la boca y la movió de un lado a otro en tanto barruntaba una respuesta.

—Vaya uno a saber —concluyó al fin. Bizqueó cuando la luz de una lámpara osciló hacia él desde las puertas del establo, tras lo cual se alejó de la luminosidad—. Pero esa niña está embrujada, patrón. Tiene que decirle al señor Lautaro que lleve a su hija a una curandera para que la limpien.

—No haré eso, Faustino.

—Sabrá usted lo que hace, pero, con advertirle, ya cumplí.

Dermont deslizó la mano sobre la pata de la yegua con extrema lentitud.

—Desde que el señor Lautaro obligó a la señora Eleonora a que me dejara a la niña para que le enseñara a montar, yo cuidé de ella como si fuera mía —continuó Faustino, reminiscente—. Mientras estaba conmigo, nunca se cayó ni se lastimó.

—Así es.

—Fui muy cuidadoso con ella —declaró Faustino con cautela—. Entenderá usted el porqué de mi preocupación.

—Todavía no sé por qué consideras a la señorita Alcántara una hechicera.

—Desde la muerte de la madre, esa niña no ha vuelto a reír. ¡Si lo sabré yo! —expuso el empleado—. Los chicos son alegres por naturaleza, se ríen por cualquier cosa, así, con todos los dientes. Esa pequeña no había vuelto a hacerlo desde que la esposa del patrón cayó por las escaleras. Y me acostumbré a eso, a su seriedad, a esas sonrisas que me echaba de tanto en tanto con los labios apenas estirados. Pero, desde que llegó esa mujer a la casa, he escuchado a la señorita Lorena carcajear.

—¿Y eso te preocupa?

—Sí, señor. —El viejo miró al patrón de reajo—. Pero no solo ella ha cambiado, sabe usted. La señora Angelina se ve más animada que en años. De hecho, baja con mayor asiduidad al salón comedor y, en algunas ocasiones, incluso pasa las tardes en la sala de recibo, dedicada a la lectura.

—¿Y eso te sorprende?

—¿A usted no? Bien sabe que la señora Angelina está vieja. Ya hay muy pocas cosas que la alegran de verdad. —Faustino se rascó el mentón—. Pero esta maestra le cayó en gracia, y busca su compañía. Mientras la señorita Isabela escribe de cara a la ventana, la patrona se entretiene al tejer o hacer algún comentario ocasional. La maestra no se molesta por las interrupciones. De hecho, parece cómoda en compañía de la anciana. Estoy seguro de que eso se debe a que la señorita está acostumbrada a estar con personas mayores desde la infancia; después de todo, es hija de la vejez. Nació cuando sus padres esperaban ya nietos.

Dermont no hizo comentarios, sino que se limitó a palpar los músculos y tendones de la yegua con suavidad.

Faustino siguió chupando la ramita, pensativo.

—El señor Lautaro también ha cambiado —agregó—. Ya no se queda en la biblioteca a comer, ahora siempre se presenta a la mesa porque no solo encuentra allí a su hija, sino también a esa institutriz.

Dermont enarcó una ceja.

—¿Crees que hay algo entre ellos? —inquirió con voz tenue.

—No sé, patrón, no lo creo. Pero Nely me comentó que el señor Lautaro parece esperar compartir sus comidas con la maestra. Y cuando ella le sonrío para comentarle algún avance en los estudios de la niña, se ve más amable. Ya sabe usted cómo es de parco, pero, cuando está con esa mujer, es diferente, menos distante.

Dermont tocó el casco de la yegua, que se mostró incómoda, pero no adolorida.

—Es una bruja —aseguró Faustino en voz baja.

El empleador esbozó una sonrisa mientras terminaba de examinar al animal, pero no efectuó ninguna acotación.

Faustino meneó la cabeza.

—Yo sabía que los jardines de la casa necesitaban una buena poda, ¿sabe usted? Siempre lo supe —comentó—. Estaba buscando el tiempo para ocuparme del asunto.

—¿Qué sucedió?

—Que la maestra me persiguió tres días con sus noches para que agarrara el machete y me encargara de sacar la maleza —contestó, y luego añadió—: Eso no me pareció tan malo. Molesto, pero no malo. Aunque no me gustó nada que esa mujer me ordenara además plantar flores.

Dermont no sonrió.

—Pudiste haberte negado —señaló mientras acariciaba el morro del animal.

—¿Cómo dice usted? ¿Negarme? Esa muchacha es mandona como un general. Apenas me tuvo a tiro, empezó a darme órdenes sobre dónde cavar, cómo meter la semilla en la tierra, qué flores necesitaban más sol y cuáles más sombra como si yo no hubiese nacido y crecido en el campo. Si, además, me hubiera querido enseñar qué estiércol usar para fertilizar las plantas, le habría dicho lo que no debe decirse a una dama.

—Eres muy paciente con ella.

—Sí, bueno, es una hembra después de todo. Haría un berrinche si no obtuviera lo que quiere, imagino, como todas las mujeres. Al patrón le agrada, y me daría una buena reprimenda por negarme a obedecer sus órdenes. —El viejo parecía perplejo—. Pero eso no es todo. Quiere que esta semana me ocupe de las cortinas y las alfombras de toda la casa. Dijo que Nely podría ayudarme. ¿Sabe usted cuántas cortinas y alfombras hay en Los Tacuarales?

—¿Muchas?

—Docenas. —Faustino suspiró—. Mire, patrón, usted sabe que no le huyo al trabajo duro, pero limpiar es cosa de mujeres. A mí me gusta estar en las cuadras y ocuparme de los caballos, como a usted.

—Es cierto. —Dermont palmeó el pescuezo de la yegua—. Necesita descansar. Como dijiste, es solo un golpe.

—Si no sabré yo de estos animales. —El anciano hizo una pausa—. ¿Sabía usted que esa señorita está decidida a visitar las ruinas de los jesuitas?

—Lo sé.

—El señor Lautaro se lo permitirá.

—No creo que pueda detenerla.

—Sí, ya caí en la cuenta de que esa mujer es obstinada. —Faustino se mostró disgustado—. Vea, debería usted decirle que se quede por aquí nomás. Esas ruinas están a punto de caerse. Es peligroso corretear por ahí. Y la verdad, patrón, es que esa mujer no me parece muy cuidadosa que digamos. Me da la impresión de que se internará entre la vegetación con su cuaderno de notas y meterá la zanca en el primer agujero que encuentre.

Dermont no sonrió.

—Lautaro tendrá que prohibirle ir allá sin una compañía adecuada.

—Ya me dirá usted de qué sirve negarle algo a una mujer. Solo lograría que le dieran más ganas de hacer lo que le sale de la sesera. —El empleado suspiró—. Nely me comentó que la señorita ha intentado sonsacarle información al señor Lautaro sobre las ruinas de la reducción. En cuanto esa institutriz tenga la oportunidad, irá allá para explorar y realizar todo tipo de garabatos en su libreta. Es posible que se distraiga.

—Es muy probable que se lastime —advirtió Dermont en voz baja.

—Que tropiece y se caiga es lo menos que puede sucederle —opinó Faustino, con disgusto—. Podría romperse la crisma. El asentamiento de los jesuitas es peligroso incluso para los baqueanos. Una mujer sola, y forastera además, no estará segura allí.

Dermont apretó los dientes.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—¿La maestra? En el picadero con la señorita Lorena. La niña está montando al viejo *Matusalén*, como usted ordenó. ¿Está seguro de que no quiere dejarla con el poni un poco más?

—Mi sobrina sabe cabalgar.

—No hay duda de que sabe, pero...

—Estará bien.

—Como usted diga, patrón. —El criado volvió a soltar una larga exhalación—. Bueno, como le decía antes de distraerme, esa mujer es una bruja. La otra maestra, Graciela, sí se conducía como se supone que debe hacerlo una institutriz, ¿sabe usted? Con solo una mirada de sus ojos fijos, te ponía en el lugar que te correspondía. No se metía a conversar con los sirvientes. Incluso la muchacha esa, la que vino después y que afirmaba ser una maestra, la que huyó con la platería, no se mostraba amistosa con nadie, ni siquiera con Nely. La señorita Alcántara no duda en ir de aquí para allá con sus “buenos días”, “gracias”, “por favor” y “tenga una buena jornada” como si tal cosa.

—Es amable.

—Eso no se hace. Un día de estos, alguien la malinterpretará y la arrojará al heno más cercano.

Dermont fijó en el anciano los ojos fríos.

—La vigilarás y te asegurarás de que eso no ocurra —ordenó.

—¿Tengo que hacerlo? —refunfuñó el viejo.

—Sí. Y quien se atreva a mirarla de mala manera responderá ante mí, ¿está claro?

—Como el agua, patrón.

Dermont asintió, y Faustino lo miró en silencio un momento.

—Es una hechicera, ya lo decía yo —murmuró.

—¿Por qué lo dices?

El interlocutor vaciló antes de sonreírle con insolencia.

—Ya me dirá usted, que no puede dejar de seguirla con la mirada cuando la tiene al alcance, igual que el patrón Lautaro —dijo, y de inmediato se arrepintió de sus palabras cuando Dermont clavó en él una mirada de advertencia.

El anciano farfulló una disculpa.

—No quise decir lo que usted cree. Verá...

El patrón enarcó una ceja.

—¿No tienes nada más por hacer, además de dedicarte al chismorreo? —preguntó con suavidad.

Faustino asintió, balbuceó algo sobre llenar los bebederos y huyó.

Dermont murmuró una maldición.

*

Matusalén recorrió la valla con paciente pereza. De pelo blanco, andar pausado y grandes ojos dulces, el animal no mostraba particular viveza. Quizás por ello era la montura perfecta para una niña que parecía ansiosa por lanzarse a la carrera. Un peón tiró de la brida y condujo al animal hacia el centro de la arena. El caballo caminó de lado, y Lorena comenzó a reír ante la gracia.

Isabela la observaba desde la valla, preocupada. Había un centenar de maneras en que Lorena podía hacerse daño, incluso aunque estuvieran el peón y ella atentos a cada movimiento de la niña. Pero allí todos parecían saber qué hacer, aun el caballo. Ella se quitó el sombrero de anchas alas que la señora Angelina le había prestado para la ocasión y comenzó a abanicarse el rostro con él. El calor iba en aumento, pese a que el sol ya había desaparecido detrás del horizonte. No había ni una brisa que la refrescara.

—Buenos noches —saludó Dermont, y la maestra casi dio un brinco por el susto. Él tuvo que ocultar una sonrisa—. Discúlpeme, no pretendía asustarla.

Ella se dio vuelta y lo miró.

—Buenos noches, señor —respondió con rigidez.

Se ruborizó al recordar el anterior encuentro entre ambos. Había intentado relegar aquello al fondo de su mente y olvidarlo, pero no había podido hacerlo. El calor se intensificó en sus mejillas y desvió la mirada.

Él era un hombre fuerte. Fuerte y atractivo, reconoció a desgana.

Él la observó con desparpajo. En ese momento, la maestra lucía un vestido gris intenso con alforzas en la falda, un poco anticuado, pero le sentaba bien. Una vez más, se había recogido el pelo en una trenza que mantenía aprisionada sobre la nuca con un sinfín de horquillas. El ruedo de la falda estaba sucio de lodo, y los botines también, pero eso no parecía importarle. Era una mujer elegante, pero no creía que el mundo acabara por un poco de roña, no como la otra, como Eleonora. Recordó la cachetada que le había propinado a Lorena cuando la niña se había aferrado a los blanquísimos pliegues de la falda de su madre la noche que pensaba asistir al teatro. La pequeña la había manchado con dulce. Dermont había tenido que reprimir el deseo de voltearle la cara a su cuñada de un golpe. Se había limitado a tomar a su sobrina de la mano y se la había llevado a la biblioteca para consolarla y dejar a Eleonora discutir con su marido en el vestíbulo. Nunca supo si fue o no al teatro, y tampoco le importaba.

—Llámeme por mi nombre.

Isabela se tensó.

—Eso no sería correcto.

—¿Siempre hace lo correcto?

Ella no respondió de inmediato. Pareció haberse tomado en serio la pregunta porque pensó un momento en la respuesta antes de pronunciarla.

—Por supuesto que sí —resolvió al fin.

Dermont se apoyó en la valla y levantó un pie. El taco de la bota calzó contra el madero. Isabela se acomodó al lado de él en tanto trataba de no tocarlo. Lo miró de reojo. Ese hombre en verdad se veía en su elemento allí.

Se había recogido el pelo sobre la nuca, pero varios mechones le caían sobre la frente, lo que le daba un aire más juvenil, incluso de pillo. Ella ya se había acostumbrado a verlo en mangas de camisa, aunque aún se sentía un tanto incomoda al notar la ondulación de los músculos varoniles bajo la fina tela, los muslos poderosos de jinete, la fuerza contenida en los brazos. Le miró las manos; no podía evitar observarlas. De dedos largos, uñas cuadradas y bien cortadas y piel oscura, su aspereza le resultaba atractiva.

—¿Me estuvo evitando, Isabela? —preguntó él sin dirigir la vista hacia ella—. En las últimas dos semanas, no tuve el placer de encontrármela en la casa.

—Me gusta retirarme temprano a mi habitación —justificó escueta, pero no lo miró—. Jamás intentaría evadir a nadie.

Pero lo había hecho, y se avergonzaba de ello. Quizás podría tan solo ignorarlo. Lo observó a hurtadillas por debajo del ala del sombrero y llegó a la conclusión de que jamás podría pasar por alto al señor Dermont Sanlúcar. La presencia de aquel hombre era de por sí dominante. Además, su corpulencia y apostura hacían imposible cualquier posibilidad de omitir tal cercanía, y eso que no era bien parecido, decidió perpleja. Pero allí, con la tenue luz del atardecer que oscilaba sobre esos rasgos ásperos, era indudable que poseía cierto atractivo, un encanto salvaje, poco civilizado. Con una barba de dos días que le sombreaba la mandíbula, el pelo despeinado y un atuendo informal que no hacía más que resaltarle la anchura del torso, era difícil, si no imposible, no apreciar su gallardía.

Dermont hizo un gesto hacia su sobrina.

—Tira de las riendas —indicó—. Siéntate con la espalda derecha.

La niña obedeció, feliz de ver a su tío pendiente de ella. Miró a la maestra y la saludó con la mano.

Isabela sonrió.

—Lo estás haciendo muy bien, Lorena —alabó.

Dermont contempló a la niña, pensativo. Faustino tenía razón. Había cambios en ella, quizás sutiles, pero cambios al fin. La solemnidad había desaparecido, esa seriedad triste y perdida ya no estaba allí, en el rostro infantil.

Dermont hizo un gesto hacia un peón que contemplaba la escena.

—Tráeme al bayo —ordenó y, cuando el hombre se alejó, miró a Isabela—. Ahora le toca a usted.

Ella lo contempló horrorizada.

—¿Disculpe? —balbuceó.

—Faustino me comentó que no sabe montar. Aprenderá.

—No podría...

—¿Por qué no?

Intentó pensar en una excusa plausible.

—No tengo guantes.

—Puede ir a buscarlos.

—Tampoco tengo una ropa adecuada.

—La tiene. La señora Angelina le encargó ropa de montar. Nely ya debe de tenerla lista para usted.

—¿Cómo dice?

—Anítese. —Él curvó los labios a un lado—. Debería estar ansiosa por superar sus miedos.

—Señor Sanlúcar, no creo que esto sea apropiado.

—Vaya a cambiarse. A mi sobrina le gustaría montar a su lado. La animaría.

No podría escapar de eso.

—Está bien. Regresaré enseguida. —Ella iba a marcharse, pero, antes de que pudiera hacerlo, Dermont la tomó del codo y la dio vuelta hacia él. Se acercó, y la falda de ella le rozó las piernas.

—¿Tiene miedo? —preguntó.

—Señor, esto no me gusta. Podría caer y lastimarme seriamente. Ya ha ocurrido, y le aseguro que la experiencia no fue agradable.

—Yo la cuidaré —juró él con sorprendente ternura.

Isabela lo miró a los ojos. El bruto salvaje que la había maltratado sin apenas conocerla había desaparecido, oculto bajo aquella agradable pátina de amabilidad. ¿Tal vez no era tan despreciable como lo había creído?

—¿Es eso cierto? —interrogó entonces. Retrocedió un paso, y Dermont tuvo que optar entre soltarla o tirar de ella como si fuera una cualquiera y no una dama, así que la dejó ir—. ¿O espera encontrar una manera de deshacerse de mí?

Él sonrió. En sus ojos, se reflejó cierto humor.

—¿Tanto desconfía de mí?

—¿Debería confiar?

Dermont lo pensó.

—En esto, sí —le aseguró, y suavizó la voz—. No permitiré que se lastime. Lo prometo.

Isabela lo miró un instante en silencio y por fin asintió.

—Muy bien —aceptó—. Pero, si me caigo, lo haré a usted responsable.

*

Quince minutos después, la joven estaba de pie junto a un caballo que le pareció enorme. Jamás podría alcanzar la grupa sin una escalera. El animal le dirigió una mirada que ella consideró inquietante, por lo que retrocedió un

paso.

—Preferiría regresar a mis tareas —arguyó.

Dermont sonrió mientras le franqueaba la huida.

—¿Será una cobarde? —la aguijoneó divertido. En esos días, ya había notado que la señorita no se arredraba con facilidad y que esa sonrisita tranquila que acostumbraba a mostrar no era más que una máscara bajo la cual bullía un carácter voluntarioso.

Isabela dirigió la vista hacia el animal, que movió una de sus patas delanteras.

—Podría matarme —dijo.

—No lo hará.

—Preferiría montar a *Matusalén*.

—Esa no es una montura adecuada para usted. —Dermont acarició el morro del corcel—. Confíe en mí. No le sucederá nada.

Isabela tenía sus dudas, lo cual se evidenció en la expresión de su cara.

—De acuerdo —accedió por fin.

Dermont la ayudó a encaramarse. Le rodeó la cintura con la mano y la alzó con facilidad sobre el animal, tras lo cual ella se acomodó y lo miró desde muy arriba.

—Creo que aquí sopla más el viento —observó.

—¿Hizo una broma? ¿La señorita maestra estirada y decorosa que conozco hizo una broma?

—¡Oh, cállese!

Él enarcó una ceja, y ella se ruborizó.

—Discúlpeme —dijo de inmediato.

Él cubrió una de sus manos con la propia.

—Está bien —la tranquilizó. Sus labios adquirieron una curva maliciosa —. ¿Cree posible llamarme ahora por mi nombre?

—No lo creo. Y ya deje de tocarme, es impropio.

Él se apartó, divertido.

—La dejo allí entonces.

—¿Cómo dice? —chilló ella. El caballo realizó un movimiento lateral, y ella se aferró a las riendas, aterrada—. ¡No se atreva a irse! ¡Regrese aquí ahora mismo!

Dermont la encontró encantadora cuando el sombrero se le ladeó y le cubrió parte de la cara. Las alas anchas resultaban incongruentes con el elegante traje de montar que Angelina había mandado a confeccionar para ella.

—Creo que no la escuché —bromeó entre carcajadas.

—Señor...

—Llámeme por mi nombre.

El caballo corcoveó, e Isabela soltó un alarido de temor al tiempo que se agarraba con más fuerza.

—Dermont, no se atreva a dejarme —suplicó—. Quédese conmigo.

Él regresó y tomó al animal de la brida.

—No se preocupe —la calmó con voz de seda—. No la dejaré.

Ella enrojeció otra vez, muy consciente de la seductora suavidad de esas palabras. De pronto, se afanó en devolver su propio sombrero a su lugar. Estaba confundida. ¿Por qué ese hombre de repente se mostraba tan amable con ella cuando, hasta entonces, se había comportado como una bestia sin modales?

Dermont curvó los labios.

—Quítese ese sombrero —exigió.

—De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—Me agradecerá que le ahorre el espectáculo de verme roja como un pavo. Me quemo con facilidad.

—Creo que se vería hermosa de todas maneras.

Ella lo miró en tanto el corazón comenzaba a latirle enloquecido en el pecho.

Dermont contuvo una sonrisa.

—Muy bien, como quiera —dijo—. ¿Está lista?

—¿Para qué? —Isabela lo miró alarmada—. ¿Qué piensa hacer?

—Está aterrada, ¿eh?

—¿Se está riendo de mí? Eso es muy cruel, Dermont. Poco caballeroso, como poco.

—Tranquila. —Él sonrió cuando Lorena llegó a su lado, curiosa—. ¿Ayudamos a Isabela con este caballo?

La niña asintió, y él volvió los ojos hacia la mujer.

—Muy bien, comencemos.

*

Lautaro estaba de pie junto al alféizar con una carta entre las manos. Era de su administrador, quien pensaba hacerle una visita dentro de poco para mostrarle en persona los libros de los negocios en la ciudad. Se distrajo de la lectura cuando oyó a Lorena reír, lo que hizo que apartara los ojos de los números que el señor Lozada había transcritos para él y que observara a la señorita Alcántara encaramada sobre uno de los caballos que Dermont había adquirido para la estancia.

Isabela se veía encantadora mientras intentaba seguir las instrucciones que le daba Dermont en voz baja, quien conducía al bayo a través del picadero.

Lautaro apoyó un hombro contra la ventana y miró a su hija. Lorena parecía feliz. Desde la sala, tenía una vista completa de las caballerizas y de aquel corral de entrenamiento. Observó a la maestra una vez más.

Al comenzar a ejercer las funciones de institutriz en la casa, lo primero que había hecho la señorita Alcántara había sido establecer una serie de horarios inflexibles para la niña. Lorena tenía una hora para higienizarse y desayunar, media hora para jugar y dos horas que dedicaba al estudio antes de la comida del mediodía. Luego del almuerzo, debía dormir la siesta y, más tarde, podía pasar el resto de la jornada con Nely. Se esperaba que, poco después de la cena, a las ocho, estuviera ya en la cama, lista para abandonarse al sueño.

Si bien en un principio Lautaro había dudado de que la pequeña se pudiera adaptar al programa que la maestra había diseñado para ella, Lorena lo había sorprendido. No solo obedecía a Isabela, sino que buscaba la compañía de ella aun en los momentos de ocio.

Isabela había decidido no impartir las clases en la sala de los niños, sino que daba la mayoría de las lecciones en el jardín, si el tiempo lo permitía, y Lorena parecía apreciar el cambio. Se sentaba en una manta bajo la sombra de los árboles y escuchaba a su maestra leer. Luego, cuando la tutora lo proponía, realizaba una serie de actividades que, según había observado Lautaro desde la biblioteca, consistían en escribir en una pizarra una y otra vez hasta que Isabela asentía y la felicitaba por el trabajo bien hecho. También solían recorrer el jardín para apreciar las propiedades de la tierra, las plantas y los insectos, e incluso recreaban momentos de la historia del país a través de breves representaciones que siempre terminaban con las carcajadas de la niña.

La institutriz sonrió cuando el caballo se movió de lado, y Dermont hizo un comentario.

Lautaro observó a su hermano un momento, pensativo.

*

Faustino echó un vistazo hacia la casa, donde vio al señor Lautaro de pie junto a la ventana de la sala. Contemplaba al patrón y a la maestra.

—¿Qué te parece eso? —musitó Faustino. Estaba apoyado sobre la valla con los brazos sobre la madera. Movi6 una ramita que le colgaba de la boca y, bajo la sombra del sombrero, examin6 la expresi6n de Lautaro.

Lorena lleg6 hasta 6l y tir6 de su ropa.

—Hey, nena. Veo que la se1orita decidi6 aprender a cabalgar.

La peque1a asinti6.

Faustino se toc6 el sombrero mientras cavilaba que la manera en que el se1or Lautaro miraba a la institutriz cuando creía que nadie lo estaba observando era muy reveladora.

Lanz6 un escupitajo al suelo.

—¿Te agrada esa mujer? —le pregunt6 a la ni1a.

Lorena lo mir6 con el pelo alborotado alrededor de la cabeza. Hacía mucho tiempo que había perdido la cinta que lo contenía. Pareci6 perpleja.

—A tu padre le gusta —continu6 Faustino casi para s6—. Al se1or Dermont tambi6n. Esa moza se le est6 metiendo en la sangre. Eso ser6 un problema.

Lorena le toc6 la mano, y los peque1os dedos p6lidos destacaron sobre la piel apergaminada.

—¿Qu6 sucede?

La ni1a sonri6.

—Te agrada, ¿eh? Ya me di cuenta de eso, ¿sabes? La sigues por todos lados como un perrito.

La joven Sanlúcar volvi6 los ojos hacia la casa.

—Tu padre, al parecer, decidi6 tomarse unos minutos de su tiempo para observarte cabalgar —cont6 el viejo, sonriente—. Hace mucho tiempo que no lo veía hacer algo m6s que trabajar.

Lorena asintió, y Faustino suspiró.

—Bueno —concluyó—. Mejor esta que la otra.

*

Media hora después, Isabela deseaba terminar con aquella tortura.

Dermont retuvo la brida.

—¿Quiere descansar?

—Por favor —suplicó ella, y se apresuró a moverse sobre la montura.

—Cuidado —advirtió Dermont cuando el animal se removió inquieto.

Pero Isabela estaba ansiosa por bajar y no esperó a que el caballero la ayudara. Su pie se enganchó entre las riendas, y el animal bufó con desconfianza. Cuando Dermont sujetó las correas con fuerza, fue demasiado tarde. El caballo corcoveó, hizo un movimiento lateral brusco, e Isabela salió despedida hacia los brazos del señor Sanlúcar, quien la apretó contra su cuerpo con preocupación.

—¿Está bien? —preguntó.

Isabela abrió los ojos. Lo primero que percibió fue el olor de él. “Madera y cuero —decidió—. Whisky no.” Quizás ese día había decidido no beber. Lo miró; los ojos estaban muy cerca, tanto que notó las diminutas motas castañas que le bordeaban las pupilas, y quedó sin aliento al sentir la fuerza contenida de esos brazos a su alrededor, cada músculo del cuerpo masculino contra ella.

—Dios mío —exclamó, y se apresuró a apartarse, pero sus rodillas estaban débiles a causa del desacostumbrado ejercicio. Él la aferró del brazo y la sostuvo antes de que terminara de bruces contra el suelo, y ella se sintió mortificada—. Lo siento mucho, señor.

Él sonrió.

—¿No le parece innecesario regresar a la formalidad? —cuestionó.

Isabela lo miró.

—Sí —coincidió, antes de que él la soltara.

—Creo que esto es todo por hoy.

—Espero que sí. —La joven tutora se alisó la falda—. Ya casi es hora de la comida, y Lorena nos está esperando, como ve.

Dermont asintió.

—¿Mañana a la misma hora? —propuso.

—¿Pretende que esto se repita?

—Tiene que aprender a cabalgar, Isabela.

—¿Por qué?

—Lorena querrá contar con usted en sus paseos por el prado —justificó Dermont. Había algo huidizo en la mirada del caballero, una emoción que ella no comprendió—. Piense en la niña. Confía en usted.

Ella se mordió el labio inferior con vacilación. Observó al caballo y suspiró.

—Está bien —accedió a regañadientes.

Dermont sonrió.

—No se preocupe —la tranquilizó—, yo estaré con usted todo el tiempo.

Esa era una de las cosas que la preocupaban, por supuesto.

Isabela lo miró un instante.

—Hoy no bebí —observó.

Dermont la contempló sin fingir desconocer a qué se refería ella.

—No —admitió—. Todavía no.

—No debería hacerlo.

—No le gusta que beba.

—No. —Isabela vaciló—. Es usted más amable cuando no lo hace.

Dermont no hizo comentarios, sino que se limitó a entregar las riendas del caballo a un peón para aferrar a la mujer del brazo y conducirla fuera del picadero.

—Suélteme —pidió ella en voz baja. No quería atraer la atención de los trabajadores—. ¿Le molestó lo que dije? No veo por qué. No es más que la verdad. Esto no es correcto, y usted lo sabe.

—Lo que es apropiado o no nunca me ha importado —objetó él con voz sedosa—. A usted sí, supongo. ¿No le resulta aburrido?

Ella lo miró a los ojos. Podía sentir los dedos duros y cálidos de él en su brazo.

—Podría dar pie a habladurías al comportarse así.

—Es poco probable. Los peones saben a qué atenerse conmigo.

Eso resultaba evidente. Nadie mostraba particular interés en juzgar la conducta del patrón.

—Un momento. —Isabela clavó los tacos en la arena—. ¿Qué pretende al hacer esto? ¿Asustarme otra vez?

Dermont curvó los labios a un lado.

—Encontrar la solución a un misterio —dijo.

—¿Y el misterio es...?

Él cerró la mano en la nuca de ella. La sensualidad que esa inocencia irradiaba lo subyugó. Isabela supo de pronto qué haría ese salvaje, pero no pudo evitarlo. De súbito, él le enredó los dedos en el pelo, se inclinó y se apoderó de su boca. Isabela intentó resistirse, pero él no iba a permitir que lo rechazara. Dermont movió los labios y la obligó a recibirlo. La besó de manera profunda, con hambre, con lujuria, en tanto crispaba las manos en el pelo de la muchacha.

Por fin Isabela pudo apartarse de él. No se mintió a sí misma: solo lo había logrado porque él se lo había permitido. Lo miró un instante y sus mejillas se encendieron bajo el fulgor amarillento de una lámpara.

Dermont la observó en silencio en tanto sentía el corazón golpear contra sus costillas con fuerza.

“Este beso fue un error”, pensó.

Era un terrible error.

Porque nunca antes se había excitado con una mujer como había sucedido en ese momento, y eso que solo la había besado. Ni siquiera la había tocado. Pensó en las hembras que había tenido entre sus brazos a lo largo de su vida. A muy pocas había besado. Se había limitado a usarlas en la cama para desfogarse. Con ninguna de ellas había experimentado emoción alguna más que placer. Pero con ella, pensó, había algo más.

Mucho más.

Isabela elevó el mentón.

—¿Resolvió el misterio? —interrogó.

Dermont se puso rígido al tiempo que aplastaba las emociones, los sentimientos que ella había despertado en él. No le gustaba esa urgencia por poseerla, esa poderosa sensación de necesitarla. La deseaba, eso podía aceptarlo. Desearla le parecía natural. Esa mujer se le había metido en la sangre. Pero no consentiría perder el control sobre sí mismo.

—Sí —expresó con frialdad y, cuando sonrió, no había humor en sus ojos—. Usted será una maldita complicación en mi vida.

Isabela apretó los labios.

—¡Entonces, manténgase lejos de mí! —siseó, y se dio vuelta de modo brusco con la intención de marcharse.

Dermont sabía que debía dejarla escapar, que ese era el momento apropiado para cortar con el lazo que parecía unirlo a esa dama, pero no pudo hacerlo.

Extendió la mano y la sujetó de un brazo.

—Lo he intentado —admitió. Cuando ella lo miró, Dermont maldijo en voz baja—. Pero no puedo alejarme de ti.

*

Lautaro se detuvo de manera intempestiva en el umbral de la biblioteca. En el centro del recinto, estaba una joven ataviada con un elegante traje de viaje. Un sombrero a juego le cubría parte de los rizos despeinados en tanto discutía de manera animada con alguien. Tal era el entusiasmo que mostraba por aquella diatriba que señaló a su interlocutor con la punta de un paraguas.

Próspero Lozada estaba de pie junto al armario de las bebidas con expresión compungida. Cuando reparó en la presencia de Lautaro, su rostro reflejó un enorme alivio.

—Señor Sanlúcar —dijo—. Buenas noches.

La joven calló de manera abrupta y se dio vuelta para enfrentarlo. Empujó sus lentes con la punta de un dedo cuando se le deslizaron sobre la nariz respingona. Los ojos oscuros de la dama se clavaron en él con curiosidad. De hecho, pareció sorprendida. Lo observó de arriba abajo con desparpajo.

Próspero, en tanto, lo contemplaba con auténtico alivio.

—Discúlpeme, señor —se excusó—. Deberíamos haber llegado en la mañana, poco antes del mediodía, pero la lluvia nos retuvo en el camino. El carruaje quedó atascado en una trampa de lodo. La señorita quiso entonces apearse y venir a pie hasta Los Tacuarales, pero logré convencerla de esperar ayuda. Un carrero logró sacarnos del brete, y aquí estamos.

Lautaro apartó los ojos de la dama y fijo la atención en el empleado.

—Señor Lozada... —comenzó.

—Si me sugiriera un lugar donde pudiéramos pasar la noche, podríamos tratar nuestros asuntos mañana en la mañana si le place... —continuó el anciano con la esperanza, por supuesto, de obtener una invitación a quedarse en la casa. Próspero sabía que en el pueblo no existía ningún sitio ni remotamente parecido a un hospedaje.

Lautaro elevó una ceja.

—Señor Lozada, creo que esta dama y yo no nos conocemos —comentó por fin.

El señor enrojeció.

—Por supuesto. Qué modales los míos —expresó y, aunque fingió una sonrisa, fue evidente su incomodidad y que habría preferido no hacer las presentaciones en absoluto—. Permítame; ella es la señorita Olivia Hermann. Es... Este... Es la dama que deseaba entrevistarse con usted sobre el asunto...

—Quería hablar con usted sobre el ingenio San Ignacio —interrumpió ella después de dirigirle al administrador una mirada de lástima. La joven se adelantó y lo saludó con un apretón de manos, tal y como lo haría un hombre—. El señor Lozada, aquí presente, me prometió en varias oportunidades que consultaría con usted sobre un posible encuentro entre nosotros a fin de tratar este tema, pero mucho me temo que usted es un hombre muy ocupado. Así que decidí venir a verlo en persona y evitarle un viaje a la ciudad.

Lautaro desvió los ojos hacia el señor Lozada una vez más, que se pasó un pañuelo por la cara.

—Discúlpeme, señor, pero no pude oponerme —justificó con rapidez, como si temiera que alguien pudiera interrumpirlo—. Verá usted: yo estaba subiendo a mi carruaje con la intención de hacerle una visita cuando se presentó la señorita de improviso e insistió en acompañarme.

—Insistí, así es. —La mujer tuvo el descaro de sonreír—. Así que aquí estoy.

—Aquí está —farfulló Próspero con el pañuelo contra las sienes.

Lautaro cayó en la cuenta de que los inesperados visitantes estaban aún de pie en el centro de la biblioteca y de que él mismo no se había movido del umbral de la puerta.

—Señorita Hermann...

—Llámeme por mi nombre, por favor. De hecho, quienes me conocen me dicen tan solo Livi. ¿Puedo llamarlo Lautaro? Nos sentiremos más cómodos al tratar el asunto que nos ocupa.

—Por supuesto. —Él señaló un par de sillas frente al escritorio—. Tomen asiento por favor. ¿Desean algo de comer? Deben de tener hambre. Llamaré a Nely para que traiga unos refrigerios.

—Gracias. —Livi se sentó y le dedicó una sonrisa encantadora—. No he probado bocado en todo el día.

Próspero no la acompañó. De hecho, parecía desesperado.

—Señor, sobre el hospedaje...

—Se quedará aquí, por supuesto. —Lautaro dirigió los ojos hacia la joven—. Le ofrezco la hospitalidad de mi casa, señorita. Espero que se sienta a gusto.

—Llámeme Livi.

Lautaro la ignoró y ocupó su lugar detrás del escritorio mientras Próspero todavía estaba de pie a unos pasos del umbral.

—¿Señor Lozada?

—Discúlpeme, señor, pero preferiría refrescarme un poco. Fue un trayecto muy, muy largo.

—No tanto —intervino Livi, siempre sonriente—. Tres horas. Estuvimos más tiempo detenidos en el camino que de viaje.

El administrador clavó en ella los ojos cansados un momento y luego se dio vuelta hacia el anfitrión.

—Fue muy largo para mí —acotó—. Señor, si no le importa, me retiraré. No se preocupe por mí, hablaré con Nely.

Lautaro esperó a que Próspero huyera para volver la atención hacia la señorita Hermann. “Livi”, pensó.

—Muy bien, aquí me tiene.

Ella asintió.

—Quiero mostrarle algo —dijo. Levantó un bolso, que apoyó sobre su falda, y comenzó a buscar algo en el interior—. Un momento por favor.

En tanto lo hacía, pensó que, después de todas las injurias que había pronunciado en contra del señor Sanlúcar, “ese maldito viejo decrepito y desalmado”, tendría que retractarse. Debería confesarles a sus propias hermanas que ese energúmeno cruel y egoísta del que tanto se había quejado en los pasados seis meses era en realidad un hombre cuya apostura le había quitado el aliento.

Pensó con desánimo que se reirían de ella. Y lo tenía merecido por haber hecho conjeturas a su gusto y placer.

Lo sabía todo sobre él. Durante meses, había aprendido todo lo que necesitaba conocer sobre el señor Lautaro Sanlúcar: que había heredado una fortuna de su familia materna; que la había multiplicado con la compra y venta de propiedades; que era viudo y tenía una hija pequeña; que, aunque había pasado muchos años en Los Tacuarales, tenía una casa en el centro de la ciudad. Y, sobre todo, que ese hombre sería el responsable de que docenas de obreros quedaran desempleados y de que San Ignacio y las cincuenta y cuatro familias que lo habitaban cayeran en la miseria.

Pero resultaba que había pasado por alto un detalle muy importante: era uno de los hombres más atractivos que había visto en la vida.

¿Por qué nadie le había advertido al respecto? No podía creer que ninguno de sus conocidos o allegados hubiera mencionado, aunque solo fuera al pasar, que el señor Sanlúcar tenía una poderosa musculatura que, no había duda, no podría poseer ningún viejo decrepito. Esa piel se había bronceado con el sol, debido quizás al trabajo, cualquiera que fuera, a la intemperie. Porque un hombre que se pasara la mitad del tiempo sentado detrás de un escritorio para contar y recontar dinero no podía tener semejantes músculos, ni tampoco esos hombros anchos, y mucho menos ese color en la tez. Le gustó el tono de su pelo, negro como el azabache, y consideró que las canas sobre las sienes le sentaban bien. Dentro de treinta años, supuso, seguiría viéndose muy, muy

bien, aunque aquel cabello encaneciera por completo. El rostro de aquel hombre, de líneas duras, era una obra de arte en sí misma, pero los ojos grises se llevaban el premio.

Lamentó que fuera tan atractivo. Le sería muy difícil tratar con él si empezaba a distraerse con su apostura.

—Aquí está —anunció, y dejó sobre la mesa un número inimaginable de fotografías, la mayoría de ellas de mujeres y niños. Enseguida se puso seria—. Estas familias quedarán en la miseria si usted compra el ingenio San Ignacio y luego vende las tierras en lotes, como tiene planeado hacer. La mayoría de ellos son indígenas, como puede ver.

Lautaro no hizo gesto alguno por examinar las imágenes, sino que unió las puntas de los dedos sobre su escritorio y se inclinó hacia adelante.

—¿Es usted la mujer que ha estado incitando a los obreros del señor Gómez Lanari a levantarse en armas?

—Si se refiere usted a hacer huelga, sí. Pero si adquiere el ingenio y lo conserva tal como está, le aseguro que tendrá todo mi apoyo.

—Gracias.

—Sin embargo —continuó ella con insolencia, como si él no la hubiera interrumpido—, habrá problemas si decide revender la propiedad por lotes. El ingenio es una buena inversión. El azúcar puede dar buenos dividendos, se lo aseguro.

—Señorita...

—Un momento, por favor. —Ella levantó un dedo para hacerlo callar.

Y él guardó silencio. Lautaro no supo si fue porque le había sorprendido que esa mocosa se atreviera a hacerle esa seña por segunda vez, como si tal cosa, o porque la ira le había impedido pronunciar palabra.

Entonces la joven extrajo una cantidad incalculable de documentos, que dejó sobre las fotografías, todos manuscritos.

—Este informe lo preparé yo misma.

—Eso es evidente.

—Sí, disculpe. Se rompió mi máquina de escribir.

—Señorita...

—Livi, por favor. Mire mis cálculos. Si lo lee con atención, descubrirá que, si adquiere usted el ingenio y no efectúa cambio alguno, en cinco años su fortuna podría duplicarse. El cultivo de la caña de azúcar es muy importante en nuestra región. Dentro de cuatro meses, llegará el tren a San Ignacio. Mediante su uso, no tendrá problemas para enviar la producción a los centros de consumo. Los obreros trabajan muy bien, pero el señor Gómez Lanari les paga una miseria. Si usted les ofreciera un salario justo, obtendría un amplio margen de ganancias, además del afecto de los trabajadores y de sus familias. —Ella lo miró con expectación—. Y para concluir, tengo dos propuestas que hacerle si decide mantener el ingenio en producción. La primera: si usted acepta pagarles a los cortadores y peladores de caña el jornal en efectivo, no en especias, están dispuestos a trabajar para usted, en época de zafra, una jornada de sol a sol, los siete días de la semana, sin descanso de domingo. Y, de ordinario, de diez a doce horas diarias.

Lautaro curvó los labios.

—¿Y la segunda propuesta?

Ella sonrió.

—Esta es la más atractiva, si me permite decirlo. Sé que usted no es muy bueno para los números. Me lo dijo su administrador. No lo culpe, no me lo confió por propia voluntad, se lo sonsaqué. Por favor, no se avergüence —agregó con prisa—. Bien, como le decía, mi proyecto consiste en que me contrate usted para administrar el ingenio en su nombre. Mire el informe. Sé lo que hay que hacer. Entiendo que usted ya tiene un administrador, el señor Lozada, pero él tiene bastante trabajo con sus negocios en la ciudad. Yo me ocuparía solo del ingenio y, si usted se permite leer estos papeles con la certeza de que una mujer inteligente puede hacer el mismo trabajo que un hombre con igual eficiencia, verá que soy perfecta para el puesto.

Lautaro se limitó a mirarla en silencio un momento después de semejante discurso.

—Respire, señorita —aconsejó él con parquedad.

—Livi. Y sí, señor, respiraré. Gracias por recordármelo. Lamento la rapidez, pero temía que fuera usted a interrumpirme y no me dejara terminar.

—Entiendo.

—Muy bien. —Livi se puso de pie de un brinco—. Ahora iré a refrescarme, señor. Le daré tiempo para que vea las fotografías, lea mi informe y piense en mi propuesta. Le aseguro que, si decide usted contratarme, será la mejor decisión que habrá tomado en su vida.

—Lo tendré en cuenta.

Ella hizo un gesto de despedida y fue hasta el umbral. Allí se encontró con Nely, quien la observó boquiabierta. Era evidente que había estado en la puerta varios minutos, sin saber si interrumpir o no el discurso de la dama.

Livi tomó la bandeja con refrigerios de las manos de la criada.

—Qué amable, gracias —expresó—. Esto debe de ser para mí. Soy Livi. Querría descansar un momento. El señor Sanlúcar me ofreció su hospitalidad. ¿Podría indicarme dónde hay una habitación disponible?

Nely abrió la boca y volvió a cerrarla. Intercambió una mirada con el señor Lautaro y, como él no hizo gesto alguno, asintió.

—Sí —dijo al fin—. Solo queda libre la habitación de la señorita Graciela. Si la quiere, es suya.

—¿Quién es la señorita Graciela?

—Una maestra que se suicidó al colgarse de la viga del techo —respondió con seriedad—. Se lo advierto ahora para que luego no tengamos que trasladar sus cosas a otro lugar.

—Oh, ¿tienen un fantasma?

—Es posible. Uno o dos. Poco más tal vez. Aquí ha muerto mucha gente.

—Qué interesante.

—¿Usted cree en fantasmas? —preguntó Nely con creciente interés.

—Nunca he visto uno, pero siempre puede suceder. En fin, no se preocupe por mí, los fantasmas no me asustan —le aseguró la joven de buen humor y se dio vuelta hacia Lautaro. Una vez más, le ofreció una sonrisa encantadora—. Son los vivos los que acostumbran a causar problemas, ¿verdad?

CAPÍTULO 10

2 de diciembre de 1895.

Belle Époque, Ciudad de Corrientes.

Número 105.

ELLOS Y NOSOTROS

Aún en la actualidad existe una falta total de datos estadísticos que puedan dar alguna idea sobre el número exacto y el nivel de vida de la población de la ciudad de Corrientes. Se sabe, sí, que la sociedad está dividida de manera clara en dos sectores muy diferentes entre sí. El primero: patriciado o aristocracia local, muy relacionada a la política desde las guerras por la independencia, de gran poder adquisitivo y social; y el segundo: el resto de los habitantes.

Indiferente a las necesidades de los menos afortunados, el patriciado ha ido acrecentando su poder a lo largo de los últimos tres siglos a través del control de latifundios y de la actividad ganadera. Conservador y cerrado, comúnmente conocido como la *high class*, está integrado por hacendados, profesionales y grandes comerciantes que no dudan en monopolizar el poder político para asegurar el bienestar propio.

Artesanos, tenderos y chacareros, en ese orden, se ubican en los escalones más bajos de la pirámide social, la cual se cierra en la base con los indígenas y mestizos.

Estas personas cuentan con sus propios espacios para socializar, como el mercado y los arrabales. Al estar excluidos por naturaleza del hipódromo, billares, plazas y boliches, jamás llegan a cruzarse en las tardes de ocio con ninguno de los miembros de la *high class*.

Existe un abismo entre los dos sectores que componen nuestra sociedad, una brecha insalvable.

Se habla en los elegantes salones de la limosna y de la solidaridad, de la piedad y la misericordia. La clase alta en su conjunto asiste a misa todos los domingos. Las matronas más respetadas lo hacen incluso tres veces a la semana. Se ubican en los primeros asientos, separadas por varias filas de la plebe, y comulgan y rezan sus oraciones con fervorosa devoción. Siguen las normas

morales establecidas por la santa Iglesia católica y, si un conocido fallece, acompañan a la familia durante tres días con oraciones en las que ruegan por el eterno descanso del difunto.

Cualquiera pensaría que nuestras calles están sembradas de buenas obras a juzgar por la pasión religiosa de nuestra aristocracia. Pero, cuando la misa termina, la *high class* se solaza en comenzar a esparcir rumores que habrán de destruir a todo aquel que se atreva a amenazar los pilares sobre los que se asienta el poder: la religión, el patriarcado, las buenas costumbres y la moral cristiana.

Cuando pienso en que la *high class* se persigna de rodillas ante la imagen de Dios hecho hombre mientras prometen en sus rezos caminar por el sendero del amor y la buena voluntad, me pregunto si sus miembros se cuestionan alguna vez su propio accionar.

¿Se arrepentirán de haber destruido con sus mentiras las posibilidades de que esa mujer, víctima de rumores maliciosos, consiguiera un empleo, una amistad o un buen matrimonio? ¿Se cuestionarán sus latrocinios? ¿Lamentarán alguna vez enviar a un asilo a una parienta heredera de una fortuna o hacerla pasar por loca o idiota en el afán de apoderarse de sus bienes? ¿Les dolerán las palabras de desprecio que han vertido sobre los indígenas? ¿Se arrepentirán de haber obligado a tantos miserables a bajar la cabeza frente a ellos, como si no fueran más que sirvientes?

Desde 1884 hasta el día de la fecha, la población ha aumentado de 7.786 a 30.225 personas aproximadamente. Como dije, no hay números ciertos. ¿Cuántas de ellas pertenecen al patriciado? ¿Podría el lector adivinarlo? Muchas menos de las que usted cree y, sin embargo, continúan esgrimiendo el látigo del poder social, económico y político de la ciudad, sin preocuparse por el rencor que siembran al paso.

En el mismo tiempo, han pasado a mejor vida 9.786 almas según los datos que he consultado. ¿A causa de qué mueren los miserables? ¿Se lo ha preguntado alguna vez? De hambre, de cólera, de fiebre tifoidea, de rabia, de desesperación. Más de la mitad de esos fallecidos son mujeres y niños.

¿Cuántas de estas muertes pudieron haberse evitado?

Redacción anónima

Livi dejó la revista que había estado leyendo sobre el escritorio y se apoyó contra el respaldo de la silla. Recordó que el señor Sanlúcar acostumbraba a inclinarse y unir los dedos sobre la superficie, tras lo cual procedía a mirarla fijo como si esperara diseccionarle el cerebro o leerle la mente.

La diáfana luz del atardecer iluminó la tímida sonrisa que se agazapó en los labios de la muchacha cuando pensó en Lautaro y en la manera que tenía de dirigirse a ella.

Ese hombre le resultaba fascinante.

Livi se sacudió la falda con distracción en tanto escuchaba el tic tac del reloj. Tiró de los pliegues de su blusa, esponjó las puntillas que adornaban sus mangas y examinó el broche que llevaba prendido junto al pecho. Suspiró. El señor le había dicho que esperara una decisión para esa tarde.

Decidió que el señor Lozada había superado con creces sus expectativas. Lautaro le había solicitado que le diera una opinión sobre Livi y sus habilidades administrativas. Ella había esperado que Próspero se mostrara parco e incluso balbuceante respecto a las aptitudes de una mujer para encargarse del ingenio San Ignacio, pero, por el contrario, había asegurado que ella podría hacerse responsable de cualquier proyecto que el señor Sanlúcar quisiera ofrecerle. Y luego, se había limitado a examinar los informes manuscritos de Livi con atención, después de que el empleador se lo pidiera.

Por supuesto, había dicho que los datos que ella había recabado eran correctos, que todo en esos escritos demostraba un poder de observación impresionante y que los planes a cinco años que ella había trazado eran atractivos.

Lautaro le había prometido que evaluaría la posibilidad de nombrarla administradora del ingenio esa tarde y que luego le comunicaría su decisión.

Livi golpeó los dedos contra el escritorio. Si el caballero decidía comprar la propiedad para luego venderla por lotes, ganaría dinero en el acto. Mucho dinero; una fortuna, de hecho. El hombre de negocios debía elegir entre una

posibilidad y una realidad.

La joven contempló los papeles que estaban distribuidos sobre el escritorio, todavía enfrascada en esos pensamientos.

Ella, en cambio, tenía que conseguir ese empleo sin importar cómo. No tenía opción. Su padre había amenazado con buscarle un marido si no comenzaba a conducirse como la dama que era. Eso, claro está, significaba que debería olvidarse de dar consejos sobre inversiones a familiares y allegados, dejar de predicar ideas liberales entre las féminas de la familia y, sobre todo, desistir de importunar al señor Gómez Lanari con la necesidad de que reconociera los derechos de los obreros.

El señor Hermann había dejado de darle dinero para su manutención y gastos cotidianos. Creía que, al cortarles los víveres, ella acataría su voluntad. Tampoco podía acudir a su madre o hermanas por ayuda. Ninguna de ellas aprobaba su comportamiento, mucho menos la señora Hermann. Adelaida detestaba que Livi ocupara sus momentos de ocio con la lectura de libros referidos a los derechos políticos de las mujeres.

Solo su tía Gema, la hermana menor de su padre, estaba de su parte. A hurtadillas, le suministraba una cantidad mensual para gastos. A Livi le avergonzaba recibir esa ayuda, pero pensó que, si Lautaro aceptaba emplearla, podría devolverle a su tía todo el dinero que le había dado durante los tres meses anteriores.

La joven comenzó a sentirse ansiosa. No había razones para dudar de sus propias posibilidades en ese momento. Era inteligente, buena con los números, atenta a los detalles, responsable. Cualquiera persona estaría más que feliz de tenerla en su nómina.

Pero su condición de mujer era un enorme obstáculo en el camino.

Recordó la tarde en la que, por centésima vez, la habían rechazado. Entonces se había presentado en la oficina de un abogado para solicitar un puesto como secretaria, pero aquel la había despedido al escuchar su nombre. Livi no se permitía engañarse a sí misma. Sabía que su padre estaba involucrado en ello. Era probable que hubiera hablado con cada persona que

conocía en la ciudad para advertirles que no emplearan a su díscola hija menor. El señor Hermann haría cualquier cosa por volver a tenerla dentro del control paternal.

Al abandonar la oficina de aquel condenado abogado, había escuchado un alboroto en la calle. Varios campesinos e indígenas intentaban ser recibidos por el caballero, ya que esperaban que pudiera ayudarlos. Trabajaban en el ingenio azucarero de San Ignacio y estaban a punto de perder sus empleos. El dueño de la propiedad se disponía a venderla a un hombre que tenía intenciones de cerrar el establecimiento y subastar la tierra en lotes. El abogado había dicho no estar interesado en el asunto y les había solicitado que se marcharan, pero ella había decidido involucrarse en la situación. Tan solo había tomado su maleta y había acompañado a los trabajadores hasta San Ignacio a fin de que le contaran qué estaba sucediendo allí con exactitud. No había tardado en conocer todos los detalles. Por lo que afirmaban, el ingenio podía incluso dar mejores dividendos en el futuro, pero el señor Gómez Lanari ya no estaba interesado en continuar con el negocio.

Livi había decidido hacer más: había investigado todo lo que había podido y al final había llegado a la conclusión de que el señor Sanlúcar era uno de los pocos hombres de toda la provincia de Corrientes que no le debía un favor al señor Hermann. Por lo tanto, como no estaba bajo la influencia de aquel, podría ofrecerle un empleo. Ella podría enseñarle un par de cosas sobre la administración de un ingenio. Podría serle útil. Solo tenía que llegar a él.

Livi comenzó a ordenar los papeles que se encontraban en el escritorio sin ser consciente de ello.

Había sido en aquel momento cuando había conocido al señor Lozada, justo cuando comenzaba a trazar los planes para acercarse a Lautaro. Daba la casualidad de que era un conocido de su tía. El señor Hermann no tenía ninguna influencia sobre él tampoco, puesto que Próspero trabajaba para el señor Sanlúcar casi de manera exclusiva. Livi se había presentado ante él y había insistido en que le facilitara una entrevista con el patrón. Al principio, Próspero se había opuesto, pero al final Livi había salido victoriosa por extenuación.

Sin embargo, el señor Sanlúcar no había estado dispuesto a hablar con ella.

Pero Livi estaba allí, en la casa de aquel caballero, segura de que Lautaro comprendería todos los beneficios que obtendría con ella a su lado como la administradora del ingenio.

Ese hombre era su última oportunidad. Si él la contrataba, podría independizarse por completo de su padre y hacer su propia voluntad. Ya tenía veintitrés años, pero dependía del señor Hermann para cubrir sus necesidades básicas. Con ese empleo, además, podría liberarse de las amenazas de su padre con respecto a encontrarle un marido, tendría su propio dinero y podría trabajar en lo que le gustaba: los números.

Toda su vida dependía de la decisión de un hombre. Eso no dejaba de molestarle, pero no podía hacer nada. Su padre debía de estar lamentando haberle suministrado una excelente educación. “Si hubiera querido una hija sumisa y con cerebro de pájaro –pensó Livi–, habría bastado con mantenerme fuera de las aulas.”

La joven observó el escritorio. Ya no era un desorden. Se ruborizó. ¿Qué pensaría el señor Sanlúcar si caía en la cuenta de que le había ordenado el despacho? Tan solo que había estado husmeando entre sus cosas, como poco. Intentó regresar todo al lugar original, pero no recordaba dónde iba cada cosa.

Entonces encontró una carta. Olía a espliego, y la letra era femenina. La caligrafía exageraba en florituras y tenía varios errores ortográficos, notó con desagrado.

Querido Lautaro:

Lamento importunarte, pero *nesesito* retirarme al campo unos *díaz*. La vida en la *siudad* me esta resultando *opresiba* y muy deprimente. ¿*Seríaz* tan amable de *recivirme* en tu casa?

Siempre tuya,

Valentina

¿Quién sería? ¿Una parienta? ¿Una amiga? ¿Su amante, tal vez? Livi frunció el ceño ante las faltas de ortografía. No pudo conjeturar una imagen de esa mujer. Si se trataba de la concubina del señor Sanlúcar, estaba segura de que debía de ser hermosa. Imaginó a Lautaro al recibir a esa mujer en su casa y escoltarla hacia su habitación mientras la besaba. No le gustó. De hecho, encontró la idea incluso repulsiva. Livi enrojeció en tanto se disgustaba consigo misma. ¿Acaso estaba celosa? ¿Eso que sentía eran celos?

Sí. Celos y envidia. Porque besar al señor Lautaro debía de ser una experiencia inolvidable.

No imaginaba que él fuera un amante dulce y tierno; por el contrario, sí fogoso, incluso primitivo. Era un caballero, por supuesto, pero había en él, en el tono de voz y en la mirada, algo que le hacía pensar que, debajo de esa anticuada y fría apariencia de patriarca, había una pasión arrolladora.

Livi se quitó los lentes y limpió los cristales con uno de los volantes de su propia blusa. Siempre olvidaba el pañuelo en cualquier lado. Era probable que lo hubiera dejado en la maleta en su habitación o en la cocina, con Nely, cuando había decidido prepararse la merienda por sí misma.

“Es una insensatez pensar en el señor Sanlúcar como un hombre”, se dijo. Dejó la carta sobre el escritorio y clavó en ella sus ojos miopes. Solo complicaría las cosas.

—¿Qué hace aquí?

Livi soltó una exclamación de susto y se puso de pie de un salto. Se colocó los lentes sobre la nariz y clavó los ojos en la puerta.

Lautaro estaba erguido en el umbral con la ropa de montar. Tenía un rebenque en la mano que golpeteaba de manera rítmica contra las botas. Ella lo miró de arriba abajo, impresionada. Notó sus poderosos muslos de jinete, los hombros anchos, las caderas estrechas. Cuando volvió los ojos al rostro masculino, enrojeció. Estaba segura de que él había notado la desvergonzada inspección.

—Perdóneme —se disculpó apurada al tiempo que el corazón golpeaba con fuerza contra sus costillas—. Usted me dio a entender que lo esperara aquí. ¿Lo malinterpreté tal vez? De ordinario soy muy atenta, pero supongo que pude haberme equivocado. No fue mi intención disgustarlo.

Lautaro observó el escritorio. Los libros mayores estaban apilados unos sobre otros por tamaños. Los documentos que Lozada le había solicitado que revisara estaban ordenados junto a la lámpara. La carta que había recibido de Valentina en la mañana estaba sobre la mesa, justo frente a la señorita Hermann, y él recordaba haberla dejado bajo el tintero.

—¿Le agrada leer la correspondencia ajena, señorita? —preguntó entonces con voz suave.

—Livi —musitó la joven.

Él alzó una ceja.

Ella suspiró y, de pronto, una sonrisa tiró de sus labios. La picardía le brillantó la mirada.

—La correspondencia ajena siempre es más interesante que la propia —afirmó con desfachatez—. Sin embargo, no piense usted que la leí adrede. Estaba allí y, cuando me di cuenta, ya la había leído. Discúlpeme.

Lautaro caminó hacia ella mientras la joven rodeaba el escritorio con lentitud hasta situarse en un extremo. Él la ignoró, se inclinó sobre el escritorio y tomó la carta entre los dedos para arrojarla dentro de una de las gavetas.

Livi percibió en el aire su olor: cuero, viento y lluvia. Él se sentó detrás del escritorio, en ese trono particular.

“El patriarca del clan en todo su esplendor”, pensó Livi risueña.

—¿Me disculpa? —preguntó en voz baja—. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

—No sucederá —reiteró él. Unió los dedos y se inclinó hacia adelante—. He decidido rechazar su oferta, señorita Hermann.

Ella lo miró, muda. De pronto, todos sus sueños y esperanzas se estrellaron contra la negra realidad y se hicieron pedazos. “¿Por qué?”, pensó. Tendría que agachar la cabeza bajo el yugo de su padre otra vez. El señor Hermann le presentaría a su futuro marido en cuanto pusiera un pie en la casa, y era probable que se hallara casada dentro de seis meses con uno de sus conocidos. Tendría una vida miserable, alejada de los libros que amaba y de los mitines políticos organizados en la ciudad por las mujeres que, como ella, deseaban conseguir la igualdad entre los sexos. Sería obligada a dejar de ser Livi para convertirse en Olivia; una persona sin derechos, esperanzas ni sueños.

La desesperación trepó por la garganta de la joven y le atenazó la lengua.

—¿Por qué? —preguntó por fin en voz alta. Le tembló la voz, y apretó los dientes.

Lautaro clavó en ella sus ojos duros.

—No me malinterprete. Sus informes me han persuadido de la conveniencia de mantener el ingenio en funcionamiento. Incluso una mejora en el salario de los trabajadores será una buena inversión a largo plazo. Su trabajo de investigación es excelente, y sus cálculos, correctos.

—¿Pero?

—Pero contratarla a usted como mi administradora sería un error.

Livi retorció los volantes de la falda entre sus manos. Consideró injusta aquella decisión. Había trabajado muchísimo en aquellos datos. Había intentado impresionarlo con sus conocimientos, con sus habilidades financieras y, si bien lo había logrado, porque era evidente que así había sido, él terminaba rechazándola.

Las lágrimas le humedecieron los ojos.

—¿Por qué? —repitió, casi sin voz—. Si cometí un error, le aseguro que puedo enmendarlo. De hecho, puedo prometerle que no volverá a suceder.

Él clavó en ella una mirada desapasionada.

—No hay ningún error.

—¿Entonces?

—Usted es una mujer. Me preocupa su seguridad.

—No comprendo.

—Si la contratara, tendría usted que trabajar en las instalaciones del ingenio. —La voz fue suave pero dura; seda sobre hierro—. Estaría rodeada de hombres, y muchos de ellos la considerarían una presa fácil.

—Sé defenderme.

—¿De un hombre? Lo dudo.

—¡Puedo hacerlo! —Ella se tragó un sollozo. Se odiaría a sí misma si se permitía llorar frente a él. El orgullo, el maldito orgullo, le impedía hacer uso de una de las armas que sus hermanas no dudaban en esgrimir cada vez que deseaban obtener algo de un hombre: las lágrimas—. ¡Sé que puedo! Déjeme demostrárselo. Deme la oportunidad y lo verá.

Él apretó los labios. Se puso de pie y rodeó el escritorio. Antes de que Livi pudiera adivinar las intenciones del caballero, Lautaro hundió las manos en los hombros de ella y la empujó contra la mesa.

—¿Qué está haciendo? —Livi intentó luchar contra él, pero Lautaro le sujetó las muñecas por encima de la cabeza—. ¡Suéltame!

Dos libros contables y varios documentos cayeron al suelo cuando él apretó el cuerpo contra el de ella y la acorraló contra la superficie.

—Dice que puede defenderse de un hombre —musitó. En su voz, había una amenaza latente. Acercó la boca a la de ella, y su aliento cálido le rozó el cuello—. Entonces, defiéndase. Demuéstreme que puede hacerlo, y el trabajo será suyo.

Livi forcejeó contra él. Intentó apartarlo, se debatió con todas sus fuerzas, pero no logró gran cosa, solo que Lautaro la mirara con brutal intensidad. Él pesaba mucho más y era una masa de músculos y poderío masculino contra la que no podía rivalizar. Livi podía sentir ese cuerpo caliente y esa fuerza viril contra el propio y, aunque lo intentó, tuvo que admitir que estaba a merced de él.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de ella, por lo que desvió la cara a un lado.

—Suélteme —dijo por fin, quedamente.

Lautaro la sujetó de un brazo y la ayudó a incorporarse. La dama se alisó la falda. Las horquillas habían desaparecido en el forcejeo, y el pelo le caía sobre los hombros y la espalda en una brillante cascada de rizos revueltos.

Ella apretó los labios y borró una lágrima con el dorso de la mano.

—Puedo llevar una pistola en el bolso —propuso. Los ojos le brillaban con suavidad bajo el rojizo resplandor del atardecer—. Si me da la oportunidad...

—No.

—Pero...

—No insista. Mi respuesta será siempre la misma.

Livi no lo miró. Dio un paso hacia la puerta, luego otro y otro más. Un sollozo se le escapó de los labios. Se apresuró a cruzar el umbral. Pero antes de que llegara a la seguridad del pasillo, Lautaro la retuvo al aferrarla de un brazo y la dio vuelta hacia él.

—¿Le hice daño? —interrogó con rudeza—. No pretendía lastimarla.

—¡Déjeme ir!

—Livi, contésteme. ¿Está herida?

—¡No! —Un gímoteo le sacudió el cuerpo—. ¡Déjeme ir por favor!

—¿Entonces por qué está llorando?

Livi intentó ocultar las lágrimas.

—¡No estoy llorando! —sollozó. La evidencia del dolor le rodaba por las mejillas, incontrolable—. ¡Yo nunca lloro! ¡Esto es absurdo! Llorar por esto es... lo más indigno... que he hecho.

Lautaro suavizó la expresión cuando los gemidos ahogaron las palabras. Sacó un pañuelo del bolsillo, le apartó la mano de la cara y le secó las lágrimas, pese a que ella intentó eludirlo.

—Usted tiene la culpa de esto —lo acusó ella antes de arrebatarse el pañuelo de la mano. Tomó aliento—. Sabe que podría hacer un excelente trabajo para usted.

—Lo sé.

—Soy muy inteligente.

—Sin duda lo es.

—Pero soy mujer, y ese es un problema para usted, ¿no es así?

—Es un problema. —Lautaro le apartó el pelo del rostro. Los rizos de la joven se sintieron suaves entre los dedos del caballero, como hilos de seda. La miró a los ojos. —Es una complicación que no estoy dispuesto a aceptar. No comprometeré su seguridad.

Ella lo miró. Sus ojos se veían rojos e hinchados.

—Puedo trabajar en la ciudad —aventuró alicaída. Le buscó la mirada—. Solo tendría que trasladarme al ingenio dos o tres veces por mes, y entonces podría usted acompañarme. Mi seguridad no estaría en riesgo con usted a mi lado.

Él apoyó la mano en la pared, junto a la cabeza de ella. Recién entonces Livi notó que él estaba demasiado cerca. Otra vez fue plenamente consciente de ese olor: una excitante combinación de cuero, viento y lluvia. Era obvio que había estado cabalgando antes de encontrarse con ella. Lo miró. Aquellos ojos grises, pensó, eran muy hermosos.

Lautaro curvó los labios a un lado.

—Tampoco estaría segura conmigo —murmuró. Entonces se apartó y clavó en ella una mirada fría. Parecía disgustado—. El señor Lozada partirá hacia la ciudad poco antes de las cinco. Espero que pueda tener listo su equipaje para entonces.

CAPÍTULO 11

La lluvia había comenzado a amainar al amanecer. Para las diez de la mañana, se había convertido en una ligera llovizna que poco a poco desaparecería. Sobre el horizonte, entre las puntas erizadas de los pinares, el sol desgarró las últimas nubes plomizas, que no habían logrado huir hacia el este, y comenzó a pincelar con colores de bronce y oro pálido los viejos caminos adyacentes a los campos.

Isabela abandonó el pórtico con determinación. Evitó un par de charcos y se dirigió hacia la carreta que la esperaba a unos metros de distancia, bajo la sombra de los árboles. Se recogió la falda y subió al pescante, donde se acomodó junto a Nely. Sacudió la tela y alisó los pliegues de la blusa de organdí azul celeste.

—¿Está segura de que no prefiere quedarse en la casa? —preguntó Nely dudosa—. Yo tengo que bajar al pueblo por víveres, pero usted no tiene que acompañarme si no quiere.

—Me aburriría si me quedara. —Isabela se cubrió los hombros con el rebozo—. Con Lorena y la señora Angelina en Saladas, no hay mucho que pueda hacer.

—Los abuelos maternos de la señorita Lorena ya estaban extrañándola.

—¿Hacía mucho que no llevaban a la niña a visitarlos?

—Sí. Más de diez meses, como poco.

—Es mucho tiempo.

Isabela examinó el toldo que Faustino había colocado sobre la carreta la tarde anterior. Supuso que, de ser necesario, cumpliría con su objetivo: ambas mujeres estarían bien protegidas si el frío y la lluvia decidían regresar.

Nely ahuecó los labios en tanto guiaba a los caballos hacia un recodo del camino.

—A la señora no le agrada dejar la estancia, pero tiene que acompañar a su nieta en estas visitas —comentó—. Pese a su disgusto, creo que le hará bien abandonar la casa unos días. La patrona necesita compañía de su misma edad, sabe usted.

—¿Por qué el señor Lautaro no acerca a la niña con sus abuelos?

Nely no respondió de inmediato.

—Porque los padres de la señora Eleonora están convencidos de que fue el señor Lautaro quien la empujó por las escaleras —explicó en voz baja.

—Entiendo. —Isabela lamentó haber preguntado.

Nely lo notó, por lo que no hizo más comentarios y se limitó a agitar las riendas. El carruaje se atrancó en un charco, lo superó y avanzó entre traqueteos hacia la carretera.

Pronto comenzó a elevarse el calor. Isabela abrió un abanico y observó con distracción los campos que se extendían, verdes y ondulantes, hasta la línea del horizonte, más allá de la dehesa. Vio en el prado a media docena de jinetes que empujaban al ganado hacia un riacho.

Nely saludó con una mano a un niño que conducía a una mula por el borde de la calle hacia el norte.

La muchacha inhaló el aire limpio y puro que discurría a través del pinar. Las aves acuáticas patinaban entre el camalotal junto a las canoas de los pescadores al tiempo que lanzaban agudos chillidos.

—Por allá está la casa del señor Dermont —comentó Nely, y señaló un sendero de tierra que discurría entre los árboles.

Isabela asintió. Supuso que Faustino no le había comentado que la había acompañado hasta allí la noche después del primer encuentro con él, y ella no encontró razones para decírselo.

Pensó en él. Había intentado relegarlo al fondo de su mente, pero no había logrado hacerlo. Ese hombre era una amenaza a su paz mental. Recordó sus labios sobre los de ella, sus dedos en la piel, su mirada fiera. Estrujó el

abanico entre las manos. Se había atrevido a sujetarla, a apoderarse de su boca por la fuerza, a besarla como solo podía hacerlo un patán. Era un bruto salvaje. Un caballero jamás habría hecho algo semejante.

Isabela apretó los labios. Desde entonces, se había propuesto evitarlo. No tenía la menor idea de cómo lograría enfrentarse a él después de lo sucedido.

La maestra cerró el abanico con vehemencia. Lamentó en ese momento no tener más experiencia con los hombres. Entonces habría sabido cómo actuar. De pronto añoró tener a su hermana a su lado. Ella habría sabido cómo manejar esa situación. Antes de conocer al señor Jantus, Elicia había tenido varios pretendientes y una vez había comentado, en ausencia del marido, que manejar a los hombres era ridículamente fácil.

Isabela dudaba de que alguien pudiera controlar a Dermont.

Nely murmuró algo entre dientes y detuvo la carreta a la vera del camino, frente a un asentamiento de diminutos ranchos. Todos ellos se encontraban arracimados en torno a un enorme corral provisto de gallinas, cerdos, patos y ovejas.

—¿Sucede algo? —preguntó Isabela.

—Creo que se rompió el eje de la rueda —indicó Nely, y abandonó el pescante de un salto. Se inclinó sobre una de las ruedas de la carreta y la examinó a conciencia.

Isabela se apeó. Ya había descubierto que la mujer era muy buena para resolver inconvenientes y lidiar con cualquier conflicto que amenazara el bienestar de los habitantes de Los Tacuarales, aunque la contrariedad fuera un eje roto en medio del campo. Si había algún problema con la carreta, ella lo resolvería.

Isabela había aprendido a confiar en Nely con gran rapidez. Esa mujer siempre parecía saber si llovería o haría frío e insistía en que cada miembro de la casa estuviera bien provisto de abrigo y paraguas antes de salir aunque afuera hubiera un sol radiante o hiciera tanto calor como en el día más bochornoso del verano. También sabía advertir sobre resfríos, golpes, caídas

y males varios. Y luego, cuando acontecía su predicción, aunque no dijera nada, tenía esa exasperante mirada de “Te lo dije” que irritaba a toda la familia, en particular a la señora Angelina.

—¿Necesita ayuda? —preguntó, solícita.

Nely la miró de reojo.

—¿Sabe arreglar un eje roto?

—Puedo llorar por ello.

Nely sonrió y se arrodilló en el barro. Observó la rueda de la carreta, contrariada. No había manera de que la enmendara sin ayuda de Faustino o de un hombre amable. Observó su entorno. Miró los pollos escuálidos que correteaban entre un zanjón y otro, los perros que dormían junto a la puerta de un rancho cuyo techo de paja parecía a punto de desplomarse por el influjo de un suspiro, y la vaca que descansaba en la galería con la paz que daba la costumbre. Frunció la nariz con desagrado cuando los penetrantes olores de una porqueriza llegaron hasta ella.

—Habrà que pedir ayuda —sentenció mientras se limpiaba las manos en el delantal—. Tal vez el porquerizo pueda asistirnos. Hace mucho que no me detengo por aquí, pero recuerdo que el señor Marconi tenía un alma caritativa. Jamás se rehusaría a ayudar.

—Está bien.

—¿Ve el último rancho de la izquierda?

—Sí.

—Allí es donde los peones acostumbran a surtirse. A muchos de ellos, no les gusta bajar al pueblo. ¿Quiere ver qué encuentra?

Isabela echó una mirada a su alrededor.

—¿Sabe si podría encontrar agua de rosas aquí? —preguntó dudosa.

—Vaya a saber.

La joven institutriz cruzó un pequeño espacio verde que discurría entre el camino y la puerta del rancho y, después de dar un pequeño rodeo para eludir a la vaca y a los perros que descansaban en la galería, atravesó el umbral. El interior era grande, pero se veía mucho más pequeño a causa del sinnúmero de costales de semillas, frutas y verduras que parecían apilarse sin orden por doquier. En la penumbra, dos estanterías de madera añeja dividían la estancia en cuatro partes. Cada estante estaba atiborrado de cosas, desde elementos de costura hasta frascos de conservas, libros viejos, cuadernos amarillentos, cacharros de latón y variados artilugios para la caza y la pesca que Isabela no había visto jamás en la vida.

—Buenos días, señorita, ¿cómo está usted? —la saludó un campesino desde un rincón justo detrás de una barra de madera. Estaba sentado en una mecedora con un enorme gato gris sobre las rodillas. Esmirriado, de rostro alargado y de una edad indeterminada que podía oscilar entre los noventa y los doscientos años, no parecía ansioso por abandonar la comodidad de ese puesto para responder preguntas; mucho menos para ayudarla a encontrar lo que necesitaba. El anciano bizqueó hacia ella.

—Sírvasse lo que guste, que yo aquí le cobraré, mi hija —indicó.

—Lo haré, gracias.

—Sé que no son modales, pero me tendrá que disculpar. Mis huesos están anunciando más lluvias para la noche, sabe usted. Hoy andar es toda una hazaña.

Isabela parpadeó, sin saber qué decir. El hombre casi no despegaba los labios al hablar, y su acento era tan pronunciado que no había logrado comprender ni la mitad de las palabras.

—Ah —dijo con una sonrisa, sin saber qué otra respuesta dar.

—Adelante, pues. —El viejo hizo una seña con los dedos para incitarla a explorar a placer y se enfrascó una vez más en la que parecía ser su principal actividad esa mañana: acariciar al gato.

Isabela fue hasta una de las estanterías. Pensó que no vería gran cosa en la penumbra, pero notó entonces que parte de la estancia estaba debidamente iluminada gracias a la luz que entraba a raudales por una puerta que se abría al exterior. La joven encontró una caja de jabones. Estaba decidiendo qué más comprar cuando escuchó el sonido de unos pesados pasos a su espalda. Se dio vuelta con una sonrisa en los labios, pues esperaba ver a Nely, y el gesto se le congeló en el rostro al encontrarse con el señor Paiva.

—Señorita —saludó él con rigidez.

—Buenos días, señor —correspondió Isabela, incómoda.

El señor hizo un gesto con la cabeza.

—Veo que decidió quedarse en esa casa —comentó en voz baja—, aunque le advertí que en Los Tacuarales no está usted segura.

—Señorita, ¿está lista? —consultó Nely desde el umbral con los ojos entornados—. Tenemos prisa, ¿recuerda?

Isabela se mostró aliviada y se arrebujo en el rebozo. Siempre podía contar con Nely. Ella no había tardado en acudir a rescatarla.

—Sí, sí —afirmó, y se disculpó con el señor Paiva—. Perdóneme, tengo que irme.

Cuando iba a marcharse, el caballero le aferró del codo y la retuvo.

—Busque a mi hija —pidió presuroso en tanto clavaba en ella los ojos amargos—. Sé que está en esa casa, en algún lugar.

Francisco notó la palidez de las mejillas de la muchacha, el miedo en sus ojos.

Nely cruzó el recinto a grandes pasos y se detuvo junto a Isabela. Pareció de pronto asustada. Isabela se hizo a un lado y miró hacia el exterior por encima del hombro de la muchacha. Varios jinetes esperaban junto a la carreta, todos ellos armados. Isabela no los reconoció.

Nely cerró la mano en su brazo.

—Quédese aquí —ordenó—. Son parientes de ese hombre.

—¿Qué dices...?

Antes de que la joven pudiera agregar algo más, el señor Paiva pasó junto a ella. Se detuvo, titubeó y clavó los ojos fríos en Nely.

—Esta vez hablaré con ese monstruo —aseguró—. Ese bastardo tiene que saber algo de mi hija.

Nely apretó los labios.

—¡No se atreva a acercarse a la casa del señor Dermont! —advirtió colérica—. ¡Su hija huyó!, ¿es que no lo entiende? ¡El patrón sería incapaz de lastimar a una mujer!

Francisco la ignoró. Hizo un gesto hacia Isabela a guisa de despedida y luego se dirigió hacia los jinetes.

—Nely, tenemos que detenerlos —urgió la muchacha, de pronto asustada.

—Sí, señorita, ¿pero cómo?

—¡El señor Sanlúcar no puede recibirlos ahora! —Isabela echó una rápida mirada hacia el cielo. El sol irradiaba luz y calor desde su trono entre las escasas nubes que todavía desgarraban el horizonte—. ¡Nely, tenemos que hacer algo!

Los caballeros azuzaron a las monturas antes de partir al galope detrás del señor Paiva. Isabela se dispuso a seguirlos, pero Nely tiró de ella.

—¿Adónde cree que va?

—Tengo que advertirle...

—¿Y cómo piensa llegar hasta allá?

—La carreta...

—¡No está lista! —Nely suavizó la expresión al notar la preocupación de la dama—. Cállese. Ceferino está con el patrón. Siempre ha cuidado de él. Sabrá qué hacer. No permitirá que nadie lastime al señor.

Isabela dudó. Ceferino era solo un anciano. ¿Qué podría hacer contra tres hombres jóvenes armados y un padre enfurecido, dispuesto a todo por encontrar a su hija?

La institutriz se apartó de la señora y regresó al interior del rancho en busca del campesino.

—Señor, ¿tiene un caballo que pueda prestarme? —preguntó con apuro.

Nely la siguió, alarmada.

—¿Qué hace? —inquirió.

—Déjame, Nely.

—¿Está loca? No se meta en esto. Saldrá lastimada si lo hace. El señor Dermont puede cuidarse solo.

El viejo miró primero a Nely y luego a Isabela con ojos miopes.

—Tengo un caballo atrás —respondió desconcertado—. Puedo prestárselo, señorita, pero deberá devolverlo para la tarde...

Isabela no esperó a que el anciano dijera más. Se recogió la falda con las manos y abandonó el rancho a la carrera con Nely a su espalda.

*

Ceferino intentó detenerlo, pero Dermont lo apartó del camino y abandonó las sombras en cuanto Francisco Paiva se apostó con los jinetes frente a la residencia. La luz del sol iluminó el rostro de Dermont con brutal intensidad, lo que le hizo entornar los ojos. Toleró el dolor en silencio, mientras los tres hombres que habían acompañado a Paiva lo rodeaban.

Ceferino intentó intervenir una vez más, cubrirlo con su cuerpo, empujarlo hacia la precaria seguridad de la oscuridad, pero el patrón hizo un gesto hacia él para contenerlo.

—Entra en la casa —ordenó con frialdad.

—Pero, señor...

—¡Cierra la puerta y no interfieras en esto!

El viejo lo miró un instante, dudoso, pero asintió. Retrocedió hacia el pórtico y luego se internó en la penumbra de la casona.

Paiva fijó los ojos en Dermont. El anciano no le importaba, por más que lo observara con repugnancia desde la montura. Tiró de las riendas del caballo cuando el animal corcoveó con nerviosismo.

—Es muy loable en un monstruo que cuide de sus esbirros —señaló con desprecio. Desmontó con un salto y empuñó el facón—. ¿Dónde está mi hija? ¿Qué hizo con ella?

El joven Sanlúcar notó que los hombres tomaban posición a su alrededor y reconoció a dos de ellos. Eran parientes de Francisco Paiva y estaban armados.

Apretó los labios. Si bien su padre le había enseñado a disparar en caso de que debiera defender su honor o el de los suyos en un duelo, no le gustaba utilizar una pistola, y por eso muy pocas veces llevaba una consigo. Él había aprendido a pelear con los puños en las barracas de los peones, y luego en las calles, en los bajos fondos de Buenos Aires, a facón.

—No sé nada de esa mujer —aseguró. Cerró los puños, listo para defenderse—. Nunca tuve trato con ella. Sé que huyó, eso es todo.

—¡Maldito bastardo! —Francisco lanzó un escupitajo al suelo. Su mano tembló sobre la culata del arma—. Estoy seguro de que usted abusó de su inocencia y de que luego la mató. Está aquí, ¿no es así? ¡Enterró su cuerpo en algún lugar de esta maldita finca! ¡Tiene que decírmelo! Por dios que lo obligaré a hacerlo.

El viejo hizo un gesto con la mano hacia los hombres, que se lanzaron contra Dermont con furia.

El dueño de casa entrecerró los ojos. El dolor resultaba por momentos insoportable. Agachó la cabeza y esquivó un golpe y luego otro más. Giró sobre sí mismo y asestó una patada en el estómago de un hombre, tras lo cual

cerró el puño y lo estrelló en la cara de uno de los atacantes. Cuando aquel trastabilló, Dermont se dio vuelta sobre los talones y se encontró con Paiva a su espalda. Francisco se lanzó contra él con el facón en mano. El más joven intentó esquivar el ataque, pero fue demasiado tarde. El padre de Manuela le hundió la cuchilla en el pecho, cerca de la clavícula. Dermont soltó un gruñido y se hizo a un lado con brusquedad para evitar otra puñalada.

Entonces, un hombre lo pateó en una pierna desde atrás y lo hizo caer al suelo. Otro lo sujetó. Dermont miró a Francisco, que se acercó a él, dispuesto a matarlo. El sol se alzaba detrás del agresor, lo que hizo que el joven Sanlúcar tuviera que desviar la vista.

Rebeca le había advertido que terminaría así, asesinado en una emboscada, solo que ella había imaginado que moriría en un asalto en la oscuridad de una calle solitaria después de una noche de placer y borrachera.

Francisco crispó una mano contra el cuello de su camisa, se inclinó y le acercó el filo del facón al rostro.

—¡Quiero saber dónde está mi hija! —exigió.

—¡Un momento, señor Paiva! —gritó Ceferino desde el umbral de la puerta. Tenía una pistola en la mano y la apuntaba directo al corazón del caballero—. ¡Dígale a sus perros que se alejen del patrón! Verá, no tengo muy buena puntería y ya estoy viejo, pero, a esta distancia, no puedo fallar.

Francisco apretó los labios en una fina línea de furia. Clavó los ojos en Dermont y apartó las manos con lentitud. Hizo un gesto, y los tres hombres que lo acompañaban retrocedieron.

En ese momento, se escuchó el ruido de los cascos de un caballo. Francisco se dio vuelta y frunció el ceño al ver a Isabela. Cabalgaba a horcajadas con la falda arrugada sobre las rodillas y la expresión tensa. El pelo despeinado flotaba con el viento. Ella detuvo al animal bajo la sombra de los árboles y desmontó con torpeza.

Dermont se puso de pie con dificultad. Él pensó que Isabela tendría la prudencia de mantenerse a distancia, pero, por el contrario, corrió hacia él con el rebozo en la mano y se colocó entre él, Francisco y el sol para protegerlo

con su propio cuerpo.

—¡Señor, aléjese por favor! No haga esto —pidió—. El señor Dermont nunca le haría daño a una mujer. No sé qué sucedió con su hija, pero estoy segura de que él no la lastimó. Es un poco bruto y parece un salvaje, pero no heriría a una inocente.

—Usted no entiende...

—Entiendo su dolor, señor, pero esto no es correcto, y usted lo sabe. Atacar así a un hombre desarmado no es propio de un caballero.

—¡Isabela! —Dermont la sujetó de un brazo y la empujó a su espalda—. ¡Maldita mujer! ¿Qué cosa cree que está haciendo?

—¡Señor!

—¡Quédese atrás, maldición!

Ella abrió la boca con la intención de regañarlo, pero entonces vio a Ceferino. El viejo bizqueó hacia ella. El pulso le temblaba ligeramente mientras apuntaba la pistola contra Paiva.

Francisco observó a Isabela un momento y por fin fijó los ojos en Dermont.

—Esto no quedará así —amenazó, antes de darse vuelta y montar su caballo. Echó una última mirada de desprecio hacia él y luego se marchó con el resto de los hombres.

Ceferino corrió hasta Dermont tan rápido como se lo permitieron las piernas y le rodeó la cintura con un brazo.

—Apóyese en mí, señor —indicó—. Está usted sangrando mucho. ¿Se encuentra bien, patrón?

—Sí. —Dermont centró la mirada en la maestra. Los ojos del caballero estaban inyectados en sangre. Hizo un gesto de dolor—. Maldita mujer...

Isabela observaba, horrorizada, la sangre que le humedecía la camisa.

—Dios mío —musitó.

Ceferino carraspeó.

—Señor, déjeme ayudarlo —insistió—. Lo llevaré conmigo adentro, ¿sabe? Me ocuparé de usted.

—Estoy bien.

—Tan solo apóyese en mí.

Dermont apretó los labios. Era evidente que habría preferido entrar a la casa por sí mismo, pero no podía confiar en sus propios ojos en ese momento. Solo veía sombras a su alrededor.

Isabela lo siguió al interior de la morada y cerró la puerta detrás. Observó su entorno: muebles oscuros, pesados, cortinas corridas y la penumbra azul que todo lo envolvía. No había más que una lámpara encendida en la sala y un cúmulo de sombras que danzaban en las paredes.

Ceferino ayudó a su patrón a sentarse. Dejó la pistola sobre la mesa y se apresuró a examinar la herida tras apartar la camisa y descubrir el pecho.

Cuando el hombre presionó los dedos sobre el profundo tajo, Dermont crispó la mandíbula.

—Tráeme whisky —solicitó el joven con voz ronca.

—Un momento, patrón.

—¡Ahora, carajo!

Ceferino asintió, fue hasta un armario de mala gana, extrajo una botella y se la entregó. Mientras Dermont bebía directo del pico, Ceferino lo ayudó a quitarse la camisa.

Isabela lo contempló, fascinada, más allá de toda vergüenza. Dermont era en verdad muy atractivo; todo músculo y fuerza viril, con esa piel morena dorada por el suave resplandor de la lámpara, el pelo suelto sobre la espalda y la boca ruda, sombreada por la barba de tres días, curvada en un rictus de amargura.

La muchacha deslizó los ojos sin prisa por los hombros anchos, el pecho bronceado y el abdomen plano. Notó las variadas y antiguas cicatrices que se ocultaban debajo de la mata de pelo oscuro y rizado que se afinaba hasta desaparecer bajo la cintura de los pantalones.

—¿Piensa quedarse allí a mirarme? —preguntó él con hosquedad en tanto la miraba con esos ojos imposibles, avasallante y despótico—. Regrese a la casa y permanezca allí. No está segura conmigo.

—¿Me está echando?

—Váyase.

—No puedo creer esto.

—¡Condenada mujer! ¡No la quiero aquí!

Ceferino hizo una mueca al percibir, en el tono del patrón, el filo de una amenaza. Limpió la herida con un paño y frunció el ceño al inspeccionar el tajo. No parecía haber mayores daños. Por lo tanto, el disgusto del anciano no se debía a la lesión, y Dermont lo notó.

—¿Qué tienes para decir, viejo? —Curvó los labios en una línea cuando sintió los dedos del hombre sobre la herida.

—Solo que esta guaina vino a ayudarlo, señor —repuso en una mezcla de castellano y guaraní—. Debería ser usted más agradecido. Se ve que se preocupa por usted.

Dermont desvió los ojos y los clavó en ella antes de dejar la botella sobre una mesa.

—¿Por qué vino?

—Me encontré con ese hombre en la ruta —explicó Isabela—. Cuando supe que el señor Paiva vendría a buscarlo en compañía de sus hombres, decidí seguirlo.

—¿Por qué?

—Tenía que ponerlo sobre aviso; no podía permitir que lo lastimaran.

Él clavó en ella esos ojos imposibles.

—¿Por qué? —inquirió una vez más, pero la voz fue más suave, incluso sedosa.

—Tendré que hacer una sutura —anunció Ceferino mientras exploraba la herida con cuidado—. Tardará en cicatrizar, pero estará bien.

Dermont no apartó los ojos de Isabela. Aunque parecía de pronto enojada con él, y siempre parecía estarlo, pensó que era hermosa. Encantadora, de hecho. No era extraño que la deseara.

—¡Contésteme! —exigió con aspereza—. Le hice una pregunta.

—Esto es ridículo. —Ella hizo un gesto de hartazgo—. Solo consideré oportuno intervenir para evitar un asesinato. Cualquier persona habría hecho lo mismo en mi posición. Eso es todo.

—Eso es todo —repitió él.

—Sí.

Dermont la contempló. Ella tenía mucho miedo a los caballos, pero había cabalgado en uno para rescatarlo. Esa mujer parecía considerarlo un salvaje y, sin embargo, había acudido a salvarlo sin dudarle. Incluso había intentado protegerlo con el cuerpo.

No recordaba a nadie que hubiera hecho algo así por él antes.

Ceferino procedió a preparar la aguja. Vaciló.

—No tengo nada que pueda disminuir el dolor —dijo.

—No importa.

—Pero, señor...

—Haz lo que tengas que hacer y termina con esto de una vez —ordenó Dermont.

Isabela se mostró admirada. Ella, en su lugar, ya se habría desmayado.

—Trataré de ser suave —prometió el anciano, y comenzó a suturar el corte.

Dermont bebió otro largo trago de whisky.

Isabela se acercó y observó los certeros movimientos del anciano al utilizar la aguja.

—Cuando era un crío, aprendí a tratar este tipo de lesiones —comentó el viejo—. Allá en mi pueblo, no era extraño que los hombres se metieran en una pelea y terminaran heridos. No se preocupe, señorita, esto no es nada. Además, nunca ha muerto nadie que haya estado a mi cuidado.

—El señor es muy afortunado por contar por usted.

—Dermont.

—¿Perdón? —Isabela desvió la vista hacia él y perdió el aliento a ver esos ojos magníficos fijos en ella.

—Llámeme por mi nombre. —Dermont encajó la mandíbula—. Creo que ya deberíamos olvidar las formalidades entre nosotros.

Ella no dijo nada porque no supo qué responder a eso. Se debatió entre lo que consideraba correcto y lo que deseaba hacer en realidad.

—Voy por más whisky, señor —indicó Ceferino, prudente, y abandonó la estancia.

Isabela controló el temblor de sus dedos. Así como estaba él, con el torso desnudo, los ojos enrojecidos y esa expresión despótica, de pronto la joven fue muy consciente del poderoso atractivo de Dermont. Se dijo a sí misma que no era extraño que se sintiera cautivada por él.

Ella se inclinó sobre él para examinar el tajo en un vano intento por disimular sus propias emociones.

“Dios mío —pensó—, pudieron haberlo matado.”

—Isabela.

—¿Sí? —Lo miró.

Dermont cerró la mano sobre la nuca de ella, la atrajo con violencia hacia él y le cubrió la boca con la propia. La besó de manera profunda, salvaje, incapaz de contener las ansias, el hambre, el deseo que esa mujer había despertado en él.

Ella sabía dulce. Los labios de la muchacha eran suaves e inocentes, y el calor de ese cuerpo, junto con la sensualidad de su voz, provocaron en él emociones que hacía mucho tiempo creía muertas. Toda ella, cada uno de los movimientos que efectuaba, le calentaba la sangre.

Tiró de ella y la sentó a horcajadas sobre sus piernas. Le dolió, pero necesitaba esa cercanía, ese calor, sentirla contra él. Isabela arqueó la espalda hacia él sin una pizca de falsedad en la respuesta y apoyó las manos en sus hombros del hombre. Ella también lo deseaba. Si bien lo negaría si él decidía interrogarla, su cuerpo hablaba por ella y no mentía. Dermont le hundió la lengua en la boca y la saboreó con ternura. Su virilidad reaccionó a la proximidad. Isabela jadeó cuando lo sintió presionar, grande y duro, contra ella.

Ella se apartó con brusquedad, agitada.

—Yo... Esto no puede suceder. No es correcto. Ni prudente en realidad —comenzó y calló, incapaz de mirarlo a la cara. Retrocedió un paso y se tiró de la falda hacia abajo—. Debo irme ahora.

Él cerró los dedos sobre el brazo de ella.

—Quédate conmigo —le pidió, y al instante aflojó el agarre—. Seré suave contigo.

Isabela lo miró a los ojos y supo enseguida lo que él le estaba proponiendo, lo que hizo que el rubor le quemara las mejillas.

—Eso no sería apropiado —musitó.

—Señor. —Ceferino se detuvo en el umbral—. Tengo que curarle esa herida.

Dermont no apartó los ojos de la joven, pero la soltó.

—Tengo que regresar ese caballo a su dueño —se excusó Isabela, presurosa. Hizo un gesto de despedida hacia el anciano y luego le sonrió a la alfombra.

Dermont le buscó la mirada.

—Isabela —murmuró. Era lo más cercano a una súplica que había pronunciado en la vida.

—Lo siento, no puedo quedarme —se disculpó ella, y huyó.

Dermont cerró los ojos mientras escuchaba los pasos de la institutriz en el pórtico. Apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla.

—Ve con ella —ordenó.

El viejo meneó la cabeza.

—Perdóneme, pero me quedo.

—¿Te atreves a desobedecerme?

—Sí, señor. Tengo que atender eso antes de que se infecte. —El viejo soltó una risita entre dientes—. Y, por lo que vi, esa señorita es capaz de cuidarse sola.

El caballero no hizo comentarios. Era inútil. El viejo al final haría su propia voluntad.

—Señor. —Ceferino titubeó—. Quédese con esta.

Dermont lo miró en silencio.

El empleado extendió un unguento sobre la herida con tranquilidad, bajo la fría y severa mirada del patrón.

—Se cruzó en su camino una mujer dispuesta a interponerse entre un facón y usted, entre la luz del sol y usted —reflexionó pensativo—. Ahora que la ha encontrado, quédese con ella. Ha estado esperando una mujer como ella toda su vida, ¿o no?

CAPÍTULO 12

9 de diciembre de 1895.

Belle Époque, Ciudad de Corrientes.

Número 112.

¿QUIÉN ES UNA DAMA?

Para ser considerada una auténtica dama, digna del respeto y la consideración de los suyos y de la clase social a la que pertenece, una mujer debe obedecer una serie de normas no escritas pero conocidas por todos, hombres y mujeres, desde la cuna hasta la tumba. Para aquellos maldecidos por el despiste, cito:

. Te educarás si tu familia lo permite, pero jamás demostrarás mayor inteligencia o sabiduría que un hombre, cualquiera sea su posición social o económica. Podría ofenderse.

. Serás bella, suave en el trato, tierna en tus maneras. No elevarás la voz jamás, ni siquiera para amonestar a los sirvientes. De lo contrario, serás calificada como insufrible por cualquier caballero.

. Debes casarte, darle hijos a tu marido y dedicarte a él y a tus niños. Nada más debe importarte. Olvidarás tus propios deseos por la paz de tu hogar.

. Cerrarás los ojos y los oídos a las indiscreciones de tu esposo. Lo que hace fuera de la casa es asunto suyo. Si trae un niño a tu vivienda, lo criarás como propio. Se espera dulzura y comprensión en una esposa, no quejas ni recriminaciones.”

Y puedo mencionar otras, pero no dudo en afirmar que estas normas las conocemos todos.

¿Cuál es la sanción que recibe una dama en caso de errar el camino de la rectitud moral? El ostracismo social.

Una señorita debe ser simpática y virtuosa, pero también debe poseer cierta apariencia para ser considerada agraciada. Qué triste desgracia la de aquella mujer que, por azar, no ha conseguido los rasgos y las curvas deseadas.

¿Y cuál es la apariencia que se debe tener? Cabello rubio, ojos claros, piel blanca. Atributos que ayudan a una dama a distinguirse de sirvientas, tenderas y mestizas. ¿Algo más? No mucho: el busto de perfecta palidez afianzado por el corsé, la cintura estrecha, de no más de cuarenta centímetros, las caderas redondeadas y las piernas suaves.

No todas las féminas, como es natural, pueden cumplir con tales exigencias y, aunque no por ello carezcan de admiradores y pretendientes, se ven a veces ofendidas por los comentarios poco amables del sexo opuesto.

Respecto a este tema, un caballero al que nombraré solo por sus iniciales, A. P., en una discusión que comenzó en un billar, decidió explayarse sobre el tópico. Dijo, y cito de modo textual: “La mujer rubia es la mujer por excelencia. Con ella es mejor el amor, la paz, y hasta conviene más por la higiene. (...) Las morenas gastan agua y jabón inútilmente. Jamás parecen limpias y, cuando visten colores claros, parecen desteñir en sus ropas.

Quien dude de mis palabras y considere que el señor A. P. sería incapaz de afirmar algo semejante, puede consultarme respecto a la fuente. No sorprenderá al lector saber que esta conversación apareció transcrita en un conocido periódico de la ciudad.

Ante estos dichos, uno de los caballeros que participaba de la citada charla, decidió defender a las mujeres morenas al advertir que, si bien no tienen una apariencia angelical, hay en ellas más pasión, más fuego.

Ahora bien, si una dama debe cumplir con todas estas exigencias, además de seguir las normas de comportamiento impuestas por sus allegados y conocidos, ¿qué reglas rigen para un caballero?

A saber:

- . Serás el proveedor de tu familia.
- . No permitirás que las emociones te distraigan de tus obligaciones.
- . Debes proteger el honor de toda dama.

No mucho más. ¿Qué se espera de su apariencia? Si lleva calzado, se viste de acuerdo a la moda imperante y se baña con cierta regularidad, nada más se le puede exigir.

En resumen: una dama debe mostrarse paciente, tierna, misericordiosa. Debe ser para el hombre un reducto de paz y amor, no generar problemas ni emitir quejas y, mucho menos, desobedecer las órdenes impartidas por el señor de la casa, ya sea aquel un padre, un hermano, un tutor o un marido. Mientras tanto, los varones, aunque tienen ciertas obligaciones, gozan de mayor libertad.

Si se piensa en ello con la seriedad que el tema amerita, ha de llegarse a una conclusión: qué afortunada es esa campesina, esa sirvienta o esa mestiza tan despreciada por nuestra *high class*. Además de haberse liberado ya del corsé, no duda en gritarle lo que piensa a su marido cuando lo considera oportuno y elige a quién amar sin atender a conveniencias o apellidos. Lo más importante, se mira al espejo y ve en él a una mujer que debe ser admirada y respetada no por ser hermosa, simpática o virtuosa, sino solo porque es una persona.

Redacción anónima

Faustino llenó un recipiente con granos y fue hasta un caballo. Le ofreció el alimento y, cuando el animal empezó a comer, sonrió con satisfacción. Le acarició el morro, murmuró un par de palabras y luego comenzó a examinarle una herida que tenía en la grupa.

—Bien, ya la escuché. ¿Quiere mi opinión? Suenan muy bien sus palabras. Pero, la verdad, no sé qué pretende usted al quejarse tanto de lo que se espera de los hombres y de las mujeres —confesó—. Así son las cosas. Solo le queda aceptarlas y apechugar.

Isabela observó el ejemplar de *Belle Époque* que había recibido temprano en la mañana.

—Quiero creer que, algún día, las mujeres tendremos más libertad, que seremos consideradas iguales a los hombres.

—Mire, señorita, a mí no me venga con esas ideas. Soy un viejo que ha visto mucho y espero ver tanto más, si Dios lo permite. Para mí, los hombres y las mujeres nunca serán iguales. Así son las cosas. Las mujeres deben quedarse en la casa para cuidar de los críos. Y un hombre debe estar en la calle y trabajar para llevar comida a la mesa y mantener a su mujer y a sus hijos. Si se invierten los papeles, ni uno, ni otra serán felices. Siempre creerán que están haciendo algo mal.

—Pero...

—He dicho.

Isabela esbozó una sonrisa. Era evidente que el peón no agregaría nada más. Tenía sus propias ideas, tal y como había asegurado, y no se permitiría cambiarlas.

Faustino le dirigió una mirada de soslayo.

—No debería estar aquí —comentó—. Se ensuciará. Regrese a la casa.

Isabela se apoyó en la valla de madera frente al pesebre y observó las manos de Faustino. Se movían con suavidad sobre el pelaje del animal. Ella vaciló.

—Deseaba preguntarle algo —comenzó—. Para eso vine, en realidad.

—¿Ese “algo” es sobre el señor Dermont?

—Sí. ¿Cómo lo supo?

—Soy viejo, no ciego. —Faustino la contempló por encima del hombro—. Veo cómo lo mira cuando lo tiene a tiro. Hay tres cosas que no se pueden ocultar, ¿sabe usted? Una es la preñez, la otra es el dinero, y la última, la calentura.

—¡Señor!

—¿Qué sucede? Acá en el campo somos bastante francos al hablar. —Faustino sonrió al ver el rubor en las mejillas de la maestra y acarició la crin del caballo, que comía con fruición—. Este jovencito estuvo bastante mal, ¿sabe usted? Se enredó en las púas por andar detrás de una potranca pizpireta. Sus heridas se infectaron. Pensé que moriría, pero ya lo ve, está mucho mejor. Pronto regresará a la dehesa y a sus correrías.

Isabela observó al caballo. Cuando el animal levantó la cabeza e intentó acercarse, ella retrocedió un paso.

El hombre lanzó un escupitajo al suelo.

—¿Qué quiere saber? —preguntó—. Hable.

—Me tildará usted de entrometida.

—Todas las mujeres son entrometidas, no hay nada de raro en ello. No la culparé por algo que no puede evitar. Pregunte. —Faustino comenzó a examinar con paciencia, una a una, las heridas del caballo.

—Entiendo que usted ha trabajado en esta finca durante años...

—Toda mi vida, de hecho.

—Imagino que habrá escuchado los rumores que corren en el pueblo sobre el señor Dermont.

—¿Que es un monstruo? ¿Que se alimenta de la sangre de inocentes? ¿Que es inmortal? Los he oído. —El trabajador se mostró ensimismado en tanto sus ojos se veían velados por los recuerdos—. Ya se escuchaban por aquí cuando el patrón estaba con vida. Era un hombre muy inteligente, sabe usted. El señor

Justiniano se pasaba gran parte del día conmigo, ocupado en trabajar con los animales. Desde que descubrió que el señor Dermont no podía tolerar la luz, empezó a prestar oídos a las tonterías que se dicen por aquí, en las barracas de los peones y en el pueblo. Entonces, el señor Justiniano decidió terminar con esas necesidades.

—¿Cómo pensaba hacerlo?

—Vaya uno a saber. Lo cierto es que comenzó a investigar el origen de los rumores. Lo que tiene el patrón es una maldición, decían. El señor Justiniano encontró un texto sobre eso en la biblioteca de la iglesia gracias a la ayuda del difunto padrecito Arnaldo.

—¿Le comentó algo sobre ese libro?

—¿A mí? No mucho, solo que estaba escrito en guaraní por un jesuita. — Faustino frunció el ceño—. Lupe de Vega, si no recuerdo mal.

—¿Lo tradujo?

—Sí.

—¿Y qué decía?

El hombre la miró.

—Hablabla de una maldición. Lupe de Vega escribió sobre eso sobre la base de los dichos de los indígenas que tenía a su cargo. No es una historia bonita. Podría causarle pesadillas.

Isabela pareció fascinada.

—Quiero saberla.

—Pretende descubrir por qué le temen al señor Dermont, eh. —El anciano se apartó del animal y se acercó a ella hasta apoyar los codos en la valla. Se colocó una ramita en la boca—. ¿En realidad le parece importante?

—Por favor.

Faustino dudó un momento, pero al final asintió.

—El señor Justiniano tradujo las notas de Lupe de Vega, ya se lo dije — retomó—. Si en verdad está interesada en esto, debería echarle un ojo a sus escritos.

Isabela presionó los dedos contra el cerco.

—¿Tiene usted las traducciones? —preguntó esperanzada.

El viejo meneó la cabeza.

—El señor Justiniano me pidió que quemara su cuaderno poco antes de morir. Dijo que era una tontería, que él era un caballero, no un salvaje, y que esas notas solo servirían para dar publicidad a una creencia estúpida.

—No...

Faustino torció la boca a un lado.

—No haga esa cara, señorita. Dije que lo haría, pero no pude hacerlo. El señor Lautaro decidió quedarse con ese cuaderno.

—¿Lo tendrá todavía?

—Deberá preguntárselo a él.

Isabela sonrió.

—Lo haré, gracias.

Él asintió.

—Señorita —dijo, y le buscó la mirada mientras se rascaba la barbilla—. El señor Lautaro y el señor Dermont son hermanos, lo sabe usted. Solo por parte de padre, pero es lo que son, le pese a quien le pese. Al viejo patrón le agradaba más su bastardo. Dicen que los padres no hacen diferencias entre sus hijos, pero eso no es cierto, hay algunos que gustan más que otros. El señor Justiniano no solo le dedicó su tiempo y su atención al señor Dermont, sino que también le dejó estas tierras en el testamento. Está de más decirle que el señor Lautaro esperaba heredarlas.

Isabela no consiguió comprender por qué el empleado le confiaba todo aquello.

—¿Discutieron? —inquirió.

—No. Hay que tener la sangre caliente para discutir, y los dos hijos del viejo patrón son bastante fríos. Pero sucedió algo entre ellos, eso sí, porque luego el señor Dermont se marchó de La Cruz con apenas lo puesto. Le diré algo más: cuando el señor Dermont regresó, al principio, la relación con su hermano fue bastante distante, sobre todo debido a que la señora Eleonora le tenía manía a su cuñado, pero también porque había regresado para reclamar estas tierras. Pero, luego de la muerte de la señora Eleonora, las cosas se calmaron. Los patrones a veces tienen algún altercado, pero comenzaron a entenderse. —Faustino hizo una pausa—. Pero entonces llegó usted.

Isabela se sorprendió.

—¿Disculpe?

—Le cuento todo esto no por chismorrear. No soy mujer, ni soy Nely, así que no me gusta hablar de otros, menos de los asuntos de los patrones. Pero le dije todo esto para advertirle: el patrón Lautaro no tolerará perder contra su hermano otra vez. El señor Dermont parece estar siempre despojándolo de lo que considera suyo. Esta vez, no lo permitirá.

—No entiendo.

—Ya comprenderá usted —dijo Faustino, evasivo—. Solo espero que no sea causa de una desgracia.

—Faustino...

—¿Señorita Alcántara? ¿Qué hace aquí?

La maestra levantó la vista y se ruborizó. Lautaro estaba de pie a unos metros de distancia en tanto sostenía de la brida a un caballo. El criado hizo una mueca y comenzó a preparar un ungüento con parsimonia.

—Buenas tardes, señor.

Lautaro asintió y dejó las riendas en manos de un peón. Se dirigió hacia la muchacha con expresión seria y colgó el rebenque de un clavo junto al pesebre.

—Pensé que estaría en la sala, dedicada a escribir.

—Me fue imposible concentrarme, señor —se excusó Isabela con una sonrisa amable—. Entonces decidí dar un paseo.

—Comprendo. —Lautaro se detuvo junto a ella y le ofreció el brazo con fría cortesía—. Me gustaría hablar con usted un momento.

—Por supuesto. —Isabela apoyó la mano en el brazo del empleador y, juntos, abandonaron las caballerizas.

Ella lo miró de reojo. Aunque él era un hombre de complexión robusta, se movía con elegancia y parecía adaptar los pasos a los suyos.

Lautaro la observó con ojos duros que no reflejaron ninguna emoción.

—Entiendo que ha desarrollado usted una suerte de amistad con mi hermano —dijo de repente—. Los he visto juntos en varias ocasiones.

Isabela asintió. No se atrevió a hacer otra cosa, menos a realizar algún comentario. Se sentía incómoda con la conversación, y le disgustaba que él hubiera sacado el tema.

Su relación con Dermont era muy extraña. Él no era un caballero, no la trataba con la debida deferencia. Se había ensañado con ella desde que la había conocido. Era un salvaje insufrible, un bruto arrogante y un déspota soberbio, pero ella ya había llegado a la conclusión, y la había aceptado, de que se sentía atraída por él a pesar de ese tempestuoso carácter. Había algo en él absolutamente irresistible.

Recordó la insistencia de él en tocarla, sus ojos intensos y luego sus besos.

Era evidente que se sentían cautivados el uno por el otro, lo quisieran o no. ¿A eso llamaba el señor Lautaro “una suerte de amistad”? Una pobre elección de palabras, sin dudas.

Isabela esbozó una sonrisa.

—Parece que eso lo sorprende —observó al fin.

—Es desconcertante. Usted es una dama. En cambio, mi hermano...

—No es un caballero —lo interrumpió ella. Lo miró de soslayo—. ¿Es eso lo que quiere decir?

Lautaro la guio por un sendero de gravilla que discurría por el jardín y apoyó una mano sobre la de ella con suavidad.

—Me preocupa —expresó al detenerse. Bajo la sombra de los árboles, los ojos grises del patrón adquirieron la tonalidad del plomo—. Usted no lo conoce.

—¿Teme que me lastime?

—Sí.

—Él no lo haría.

—¿Tanto confía en él, pequeña?

Isabela intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Señor, por favor...

Lautaro presionó los dedos entre los de ella.

—Cuando Dermont abandonó la finca, era solo un muchacho —explicó con suavidad, pero en sus ojos solo había amargura—. Le seguí la pista. Era mi deber velar por su seguridad. Sé que durmió en las calles, que trabajó en los muelles y que se internó en los bajos fondos, donde se relacionó con delincuentes.

—Esto es innecesario. No sé por qué me cuenta todo esto.

—Porque usted parece fascinada por él.

Ella retiró la mano con brusquedad.

—Señor, la agradecería que termináramos esta conversación aquí —sugirió.

—Me escuchará, señorita Alcántara.

—Si hay algo que debería saber sobre el señor Dermont, preferiría escucharlo de él.

Lautaro apretó los dientes.

—Si lo observa con atención, notará que los libros que le agradan no se encuentran en la calle, que los objetos que aprecia y tiene en su casa no los venden en el mercado y que la ropa que viste, aunque inadecuada, es de excelente calidad —expuso en tanto se inclinaba sobre ella y le buscaba la mirada—. Dermont es un hombre acaudalado. Me arriesgaría a decir incluso que su fortuna rivaliza con la mía. ¿Quiere saber de dónde proviene su dinero?

—Señor, por favor, esto no es apropiado...

—Yo se lo diré, si no te importa.

Isabela se sobresaltó al escuchar la voz de Dermont a su espalda. Se dio vuelta sobre sus talones para encontrarse con él, de pie a unos pasos de distancia. Tenía una expresión implacable en el rostro oscuro y una fusta en la mano; la golpeaba con suavidad contra su bota. Vestía como un peón y estaba sudado. Era evidente que había estado trabajando con los animales. Isabela recordó que Faustino le había comentado que Dermont pensaba encargarse de domar a un nuevo padrillo.

Ella intentó sonreír.

—Señor, le aseguro que no es necesario —manifestó al tiempo que notaba la creciente tensión entre los dos hombres. Miró a uno y a otro y luego fijó los ojos en Dermont. De los dos, él parecía el más peligroso. La expresión del hermano menor no presagiaba nada bueno—. Su fortuna y cómo la consiguió es un asunto que no me concierne. De hecho, ya saben lo que dicen: “Una dama no debe interesarse por el dinero”.

Dermont la miró. Había cometido errores, lo reconocía, pero encontrar la manera de sobrevivir en los bajos fondos no había sido uno de ellos.

Él curvó los labios a un lado.

—Las putas son un buen negocio —reveló con tosquedad—. Al principio, solo me ocupé de proteger a dos o tres mujeres de los peligros de la calle. Ellas me pagaban con parte de lo que ganaban al tumbarse. Con el tiempo, compré una casa y la convertí en un burdel. Ahora tengo cinco prostíbulos en

Buenos Aires que rinden excelentes beneficios. Ya no me encargo de ellos en persona. El bienestar de las prostitutas y gestionar el dinero que ganan son tareas que he delegado en Rebeca Esquivel, una buena amiga.

“Una buena amiga.” Isabela estrujó los pliegues de su falda entre los dedos. “Un eufemismo que los caballeros usan para referirse a sus amantes.”

“¿Estos son celos?”

Nunca antes había experimentado tal sentimiento, y no era algo agradable. Isabela elevó los ojos y observó al hombre al que había aprendido a respetar. Notó en la mirada de él algo huidizo, un destello de emoción que la desconcertó. ¿Acaso creía que era ella tan frívola como para juzgarlo por ese pasado, por las decisiones que había tomado?

Isabela sonrió.

—Bueno, señor Sanlúcar, usted ha tenido una vida de lo más interesante —opinó con ligereza—. Me gustaría escuchar más. Sin duda alguna, podrá mantenerme entretenida durante horas con los detalles de sus aventuras en esos barrios.

Dermont clavó en ella una mirada intensa, e Isabela percibió el desconcierto.

Lautaro la miró un largo instante en silencio, curvó las comisuras de los labios en una sonrisa casi imperceptible e inclinó la cabeza.

—Es usted admirable —expresó.

—Señor...

—Ahora, si me disculpa, regresaré a mis deberes. Creo que mi administrador está esperándome.

—Señor... —Isabela dudó, pero por fin dio un paso hacia él—. Me gustaría hacerle una pregunta, si no le importa.

Lautaro elevó una ceja, inquisitivo. Sintió los ojos gélidos y despiadados de su hermano sobre él y esbozó una sonrisa.

—¿Qué quiere saber?

—¿Podría tener acceso a su biblioteca personal? Su madre me habló de ella. Entiendo que cuenta con un número respetable de libros.

—No son muchos. La mayoría de ellos son, de hecho, ilegibles. El tiempo y la humedad han arruinado cubiertas e interiores.

—Soy historiadora. ¿Qué puedo decirle? Estaré encantada de revisar esos volúmenes. Tendré mucho cuidado, lo prometo.

Lautaro pareció dubitativo, pero por fin asintió.

—Están en un baúl, en el hueco de la escalera —indicó antes de intercambiar una mirada con el menor de los Sanlúcar—. Nely tiene la llave.

—Gracias.

Lautaro inclinó la cabeza y luego se marchó. Dermont esperó a que se alejara para aferrar a Isabela de un brazo.

—Míreme —exigió.

—¿Qué está haciendo? Señor, debe controlar ese comportamiento. No puede zarandearme a gusto y placer.

Él la observó de cerca. La vio ofendida y disgustada. Notó el rubor en las mejillas de la joven, los labios entreabiertos a causa de la agitación, el pelo sujeto con una cinta, el vestido de una blancura exquisita. Admitió para sí que lo que sentía por esa mujer no era una simple atracción sexual; era mucho más. Los dedos de él se hundieron en la piel femenina. La interferencia de su hermano había despertado su furia de Dermont. Que hubiera querido predisponerla en contra de él era un golpe que no esperaba, porque, no se engañaba, la intención de Lautaro no había sido comentarle algo sobre él, sino escandalizarla, que lo viera como el miserable rufián que todos creían que era.

Y sabía por qué.

En ese momento, Lautaro debía de estar preguntándose por qué ella no había saltado de la impresión ante la revelación.

Lo mismo se cuestionaba él.

—Pensé que se horrorizaría —dijo con voz ronca.

Isabela le golpeó la mano una vez y luego otra, hasta que por fin él la soltó.

—Soy escritora —explicó mientras tanto—. Para elaborar mis artículos, he tenido que entrevistarme con muchas personas, incluso prostitutas y delincuentes. Si esperaba perturbarme, me temo que tendrá que ser más creativo.

Dermont cerró los dedos en el brazo de ella una vez más en tanto imaginaba cómo se habría codeado con rameras y ladrones, incluso con asesinos. Ella, pequeña y vulnerable, a merced de la escoria de los bajos fondos. El miedo le atenazó las entrañas.

—Ya no lo harás —aseguró.

—¿Perdón?

—Es peligroso.

Isabela lo miró. Él exudaba autoridad y soberbia. Era un hombre viril, potente, decidido. Sonrió. Pero ella, como bien lo sabía el señor Jantus, era terca como una mula.

—No creo que pueda impedírmelo —afirmó con sencillez.

Él apretó los dientes. Por supuesto, ella tenía razón.

—Ahora suélteme.

—Porque que la sujete así no es apropiado —completó él en tanto todavía intentaba encontrar la manera de protegerla de ella misma.

Isabela percibió cierta calidez en la voz del caballero, y eso la desconcertó.

—Así es —musitó.

Que el bruto salvaje que tanto la exasperaba pudiera hablarle con esa suavidad desprovista de toda malicia la sorprendió. Pero lo que más la turbó fue su propia reacción: deseaba sentir los labios de él sobre los propios, esos besos avasallantes, ese abrazo fuerte y posesivo.

—Por cierto —agregó de pronto, incapaz de contenerse—, ¿quién es Rebeca Esquivel?

—Ya lo mencioné. Ella se ocupa de...

—Discúlpeme, me expresé mal. ¿Qué es para usted?

Él dio un paso hacia ella y se detuvo. Una vez más, estaba demasiado cerca, pero Isabela se negó a retroceder.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó él tras hacer caso omiso de las formalidades.

—Hábleme de usted. Es lo correcto.

—¡Al demonio con lo que es correcto o no! —Dermont hundió las manos en los brazos de la dama al tiempo que le buscaba la mirada—. ¿Estás celosa?, ¿es eso? No necesitas preocuparte por Rebeca. Nunca me acosté con ella. Es una amiga, eso es todo.

—No estoy celosa...

—Lo que siento por ti... es diferente.

Eso la calló.

—¿Diferente? —coreó, casi sin aliento. Contuvo la respiración cuando él se inclinó y casi le rozó los labios.

—Te deseo —pronunció; y sí, el deseo estaba allí, en esos ojos magníficos, en la expresión de ese rostro duro e implacable, en esa voz de seda y hierro—. Te quiero en mi cama.

Isabela enrojeció.

—No creo que sea el lugar ni el momento para hablar de esto. De hecho, preferiría...

Dermont le atrapó el mentón entre dos dedos.

—Es un hecho. Es lo que siento —afirmó antes de soltarla. La miró desde muy arriba—. Quiero hacerte cosas inapropiadas e incorrectas y que goces con todas ellas. Quiero que me mires solo a mí, que me dejes cuidar de ti, que

me permitas protegerte. Este soy yo, un salvaje que solo quiere besarte, tocarte y amarte.

No sabía si él esperaba una respuesta de parte de ella o no, pero Isabela estaba demasiado impresionada como para hacer algo más que concentrarse en respirar.

Dermont le rozó la mejilla con una caricia gentil.

—Si estás dispuesta a tener una relación romántica conmigo, házmelo saber. Si no es lo que quieres, aléjate de mí, porque no sé cuánto más pueda contener esto que siento, esta necesidad absoluta de hacerte mi mujer. — Enredó los dedos en el pelo de ella y la obligó a mirarlo a los ojos—. Te quiero para mí —confesó con suavidad—. Y esa es mi desgracia.

CAPÍTULO 13

Lautaro corrió las cortinas. La pálida luminosidad del atardecer destacó el gris acerado de sus ojos cuando se movió y apoyó un hombro contra la jamba de la ventana. El cristal replicó la expresión contemplativa del caballero, el contorno de los muebles y los colores beige y ocre de la habitación. Entre las sombras, quedó una mesa con una botella de whisky, un vaso vacío y un viejo cuaderno de notas.

Él observó la hondonada. Su chaqueta colgaba de una silla, y el chaleco lo esperaba sobre la cama. Tenía el pelo mojado a causa del baño que había tomado. Sentía los músculos tensos y el temperamento volátil. No le sentaba bien la bebida, nunca la había tolerado. No estaba borracho sin embargo, solo demasiado consciente de las emociones que acostumbraba aplastar y relegar a un recóndito rincón de su ser.

La mirada del hombre se detuvo un instante en las oscuras aguas de la laguna. Se abotonó la camisa en tanto examinaba el reflejo de los árboles. Los pinos se movían con suavidad. Dominados por la caricia del viento, se inclinaban ligeramente sobre la orilla, todavía mojados por el rocío. La llovizna persistía como un manto gris azulino sobre el bosque, el prado y los campos ondulantes. El cielo se veía mustio, plomizo; el horizonte, desvaído.

Vio el carruaje de Lozada sobre la avenida. No se había movido. Los caballos de tiro se mostraban nerviosos junto al cochero; corcoveaban y pisoteaban la gravilla con insistencia. Se preguntó a qué hora pensaban marcharse el administrador y la señorita Hermann.

Livi.

La expresión se le endureció. No sabía por qué se había comportado con ella como lo había hecho, o en realidad sí, se dijo cuando recordó la promesa que había hecho de siempre ser sincero consigo mismo, de no engañarse.

No quería a esa mujer en la casa. No la quería cerca de él porque ella suscitaba en su corazón emociones que no estaba dispuesto a permitir que le obnubilaran la razón.

Pensó en la señorita Alcántara. Ella le gustaba. Le agradaban las maneras suaves, los modales, la actitud serena y su carácter afable. Sería un agradable complemento para él. Con ella como esposa, podría mantener el férreo control sobre sus propios sentimientos, recuerdos y más profundos anhelos. Podía imaginarse a su lado mientras compartían una copa de brandi después de la cena y las amenas conversaciones que tendrían en la sala, bajo la luz de las lámparas, después de un largo día de trabajo.

Tener a la señorita Alcántara en la cama sería como calentarse las manos al fuego en una noche fría de invierno mientras se escucha la lluvia resonar en el tejado: una agradable experiencia y solo eso.

Olivia Hermann, por el contrario, representaba un cúmulo de vientos huracanados que lo envolvía y lo irritaba, lo enfurecía y lo impulsaba a desearla como nunca lo había hecho con una mujer. Era una tormenta dispuesta a arrasar con todas las barreras que había construido en torno a sus propios sentimientos, una hoguera lista para consumirlo.

Tenía que poner distancia entre esa mujer y él. Eso bastaría para acallar la absoluta necesidad de poseerla.

Recordó cómo había presionado su cuerpo contra el de ella. No había sido necesario que lo hiciera. Solo había pensado en asustarla, pero había terminado por perder el control y había anhelado más. Quería oler esa fragancia de hembra, probar con la lengua la dulzura de esa piel, arrebujarse en su calidez.

Lautaro convirtió la mano en un puño contra la ventana. ¿Por qué había tenido que revelarle la verdad? Que no estaría a salvo con él era cierto. Él, quien durante toda la vida se había destacado por ser un caballero, se había atrevido a amenazar a una dama.

Lautaro curvó los labios a un lado. Su reflejo mostraba amargura en la mirada. Se alegró de que su padre estuviese muerto. De lo contrario, habría tenido que ver una vez más, en los ojos de aquel, la decepción y el desprecio.

Dermont era el hijo que siempre había deseado Justiniano Sanlúcar. Lo llevaba a cazar, a cabalgar e incluso a compartir las noches en el picadero con los peones. Era él quien se llevaba todos los elogios. En cambio, Lautaro era la sombra del hijo amado, una silueta distorsionada en la oscuridad.

En aquel entonces, habría dado todo lo que era y tenía por que su padre lo tratara con el mismo afecto con el que se relacionaba con Dermont. Sabía que el niño no era responsable de la actitud de Justiniano, pero, en su infancia y juventud, no había podido evitar sentir envidia de su posición en el corazón del viejo.

Y había sido cruel de manera deliberada con su hermano mientras su padre agonizaba.

Recordó la expresión de su hermano cuando había acudido a él. Lautaro estaba de pie junto a la laguna, que lo reflejaba como una simple sombra amorfa en la orilla susurrante. La sangrienta luz del atardecer le había rozado el rostro al mirar a Dermont por encima del hombro. Debía percibir el calor del sol moribundo, pero solo sentía el frío que lo acariciaba, la oscuridad que lo consumía. Sus propios ojos habían reflejado durante un instante el color del ocaso al mirar a su hermano. Las palabras que Lautaro había pronunciado habían sido suaves, desprovistas de toda emoción, y habían estado destinadas a herir a un muchacho, un niño todavía, que nunca le había demostrado otra cosa más que admiración y respeto.

Dermont lo quería, él lo sabía. Pero el saberlo quizás había sido lo que lo había empujado a lastimarlo. Deseaba que sintiera el rechazo que él había experimentado desde que ese niño maldito había llegado al mundo. Porque su padre lo había preferido a aquel, porque lo amaba, porque, en su lecho de muerte, le había confiado que le dejaría Los Tacuarales.

—Si tú no existieras, yo existiría —le había dicho—. Si tú no existieras, todo esto sería mío.

Dermont lo había mirado, de pronto en silencio. Lautaro había notado el momento exacto en el que las gélidas palabras se había clavado en él. Había visto la emoción del niño, ese infinito dolor, y lo único que había sentido en ese momento había sido satisfacción.

—Desde que naciste, me has arrebatado todo lo que consideraba mío — había acusado por fin en tanto dejaba traslucir en la voz la furia y la amargura que lo carcomían—. Todo.

Horas después de que su padre hubiera sido enterrado, Dermont había abandonado la finca. Lautaro había pensado que eso lo alegraría, pero solo lo había hundido en la vergüenza. Por celos y envidia, había empujado a un muchacho que siempre se había mostrado leal a él a abandonar la única casa que había conocido, las tierras que amaba, que llevaba en la sangre.

Lautaro había decidido entonces seguirle el rastro. Era demasiado orgulloso para hablar con él y disculparse por aquellas palabras, pero no dejaría a su hermano pequeño a merced de la vida y el peligro sin una protección adecuada. Había contratado a personas que lo cuidarían desde las sombras hasta que fuera un hombre, profesionales que lo mantendrían informado sobre las decisiones que Dermont tomara.

En los muelles, donde se codeaba con prostitutas y delincuentes, y hasta en los bajos fondos, mientras vivía del juego y las putas, Lautaro siempre había estado pendiente de él. Sus hombres tenían órdenes de intervenir si lo consideraban en peligro, pero nunca habían tenido que hacerlo. Cuando Dermont había comenzado a trabajar con Rebeca Esquivel y había dejado de deambular por aquellas zonas, Lautaro había despedido a los guardianes. Dermont ya era un hombre, y bien sabía que podía cuidarse por sí mismo.

Nunca se había disculpado con él por aquellas frases, que todavía se erguían entre los dos como el último eslabón que los encadenaba a un pasado de amargura y decepciones. Le habría gustado creer que su hermano las había olvidado, pero sabía que no lo había hecho.

“Es mentira que las palabras se alejan con el viento; es mentira que desaparecen— pensó Lautaro—. Solo se convierten en espinas que se encajan en la piel, se enquistan y comienzan a infectar la carne viva.”

“Desde que naciste, me has arrebatado todo lo que consideraba mío. Todo.” Él había dicho esas palabras, y el dolor de haberlo hecho estaba allí, latente, sangrante.

¿Cómo Dermont podría olvidarlo? Si en él debían de estar enterradas todavía, para envenenar la herida.

Cuando su hermano había regresado a Los Tacuarales, Lautaro había pensado que podrían restablecer la relación que una vez los había unido, pero Eleonora se había convertido en un problema. Detestaba a su cuñado, a quien llamaba “bastardo”, “monstruo” y “maldito”. Lo despreciaba, y Lautaro enfurecía porque veía en ella el reflejo de lo que él mismo había sido, de lo que había pensado alguna vez.

Dermont parecía distante, indiferente a él, como si no los uniera la sangre, el pasado, las tierras y unas palabras de odio.

Luego de la muerte de su esposa, Lautaro había decidido regresar a la ciudad y había pensado que nunca volvería a ver a su hermano, pero entonces había descubierto que Lorena había perdido el habla. Los médicos le habían recomendado que regresara a Los Tacuarales, que tal vez la niña mejoraría si se encontraba en un entorno conocido y más tranquilo.

Y allí había iniciado la pesadilla. Primero el suicidio de Graciela Alegre, luego la desaparición de Manuela Paiva. Los rumores habían comenzado a infectar La Cruz. Que él había asesinado a su esposa, que Dermont había empujado a Graciela al suicidio después de que ella descubriera la sed de sangre de la bestia, que su hermano había violado y asesinado a Manuela y que Lautaro lo protegía... Pero no había manera de acabar con esas sospechas. Las creencias eran un fastidio. No había modo de destruirlas, estaban demasiado arraigadas.

Y una vez más, él y su hermano habían comenzado a distanciarse.

Entonces había llegado Isabela Alcántara, y él había sentido admiración por su temperamento dulce y honesto y por su evidente vulnerabilidad. Había pensado que podría encontrar en ella a una amiga, una compañera, quizás a la

mujer que necesitaba en su vida para alejar de sí la oscuridad de la soledad, del dolor, de la culpa.

Pero Dermont, una vez más, le había arrebatado lo que él deseaba conseguir.

“Desde que naciste, me has arrebatado todo lo que consideraba mío.” Esas palabras regresaron a él otra vez, pero en ese momento no sintió la furia de aquellos días; solo lástima por sí mismo, porque siempre se había visto como la sombra de su hermano. Dermont siempre conseguía lo que deseaba, mientras Lautaro permanecía en la oscuridad, hundido en un abismo, en tanto observaba el cielo distante, azul y brillante sin poder salir para alcanzarlo.

Alguien tocó a su habitación.

—¿Señor?

—Adelante. —Lautaro terminó de abrocharse la camisa—. Está abierto.

Nely abrió la puerta y se detuvo en el umbral.

—Señor, tiene que venir abajo.

—¿Sucede algo?

—Sí, algo ocurrió, aunque no sabría decirle qué con exactitud.

Lautaro observó a Nely un instante, tras lo cual empezó a alisarse las arrugas del chaleco para colocárselo. De excelente calidad y hecho a medida, la prenda le sentaba muy bien, como la chaqueta.

—Explícate —ordenó. La corbata colgaba del respaldo de la silla. La tomó y comenzó a anudarla alrededor del cuello.

La criada se mostró confundida. Apoyó el peso primero en un pie y luego en el otro.

—Verá, yo estaba bajando las escaleras con el señor Lozada a mi lado. Le iba comentando que el tiempo estaba cada vez más feo, que era probable que fuera a llover hasta bien entrada la noche y que tendría un viaje difícil, que tendría suerte si no quedaba empantanado en el camino otra vez. —Frunció el

ceño—. Entonces escuché gritar a la señorita Livi... Eh, Hermann. Ella venía detrás con una maleta. Cuando me di vuelta a verla, estaba sentada en el rellano de las escaleras mientras se frotaba el tobillo. Dijo que resbaló.

Lautaro la miró con desconcierto.

—¿Ella está bien? —preguntó.

—Creo que sí. No está llorando, al menos.

El caballero fue hacia la puerta, y Nely lo siguió a través del pasillo en penumbras. Tres lámparas estaban encendidas, lo que convertía el azul grisáceo de las sombras en bronce.

—¿Dónde está?

—¿La señorita? El señor Lozada la acompañó hasta la sala y la dejó en el sofá.

—¿Enviaste a Faustino a buscar al médico?

—Sí, señor, pero... —Nely calló cuando Lautaro se apresuró a descender las escaleras de a dos escalones por vez. Se veía muy preocupado. Nely soltó un resoplido muy poco femenino—. Para mí que es puro teatro —concluyó, aunque no había nadie que la escuchara.

Lautaro entró a la sala y se detuvo. Livi estaba recostada entre almohadones con el pie derecho, todavía calzado con los botines de viaje, sobre un escabel. El señor Lozada contemplaba la ventana con una expresión apenada en los ojos. Era obvio que habría preferido estar ya de camino a la ciudad.

Cuando Livi lo vio, no le rehuyó la mirada, pero parecía nerviosa.

Lautaro avanzó hacia ella.

—¿Cómo está? —consultó.

—Buenas tardes, señor. —Livi le ofreció una sonrisa tensa—. Lamento esto. Fue un desafortunado accidente. Tropecé y resbalé.

Lautaro hincó una rodilla en el suelo, junto al sofá, y apoyó la mano con suavidad en el pie de la dama.

—Permítame ver —dijo.

—¡No es necesario!

Él la miró un instante y procedió a quitarle el calzado. Livi intercambió una mirada con el señor Lozada al tiempo que las mejillas de la joven adquirirían un subido tono rosado.

—Esto no es apropiado —murmuró el caballero, y rebuscó en sus bolsillos un pañuelo—. Señor, debería esperar al médico.

Lautaro lo ignoró. Despojó a Livi del zapato y contempló el tobillo. Apoyó la mano en el pie y lo movió con suavidad.

—Me duele —protestó la joven—. Por favor, no toque.

Lautaro sentía la suavidad de la piel femenina bajo los dedos. La miró en tanto se forzaba a no revelar en el rostro expresión alguna. Livi se veía nerviosa. Tenía un vestido de viaje de buena calidad, pero estaba arrugado. El pelo de la joven, una vez más, se había escapado de las horquillas, lleno de vitalidad, y conformaba una cascada de rizos despeinados sobre sus hombros y espalda. Se veía muy hermosa esa pequeña tramposa.

—Tendrá que viajar con cuidado —resolvió él con frialdad al ponerse de pie.

Livi se recostó en los almohadones.

—No creo que pueda hacerlo en este momento —se lamentó.

Próspero se dejó caer en una silla y suspiró. Se apoyó el pañuelo contra las sienes. El hombre parecía estar decidiendo entre llorar o lamentarse también.

Lautaro entornó los ojos.

—¿Está segura? —interrogó.

—Muy segura. —Livi le ofreció una sonrisa contenida—. Si me permite abusar de su hospitalidad unos días más, le juro que me marcharé en cuanto pueda caminar.

Lautaro apretó los dientes. No la quería en la casa. No la quería cerca de él. No quería que esa mujer se le metiera bajo la piel, en la sangre, ni que lo volviera loco. Pensó en sujetarla de un brazo, ponerla de pie y arrastrarla hacia el carruaje para empujarla dentro, a ella y al administrador, pero se contuvo.

Era un caballero, después de todo. Le habían inculcado modales acerca de cómo debía conducirse con una dama.

—Váyase —insistió.

—¿Perdón?

Él se inclinó y la sujetó de un brazo.

—¡Señor! —Próspero se había puesto de pie, de pronto aterrado.

Lautaro lo ignoró. Miró a Livi a los ojos.

—No sé qué pretende, pero no le conviene jugar conmigo —le advirtió—. Váyase ahora.

—Me está lastimando.

—¿Señorita Hermann? —Isabela se detuvo en el umbral al observar la escena que se presentaba frente a sus ojos. Lautaro se veía furioso en tanto mantenía los dedos enterrados en el brazo de la joven. Livi, por su parte, parecía desesperada. A todo esto, el señor Lozada, pálido y asustado, estaba petrificado junto a la ventana con el pañuelo olvidado entre las manos.

—Señorita Alcántara, buenas tardes.

Isabela forzó una sonrisa.

—¿Cómo está? Me comentó Nely que había tenido un accidente en la escalera.

Livi se mostró aliviada, mucho más cuando Lautaro la soltó y retrocedió un paso.

—Livi. —dijo. Podía percibir la ira del señor Sanlúcar, que fluía hacia ella en lentas oleadas. Supuso que debía agradecerle que no la estrangulara—. Llámeme Livi, señorita.

La maestra sonrió.

—Solo si usted también recuerda llamarme por mi nombre —propuso—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—De hecho, si pudiera usted acompañarme a mi habitación...

—Señor, el médico ya llegó —anunció Nely desde el umbral.

Lautaro clavó en Livi una mirada dura.

—Cuídese —pronunció.

—Gracias, señor —respondió ella con bastante presencia de ánimo, teniendo en cuenta que aquella palabra no había sonado inofensiva, sino más bien como una amenaza, una horrible advertencia.

Cuando él se marchó, de pronto Próspero recuperó la capacidad de habla y movimiento.

—Señorita Hermann...

—Livi.

—Sí, está bien, Livi, ¿qué cree que está haciendo?

—Lo siento. Sé que deseaba usted regresar a la ciudad. Lo lamento mucho.

El señor Lozada meneó la cabeza.

—Su padre ya estará preguntándose dónde está usted —señaló.

Isabela se mostró confundida.

—¿No le avisó a su familia que venía a La Cruz?

—Fue un viaje intempestivo. —Livi le sonrió a Nely—. El médico querrá verme. Hágalo pasar, por favor. Me sugerirá reposo, supongo.

Nely intercambió una mirada con el señor Lozada, que se santiguó.

—Dios nos ampare —murmuró.

Isabela observó a Livi con atención.

—Creo que usted estaría más cómoda en la planta baja —opinó—. Nely, ¿habrá una habitación disponible?

—¿Por aquí? Solo una. Está destinada a una sirvienta, pero, como aquí no hay nadie más que yo, supongo que puede ocupar esa.

—Estaría muy bien. —Livi sonrió—. Gracias.

—Voy a buscar al médico —indicó Nely con un resoplido.

Isabela sonrió.

—¿Señor Lozada? Lo ayudaré a trasladar las pertenencias de la señorita... De Livi a su nueva habitación.

—El señor Lautaro querrá mi cabeza en una pica por esto —se lamentó el anciano en tanto seguía a Isabela hasta la puerta—. Sé que será así. Lo sé, lo sé.

CAPÍTULO 14

Lautaro se sirvió una medida de brandi en un vaso antes de dejar la botella sobre el escritorio y se recostó contra el respaldo de la silla. La luz del sol entraba oblicua a través de la ventana, lo que doraba los pliegues de los pesados cortinajes de terciopelo y encaje.

Dermont no había trabajado esa noche en los libros. De hecho, no había estado en la casa. Se preguntó si habría sucedido algo con la señorita Alcántara. Ella había mostrado un extraño mutismo durante la cena. Quizás debía interesarse en ello. No deseaba que saliera lastimada, pero al parecer no podría evitarlo.

Supuso que debía dejar que Dermont se encargara de ella. Él tenía otro problema entre manos: uno de rizos despeinados, ojos rasgados y obstinada determinación.

Lautaro clavó los ojos en Livi. La joven estaba sentada frente a él con un vestido mañanero bastante insulso, a rayas verdes, cerrado hasta el cuello. Sobre la falda, tenía aquel maldito informe. No había más adorno en ella que unos diminutos aretes de perlas. Para variar, esa mañana había decidido renunciar a esa insistencia de mantener el cabello sujeto por horquillas y lo llevaba suelto sobre la espalda. Solo una cinta de raso lo mantenía lejos del rostro.

Lautaro bebió un trago. Se veía hermosa y rozagante, mientras que él se sentía cansado y colérico; más furioso que cansado en realidad. Nunca antes había experimentado tantos deseos de rodear el cuello de una mujer con las manos o de zarandearla hasta que entrara en razón. “O de besarla, maldita sea.”

—¿Qué edad dijo que tenía? —preguntó.

Ella lo miró con desconfianza.

—Veintitrés.

—Es demasiado joven.

—Muchos dirían que, de hecho, soy ya una solterona —contradijo ella risueña, pero no apartó los ojos de él. Parecía una gacela frente a un depredador. Quieta, muy calmada, atenta a cualquier movimiento que pudiera revelar un posible ataque de parte de él.

—Yo ya era un hombre cuando usted nació —comentó Lautaro.

Ella comenzó a revelar sus nervios. Se produjo un ligero temblor en sus dedos cuando los movió sobre el informe.

—Señor, no comprendo.

—Le advertí que se fuera. ¿Qué pretende al quedarse?

—Que entre en razón, por supuesto —respondió Livi más animada, pero siempre atenta. Supuso que él no podría atacarla con rapidez mientras tuviera ese vaso en la mano, aunque ya había notado que, pese a su sólida complexión, se movía con una gracia y una suavidad envidiables. Ella, a su lado, se sentía patosa y bulliciosa—. Escúcheme, sé que el que yo sea mujer le impide contratarme, pero le aseguro que sé cómo conducirme entre hombres.

—No es eso.

Ella no lo escuchó.

—¿Olvida usted que ya he estado en el ingenio? —continuó con tenacidad—. Estos informes no podrían haberse hecho si me hubiese limitado a permanecer en mi casa. Los obreros siempre fueron respetuosos conmigo. De hecho, parecían olvidar que estaba yo presente en las horas de descanso y hablaban con desparpajo sobre cualquier tema. Estaré a salvo, se lo prometo. No tiene que temer por mi seguridad.

Lautaro dirigió una gélida mirada hacia el bastón que descansaba junto al escritorio.

—Siempre consideré que las personas que mienten son muy desagradables —comentó.

Ella apretó los labios.

—¡Suficiente, señor! —exclamó con ímpetu, y se puso de pie—. Está usted intentando intimidarme, y eso comienza a molestarme. Usted siempre supo que todo esto era un ardid para ganar tiempo. Está bien, lo confieso. Por favor, ya deje de mirarme así.

Él alzo una ceja, pero se limitó a beber un trago.

Livi aplastó el informe sobre el escritorio.

—¿Por qué se muestra tan obtuso? Sabe que haría un excelente trabajo y sabe que, pese a mi sexo, estaré a la altura de sus expectativas.

—Le dije que su trabajo es excelente.

—Pero teme por mi bienestar.

—Señorita Hermann, está usted empezando a hartarme —repuso él con creciente frialdad mientras dejaba el vaso sobre la mesa con mucho cuidado—. Apreciaría su amabilidad si, al término de esta conversación, recogiera sus pertenencias y abandonara mi casa. Para siempre.

—Sé que se preocupa por la posibilidad de que un hombre me falte el respeto, pero no sucederá. Tampoco le tengo miedo a usted. —Hizo un gesto con la mano—. Sé que intentó asustarme para ahuyentarme, pero, como puede ver, no lo consiguió. ¡Solo deme una oportunidad!

—No cambiaré de opinión.

—Bien. —Ella se sentó en la silla y cruzó los brazos contra el pecho. Curvó los labios en una sonrisa ladina—. Me quedaré aquí hasta que decida fundamentar como se debe su negativa a contratarme como administradora.

Lautaro la miró un momento antes de ponerse de pie y rodear la mesa con lentitud, de manera muy, muy pausada.

Siempre había intentado controlar su propio temperamento. Un caballero se reconocía por su templanza y férreo control sobre las propias emociones. Las expresiones sentimentales eran una vergüenza; y caer a merced de ellas, algo que no podía permitirse.

Cuando era un niño todavía, había tenido que lidiar con que su padre hubiera traicionado a su madre bajo su propio techo. Había debido soportar que él hubiera dejado preñada a aquella amante y que luego hubiera nacido un niño mestizo que sería su hermano. Por supuesto, había felicitado a Justiniano por la llegada del nuevo hijo con el tono adecuado y los ojos vacíos, como se esperaba que hiciera.

Luego, cada vez que su padre elogiaba a Dermont por corregir los errores que él había cometido en los libros contables o lo humillaba al decirle que era un imbécil, inclinaba la cabeza. Reconocía el error y prometía que no volvería a suceder sin ningún rastro de emoción en la voz. Como se esperaba que hiciera.

Al descubrir que Los Tacuarales pertenecerían a Dermont, no había intentado impugnar el testamento, pues no había pensado en arrebatarse a su hermano aquello que su padre había decidido que fuera de él.

Como se esperaba que hiciera.

Siempre, debido al control que ejercía sobre sí mismo, había actuado como un caballero. Pero en ese momento, descubrió, no había contención posible. Esa mujer era un ariete que echaba abajo todas sus defensas, que destruía todas las murallas que había forjado a su alrededor mediante su sola presencia, con esa mirada desafiante, con esa expresión terca.

De pronto, él hundió los dedos en los brazos de ella y comenzó a zarandearla.

—¡Maldita mujer! ¿Es que no lo entiendes? Es a mí a quien debes temer. ¡A mí!

Lautaro cerró la mano contra la cara de ella, inclinó la cabeza y la besó con violencia mientras la sujetaba contra él, posesivo. No le permitiría escapar. La obligó a abrirse a él y profundizó el beso. Fue agresivo y cruel. Percibió que ella se apretaba contra él, que abría los labios bajo los suyos, que respondía a ese deseo con igual pasión. La sintió temblar, entregarse. La amoldó a su cuerpo para obligarla a sentir su virilidad. Deslizó una mano por la piel suave del cuello de Livi, la curva de su garganta y el insulso vestido

hasta llegar al pecho. Percibió el salvaje palpitar del corazón de ella, luego la respiración agitada y la tensa hinchazón de su seno. La acarició, presionó y adaptó a su mano.

Ella arqueó la espalda, como si necesitara estar más cerca, compartir no solo ese beso, sino también el calor de él, y Lautaro de pronto cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo.

Soltó una maldición y la apartó de él con brusquedad.

Ella lo miró excitada, con los labios rojos e hinchados a causa del beso, los ojos inmensos fijos en él. Se llevó una mano a la boca. Livi todavía podía sentir la presión de ese beso devastador, incendiario. La habían besado antes, pero jamás de aquella manera. Pensó que, en ese momento, sí necesitaba el bastón. Era incapaz de mantenerse en pie. Estaba tiritando, y no de frío ni de miedo, sino de anhelo. Porque le había gustado. Quería más de esos besos, más que esos besos.

Lautaro crispó las manos a los lados del cuerpo y las convirtió en puños. También estaba temblando.

—Este soy yo —pronunció con suavidad. Sin embargo, debajo de la seda de la voz, era perceptible el hierro incandescente de las emociones.

Ella retrocedió un paso. No lo hizo adrede, solo sucedió. Porque reconoció como mujer, en esa mirada de hombre, acerada y tensa, una amenaza.

—¿Señor? —musitó.

—Si se queda, si insiste en no aceptar un “no” como respuesta a su propuesta, yo tampoco me detendré —avisó, siempre con aquella tersura peligrosa y seductora—. Está advertida.

Livi sabía que debía limitarse a huir, como se esperaba que hiciera una dama; a envolverse en el estirado decoro que su madre había intentado inculcarle desde la cuna y dejar el recinto con admirable dignidad. Se suponía que lo despreciara.

Sonrió, sin embargo. De hecho, lo cegó con una de sus encantadoras sonrisas.

—Estoy advertida —sostuvo antes de retroceder hacia la puerta. Intentó hacerlo con toda naturalidad, aunque una parte de ella tenía plena conciencia de esa bestia que la miraba y que seguía cada uno de sus movimientos con brutal intensidad. Llegó hasta el umbral y abrió la puerta. Enfrentó los ojos del patrón—. Lo que suceda, entonces, será mi responsabilidad, mi decisión. —Hizo un gesto de despedida—. Buenas noches, señor.

Y huyó.

Lautaro la observó marcharse. Luego regresó detrás del escritorio. La luz del sol iluminó sus ojos grises, ardientes. Presionó los dedos contra el vaso. Terminó el brandi.

Apretó los labios y arrojó el recipiente contra la chimenea. El cristal se quebró y estalló en pedazos.

CAPÍTULO 15

—Por favor, deje eso aquí, Faustino —solicitó Isabela al señalar un sitio en la sala, sobre la alfombra.

Faustino asintió y apoyó el baúl frente a la ventana. Isabela de inmediato se sentó en el suelo, recogió las piernas bajo la falda y ensartó en la cerradura la vieja llave que Nely le había dado poco después del desayuno. Empujó la tapa y encontró un sinnúmero de libros y cuadernos de notas arracimados en el interior del cofre. El olor a humedad la obligó a fruncir la nariz.

—Tendrá que dejar ventilar eso antes de tocarlo —indicó Faustino, asqueado. Echó un vistazo al interior y observó las viejas encuadernaciones—. Así que el patrón le permitió revisar las pertenencias del señor Justiniano, eh.

—Sí. —Isabela tomó un volumen y lo abrió. De la solapa, escapó una diminuta araña. Las páginas estaban amarillentas y pegadas unas con otras—. Me tomará un par de días elaborar un inventario de todo esto.

—Bueno, tendrá tiempo para hacerlo, imagino —dijo—. La señorita Lorena y la señorita Angelina regresarán recién dentro de tres días.

—Me alegro mucho. Ya estaba comenzando a extrañar a esa niña.

Faustino asintió en tanto la estudiaba un momento en silencio.

—¿Sabe usted que el patrón está considerando comprar unas tierras en San Ignacio? —preguntó.

—La señorita Hermann me comentó algo —respondió Isabela distraída. Examinó un cuaderno. La apretada letra que figuraba en una de las páginas le resultó casi ilegible.

—Puede que lo haga. Entonces el patrón tendrá que irse de Los Tacuarales. Eso la sorprendió. La dama elevó la cara y miró a Faustino.

—¿Por qué?

—Usted sabe que el señor Lautaro estaba viviendo en la ciudad desde que su esposa murió. Tiene una casa allá. No debe sorprenderse de que uno de estos días quiera regresar. El señor no pertenece aquí. —El viejo hizo una pausa—. Pero lo importante es que, ya sea que se mude a la ciudad o vaya a San Ignacio para encargarse de la compra de esas tierras y decida quedarse allí hasta ver qué quiere hacer con ellas, el señor Lautaro se irá. Ese es el punto. Y cuando se vaya, se llevará a la señorita Lorena y a su señora madre con él. Entonces, señorita, mi pregunta es: ¿qué hará usted? Como maestra de la niña, debería irse con el patrón, pero usted no querrá marcharse de aquí en este momento, ¿o me equivoco?

Isabela no respondió. El hombre tenía razón. Trabajaba para el señor Lautaro, por lo que debería seguir sus pasos, pero la idea de alejarse de Dermont le resultaba de pronto inconcebible.

Faustino la observaba con atención.

—Bueno, ya le he dado algo en qué pensar, así que me retiro. Si necesita que lleve ese baúl debajo de las escaleras otra vez, solo llámeme —ofreció—. No intente arrastrarlo usted misma. Es demasiado pesado.

—Sí, Faustino. Gracias.

El empleado asintió y abandonó la sala.

Isabela empezó a hurgar entre los cuadernos, distraída. ¿Qué decisión tomaría si resultaba que el señor Lautaro resolvía irse de Los Tacuarales? Lo cierto era que no deseaba marcharse de allí. Por primera vez en su vida, carecían de importancia los artículos periodísticos y el trabajo como maestra, más allá de que amaba ocuparse de ambas tareas.

Había otra cosa que ocupaba la mente de la muchacha: Dermont y la atracción que sentía hacia él.

Isabela tomó una libreta y comenzó a hojearla. Él la deseaba. Quería tener una relación romántica con ella.

“Un amante –pensó—. Tendría un amante si solo me atreviera a decir que sí. ¿Qué daño podría causar? Ninguno.” El calor ascendió desde su vientre hasta las mejillas. Reconoció que lo deseaba, que anhelaba estar con él, experimentar entre aquellos brazos emociones que nunca antes había tenido la posibilidad de sentir.

Siempre había hablado de ideas liberales, y que una mujer pudiera tener la posibilidad de elegir un amante era una de ellas. ¿Acaso era capaz de pregonar y no practicar lo que creía? Qué hipócrita sería.

Lo había pensado. Le había costado incluso conciliar el sueño. Había dado vueltas y vueltas en la cama mientras se imaginaba los besos de Dermont, las caricias y el cuerpo fuerte de aquel hombre contra el propio aplastándola contra las sábanas.

¿Deseaba entregarse a él? Sí. Con toda seguridad, sí. Ahora, ¿se atrevía a arriesgar su bienestar emocional? Enamorarse de él sería muy sencillo, pero él le rompería el corazón. Tenía miedo, debía admitir, porque en algún momento eso terminaría. Dermont la deseaba, ¿pero qué sucedería una vez que saciara ese deseo? ¿La echaría de su lado? ¿Le diría que se marchara? Quizás sí, y a ella le dolería mucho ese rechazo y la despedida.

Sin embargo, si alguien había de romperle el corazón, ¿no sería apropiado que fuera Dermont quien lo hiciera?

La puerta se abrió con potencia. Isabela dio un respingo, sorprendida. El señor Lozada entró a la sala, cerró con brusquedad, se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente.

—Dios mío —murmuró. Entonces reparó en la presencia de la maestra y sonrió con nerviosismo—. Buenos días, señorita.

—Buenos días.

—Discúlpeme. —Próspero se dejó caer en el sillón con un suspiro de cansancio—. Lamento la interrupción, pero me temo que necesito ocultarme un momento.

Isabela elevó las comisuras de los labios.

—¿De la señorita Hermann?

—Livi —la corrigió el hombre, y ambos compartieron una carcajada—. Es una dama encantadora, pero, cuando estoy a su lado, siento que estoy en medio de una tormenta. Terminó exhausto, y eso que solo me limito a escucharla.

—Es muy inteligente. —Isabela por fin encontró el cuaderno que buscaba. En una de las hojas, había varias palabras en guaraní—. Ayer por la noche, nos informó a todos sobre los pormenores del trabajo en un ingenio azucarero.

—Sí, pero el señor Lautaro no parecía muy elocuente.

—Es cierto, estaba más callado de lo habitual.

—Será porque Livi no le permitió decir palabra. O porque estaba planeando cómo estrangularla.

—Parece que no la quiere aquí.

—Eso es evidente. —Próspero hizo un gesto con la mano—. Dejemos de nombrarla o aparecerá. Ya sabe lo que se dice por aquí. ¿Qué está haciendo usted?

—Estoy buscando los escritos del señor Justiniano sobre una creencia local...

—Ah, se refiere usted al *mbopi*. —Próspero sonrió, benigno—. Verá usted, el señor Justiniano era un hombre bastante centrado, pero, cuando descubrió que a su hijo menor se le temía, decidió averiguar el porqué. Recuerdo que, por entonces, yo trabajaba aquí. Era joven y todavía no tenía mujer ni hijos —rememoró el hombre—. Había más indígenas en esa época.

Isabela lo miró sorprendida.

—¿*Mbopi*? ¿No es ese el nombre que los guaraníes le dan a los murciélagos?

—Sí. —Próspero sonrió—. Ese cuaderno que tiene usted ahí contiene la traducción que hizo el señor Justiniano de un texto que halló mientras buscaba información sobre el origen de los miedos de los lugareños a su hijo. Pensé que no volvería a ver esos escritos. Han pasado... ¿Cuánto serán? ¿Más de treinta años? ¡Dios mío, cómo corre el tiempo!

Isabela bajó los ojos hacia los escritos.

—Sabrá usted que aquí cerca hay unas ruinas jesuíticas —continuó el administrador, reminiscente—. Era una reducción en su momento. Los indios vivían allí. Luego de que la orden fuera expulsada de América por órdenes de los Borbones, el lugar cayó en desuso y fue abandonado. Muchos de sus textos fueron a parar a la iglesia, mientras que otros se quemaron o se perdieron.

—Es una lástima.

Próspero se apoyó contra el respaldo del sillón.

—Lea, lea. Verá que es interesante. Pero lea en voz alta, para mí también. Qué recuerdos...

Isabela asintió. Comenzó a leer con cierta dificultad, ya que algunas palabras resultaban casi ilegibles y otras habían desaparecido bajo la humedad, con lo cual solo podía adivinar lo que el señor Justiniano había escrito. En otros casos, la tinta casi no se veía.

Las llamas danzaron con la brisa bajo la tenebrosa luz de una luna sangrienta. Con un siseo, abrasaron la empalizada de troncos que rodeaba la aldea. Entre crepitaciones, se encorvaron sobre sí mismas y engulleron las gruesas ramas que hasta entonces habían protegido las casas comunales.

La terrorífica luminosidad cobriza del fuego tiñó de oro y cobre la tierra, la arboleda, las chozas y las pequeñas chacras que se arracimaban junto al cañadón. Todo estaba siendo destruido: las canoas que se hallaban sobre la orilla del río, las redes y los cestos de juncos y hojas de palma que las jóvenes habían tejido para los hombres, las vasijas de barro y las esterillas.

El olor de la muerte impregnó la noche cuando el viento se asomó sobre la sangre de los cadáveres y arrastró el hedor hacia el sur. Los guerreros habían muerto por defender a su cacique, y él, por proteger a su mujer e hijos. Sus ojos, ya vacíos de toda vida, observaban la noche eterna, una noche sin estrellas, iluminada solo por el rojizo resplandor de una luna de muerte.

Entre los gritos, el llanto y las súplicas de las jóvenes que se encontraban de rodillas frente al enemigo, solo una mujer permanecía en silencio: una anciana cuyas vestimentas de algodón y adornos de plumas y jasó revelaban la importancia de su alcurnia.

Ella observó al oscuro cacique que había atacado su hogar bajo el amparo de la luna de sangre y las tinieblas, y durante un instante, la furia y el rencor se reflejaron en el rostro marchito de ella.

Él, Aguará Guazú, estaba de pie entre las llamas mientras repartía órdenes a diestra y siniestra. ¿Qué pretendía? La devastación, la muerte, la desolación de los enemigos. Sus hombres lo obedecían en silencio. Se inclinaban ante él, asentían. Era un guerrero fuerte y astuto, un cacique temido por los rivales, admirado por los suyos.

La anciana escondió entre sus ropas la punta de la flecha que le había arrebatado la vida a su marido y comenzó a incorporarse. Alguien la detuvo. Una joven la observó con terror. Había una súplica muda en los ojos enormes y anegados de lágrimas de la muchacha, pero ella la ignoró. Apartó los dedos de la chica de su brazo y se puso de pie.

Una mujer gritó el nombre de la anciana, y una niña le suplicó que se sentara. Otra fémica, mucho más vieja que la primera, se apartó de su camino en mudo apoyo de la decisión de la valiente, cualquiera fuera aquella.

Ella fijó los ojos en Aguará Guazú. Los anchos hombros del monstruo parecían cubrir parte del cielo. Su lanza se erguía fiera al lado de él y apuntaba hacia la noche sin estrellas. Las escarificaciones de los brazos y piernas parecían aún más amenazantes bajo la luminosidad de las llamas. La luna dejaba ver solo una parte del rostro del cacique, mientras los ojos duros y ásperos contemplaban la destrucción, los ríos de sangre que había creado a sus pies.

La anciana apretó sus labios marchitos. Ese hombre había ordenado a los guerreros que lo acompañaban que mataran a su marido y a sus hijos, que capturaran a los cazadores, que esclavizaran a las mujeres y que destruyeran la aldea.

Ella caminó entre las niñas que se abrazaban unas a otras ante el enemigo y eludió el humo y el calor del fuego en tanto se acercaba a él con lentitud, decidida a enfrentarlo. Buscó al cacique Aguará Guazú con la mirada, pero él la ignoró. La vieja avanzó hacia él. Cada uno de los pasos de la mujer dejaba en la tierra la impresión de sus huellas ensangrentadas. Estaba herida. No sobreviviría a esa noche. Lo sabía, y quizás el saberlo dio impulso a su determinación.

Aguará Guazú bajó los ojos bravíos hacia la anciana.

—¿Qué quieres, vieja? —preguntó con arrogancia.

—¡Te maldigo! —musitó ella.

Él alzó una ceja. En su rostro de piedra y bronce, se reflejó la soberbia de su estirpe.

La anciana sintió entonces el dolor de las heridas y cayó de rodillas frente al cacique. Un temblor atravesó su cuerpo frágil. Alguien tiró de ella hacia atrás para intentar apartarla de Aguará Guazú, pero no lo consiguió. Ella se resistió. Tendió una mano y aferró parte de la túnica de él con sus dedos delgados, casi esqueléticos. La sangre de la anciana quedó en el algodón.

—¡Tú, que has ordenado destruir la vida de los míos en la oscuridad, tú, que has venido con la noche y has traído la destrucción a mi pueblo, solo conocerás odio y rencor! —siseó.

Aguará Guazú hizo un gesto con la mano. Sus hombres se apartaron. Aquel que había intentado alejar a la anciana del cacique retrocedió.

—¿Para esto has llegado hasta mí? —interrogó. No había piedad en esos ojos, solo implacable oscuridad—. Bien podrías suplicar por la vida de los tuyos.

Ella curvó las comisuras de los labios.

—Morirás —dijo.

Aguará Guazú se limitó a observarla en silencio. El resplandor de las llamas le bronceaba la piel y le enrojecía las pupilas. A los ojos de la vieja, el cacique no era más que lo que parecía: un espíritu malvado de la noche.

—Morirás —repitió la anciana con ímpetu. El odio impregnó cada una de sus palabras con un ligero temblor que abandonó la voz de la mujer para apoderarse luego de todo su cuerpo—. Pero renacerás en las sombras mientras los míos clamen venganza por esta masacre. Sucederá una y otra vez hasta que alguien consiga amarte a pesar de tu tenebrosidad.

Él enarcó una ceja.

—¿Es esto una maldición? —inquirió con suavidad—. ¿Por qué? ¿Por cobrarme la vida de mi mujer con la vida de los tuyos?

—¡Mi hijo no sabía que era tuya!

—Este es mi privilegio —aseguró Aguará Guazú, e hizo un gesto que abarcó el fuego, el humo, los muertos, las cenizas que se alzaban hacia el cielo, hacia la luna sangrienta—, mi prerrogativa.

La vieja percibió la furia contenida en el gélido tono de la voz de aquel hombre, pero eso no la detuvo.

—Pudiste haber pedido justicia —razonó—. Preferiste la venganza. Tu elección merece un castigo.

—¿Y serás tú quien me lo dará?

—Yo. —La anciana escupió a sus pies—. ¡La noche será tu hogar; la luz del día, tu martirio!

Él se inclinó y la aferró de un brazo.

—¿Cómo te atreves...?

La vieja lanzó un alarido y se arrojó sobre él para enterrar la punta de la flecha en el abdomen de Aguará Guazú. El arma que había desposeído a su esposo de la vida entonces le arrebató la vitalidad también al asesino. Lo cubrió con su propio cuerpo mientras los hombres del cacique observaban atónitos a su líder, que cayó de rodillas al suelo.

Ella lo miró a los ojos para contemplarlo morir y solazarse en su agonía.

—Sangre has sembrado entre los míos —conjuró, y con su último aliento, agregó—: Solo sangre cosecharás entre los tuyos.

Isabela observó al administrador, sorprendida.

—Es una maldición —murmuró.

—Lupe de Vega era un jesuita del Viejo Continente, señorita. Cuando escribió este cuento que la indiada repetía a sus niños de generación en generación, imagino que solo pudo pensar en una cosa: un vampiro.

—¿Vampiro?

—*Vampyr* es una palabra de origen húngaro, pero la creencia en esas criaturas es eslava. Sabrá usted que es un tipo de demonio, una criatura de la noche.

—Por cierto, es una tontería. En Europa, entre los siglos X y XV, consideraban vampiros a las personas que llegaban a una edad avanzada. Por entonces, la esperanza de vida era muy corta. Al morir, estas personas eran enterradas en cruces de camino con un clavo de hierro en el corazón para evitar que, al caer la noche, se levantaran y deambularan entre los vivos.

—En algunos lugares, incluso colocaban una roca en la boca de los difuntos, aunque nunca he entendido cómo eso habría evitado que regresaran a la vida para hacer de las suyas. —Próspero sonrió—. Como verá, soy también aficionado a la Historia. Antes no lo era. Debo reconocer que mi interés surgió poco después de empezar a trabajar aquí, entre la indiada. No me negará usted que el tema de los vampiros es fascinante.

—No, por supuesto que no, pero...

—El primero que decidió analizar el asunto de los chupasangres fue Benito Jerónimo Feijóo. En 1753, publicó sus *Cartas eruditas y curiosas*. En uno de los tomos, escribió una serie de reflexiones críticas a dos disertaciones de Calmet sobre apariciones de espíritus y sobre los vampiros y “brucolacos”. De la lectura, resulta evidente su incredulidad acerca de la existencia de estos seres demoníacos, pero el tema comenzó a generar interés en España.

—Comprendo. Sin embargo, fue mucho antes cuando estas creencias debieron de llegar hasta los pueblos originarios de América. De boca de los conquistadores españoles, tal vez.

—Estoy de acuerdo con usted. En España, se habla de vampiros recién en el siglo XVIII. —Próspero se mostró reflexivo—. Lo cierto es que los exploradores españoles, cuando llegaron a América Central, descubrieron un murciélago hematófago. Y cuando regresaron a España, comenzaron a extenderse los relatos sobre demonios en forma de murciélagos que chupaban la sangre de hombres y mujeres.

—Los guaraníes creen que, en el pasado, mucho antes de que existiera todo cuanto hoy conocemos, solo había oscuridad —comentó Isabela al recordar algunos artículos escritos por su padre que había leído en la infancia—. Y en esa oscuridad, reinaban seres malvados, enemigos de la luz. Pero... ¿vampiros? Qué tontería.

—Por supuesto, concuerdo con usted, pero hay creencias que no desaparecen. Y esta, la del demonio maldito, es una de ellas. Aquí en La Cruz, todo esto dejó de ser un cuento para convertirse en realidad cuando fue evidente que el hijo menor del señor Justiniano le rehuía a la luz.

—¿Piensan entonces que el señor Dermont es ese demonio?

—Es obvio que sí.

Isabela estaba horrorizada. El administrador se quitó los lentes y limpió uno de los cristales con un pañuelo.

—Entre los guaraníes, existe la creencia de que hay seres condenados en este mundo. Dermont es el Aguará Guazú de las viejas creencias a los ojos de los ignorantes. Habita en la oscuridad, desde que cae el sol hasta que vuelve a elevarse en el cielo. Para los ignaros, es el espíritu de la muerte hecho hombre.

—Dios mío. ¿Todo esto es cierto?

—¿Que creen en este tipo de criaturas? Por supuesto que sí. Y esos mitos ya no son monopolio de los indios. Los pueblerinos se rigen por todo esto también. No es algo que debería sorprenderla. El hecho de que una mujer haya sido encontrada muerta en la finca y que otra haya desaparecido no ayuda en nada.

Isabela se mostró disgustada.

—El señor Dermont solo tiene una afección en la vista —razonó—. Es sensible a la luz. Nada más.

—Vaya usted a explicarles eso a los ignorantes y me dirá qué resultados obtiene. Algunas cosas no se pueden cambiar. —Próspero la miró—. Haría bien no meterse en esto. Solo resultará herida si intenta cambiar las cosas por aquí.

Ella asintió.

—Solo quería entender... —murmuró. Vaciló—. Le agradecería que no comentara nuestra conversación con nadie.

—No me atrevería. —El administrador sonrió—. Ni al señor Lautaro, ni al señor Dermont les gusta hablar de este tema.

Entonces se escuchó un rápido repiqueteo de pasos en el pasillo, acompañado por el sonido inconfundible de un bastón. Alguien tocó a la puerta. Próspero palideció e hizo un gesto para evitar que Isabela hiciera algún ruido, pero fue inútil. La puerta se abrió, y la señorita Hermann se asomó.

—¡Ah, señor Lozada, por fin lo encontré! —exclamó animada. Entró y saludó a Isabela con una de sus encantadoras sonrisas. Recordó cojear cuando la maestra observó el pie derecho de la dama—. Buenos días, ¿cómo está? Espero que bien. Es un hermoso día.

—Sí, lo es.

—Señor Lozada, le suplico que me acompañe a la biblioteca. El señor Lautaro tiene algunas preguntas para hacerme —solicitó con apuro.

El caballero la miró sorprendido.

—¿Está segura de que me necesita? Usted no parecía tener dificultades para tratar con el señor Sanlúcar a solas.

Livi sonrió, pero desvió la mirada. Lo cierto era que estaba enojada, pasmada, confusa. Desde que Lautaro la había besado, le había resultado imposible estar a solas con él. No podía evitar recordar las manos del caballero sobre ella, la lengua de él en su boca, que la había saboreado y le había exigido una respuesta. Al rememorar esa violencia, una vez más, el calor inundó su cuerpo y percibió ese anhelo latente de volver a sentir las caricias y besos del patrón. Sabía que debía estar avergonzada, pero no lo estaba. Para empeorar las cosas, lo había desafiado. Prácticamente le había arrojado a la cara un guante.

“Vióleme, que yo asumiré la responsabilidad.” No podría haber sido más clara si lo hubiera dicho con esas palabras.

—Quiero que esté usted a mi lado para asegurarme que todos los datos son ciertos una vez más —justificó en tanto ocultaba aquellas emociones—. Tiene que convencerlo de que me contrate.

—Si ya le ha dicho que no, no cambiaré de opinión.

—Todos los hombres cambian de opinión si se los presiona un poco.

—Señorita Hermann...

—Livi.

—Livi, permítame tomar el lugar de su padre un momento y advertirle sobre el señor Sanlúcar: no le conviene irritarlo. Es un caballero al que se lo conoce por su amabilidad y por el hecho de que nunca parece perder la paciencia, pero usted es toda una prueba. Créame, lo es. Por favor, le suplico que no lo agujonee.

—Tonterías.

—Pero... —Próspero comenzó a sudar al tiempo que se ponía de pie con lentitud—. Mire, señorita, yo lo tengo en mucha estima a su padre y temo que esto es algo que él no aprobaría. Si bien la ha consentido en todos sus caprichos, trabajar para el señor Lautaro como su administradora, como si fuera usted un hombre, no me parece algo que el señor Hermann fuera a estar dispuesto a aceptar. Y además, usted no le dijo que vendría aquí. Enfurecerá.

Livi no perdió la sonrisa.

—Mi padre no interferirá en esto.

—Yo no estaría tan seguro...

—Bueno, si sucede, ya veremos qué hacer, no se preocupe.

—¿Veremos? —El hombre se secó el sudor de las sienes—. Señorita, usted no piensa meterme en esto, ¿verdad? Yo solo estaba dedicándome a mis deberes cuando usted saltó a mi carruaje y se negó a bajar....

—Exagera este caballero —le dijo Livi a Isabela, quien asintió mientras intentaba seguir el hilo de la conversación. La señorita Hermann volvió la atención hacia Próspero—. Lo cierto es que quiero encargarme del ingenio azucarero de San Ignacio, y que así sea depende del señor Lautaro. Usted tiene que ayudarme.

El señor Lozada, al parecer, concluyó que no tenía escapatoria, ya que inclinó la cabeza en muda rendición, hizo un gesto de asentimiento y salió al pasillo cuando Livi le abrió la puerta y le pidió que la precediera.

La señorita Hermann le sonrió a Isabela.

—Hombres —expresó antes de marcharse—. De ordinario, son criaturas simples y manejables, pero a veces se muestran tan tozudos...

Cuando la puerta se cerró, la maestra releyó en silencio las notas del señor Justiniano.

“¿Dermont? —pensó—, ¿un vampiro?”

Recordó al señor Paiva, las acusaciones que había hecho, la seguridad que tenía de que su hija estaba en algún lugar de la finca, quizás muerta por causa del más joven de los hermanos Sanlúcar.

Isabela elevó los ojos hacia la ventana. Era un magnífico día. La luz del sol brillantaba la copa de los árboles, la hierba lozana, los pétalos de las flores que salpicaban los jardines y el prado.

Dermont debía de estar encerrado en su casa en ese momento con las cortinas corridas, en la oscuridad. Solo saldría en el ocaso o entre las tinieblas de la noche y quizás acudiría a ella por una respuesta. No era un hombre muy paciente. Exigiría conocer sus sentimientos y entonces, ¿qué podría decirle?

Isabela se puso de pie, cruzó el recinto y se apoyó en el alféizar de la ventana. El calor del sol le acarició la piel mientras el resplandor del día le iluminaba el pelo, los ojos bonitos, las mejillas rosadas.

Solo estaba segura de una cosa: si se negaba a sí misma el placer de estar entre los brazos de aquel hombre, se arrepentiría toda la vida.

Algún día tendría que marcharse de allí. Podría suceder dentro de dos días, una semana o al cabo de un mes, pero tendría que abandonar la finca. Si no se atrevía a experimentar el amor entre los brazos de Dermont, durante el

resto de los años que le quedaran por vivir, sin importar cuántos fueran, siempre se preguntaría qué habría sucedido si hubiera decidido escuchar al corazón y no a la razón.

Una vez se había dicho a sí misma que siempre intentaría actuar de manera de no lamentar ninguna decisión que hubiera tomado, que pensaría de modo concienzudo en las consecuencias de sus propios actos para evitar arrepentimientos futuros.

Observó el cuaderno que llevaba entre las manos y esbozó una pálida sonrisa.

¿Se arrepentiría alguna vez de no haberse entregado a un demonio de la noche, a un maldito de ojos magníficos, a un bruto salvaje que no hacía más que acicatearla y suscitar en ella emociones que nunca antes había sentido?

“Sí –pensó–. Con toda seguridad, sí.”

*

Isabela escribió unas líneas en su cuaderno de notas. Se detuvo. Dejó la pluma en el tintero, se dio vuelta y observó el pasillo a través de la puerta entornada. La oscuridad era casi absoluta. Supuso que Nely había olvidado encender las lámparas.

Ella leyó lo que había escrito bajo la débil luminosidad de la lámpara. En la ventana se reflejó su imagen cuando esbozó una sonrisa de satisfacción. Pensó que sería un muy buen artículo para *Belle Époque*.

El amor

Hasta la llamada “edad de merecer”, una niña está bajo el cuidado, custodia y vigilancia del padre y es educada con el único fin de llegar a ser algún día esposa y madre, en ese orden. Para ello, debe relegar sus propios deseos en favor de la familia...

Un relámpago cruzó el horizonte, y su luz intempestiva iluminó el pasillo. Una ráfaga de viento agitó las cortinas. El frío reptó sobre las baldosas e inundó el recinto.

Isabela abandonó la pluma, se puso de pie y fue hasta la puerta. Tenía la intención de cerrarla a fin de dejar la corriente fuera de la alcoba. Estaba a punto de alcanzar el picaporte cuando alguien cerró la mano sobre su boca y la empujó hacia las sombras.

Isabela intentó forcejear contra el captor, pero él se inclinó implacable sobre ella.

—Isabela —pronunció en un susurro. Cerró la puerta y echó el cerrojo antes de liberarle los labios—. Acabarás con mi cordura.

Ella buscó los ojos de él en la penumbra.

—Dios mío, casi me mata del susto —exclamó.

Una sonrisa tiró de los labios de Dermont.

—No pretendía espantarla —musitó contra la boca de ella.

—No le creo.

Él curvó los labios a un lado y presionó su cuerpo contra el de ella. Le deslizó las manos por los brazos hasta los hombros, y luego le acarició el cuello y enredó los dedos en su pelo. Inclinó la cabeza y rozó sus labios con los de Isabela.

—He venido a buscar una respuesta —reveló.

Ella respiró con profundidad. Él olía a madera y a whisky, pero también a lluvia y tierra mojada. Alzó la mano y se la apoyó en el pecho. Sintió la camisa húmeda bajo los dedos.

Había venido hasta ella a pesar de la llovizna.

—Te estaba esperando —confesó.

—Aquí me tienes —dijo. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Ella era suave al tacto; delicada y tersa.

Él podría hacerle daño, reconoció, y sin embargo, no podía mantenerse lejos de ella. Simplemente era incapaz de controlarse cuando estaba a su lado. Sentía el hambre, el deseo, el anhelo de estar con ella, de poseerla, de hacerla suya, de arrastrarla a la oscuridad y suplicarle que compartiera ese calor con él.

Isabela lo miró.

—Quiero esto —afirmó. Elevó el mentón y acercó la boca a la de él—. Quiero esto contigo.

Dermont la observó. La mirada sombría de él se deslizó con tranquilidad sobre el pelo salvajemente despeinado, el rostro bonito y los labios llenos de ella.

Con absoluta certeza, supo entonces que había estado esperando a esa mujer toda la vida. Ninguna otra lo había atraído como lo hacía ella, y sabía que nadie más lo haría.

—¿Estás segura? —preguntó con rudeza—. Después no te permitiré cambiar de opinión.

—No cambiaré de opinión.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Dermont inclinó la cabeza y poseyó los labios de Isabela primero con delicadeza y luego con la fiera pasión de un hombre que había anhelado demasiado tiempo obtener lo que creía imposible. Se volvió persuasivo pero

exigente. Ansiaba de ella una respuesta.

Isabela vaciló un instante, pero enseguida se aferró a él y lo besó con ansias. Se supo vulnerable y a la vez revitalizada en tanto el corazón le golpeaba con fuerza en los oídos. Sintió los dedos de él en la piel del cuello, en la base de la garganta.

Dermont la obligó a elevar la cara hacia él.

—Permíteme quedarme contigo esta noche —suplicó, y la voz de seda y acero la sedujo con esa oscura dulzura.

Isabela le acarició la mandíbula con la punta de los dedos. Un relámpago iluminó durante un instante el borde de las cortinas, el dosel de la cama, la alfombra, las flores del jarrón.

Él rozó la mejilla de ella con los pulgares. Notó la calidez en la mirada femenina, si bien percibió la incertidumbre en su expresión tensa. Un relámpago le iluminó los ojos cuando se inclinó y depositó un beso suave en su boca.

—Sí —aceptó Isabela—. Quédate conmigo.

Entonces él perdió el control sobre sus propias emociones, que arreciaron, ardientes y furiosas, hasta convertirle la sangre en fuego líquido. Dermont poseyó la boca de ella con brutal pasión y la buscó con la lengua. Le tiró de la blusa hasta desgarrar la tela. Los diminutos botones cayeron al suelo con un tenue sonido. Le acarició un pecho con la mano mientras le lamía los labios con la lengua. Después dejó un rastro de fuego sobre la piel femenina al probar la suavidad de su garganta, de la base de su cuello.

Isabela suspiró quedamente, ladeó la cabeza y se aferró a él antes de cerrar los ojos y dejarse arrastrar por el deseo. Dermont la alzó contra él para apretarla entre la pared y su masculinidad. Entonces se apoderó de esa boca una vez más.

Sin dilación, enterró las manos bajo su falda. Los pliegues crujieron cuando los dedos destrozaron la ropa interior. Isabela lo miró, el rubor le encendió las mejillas y el pelo le cayó salvaje sobre los hombros. Tenía la

espalda encajada contra la pared, con el cuerpo anclado en él.

Dermont le acarició las piernas y arrastró la mano hacia el interior de sus muslos. Un relámpago le iluminó los ojos de oro.

—¿Estás segura de esto? —preguntó con voz ronca.

Ella le acarició el hombro y la piel tersa del cuello y apoyó los dedos sobre la mandíbula tensa de él.

—Sí —dijo—. Ahora y siempre, sí.

CAPÍTULO 16

Livi despertó con brusquedad cuando alguien tocó a su puerta. Se incorporó entre las sábanas y observó la débil luz de sol que entraba a través de las cortinas. Echó un vistazo al reloj de pie que ocupaba una esquina de la alcoba y parpadeó. No eran ni las siete de la mañana. Dejó que los pies le colgaran por fuera de la cama.

—¿Señorita? —Nely volvió a tocar a la puerta, entonces con más fuerza.

—Un momento. —La dama se puso de pie, se cubrió con una bata y fue hasta la puerta. Corrió el cerrojo y se enfrentó a la empleada—. ¿Necesita algo?

La sirvienta observó el cabello de la joven. Livi elevó la mano y enredó los dedos entre sus rizos. Supuso que se habían convertido en un nido de pájaros durante la noche.

—Lo siento, acabo de despertar —se excusó.

Nely encogió un hombro.

—No tiene que disculparse conmigo —le aseguró, y le tendió un sobre—. Llegó esto para usted.

—Gracias. —La joven palideció cuando reconoció la letra de su padre.

—Si quiere que me encargue de su pelo, solo dígallo. Soy muy buena con el cepillo.

—No es necesario, gracias.

—Muy bien. —Nely se marchó, y Livi cerró la puerta antes de deshacerse del sobre y desplegar el papel.

Pequeña estúpida:

No imaginas lo preocupadas que estaban tu madre y tus hermanas por ti. Tu tío incluso propuso comunicar a la policía tu desaparición. Por supuesto, no lo permití. Habría sido un escándalo. Pensé que podrías estar en San Ignacio, así que estaba disponiéndome a ir hasta allá a buscarte cuando recibí una nota del señor Sanlúcar. Imagínate mi sorpresa cuando me enteré de que estabas en La Cruz y de que obligabas a este caballero a tolerar tu presencia en su casa, y a disgusto. Estoy saliendo para allá. Señorita, le advierto: tendrá suerte si no la traigo de las greñas desde La Cruz hasta la ciudad.

Guillermo Hermann

Livi apretó los dientes con furia. Arrugó el papel entre sus dedos, se dio vuelta, tiró del picaporte y cruzó el pasillo descalza, enojada, mientras el ruedo del camisón ondeaba en torno a sus tobillos. Rodeó la escalera y se dirigió a grandes pasos hacia la biblioteca con la determinación de un general.

No llamó a la puerta, sino que la abrió y cerró a su espalda con un golpe. Como lo había supuesto, Lautaro estaba detrás del escritorio, en ese trono de gran señor feudal, con esa expresión tan suya de suficiencia y arrogancia. Él elevó los ojos hacia ella. No parecía sorprendido de verla.

Livi se dirigió hasta él y le arrojó la carta a la cara.

—¡Esto es inconcebible! —gritó.

—Buenos días, señorita Hermann.

—¡No puedo creer esto! ¿Cómo se atrevió a escribirle a mi padre?

Él observó la misiva sin expresar ninguna emoción.

—Veo que el señor Hermann está por llegar —comentó.

—¡Así es, y por su culpa!

Livi aplastó las manos sobre el escritorio, se inclinó y miró al caballero a los ojos.

—Fue una cobardía de su parte hacer esto —espetó rabiosa.

Él la evaluó en silencio, con la espalda apoyada contra el respaldo de la silla. Alzó una ceja. Los ojos grises del hombre parecían de plata bajo el delicado fulgor del amanecer.

—Una cobardía —repitió, y curvó los labios en una sonrisa de mofa—. Solo me limité a avisarle a un padre preocupado sobre el paradero de su hija.

Ella lo vio elegante, fuerte, seguro de sí mismo, y nunca como en ese momento deseó acudir a la violencia. Jamás lo había hecho, pero pensó que, de todos los hombres que conocía y que la habían menospreciado o tratado con enojosa condescendencia, era aquel el que más precisaba que le borrarán esa maldita sonrisa de la cara con un merecido cachetazo.

—Lo odio —susurró.

—Me alegro.

—¡No se librará de mí con tanta facilidad! ¿Me oye?

Él se puso de pie. Tiró de su chaleco, que se abrazó al torso masculino con la perfección de la ropa hecha a medida, se aseguró de que la corbata estuviera atada de modo adecuado y rodeó el escritorio.

—Le sugiero que, en vista de sus desafortunados sentimientos hacia mí, se apresure a preparar sus pertenencias y se disponga a marcharse. Su padre no tardará en llegar.

Pasó junto a ella sin mirarla. Era evidente que pensaba dejarla allí, con la palabra en la boca.

Era un desprecio.

Livi estalló.

—¡Gallina! —le espetó—. ¡Es usted un gallina, porque bien sabe que ha rechazado mi propuesta porque no se atreve a enfrentar lo que siente por mí! ¿Cree que no me di cuenta?, ¿que no noté cómo me miró la primera vez que me

vio? ¡Tan estirado y tan temeroso! ¿Quién lo habría dicho?

Lautaro se dio vuelta y la contempló con arrogante frialdad. Dirigió los ojos acerados hacia abajo en una ruda inspección del cuerpo de la dama. Si bien el camisón de franela debía de resguardarla del frío durante la noche y era a todas luces insulso y virginal, ya que no dejaba un centímetro de piel a la vista, él notó la hinchazón de los senos contra la tela, la curva de las caderas, de las piernas.

De pronto, ella se dio cuenta de que tenía la luz del sol detrás. Enrojeció hasta la raíz de los cabellos. De vergüenza. De rabia. De furia.

—Cámbiese —ordenó él con desapego—. No haga el ridículo.

Fue demasiado. Livi soltó un chillido y se lanzó contra él con la intención de darle un golpe. Lautaro supo enseguida que, si la esquivaba, ella terminaría lastimándose contra la esquina del armario, así que la recibió en sus brazos. Pensó que podría resistirla, pero Livi era mucho más pesada de lo que parecía y terminó por lanzarlo al suelo.

El hombre gruñó una maldición entre dientes cuando ella cayó sobre él. La sujetó de los brazos y la empujó hacia arriba. No fue suave; de hecho, se mostró bastante rudo.

—¿Está bien? —preguntó.

Ella lo miró. Estaba a horcajadas sobre él, con el camisón enrollado sobre las rodillas.

—¡Esto no es justo! —le espetó.

—¿Patrón? —Nely abrió la puerta—. El señor Hermann está aquí.

Livi se sobresaltó. Lautaro la soltó con lentitud, sin ninguna expresión en el rostro de piedra.

La criada arqueó las cejas. Que el señor Lautaro estuviera tendido en la alfombra de la biblioteca con Livi sentada sobre él en camisón no pareció sorprenderla.

—Señor Hermann, mi patrón: el señor Lautaro Sanlúcar —anunció con toda tranquilidad, y se hizo a un lado para que el padre de Livi tuviera una visión más clara de su hija en una situación más que comprometedora.

Guillermo Hermann fijó los ojos en la joven primero y luego en Lautaro. Todo color había huido del rostro del anciano.

Livi se incorporó de un salto.

—Puedo explicar esto —dijo presurosa.

—Olivia —saludó el caballero.

—Te juro que esto es una tontería. Me caí. Sólo... me caí.

Guillermo volvió la atención hacia Lautaro.

—¿Señor? —pronunció—. Creo que tenemos un asunto que tratar.

—Padre, por favor. —Ella avanzó hacia él, suplicante—. Sé lo que está pensando, pero le aseguro que está equivocado. Le prometo que puedo explicar esto. El señor Lautaro no tiene la culpa. En realidad, yo me arrojé sobre él. Verá usted...

Lautaro la aferró de un brazo y la detuvo. Sus dedos no fueron particularmente amables.

—Cámbiate —ordenó, ya sin formalidad alguna—. Y quédate en tu habitación.

—Pero...

—Nely te avisará cuando precisemos de tu presencia.

La sirvienta esbozó una sonrisa cordial.

—Venga conmigo, señorita Hermann.

—Livi.

—Livi. Le prepararé un té de tilo. Estoy segura de que lo necesita —ofreció Nely, y le rodeó los hombros con firmeza, como si supusiera que la joven podría intentar escapar. Sin más, la sacó de la biblioteca y cerró la puerta a su espalda.

Lautaro curvó los labios.

—Señor Hermann, siéntese —pidió con suavidad—. Ahora que estamos solos, podremos tratar este asunto con la debida consideración. ¿Le apetece un brandi?

—Sí, gracias. —Guillermo no se dejó engañar. Debajo de la impasible pátina de educación, supo que el señor Sanlúcar estaba furioso. Pero aquel joven sabía cuál era su deber. Era un hombre de honor. Era un caballero.

Lautaro observó el líquido ambarino de la botella.

—Livi —dijo, y su tono no se alteró en absoluto—. Olivia Sanlúcar. Un nombre muy hermoso. ¿No lo cree así, señor Hermann?

CAPÍTULO 17

El espeluznante aullido del viento quebró el silencio. El rugido descendió por el viejo pozo de agua y desapareció entre murmullos hasta perderse entre las sombras que flotaban en la oscuridad del interior.

Faustino echó una mirada cautelosa a su entorno.

—Esto no me gusta —declaró.

Isabela lo ignoró. Elevó la lámpara e iluminó un tramo del túnel. El miedo se le arrebujo en el pecho al hacerse sitio entre la ansiedad y la incertidumbre pese a la patente fascinación de la joven.

Explorar las ruinas de la vieja reducción jesuítica le había fascinado, pero haber encontrado por casualidad, en el interior de un pozo de agua, un túnel que no había sido visitado por un ser humano durante décadas, quizás incluso siglos, la emocionó de manera inimaginable.

Faustino dirigió una última mirada hacia el agujero. El cielo de la tarde iba cambiando de color con sutileza, del celeste al rosado pálido. No tardaría en caer la noche. Podrían salir en un santiamén si era necesario. La boca no se encontraba a una gran distancia del fondo, a cuatro metros como mucho. Quizás por eso a la señorita no le había costado nada llegar a la conclusión de que podría bajar con relativa facilidad, siempre que él estuviera dispuesto a ayudarla.

El viejo todavía no lograba comprender cómo había permitido que esa mujer lo hubiera convencido de llevar a cabo tamaña locura.

—Quizás deberíamos irnos ya —propuso.

—Acabamos de descender.

—Todavía no ha ocurrido una desgracia. Es el momento de salir, créame. Debemos salir de aquí antes de que lamentemos haber bajado.

Isabela no respondió. Lo único que quizás podría lamentar sería haber tenido que hacerse acompañar por Faustino.

El anciano la siguió de cerca al tiempo que murmuraba entre dientes su disgusto. Isabela estaba comenzando a sospechar que a él, además de su compañía y examinar las ruinas, tampoco le agradaba en demasía la oscuridad.

—Los túneles no son algo desconocido para mí —comentó ella con la idea de distraerlo. No quería que, debido al miedo, terminara por sacarla a rastras de allí. Y sí, a rastras. Porque ella, por propia voluntad, no se alejaría de aquel histórico descubrimiento—. De acuerdo a mis conclusiones, los túneles de la ciudad de Corrientes se extienden desde el convento de San Francisco hasta el río y conectan a su paso diversos puntos importantes del centro de la ciudad. Estoy dispuesta incluso a afirmar que fueron creados para facilitar el contrabando a finales del siglo XVIII.

—¿Ah, sí? —masculló Faustino con vago interés.

—Sí. Me habría encantado obtener el permiso del regente del convento de San Francisco para explorar los pasadizos subterráneos desde allí y así proceder a buscar pruebas que afianzaran mi hipótesis, pero fue imposible conseguirlo debido a su intransigencia.

—O a su sentido común.

—Señor, por favor.

—Lugares como estos son muy peligrosos, señorita, y usted lo sabe. O debería saberlo.

—Solo hay que tener cuidado.

—No deberíamos estar aquí. —El criado elevó la lámpara, y la luz osciló sobre el rostro marchito del hombre—. El patrón le advirtió a usted de manera muy clara que lo esperara para visitar estas ruinas, que la acompañaría en cuanto terminara de hablar con el administrador.

—El señor Sanlúcar podría tardar horas en examinar los libros mayores con el señor Lozada —arguyó Isabela—. Por eso fui a buscarlo a usted.

—¿Qué apuro podría tener? Solo tenía que esperar hasta que el señor Lozada se fuera.

—Podría llover. Ha llovido toda la semana. Debía aprovechar este hermoso día.

—Ya veo. —Faustino gruñó algo incomprensible—. Igual le dije que vendría con usted a explorar las ruinas, no que bajaría con usted a un viejo pozo de agua.

—¿No se alegra de haberlo hecho? Descubrimos la entrada a este túnel.

Faustino parpadeó. Sus ojos se veían enormes en la penumbra.

—Por aquí debe de haber duendes y aparecidos —musitó.

Isabela ignoró las palabras con un gesto.

—No sucederá nada extraordinario —aseguró.

—Debería haber esperado al patrón.

—Aunque el señor Sanlúcar estuviera aquí, ¿qué podría evitar con su presencia? Además, me gustaría escribir un artículo sobre esto antes del próximo domingo.

Algo tiró de la falda de la muchacha con suavidad. Isabela dio un respingo e iluminó las huellas de sus botines en el polvo. No había nada que pudiera rozarla en la cercanía. Se obligó a sí misma a aferrarse al sentido común y a la lógica razón que siempre habían dirigido su vida. No podía caer en la tentación de dar crédito a creencias infundadas y, mucho menos, dejarse engañar por sus propios sentidos. Alzó la lámpara y se felicitó a sí misma cuando notó que sus manos permanecían firmes. No se avergonzaría al echarse a temblar como una niña timorata cuando debía estar atenta a todo cuanto veía para luego plasmarlo en papel.

Una ligera luminosidad amarillenta acarició las vigas de quebracho que cruzaban el techo, los ladrillos utilizados en la construcción de las escaleras y los sucios adoquines que conducían hacia la negrura. Las telarañas se mecieron con suavidad bajo el tenue brillo, el polvo se elevó en la luz y una rata huyó hacia una grieta en la pared.

Isabela avanzó con cautela. El sentido común le aconsejaba no corretear por el túnel dado que podía tropezar y hacerse daño. Faustino la alcanzó con un par de zancadas. Podía verlo en la penumbra: una silueta oscura que avanzaba casi a los saltos, delineada por un candil de querosén.

—¿Podría haber algún tesoro escondido aquí? —preguntó Faustino después de un momento.

—Quizás. —Isabela se detuvo un instante. Se dio vuelta y esperó.

El silencio a su espalda era opresivo; la oscuridad, impenetrable. La sensación de estar siendo observada se intensificó. Se ordenó a sí misma continuar y respirar con normalidad. El olor a tierra y a humedad se hacía por momentos intolerable. Anheló que otra ráfaga de viento limpiara el aire, pero no sucedió. Una rata escapó de sus pasos, y un arañazo rompió el silencio. La temperatura descendió, pero Isabela no se arredró, sino que elevó la lámpara y continuó caminando, aunque más rápido.

No conseguía deshacerse de la sensación de que no estaban solos allí abajo, de que había algo o alguien que acechaba en la oscuridad.

—Los túneles de la ciudad no se diferencian mucho de este —comentó.

—¿Ah, sí? —dijo Faustino con una mirada elocuente. La observó. La maestra parecía en verdad emocionada en tanto examinaba con la punta de los dedos cada uno de los rastros dejados por las palas y los picos que habían dado forma a aquel conducto más de cien años atrás.

—Sí. Muchos historiadores creen que fueron construidos como pasajes de huida en caso de un ataque.

—Creo que son obra de contrabandistas —opinó Faustino.

Isabela se mostró pensativa.

—Muchos los llaman “los túneles de las congregaciones” porque hay conexiones entre los diferentes templos de la ciudad —concluyó.

—Fascinante.

—Los pasajes habrán comenzado en el antiguo solar de los jesuitas y desde ahí continuarían hacia el templo de Nuestra Señora de la Merced, el solar de la iglesia matriz y el terreno que pertenecía al convento de Santo Domingo, detrás del teatro, para finalizar en el convento de San Francisco. Todos tienen salida al río, se cree.

—Esto también fue construido por los jesuitas. —Faustino siguió a la maestra con aire pensativo—. ¿Por qué habrían de hacer uno aquí, en medio de la nada?

—Ojalá lo supiera.

El hombre se inclinó y observó con atención unas muescas en la madera de una de las vigas.

—¿Ve esto?

—Sí. ¿Es una inscripción? —Ella se arrodilló junto a él y dejó la lámpara en el suelo. La falda crujió cuando examinó las incisiones en el palo. Fugazmente lamentó no haber traído un delantal consigo, aunque, como historiadora, no podía menos que estar habituada al polvo y la suciedad.

—Eso parece.

—Pero no son letras.

—Es un dibujo.

—Parece... ¿un animal tal vez?

—Eso es. Sí. El dibujo de un animal.

—Tengo que hacer un bosquejo —dijo Isabela, tras lo cual extrajo un cuaderno de notas de su bolso. Comenzó a realizar una copia de los garabatos con cuidado, pero sus dedos se detuvieron de pronto. Parecía un murciélago.

Faustino se inclinó. Observó primero la madera, luego el cuaderno y al final meneó la cabeza. Al no hallar nada de interés, carraspeó.

—Escuché que podría haber entierros en los túneles —comentó.

—¿Entierros? —preguntó Isabela, distraída. ¿Por qué alguien dibujaría un murciélago en aquel lugar?

—Sí. Usted sabe, me refiero a esa vieja costumbre de guardar oro, joyas o dinero en una vasija y enterrarla para mantenerla a salvo de la rapiña de indeseables.

—Ah, sí, sí. Sé a qué se refiere.

—Piénselo. ¿Cree que habrá alguien que haya decidido ocultar sus bienes más preciados en este lugar?

—Es posible. —Isabela no podía estar menos interesada en el tema, pero añadió con malicia—: Me imagino que también está enterado de que, junto a esos entierros, se conjura a un duende para que proteja el tesoro.

—¿Un duende, dice usted? —Faustino la miró ceñudo.

—O un fantasma, un espíritu familiar ansioso por cuidar de los bienes de sus allegados.

El anciano echó una rápida mirada a su alrededor. El sutil resplandor producido por el querosén era el único punto de luz en el túnel. Estaban rodeados por la oscuridad y el silencio. Aunque la quietud no era tan completa como él habría deseado. Escuchó un crujido en las tinieblas, un susurro, y apretó los labios.

—¿Usted cree en duendes y aparecidos, señorita? —inquirió risueño, pero los ojos del hombre no se habían apartado de la profunda cerrazón que los acechaba.

—El hecho de que nunca haya visto uno no significa que no existan, ¿verdad?

—No respondió a mi pregunta.

—¿Crees que sea un pájaro? —interrumpió Isabela, esperanzada, y siguió las muescas con un dedo.

—No, es algo más. Tiene alas membranosas.

—¿Un murciélago?

—Es posible. ¿Podríamos continuar por favor? —Faustino estaba comenzando a impacientarse—. No tenemos mucho tiempo. Recuerde que debemos salir de aquí antes de que caiga la noche. Y con “aquí” no me refiero al pozo. Todavía debemos abandonar el área de las ruinas y después cruzar el bosque.

Isabela asintió. Cerró el cuaderno, lo guardó en el bolso y siguió al empleado. El disgusto de la dama por no poder analizar a sus anchas los tallados que adornaban la viga se reflejó en un ceño fruncido que pronto desapareció, sin embargo, al hallar otra inscripción en un madero.

Isabela se demoró en tanto intentaba leer las marcas en la penumbra. El tiempo y la humedad habían destruido parte de la inscripción.

—¡Señorita, no se retrase! —advirtió Faustino. La voz del viejo se oía ahogada por la distancia.

Ella se puso de pie y elevó la lámpara para seguirle las huellas, que habían quedado grabadas en el polvo. Vio la ligera luminosidad del candil que llevaba el criado a una treintena de metros. Apresuró los pasos.

Una ráfaga de viento gélido le rozó la falda, lo que hizo que Isabela se detuviera. El viento provenía de algún lugar a su espalda, en la oscuridad. Era posible que hubiera una manera de salir del pasadizo.

El pozo no podía ser la única entrada y salida. Se dio vuelta y avanzó en la oscuridad hacia el interior del túnel.

—Faustino, espere —pidió.

De pronto, la sensación de estar siendo acechada se intensificó.

Bajo la débil luminosidad, vio algo en el suelo. Parecía un montón de ropa sucia. Había algo más también: una maleta, un par de candelabros de plata y varias chucherías del mismo material. Avanzó titubeante, se inclinó y elevó la lámpara.

Era el cadáver de una mujer.

Isabela soltó una exclamación y retrocedió un paso. La luz se apagó con un ligero chasquido, y la oscuridad se hizo absoluta.

—¡Faustino! —gritó—. ¡Regrese!

Los ladrillos comenzaron a temblar entre las vigas de madera. El anciano gritó su nombre e intentó llegar hasta ella. De repente, parte de aquel sostén se quebró y amenazó con desplomar toneladas de tierra y ladrillones sobre ella.

Isabela trastabilló y soltó un quejido de dolor cuando se golpeó el tobillo contra una piedra.

Faustino llegó hasta ella entre jadeos. La lámpara que llevaba a duras penas lograba iluminar el camino a un par de pasos de distancia.

—¡Venga conmigo, carajo!

—¡Faustino, hay una mujer allí!

—¡No importa! ¡Esto puede venirse abajo en cualquier momento, tenemos que salir!

—Faustino, escúcheme, encontré el cadáver de una mujer. —Ella intentó incorporarse, pero se dejó caer al suelo cuando el dolor le atravesó el tobillo.

—¿Se hizo daño? ¿Puede caminar?

—No lo sé. —Isabela procuró encender la lámpara—. Tenemos que sacarla de aquí.

—¿A quién? ¿A la muerta?

—Sí, Faustino. Concéntrese. —Después de varios intentos, el fulgor amarillento volvió a iluminar un tramo del conducto. Se sintió aliviada—. Por favor, vaya a ver.

—No, señorita. Yo no voy a entrar en esa oscuridad. ¿Y si se me presenta la difunta como fantasma?

—Faustino, por favor, no sea ignorante —lo reprendió Isabela, y alzó el farol. Un grito estalló en la garganta de la muchacha cuando iluminó el rostro del diablo entre las sombras.

La luz osciló, y Dermont se inclinó sobre ella.

—¡Soy yo, maldita sea! —vociferó, y le quitó la lámpara de la mano con rudeza.

—¡Señor! —Isabela pensó que una dama tenía la libertad de echarse a llorar de puro alivio, pero se contuvo—. No sabe cuánto me alegro de verlo.

Las duras facciones de Dermont reflejaron una gran furia cuando se inclinó sobre ella y la aferró por los hombros.

—Condenada idiota —siseó. Le examinó de manera impersonal las manos, los brazos, el rostro. Isabela supuso que no habría habido diferencia si hubiera estado palpando a una yegua de cría.

—Señor...

—¿Qué cree que está haciendo?

—¿En este momento? Me dispongo a tomar el té, ¿qué cree usted?

Dermont fijó en ella los ojos fríos, e Isabela se ruborizó avergonzada.

—Lo siento mucho —musitó.

—Creo que la señorita se lastimó el pie —comentó Faustino en tanto echaba miradas de desconfianza primero hacia la viga que se encontraba justo sobre su cabeza y luego hacia el interior del túnel—. No puede caminar.

—Déjeme ver.

—No lo creo.

Dermont la ignoró. Tiró de su falda, e Isabela lanzó una exclamación, horrorizada.

—¿Qué hace? ¡Déjeme! —exigió. Más allá de toda vergüenza, la maestra forcejeó con él por la falda—. ¿Cómo se atreve? No estamos solos.

Dermont hizo un gesto hacia Faustino.

—Adelántate —ordenó.

El anciano soltó un resoplido.

—¡Bah!, como si nunca hubiera visto la zanca de una hembra, caramba —bufó, pero se dio vuelta y se alejó unos pasos—. Dese prisa, patrón. Esto se puede caer en cualquier momento.

—Solo es un golpe —acotó Isabela, que echaba miradas nerviosas hacia Faustino.

—Isabela, déjame verte.

Ella le rozó la cara con una caricia. Eso lo detuvo.

—Si me ayudas a incorporarme, caminaré —propuso—. Hay algo más importante...

—A la mierda con eso de caminar —resolvió Dermont, tras lo cual se inclinó y la alzó entre los brazos en silencio, aunque se juró que revisaría ese tobillo en cuanto ella estuviera a salvo.

Y luego le recriminaría tanta imprudencia.

“Ella está bien”, pensó. Pero saberlo no le disminuía el enojo. Isabela pudo haber muerto.

—¡Dermont! —Ella señaló la oscuridad—. Hay un cadáver allí. Es una mujer.

Él se detuvo.

—¿Estás segura? —consultó.

La dama asintió. Él la miró un momento en silencio. Isabela supuso que estaría pensando en Manuela Paiva.

—Te pondré a salvo y luego regresaré —decidió entonces.

Cuando llegaron al pie del pozo, él la dejó en el suelo, pero no la soltó. De una polea, colgaba la cuerda que ella y Faustino habían utilizado para bajar. Estaba anudada a una plataforma de madera anclada a la tierra, a los lados de la fosa. Faustino asomó la cabeza. El cielo se veía gris oscuro a su espalda.

—Está lista la soga, patrón —anunció.

Dermont asintió, la tomó y rodeó la cintura de Isabela con ella.

—Sujétate y no te sueltes —indicó con aspereza.

Isabela lo miró ceñuda.

—Sé cómo hacerlo —arguyó.

Él no respondió.

—Súbela —ordenó.

Mientras Faustino comenzaba a izarla, Isabela se atrevió a mirar hacia abajo. Dermont estaba de pie justo allí con el aspecto de un púgil. Tenía el pelo despeinado, la camisa pegada a los músculos y la expresión tensa. Pensó que se veía muy atractivo, pese al disgusto.

Cuando llegó hasta arriba, Faustino la tomó por los brazos y tiró de ella.

Dermont desapareció entonces en la oscuridad. Pasaron varios minutos. Isabela supuso que había regresado para examinar el cadáver que ella había hallado. Por fin, él volvió y emergió con sorprendente agilidad.

—Es ella —reveló—. Es Manuela Paiva.

—Mierda —gruñó Faustino—. Su padre tenía razón. Todo este tiempo estuvo aquí. ¿Pero cómo diablos se le ocurrió entrar al pozo?

Isabela intentó apoyar el pie derecho y notó que podía hacerlo, aunque le dolía demasiado descargar parte del peso en él. Tendría que mantenerlo en reposo hasta que el malestar disminuyera. Volvió los ojos hacia Dermont y lo vio examinar el entorno con el ceño cada vez más marcado.

Ella sabía lo que estaba observando: muros de piedra derruidos, caminos destrozados, senderos que se perdían bajo la espesa vegetación.

A lo largo de doscientos metros, viejas casas de ladrillos y adobe a medio derribar se alzaban entre árboles y espinos, bajo la bóveda que formaban los árboles. El cielo solo era visible por tramos; el resto se encontraba en eterna penumbra, oculto por la sombra de las enormes ramas que colgaban sobre el lugar. Era un sitio como poco peligroso. Sin embargo, ella estaba acostumbrada a explorar sitios como aquel. Lo había hecho con anterioridad, en compañía de su padre la mayoría de las veces, y sola desde que Hipólito había comenzado a sufrir los achaques de la edad.

—He hecho esto antes —expuso, sin saber si estaba excusándose o solo comentaba un hecho.

Dermont se acercó a ella. Faustino murmuró algo entre dientes y se alejó unos pasos con fingida distracción.

—Llamaré al médico en cuanto regresemos a la casa —dijo Dermont.

—Es solo un golpe.

—Te revisará un médico.

—No creo que sea necesario.

—¡Isabela!

Ella le tocó el brazo en un vano intento por tranquilizarlo.

Él fue muy rápido. Hundió la mano en el pelo de ella y le rodeó la nuca con sus dedos fuertes.

—Creí que te encontraría muerta —explicó en voz baja y peligrosa.

Ella lo miró, de verdad lo miró bien por primera vez, y notó el miedo en los ojos del hombre.

—Estoy bien —repitió ella con suavidad—. Lo juro.

—Cuando Nely me dijo que pensabas explorar este lugar, me preocupé. Imagínate cómo me sentí cuando supuse que habían encontrado el túnel en el pozo. Te escuché gritar.

Ella le buscó la mirada.

—¿Tú sabías de la existencia de ese lugar? —preguntó con suavidad.

—En mi infancia, jugaba entre las ruinas. Una vez lo descubrí por casualidad.

—Entiendo. —Vaciló—. Encontré el dibujo de un murciélago...

—El *mbopi*. —Dermont la miró a los ojos—. Yo lo hice. Era el nombre que me daba la indiada.

—Dermont, esa mujer...

Él desvió la vista. Un músculo se le tensó en la mandíbula.

—Fue asesinada —concluyó por fin.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene heridas en el cráneo.

—Dios mío.

—Creo que consiguió arrastrarse hacia el interior del túnel para escapar del atacante, pero no logró hacerlo. La golpeó con una piedra hasta matarla.

Isabela estaba horrorizada.

—Habría que decírselo al señor Sanlúcar.

Dermont la atrajo hacia él y la abrazó. Depositó un beso suave en su frente.

—Yo se lo diré —la tranquilizó.

*

Livi examinó la larga lista de números que se extendían frente a ella, interminables. Hizo un par de anotaciones en los márgenes y sumó en su mente con precisión. Las cuentas estaban erradas.

Se apoyó en el respaldo de la silla y se alejó del libro contable mientras intentaba resistir la tentación de corregir los errores. Unió las manos sobre el estómago. Había reconocido, en dos de los libros mayores, la letra de Lautaro. Pensó en la tensión que había entre ellos. No sería acertado de parte de ella profundizar tal disgusto al inmiscuirse en las cuentas del caballero primero para luego aplastarle el ego al hacerle ver las faltas que había cometido.

Se dio vuelta y observó los jardines. Un par de lámparas estaban encendidas, se movían con suavidad con el viento. Unos metros más allá, la forma de los árboles parecía indefinible. Flotaban entre la oscuridad y la niebla. Era una noche sin luna ni estrellas.

Observó la puerta de la biblioteca. No se había encontrado con Lautaro desde esa fatídica mañana. Lo había visto abandonar la casa en compañía de su padre y, una hora después, se había enterado por Nely de que lo había acompañado hasta la estación. El señor Hermann estaba demasiado enojado con ella como para despedirse, así que solo le había dejado unas líneas. Luego, Lautaro no había regresado a la casa para comer, ni ella lo había visto a la hora de la siesta ni en la tarde. Se preguntó si no habría huido.

Esbozó una pálida sonrisa. Se imaginó a su prometido cabalgando hacia el horizonte en un brioso corcel para alejarse de ella.

Livi tomó un cuaderno de notas y lo abrió. El papel estaba allí: una muda acusación que se afianzaba con la apretada letra de su padre.

Olivia:

Te casarás dentro de tres meses. No permitiré que tu conducta arruine el futuro de tus hermanas. No escucharé excusas ni protestas. Tienes suerte, el señor Sanlúcar es un caballero. Incluso cuando pudo enojarse por haberlo puesto en

esta situación, no lo hizo. Me habría gustado que regresaras conmigo a casa, pero el señor Sanlúcar quiere tratar contigo los detalles de la boda. Me aseguró que tu reputación no corre peligro, dado que cuentan con la compañía femenina adecuada. Compórtate, no me avergüences.

Guillermo Hermann

En ese momento, habría hecho cualquier cosa por estar regresando a la ciudad en compañía de su padre, aunque se hubiera dedicado a sermonearla todo el viaje, ofuscado con ella.

No quería enfrentarse a Lautaro. Era una cobarde, decidió. ¿Ayudaría en algo que se ocultara debajo de la cama? Lo dudaba, así que había decidido desafiar al lobo en su propia guarida. Y lo había esperado en silencio un rato, hasta que se había aburrido y le había echado un vistazo a los libros. Luego, más que un vistazo, una buena leída, para, al final, haber comenzado a corregir los errores.

Suspiró, alicaída. Su padre había mencionado que tenía suerte de que Lautaro no se hubiera enojado con ella. Dudaba que él fuera a gritarle, pero supuso que ganas no le faltarían.

Si a él le resultara indiferente la situación en la que se encontraban, no le parecería tan intolerable. Podría tratar el tema como un asunto de negocios. Pero dudaba de que Lautaro fuera a hacer otra cosa que mirarla fijo con los dedos unidos sobre el escritorio. Luego, le daría su punto de vista y echaría por tierra cualquier idea que ella pudiera tener sobre cómo sería ese matrimonio.

Pensó que todo sería más sencillo si no estuviera tan segura de que podría enamorarse de él.

Distraída, Livi abrió otro de los libros sobre su falda. Lo que la torturaba y la había mantenido con los nervios de punta todo el día era el hecho de que Lautaro había decidido presentar una proposición formal de matrimonio a su

padre por una cuestión de honor. Examinó las cuentas y las encontró excelentes, pero no reconoció la letra. Era masculina, por cierto, pero no de Lautaro ni del señor Lozada. Supuso que pertenecía al hermano menor, Dermont Sanlúcar. Aún no lo había conocido en persona, pero había escuchado hablar de él.

Debía entablar una seria conversación con Lautaro sobre esa ridícula boda.

Ella era una mujer libre, mayor de edad. Podía salir por la puerta de esa casa e irse adonde le diera la gana y rechazar ese compromiso. Nadie podría obligarla a pisar el altar. Aun si su padre se planteaba la posibilidad de ponerle una pistola en la espalda, estaba segura de que el sacerdote se negaría a casarla en esas condiciones. Podría hacer eso, tan solo marcharse.

Pero no lo haría.

Porque no se trataba solo de su propia reputación o del bienestar de sus hermanas lo que estaba en juego, sino el honor de un hombre. Al conocerlo como lo conocía, sabía que Lautaro no estaría dispuesto a tolerar un solo comentario que afectara el buen nombre de los Sanlúcar. Él, por cierto, no dudaría en buscarla hasta en el último agujero del infierno si trataba de escapar de esa boda. Tan solo la sujetaría de un brazo y la arrastraría hasta la iglesia. Incluso, quizás, amenazaría al sacerdote para que los casara.

Livi elevó los ojos de las cuentas cuando la puerta se abrió. El corazón le dio un salto en el pecho al creer que quien la observaba desde el umbral era Lautaro, pero entonces reparó en que ese hombre tenía el pelo muy negro, la piel bronceada, una barba incipiente y unos ojos amarillentos sorprendentes. Supuso que sería el hermano menor de su prometido. No se parecían en nada. Livi lo encontró atemorizante.

—Buenas noches —pronunció cortés. Dejó el libro contable sobre el escritorio y se puso de pie con la intención de saludar a su futuro cuñado, pero él se limitó a alzar una ceja con gesto inquisitivo—. Eh... Soy Livi. Olivia Hermann, pero me llaman Livi.

—¿Quiénes?

—¿Perdón?

—¿Quiénes la llaman Livi?

—Ah, este... Mis amigos y conocidos, además de mi familia. Excepto mi padre, que me dice Olivia —respondió confundida. Lo miró cuando él avanzó en silencio hacia el armario y tomó nota del atuendo del caballero: vestía botas viejas y pantalones de trabajo, como si fuera un peón. Llevaba la camisa arremangada. Pensó en Lautaro, en la elegancia del hermano mayor. Jamás lo vería con un atavío semejante.

—Soy Dermont Sanlúcar —se presentó él mientras sacaba del armario una botella de whisky y un vaso—. Sé quién es usted, aunque no hemos sido presentados como se debe. ¿Qué hace aquí?

Ella enrojeció.

—Discúlpeme, no quería fisgonear. Lo cierto es que sentí curiosidad por los libros y comencé a examinarlos antes de darme cuenta. Los suyos son excelentes.

Él comenzó a servirse un par de medidas.

—Me refiero a qué hace usted en Los Tacuarales.

—Ah, en principio vine para convencer al señor Sanlúcar de no vender el ingenio San Ignacio en lotes si decidía comprar la propiedad. —Livi tomó aire. “Sé valiente”, se dijo. Ese hombretón de músculos pronunciados y aspecto bestial sería su cuñado, el futuro tío de sus hijos—. Ahora me casaré con él.

El whisky se derramó sobre el escritorio. Dermont la miró fijo, en silencio.

—Dentro de tres meses, seré su esposa —continuó Livi presurosa. Vio al señor Dermont dejar la botella con cuidado sobre la superficie—. Es una situación un poco tensa, así que le agradecería que no la tratara a la ligera con su hermano.

—¿Se acostó con él?

Ella enrojeció por completo.

—No... No veo que eso sea de su incumbencia, señor.

—Solo quiero comprender. Que yo supiera, Lautaro no pensaba casarse otra vez, pero mi hermano es un caballero. El honor es importante para él. Si la comprometió, esa sería una razón para casarse con usted.

No estaba tan errado. Livi pensó con desanimo que quizás muchas personas llegarían a esa conclusión: que se había metido en la cama de él y que así lo había atrapado.

—¿Usted no haría lo mismo, de estar en su lugar? —interrogó Livi con curiosidad.

Dermont le dirigió una mirada de fría diversión, pero no contestó. Por lo tanto, dejó que ella imaginara una respuesta a la pregunta.

—Despreocúpese —dijo en cambio. Esbozó una sonrisa que a ella se le antojó casi siniestra—. A mi hermano no lo ata nadie. Si está en esta situación, es porque él quiere.

Ella no supo qué decir. Entonces Lautaro se materializó en la puerta, se detuvo en el umbral y la observó un momento. Luego entró en el círculo de luz que echaba la lámpara.

Livi se puso rígida. El corazón comenzó a golpearle con fuerza entre las costillas.

—Buenas noches —saludó.

Lautaro intercambió una mirada con su hermano.

—Necesito hablar con la señorita Hermann —anunció.

Dermont curvó los labios a un lado.

—Eso tendrá que esperar —objetó. No había ninguna emoción en la voz del hombre cuando habló—. Isabela encontró a la señorita Paiva.

El hermano mayor rodeó el escritorio.

—¿Dónde la encontró? —inquirió con indiferencia—. ¿En el pueblo?

Dermont lo miró a los ojos.

—En las ruinas —explicó—. En el interior del pozo. Muerta.

Hubo un profundo silencio entre ambos. Livi los miró horrorizada. Lautaro unió los dedos sobre el escritorio antes de dirigir hacia ella sus ojos tranquilos.

—Regresa a tu habitación —pidió con suavidad—. Hablaremos en la mañana.

Ella no se atrevió a cuestionarlo. En otra oportunidad, habría saltado contra ese tono autoritario e incluso le habría dado un sermón sobre esa manera de tratarla como si fuera una niña en vez de una mujer, pero comprendió que no era el momento.

Lo miró y pensó que prefería al hombre que la sujetaba del brazo y la miraba con furia antes que a aquel extraño de ojos acerados que exhibía control y excesiva frialdad.

—Está bien —musitó—. Buenas noches.

Dermont esperó que la mujer cerrara la puerta para servirse otro trago. La expresión del menor de los Sanlúcar se veía dura e intransigente.

—Fue asesinada —reveló.

—Solo los miembros de esta familia y los allegados a ella conocen la existencia de ese pozo —reflexionó Lautaro con la mandíbula apretada. Una sombra le oscureció las facciones—. El asesino de esa mujer está entre nosotros.

CAPÍTULO 18

Nely comenzó a estirar la masa para el pan. Tenía la blusa arremangada, harina hasta los codos y el pelo recogido en una redecilla.

—El señor Sanlúcar no debería hablar con ese hombre —comentó después de un momento, mientras Isabela la observaba desde un extremo de la mesa—. Está loco.

—Tiene que hacerlo. El señor Paiva debe saber que por fin su hija apareció y que tenía razón. Estuvo en la finca todo el tiempo.

—Esa muchacha loca... Quizá quiso ocultarse allí y se cayó.

—No se cayó. —Isabela se acomodó en el asiento con Lorena sobre la falda. La niña no parecía interesada en la conversación. Estaba arreglando los volantes que adornaban el vestido de su muñeca—. El señor Dermont dijo que fue asesinada.

Nely encogió un hombro.

—Esa muchacha alocada debió de buscarse ese final entonces.

—¡Nely!

—¿Qué me dice? Soy madre también, pero no soy ciega a la conducta ni al temperamento de mis hijos ni de mis nietos. Hay padres con menos sentido común. La señorita Manuela era un incordio, y algo más, si me permite usted, una... ya sabe qué —espetó y echó una mirada hacia Lorena—. Siempre detrás de los hombres. No me sorprende que haya terminado así.

Isabela bajó los ojos hacia la niña.

—Por favor, Nely, cambiemos de tema.

La mujer asintió. Después de varios minutos en silencio, troceó la masa y comenzó a hacer bollos.

—Traje conmigo a uno de mis vecinos, un hombre honesto, trabajador y responsable. Su nombre es Ernesto García. Me ayudará en las labores de la casa. Ya no estoy para tantos trotes. No puedo estar yendo todo el día de arriba abajo.

—¿Es muy pesado, Nely? Podrías haberme pedido ayuda.

—Nada de eso. De ordinario puedo sola, pero habrá más huéspedes dentro de poco. Están el señor Lozada y la señorita Livi, y ahora estamos esperando a otras dos personas. El señor Lautaro recibió una nota. Llegarán en cualquier momento.

—¿Sí? ¿Amigos del señor?

—Amigos no, una parienta. —Nely intentó ocultar el disgusto, pero no lo consiguió del todo—. La señorita Valentina se quedará en la casa una buena temporada. Viene con ella su cuidadora. Sus padres murieron, sabe usted.

—Qué triste desgracia. ¿Una enfermedad?

—Nada de eso. Un incendio.

—Dios mío. —Isabela acarició el pelo de Lorena cuando la niña la abrazó y le ocultó la cara en el hueco del cuello.

—La señorita se arrojó desde el balcón para escapar del fuego. Quedó paralítica. —Nely aplastó un bollo entre sus manos—. Desde entonces, vive en la ciudad, pero cada tanto aparece por aquí. Creo que se siente sola o algo así. La señorita Valentina prefiere la compañía del patrón.

—Comprendo.

—Así que la tendremos en casa.

—Debería darle mis condolencias.

Nely le dirigió una mirada sapiente.

—No lo haga —aconsejó.

—¿Cómo...?

—Si puede, manténgase lejos. No es una persona muy agradable.

Isabela se sorprendió al descubrir aquella dureza en Nely, y la mujer lo notó.

—No piense mal de mí —agregó—. Ya comprenderá usted a qué me refiero cuando la conozca. La señorita Valentina nunca tuvo límites. Fue la única hija de sus padres, que la consintieron en demasía. Parece amable, pero no lo es con quienes considera inferiores a ella. Y su cuidadora no es mejor. La señorita Toledo, Odelia, es la última descendiente de una familia que en su momento fue muy importante en Santa Ana. Ya no queda más que el recuerdo de su apellido, pero sigue dándose ínfulas como si todavía mandara sobre medio centenar de sirvientes.

—Entiendo.

—Hágame caso, no se cruce en el camino de esas dos.

Lorena intercambió una mirada con Nely, y ella le sonrió.

—Cuidarás de la señorita Isabela, ¿verdad, Lorena?

La niña asintió.

Nely observó a la tutora.

—La vi a usted con el señor Dermont —declaró en tanto engrasaba una fuente—. No pudo mantenerse lejos de él, eh.

Isabela se ruborizó.

—No sé qué decirle...

—No me diga nada. —La mujer la miró a los ojos—. Solo cuídese.

*

Lautaro observó a Livi en silencio. Estaba sentada a la mesa, a su izquierda, y se veía hermosa; tensa pero hermosa. Esa mañana se había recogido el pelo con una cinta sobre la nuca. Una falda azul y una sencilla blusa color crema le conferían, al aspecto de la dama, elegancia y sencillez. Lautaro apoyó la espalda contra la silla, cruzó las piernas y observó el reloj. Era muy temprano todavía: poco más de las siete. Volvió la atención hacia ella. En el plato de la muchacha, quedaba la mitad del desayuno. Casi no había probado bocado.

Él curvó las comisuras de los labios.

—Será mi esposa. Llevará mi apellido. Tendrá a mis hijos —declaró—. ¿Se ha acostumbrado ya a la idea o todavía se opone a lo inevitable?

Livi crispó las manos contra la falda.

—Esto es una tontería —opinó—. No sucedió nada entre nosotros.

—¿Nada?

Ella se ruborizó.

—Solo fue un beso, señor Sanlúcar. Nada de importancia.

Él no hizo comentarios.

—Si no nos casamos, habrá rumores.

—No me importa.

—A mí sí. A su padre también. —Lautaro le buscó la mirada. Estaba tan cerca que ella sintió que incluso le faltaba el aire—. Su reputación y mi honor son muy importantes para mí.

—Entiendo, pero...

—Piense en su hermana mayor. —Él la observaba con fijeza—. Está comprometida con un hombre cuyo apellido tiene generaciones de privilegios. ¿Cree que él querrá continuar con el compromiso si sabe que en la familia de su novia hay un escándalo?

Livi palideció.

Lautaro extendió la mano y deslizó los dedos por el cuello de la joven hasta la mejilla. Le rozó la piel con el pulgar y guio el rostro de ella hacia él.

—¿Tan infeliz sería si se casara conmigo? —preguntó.

Livi iba a protestar por la cercanía, pero, antes de que pudiera hacerlo, él la besó. Movié los labios con suavidad sobre los de ella, y las sensaciones se arremolinaron a su alrededor. El contacto concluyó cuando ella presionó las manos contra él.

Él no le apartó la mirada. Esbozó una sonrisa.

—¿Qué le preocupa? —inquirió—. Puedo asegurarle que su vida no cambiará en demasía.

Livi lo miró en silencio. Él impuso distancia, y ella se sintió aliviada. Ese hombre conseguía hacerla sentir nerviosa con una facilidad sorprendente.

—Eso dice usted —farfulló en tanto trataba de mantener las distancias. Sentía que el rubor todavía le enardecía la piel.

—Vivirá conmigo, por supuesto, pero puedo asegurarle que mi casa es muy grande, tanto que podrá ignorarme con facilidad si así lo desea.

Ella dudaba que pudiera hacerlo. Lo miró a hurtadillas. Era un hombre atractivo, aunque de facciones severas. No parecía capaz de sonreír y, sin embargo, lo hacía cuando estaba con ella, siempre que no estuviera ocupado en regañarla.

—Abriré una cuenta para usted. No tendrá que tratar conmigo por temas de dinero. Será independiente. Cada mes dejare una suma, y usted no tendrá que explicar a nadie los gastos que haga.

—¿No teme que lo deje en la ruina?

Él sonrió.

—Confío en que podré rehacerme si sucede.

Livi frunció el ceño.

—¿Su familia está de acuerdo con esto?

—Si piensa acudir a mi madre por ayuda, siento decepcionarla. No intervendrá. En cuanto a Dermont, mi hermano, dudo de que le importe siquiera nuestra situación. Se hará lo que yo diga. Ser cabeza de familia es una ventaja: puedo hacer lo que me plazca. Son los demás los que precisan de mi permiso para actuar.

—Entiendo.

—Dígame qué la preocupa. ¿Que le niegue la posibilidad de echar sus manos encima de los libros contables? Quédese tranquila. Sé que eso le apasiona. Mientras cumpla con sus deberes maritales, me tiene sin cuidado lo que haga con el resto del tiempo.

Ella se ruborizó con intensidad.

—Dígame que sí, Livi. Sabe que no tiene otra opción.

No la tenía, era cierto. Entonces ella se sorprendió de que por fin hubiera aceptado llamarla por su nombre de cariño.

Lautaro la observó con frialdad.

—Esto es solo una formalidad —aseguró—. Será mi esposa. La decisión ya ha sido tomada.

—Eso parece.

—Nely está preparando a mi hija. La atraerá enseguida. Quiero presentártela.

Ella lo miró con cautela.

—¿Cree que le agrada la idea de que su padre se vuelva a casar?

—Creo que deberíamos dejar de lado las formalidades, Livi —respondió él con cordialidad.

La joven asintió.

—Lautaro, no creo poder agradarle a tu hija; mucho menos si le dices que seré su nueva madre. No quisiera que pensara que tengo la intención de reemplazar a la anterior.

—Ella nunca tuvo una madre —aseveró Lautaro tajante. Olivia comprendió que él no se mostraba frío de manera deliberada, sino que el recuerdo de su primera esposa lo llevaba a ese estado—. Eleonora la desatendía con frecuencia. Estaba más interesada en sus trapos y en los divertimentos que podía hallar en la ciudad que en el cuidado de la niña.

—Comprendo.

—Pensé que tendrías preguntas para hacerme, pero estás más callada de lo habitual. Quiero saber la razón.

La muchacha unió las manos sobre la mesa.

—Estuve reflexionando sobre por qué vine aquí en primer lugar —confesó—. Creo que lo sabes. Deseaba ocuparme de la administración del ingenio de San Ignacio. Me hacía ilusión hacerlo, no solo porque estaría haciendo algo que me agrada, sino porque sería independiente de mi familia. Mi padre ya no tendría poder sobre mí, ya no podría controlar lo que puedo o no puedo hacer. Y ahora resulta que pasaré del yugo paterno al yugo de un marido. Tengo muchas razones para lamentar mi suerte.

—No tantas. —Él curvó las comisuras de los labios.

—¿Disculpa?

—Los Tacuarales le pertenecen a mi hermano, como bien sabes. Ahora él está aquí. Puede ocuparse de las tierras y de la administración en persona —explicó—. Mi casa y mis negocios están en la ciudad. Cuando nos casemos, regresaremos allá y podrás ocuparte de mis libros mayores si así lo deseas.

—Es una oferta interesante.

—San Ignacio está a una hora de distancia —continuó él con calma. Cuando ella lo miró, él alzó una ceja. Sabía que la había sorprendido—. Puedes ocuparte de esa administración también.

—¿En serio?

—No mentiría.

Ella lo miró con desconfianza.

—Estabas furioso por este matrimonio —recordó—. Sé que todo esto es mi culpa. Tienes derecho a sentirte ofendido. Tampoco me agrada el hecho de casarme por una cuestión de honor, pero no quiero que me odies.

—No te odio.

—Sé que me detestas.

Lautaro le aferró el mentón entre dos de sus dedos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No estaba furioso contigo, sino conmigo, porque me haces perder el control sobre mis emociones. Eso nunca me sucedió antes con ninguna mujer. Te deseo, lo sabes. Te miro y solo quiero besarte, tocarte, llevarte a mi cama. Complicarías mi vida. Por eso no te quería cerca.

—Entonces...

Él le cubrió los labios con los dedos.

—Pero ahora estamos comprometidos. Puedo tomarme ciertas libertades contigo. Serás mi mujer y compartirás mi cama, es un hecho. Ya no complicarás mi vida. Tu deber será ser parte de ella.

Olivia se ruborizó, y él le rozó la mejilla con una caricia gentil.

—Lo cierto es que no quiero un matrimonio solo de nombre, ni tampoco que me evites. Si has de ser mía, lo querré todo de ti.

Livi lo miró en silencio.

—Solo necesito saber una cosa antes de tomar una decisión —manifestó. Entonces notó que estaba crispando la mano contra las puntillas que le adornaban la blusa a la joven y dejó de hacerlo.

—Dime.

—¿Podrías amarme?

Lautaro la miró a los ojos.

—Sí —aseguró. No lo dudó—. Podría amarte. Me sería imposible no amarte.

Ella elevó los ojos hacia él, pero entonces notó que el caballero había fijado la mirada en algún punto por encima de su hombro. Livi se dio vuelta y se sorprendió al encontrar, en la puerta del salón comedor, a dos mujeres. Una de ellas, una anciana vestida de luto; la otra, una dama no mucho mayor que Livi que se encontraba en una silla de ruedas.

Él se puso de pie.

—Olivia, te presento a la señorita Valentina Beltrán, mi prima. Su cuidadora es la señora Odelia Toledo.

Livi la saludó e intercambió con la joven las palabras de rigor. Pensó que Valentina era hermosa. Rubia y de ojos verdes, tenía la belleza de un ángel. El rostro en forma de corazón, la piel clara y el aspecto frágil no hacían más que subrayar esa belleza atemporal, incongruente con todo lo terrenal. Vestía con elegancia, notó Livi, con un atuendo que costaría tres veces más que todo el vestuario que ella tenía.

—Faustino me dijo que te has comprometido. ¿Es cierto eso? Qué hombre tan desalmado, pudiste habérmelo dicho. Habría traído un obsequio para la novia —se quejó Valentina risueña. Luego se dio vuelta hacia Livi—. Estoy encantada de conocerla, señorita Hermann. ¿Es usted la afortunada?

—Sí, señorita.

—Cuánta formalidad. Llámeme Valentina, por favor.

—Y usted debe decirme Livi, si gusta.

—¿Livi? —La joven esbozó una sonrisa agradecida—. Ese es nombre de sirvienta.

Lautaro endureció la expresión.

—Valentina —advirtió—, compórtate.

La mujer lo miró con los ojos verdes como virutas de hielo. No le agradaba que la amonestaran en público, resultaba evidente.

—No quise ofenderla, Lautaro —se excusó avergonzada—. Señorita Hermann, discúlpeme si la molesté.

—No se preocupe, solo fue un comentario desafortunado, ¿no es así?

—Sí, eso fue. —Valentina se dio vuelta hacia su primo y suavizó la expresión—. Tengo tantas cosas para contarte. ¿Crees que podrías hacerte un tiempo para escuchar mis tonterías?

—Por supuesto.

—Perdóneme por arrebatárselo, señorita Hermann —se disculpó. Ladeó la cabeza; los aretes de oro que llevaba reflejaron la luz de las lámparas. Livi sospechó que cada uno de los movimientos de esa mujer estaba fríamente calculado para llamar la atención sobre sí y su belleza—. Sucede que hace mucho tiempo que no veo a mi querido primo. Lo monopolizaré durante un par de horas, si no le importa.

Livi se contuvo y asintió. “¿Estos son celos?”, se preguntó. Definitivamente lo eran. Observó a Lautaro con disgusto. Esperaba verlo obnubilado por la belleza de esa mujer. Entonces sonrió: él se mostraba amable pero distante.

—Odelia, puedes retirarte a descansar —concedió Valentina—. Mi primo me llevará a pasear por el jardín para ponernos al tanto de nuestras novedades.

—Sí, señorita —le respondió al tiempo que se despidió de Lautaro y de Livi con estudiada insensibilidad; luego, desapareció en el pasillo.

Valentina estaba comenzando a decir algo cuando Lautaro se alejó de ella y extendió la mano hacia el pasillo. Lorena estaba allí, agarrada de la institutriz.

—Buenos días, señor. Livi —saludó Isabela. Los ojos de la joven se dirigieron hacia Valentina—. Señorita.

Ella alzó una de sus delicadas cejas.

—¿Quién es usted?

—Isabela Alcántara —se presentó—. Soy la maestra de la niña.

—¿Para qué querría esta niña una maestra? Está muda.

—Estamos haciendo grandes progresos —informó Isabela, antes de que Lautaro interviniera—. Estoy segura de que Lorena pronto volverá a hablar.

—¿Sí? Esas son noticias maravillosas. —Valentina sonrió y llamó a la chiquita—. Ven aquí, cariño. Salúdame.

Lorena se ocultó detrás de las piernas de Isabela. Aferrada a la falda de la mujer, escondió la carita entre los pliegues de la tela.

—¿Qué sucede, Lorena? —Isabela le acarició el pelo.

La nena crispó los dedos contra ella.

—Es muy tímida. Siempre lo fue —comentó Valentina—. Lorena, ¿acaso no me recuerdas? Ven conmigo. No querrás disgustarme, ¿verdad?

La niña la miró un momento, observó la mano de la dama y asintió. Avanzó hacia Valentina y permitió que le besara las mejillas.

—Lautaro, ¿qué piensa tu hija sobre tener una nueva madre? Esta señorita se comprometió con tu padre, ¿lo sabías, pequeña?

Lorena la miró en silencio y luego desvió sus ojos enormes hacia su padre.

Lautaro apretó los labios.

—Valentina —pronunció.

—¿Qué sucede? Oh, discúlpame, ¿no se lo habías dicho aún?

La pequeña acudió a su padre y lo aferró de la mano. Los deditos le temblaban ligeramente. El señor Sanlúcar observó a Valentina en silencio un momento hasta que ella tuvo que desviar la mirada. Él curvó las comisuras de los labios y bajó los ojos hacia su hija.

—Ella es Olivia —dijo. Tomó a la niña en brazos y le arregló la cinta que le sujetaba el pelo—. Puedes decirle “Livi”. Se casará conmigo.

La aludida sonrió con dulzura.

—Estoy encantada de conocerte, Lorena —expresó con nerviosismo.

La niña ocultó el rostro en el hueco del cuello de su padre, y Valentina suspiró.

—No parece gustarle la idea de tener una madrastra. Qué lástima —opinó—. ¿Por qué no la dejas con la señorita Hermann para que se conozcan? Tengo un par de novedades que me gustaría compartir contigo.

Lautaro apoyó a su hija en el suelo, y ella de inmediato se abrazó a las piernas de Isabela.

Valentina rio mientras su primo se ocupaba de la silla de ruedas. La risa de la joven era encantadora.

—Señoritas —dijo—, si me disculpan, tengo que intercambiar unas palabras con la dama.

—Por supuesto —contestó Isabela.

Livi asintió con los ojos fijos en esa mujer.

—Señorita Alcántara, discúlpeme, pero está usted estorbando el paso. Córrase —ordenó Valentina—. Gracias.

Lautaro condujo la silla de ruedas hacia el pasillo.

Entonces, Lorena presionó, una vez más, los dedos contra la falda de la maestra y le tiró de la blusa. Isabela bajó la vista hacia ella.

—¿Qué sucede? Oh, no, mi amor.

La orina le resbalaba por las pequeñas piernas hasta formar un charco entre los botines. La niña comenzó a llorar.

—No es importante. —Livi se inclinó y se colocó a la altura de Lorena para secarle las lágrimas con los dedos—. Solo es un accidente.

La joven Sanlúcar fijó en Olivia unos ojos llorosos.

—A todas nos sucedió alguna vez —musitó Livi con dulzura—. No llores.

—Vamos a cambiarte —resolvió Isabela, y le tomó la mano, pero luego vaciló—. ¿O prefieres ir con la señorita Livi?

Lorena la miró dubitativa. Al final, tendió la palma hacia Livi, y la institutriz se mostró satisfecha.

—Es una niña muy buena —afirmó—. ¿Verdad que sí, cariño?

Ella asintió, y Livi intercambió una mirada con Isabela.

—Gracias —murmuró.

Isabela sonrió. En tanto observaba a Olivia y a Lorena abandonar el salón, se preguntó si el señor Lautaro sabría, si habría adivinado ya, que su prima estaba enamorada de él.

CAPÍTULO 19

Nely se detuvo junto al armario del comedor diario, examinó las fuentes de comida que se encontraban dispuestas sobre la superficie y luego hizo un gesto hacia Roberto. El hombre, de una edad indeterminada entre los treinta y los cuarenta y cinco años, se inclinó y tomó uno de los platos. Se dirigió hacia la mesa bajo la mirada vigilante de Nely y comenzó a servir a los comensales el primer platillo de la noche. La señora Angelina le agradeció y se dispuso a comer con su acostumbrada lentitud.

Isabela observó a Lautaro y a la señorita Hermann. Livi estaba sentada a la derecha del patrón, en silencio, en tanto echaba miradas de reojo hacia Valentina. Parecía muy disgustada. Lautaro, por su parte, no mostraba particular interés en la animada conversación de su prima. Lorena no había deseado compartir la mesa con ellos. Había hecho un berrinche, y entonces Nely le había servido la comida más temprano y la había llevado a la cama. Todavía debía de estar cansada por el viaje a Saladas, supuso Isabela, ya que Lorena no era una niña que acostumbrara a irritarse de esa manera.

Livi se empujó los lentes sobre la nariz y probó el estofado de conejo.

—No comprendo por qué la señora Toledo no aceptó comer con nosotros —comentó.

Valentina desvió hacia ella sus maravillosos ojos. Eran de un color verde muy claro, sin sombras de castaño.

—¿Odelia? Jamás se atrevería —explicó, y dirigió una mirada intencionada hacia Isabela—. Sabe cuál es su lugar en esta casa. Es una sirvienta, por lo que comerá en la cocina como todos los sirvientes.

Lautaro contempló a su prima con frialdad con un vaso de vino en las manos.

—Valentina —la amonestó con suavidad—, es suficiente.

—¿Qué dije? —La mujer se sorprendió—. ¿Acaso la ofendí, Isabela? Créame, no fue mi intención. Solo fue un comentario.

—No, señorita Beltrán, no me ofendió.

—Dividir a la sociedad entre sirvientes y patrones es un poco anacrónico si se tiene en cuenta que ya estamos avizorando el siglo XX, ¿no le parece? —repuso Livi con frialdad, y se ajustó los lentes—. La equidad entre clases sociales es el estandarte de muchas mentes inquietas. Estoy segura de que se logrará, así como la igualdad entre hombres y mujeres. Espero que modere sus comentarios en un futuro, Valentina, pues no serán bien recibidos en esta casa.

El silencio fue casi palpable. Angelina se quedó con el tenedor suspendido sobre el plato, con los ojos fijos en Olivia, en tanto Lautaro curvó las comisuras de sus labios, pero no hizo comentarios.

Valentina sonrió.

—Veo que tiene ideas anarquistas, señorita Hermann —observó—. ¿Su familia está de acuerdo con ellas? Tengo entendido que su padre las detesta.

—¿Cómo lo sabe?

—Tuve el agrado de conocerlo en uno de los pasillos del teatro la pasada temporada. Creo que mencionó su enojo hacia varios de los obreros que trabajan para él. Los miserables estaban insistiendo en un aumento de salario.

—Mi padre es un hombre de la vieja escuela, señorita; tiene sus ideas, pero es una persona justa —replicó Livi, que miró a Lautaro, luego a Angelina y al final a Isabela—. Los obreros obtuvieron la suma que precisaban.

—¿Oh? Tuve la impresión que despediría a esos hombres.

—No lo hizo.

—Estoy segura de que usted tuvo algo que ver en su decisión.

—Hablé con él, sí. Quiero un mundo mejor, señorita, más justo para todos. Haré todo lo que esté a mi alcance para conseguirlo.

—Qué encantadora es usted. —Valentina probó la carne y apoyó una servilleta sobre sus labios—. La admiro. Me comentó mi tía Angelina que está ocupándose de proteger a los campesinos e indios que trabajan en el ingenio de San Ignacio de las garras de mi primo. ¿No siente miedo al corretear por el campo en compañía de esos salvajes?

Livi apretó los dientes.

—Son personas, no salvajes —la contradijo—. Y no, no siento temor. Son buenos hombres.

Valentina volvió los ojos hacia Isabela.

—Supongo que está usted de acuerdo con la señorita Hermann —dijo.

—Sí, así es.

—Su apellido me resulta familiar. ¿Estará usted emparentada con Erasmus Jantus, quizá?

Isabela se sorprendió.

—Sí —respondió—. Es mi cuñado.

—Ya lo imaginaba. En cierta ocasión, tuve el placer de conocer a su hermana. Estaba con el señor Jantus en el hipódromo. Una pareja fascinante. Ella es una dulzura, y su cuñado, un auténtico caballero.

—Gracias.

Angelina observó a Livi, que agarraba con tanta fuerza en tenedor y el cuchillo entre los dedos que parecía a punto de quebrar la plata. Dirigió la atención hacia Valentina.

—Querida, creo que deberíamos centrar nuestra conversación en el lamentable descubrimiento que realizó la señorita Alcántara ayer por la noche.

—¿Qué descubrimiento?

Angelina apoyó los dedos sobre las perlas que llevaba en el cuello.

—Es una desgracia.

—¿Tía? Me tienes en ascuas. —La señorita Beltrán frunció el ceño—. ¿Qué sucedió?

La viuda dejó los cubiertos sobre el plato. No había tocado la mitad de su cena, pero ya no comería más.

—La señorita Alcántara tuvo el infortunio de encontrar el cuerpo de la señorita Paiva.

—¡Dios mío! Creí que había huido con la platería. ¿Dices que la encontraron muerta? —Valentina palideció—. Es horrible. Recuerdo que era una muchacha agradable.

—La encontramos en el pozo. En realidad, es solo un pozo en apariencia —comentó Isabela, pensativa—. Parece uno, pero creo que es una vía de escape, un pasaje secreto hacia algún lado.

—¿Es eso cierto? —Valentina estaba horrorizada.

—En el fondo, debajo de la hiedra, hay una puerta de madera. Es muy antigua —argumentó la maestra—. La descubrí por casualidad mientras Faustino me acompañaba a explorar las ruinas. Bajamos por la fosa y la abrimos.

Lautaro fijó en ella sus ojos acerados.

—No debería haberlo hecho —la retó—. Pudo haber resultado herida.

—¿Cómo está su pie, Isabela? —se interesó Angelina—. El médico temía que fuera usted a sentir dolor. Tengo un poco de láudano, si precisa.

—Estoy bien. —La dama esbozó una sonrisa—. Es solo un esguince.

—Espero que se recupere pronto. —La viuda volvió los ojos hacia su sobrina—. Isabela se lastimó cuando intentó salir del túnel. Fue en ese momento cuando encontró el cadáver de Manuela.

Valentina la miró con consternación.

—Lo lamento —expresó—. Debió de ser una experiencia desagradable.

—Triste, en realidad —dijo Isabela—. Los padres de esa mujer tenían la esperanza de encontrarla con vida.

Nely llenó la copa del patrón con más vino en tanto Roberto ofrecía a Isabela una pieza de pan de queso.

—Cuando una mujer desaparece, pocas veces se la encuentra con vida —notó Angelina, pensativa—. Esa muchacha tuvo un final muy triste. Morir sola, en ese lugar... No quiero ni imaginar el terror que habrá sentido.

Livi asintió. Angelina le había comentado en la tarde que la policía, al retirar el cadáver, había descubierto rasguños en los muros. Manuela había intentado salir de allí. En su desesperación por escapar, se había roto las uñas, y luego debió haber encontrado la puerta hacia el túnel. Quizás había pensado que hallaría una salida, pero, antes de que pudiera hacerlo, la habían matado.

—Tengo entendido que escapó con la platería —insistió Valentina después de un momento de silencio—. ¿Quizás estaba buscando un lugar para esconder el botín y se accidentó?

—Fue asesinada.

Valentina se sobresaltó y se dio vuelta con brusquedad hacia la puerta. Dermont estaba allí de pie, en la penumbra entre el pasillo y el salón comedor. Una chaqueta larga de lana complementaba esa noche la habitual ropa de trabajo del caballero. No tenía corbata ni chaleco, y tampoco se había preocupado por presentarse en la residencia con un aspecto civilizado, mucho menos en honor a la visita de su prima. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, lo que lo hacía parecer la imagen misma de un demonio. Los ojos amarillentos del hombre no expresaron más que disgusto cuando avanzó hacia la mesa mientras un rebenque golpeaba de manera rítmica contra sus botas.

Isabela se ruborizó cuando Dermont se detuvo justo detrás donde estaba sentada y pudo percibir el calor, la fuerza y el olor a madera, cuero y noche en él.

Clavó los ojos en su propia falda cuando sintió que le rozaba el cuello con un dedo. Fue una caricia casi imperceptible, pero bastó para que regresaran a la mente de la muchacha los recuerdos de la noche que había pasado entre los

brazos de él. El corazón se le desbocó, y el calor le encendió las mejillas cuando en su mente se recrearon vívidas imágenes de él al sostenerla contra la pared entre esos brazos de hierro para besarla y hundirse en ella con profundidad. Nunca había imaginado que su primera noche con un hombre sería así: salvaje, ardiente, inolvidable. Había habido dolor, pero también placer. Le pareció sentir de nuevo la lengua de él en su boca, en su cuello, en la base de la garganta, mientras le cerraba los dedos en la cintura y se empujaba hacia el interior de su cuerpo una y otra vez.

—¿Isabela? —Livi se mostró preocupada—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, por supuesto. —La interpelada intentó sonreír con naturalidad, acalorada.

Dermont observó el tono encendido de las mejillas de ella y curvó las comisuras de los labios a un lado antes de dirigir la atención hacia Valentina.

—Estuve hasta muy tarde con la policía —contó. Su voz de seda no disimuló la pesadumbre—. Retiraron el cuerpo.

—Hijo, ¿crees necesario hablar de esto ahora? —lo amonestó Angelina, que intercambió una mirada con Nely—. Gracias, pero no creo poder probar un bocado más.

La empleada asintió y retiró el plato de la señora.

Dermont observó con respeto a la mujer que lo había criado.

—Lamento incomodarla, madre —se disculpó.

—Siéntate con nosotros. —Angelina hizo un gesto hacia Roberto, quien se apresuró a acercar una silla a la mesa—. ¿Ya comiste?

Él sonrió.

—Sí, con los peones —respondió—. No se preocupe por mí.

Valentina lo miró con desprecio y se llevó la servilleta a la nariz.

—¿A qué huele?, ¿a caballos?

Dermont la ignoró y, en cambio, dirigió la atención hacia su hermano.

—Tengo que hablar contigo —anunció.

—Está comiendo —intervino su prima—. ¿No puedes molestarlo en otro momento?

Lautaro se puso de pie.

—Valentina —advirtió, tras lo cual dirigió la vista hacia su hermano menor—. ¿Qué sucede?

—Encontramos algo en el túnel, junto al pozo —explicó—. Debió habersele caído al asesino de Manuela.

Angelina crispó las manos contra su collar.

—¿Eso es cierto? —preguntó.

—Sí, madre. Quizá sea posible identificar al criminal después de todo.

Livi e Isabela intercambiaron una mirada.

—¿Cree que todavía sea factible? —preguntó Olivia sorprendida—. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo sabremos mañana. —Dermont observó a Isabela. Los ojos le brillaban con suavidad bajo la ligera luminosidad de las lámparas—. ¿Está usted bien? Se la ve muy roja.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Hace calor —justificó.

Dermont sonrió en tanto pensaba en que se veía hermosa con esa blusa de mojigata y ese aspecto aseñorado. Pero él sabía cómo era ella debajo de ese estirado decoro, de esa seriedad, de ese perfecto peinado: caliente y sensual. Se le avivó la sangre al imaginarse de nuevo dentro de ella, con la boca en la garganta de la dama y la lengua en su piel. Se ponía duro con solo tenerla en la misma habitación, aunque estuviera vestida como para ir a la iglesia.

Lautaro hizo un gesto hacia Nely, que se apresuró a retirar el plato de la mesa. Angelina frunció el ceño, pero no hizo comentarios.

—¿Qué sucederá mañana? —preguntó el mayor de los hermanos.

—La policía volverá a entrar al túnel para recuperar el objeto que dejó caer el asesino. No pudieron hacerlo hoy a causa del peligro de derrumbe.

—Comprendo. Madre. Señoras. —El caballero hizo un gesto de despedida—. Mis disculpas, pero debo hablar con Dermont.

—Por supuesto. —Angelina asintió—. No te preocupes.

El menor de los Sanlúcar observó a Isabela de nuevo y luego se hundió en la oscuridad del pasillo, sin dirigir siquiera una mirada a nadie más.

—Ese hombre carece por completo de modales —se quejó Valentina.

—Ya lo conoces. —Angelina parecía distraída—. Discúlpalo.

—Es muy desagradable.

—Valentina, por favor, esto no me gusta.

—Sí, tía, lo sé, pero Dermont es una vergüenza. No entiendo cómo puedes tolerar su presencia en esta casa, dado que...

—¿Debo hacerte acordar, querida, de que mi hijo menor es el dueño de todo cuanto te rodea? —interrogó la anciana con suavidad.

Valentina apretó los labios, pero calló, mientras que Isabela ocultó una sonrisa detrás de la servilleta. Angelina no solo le había recordado a su sobrina que Dermont era el señor de Los Tacuarales, sino también que estaba bajo su protección ya que la viuda lo consideraba su hijo, pese a las circunstancias de nacimiento del bastardo.

—Quiero retirarme a mi habitación —pronunció Valentina de pronto—. Nely, ¿podrías traer a Odelia?

—Sí, señorita. —Abandonó el comedor a toda prisa, lo que hizo que Roberto se horrorizara. Sin Nely para dirigirlo, no sabía cómo comportarse. Dudó entre quedarse junto al armario o acercarse a la mesa.

—También me iré a descansar —anunció Angelina al echar una mirada al reloj—. Es tarde ya.

Livi e Isabela se pusieron de pie al instante, y Roberto casi tropezó con sus propios zapatos en la prisa por llegar hasta la señora y retirarle la silla.

—Querida, te agradecería que me acompañaras hasta mi habitación —pidió la viuda al dirigirse a Livi—. Me gustaría mostrarte las joyas que el padre de Lautaro me obsequió el día que nos prometimos. Estoy segura de que las encontrarás de tu agrado. Quisiera dártelas.

—Señora, no podría aceptar...

—Tonterías. —Angelina enlazó el brazo con el de su nuera y tiró de ella hacia las escaleras—. Pronto te casarás con mi hijo mayor, y me gustaría que en tu boda lucieras las joyas de la familia.

Cuando los pasos de la anciana se dejaron de oír, Valentina clavó en Isabela sus ojos gélidos. No hizo comentario alguno, sin embargo. Quizá deseaba decir algo, pero Odelia llegó en ese momento, avanzó en silencio hacia la señorita Beltrán y guio la silla de ruedas hacia la puerta.

—Un momento.

Odelia se detuvo. No había ninguna expresión en el rostro de la empleada.

Valentina miró a Isabela por encima del hombro.

—Ese hombre es un demonio —declaró—. Haría bien en recordarlo.

Isabela alzó una ceja.

—¿Disculpe? No la comprendo.

—No confie en él. —Valentina la miró a los ojos—. Saldrá lastimada si lo hace.

*

El reloj quebró el silencio de la biblioteca con sus campanadas. Isabela lo escuchó y observó la oscuridad a través de los ventanales de la alcoba. La luna se había ocultado detrás de un ramillete de nubes negras. Las estrellas

eran diminutos puntos incandescentes que poco a poco iban desapareciendo sobre la línea del horizonte. La fulgurante luz de un relámpago cruzó el cielo detrás del pinar, hacia el oeste. Llovería, tal vez poco antes del amanecer.

Se incorporó y dejó el libro que había estado leyendo sobre el sillón. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas. El viento silbaba con suavidad en la arboleda que bordeaba la laguna, cuyas aguas quietas reflejaban las luces de la casa. La hondonada era un abismo de negrura. Isabela se estremeció, elevó los ojos y observó el bosque. Se lo veía tenebroso, incluso siniestro. Se disponía a cerrar la ventana cuando un movimiento entre las tinieblas que bordeaban el paisaje le llamó la atención: una mujer abandonó el sendero que conducía hacia la laguna y se internó en la espesura. Isabela creyó reconocerla.

—¿Valentina? —musitó. Era imposible que fuera ella, ya que esa mujer estaba parálitica. Debía de haberse equivocado. Vaciló. Isabela dirigió una rápida mirada hacia el reloj que llevaba abrochado a la blusa. Faltaban diez minutos para la una de la mañana. ¿Acaso se trataba todo de una mentira? ¿Por qué alguien fingiría una discapacidad como aquella? Quizá debería seguirla y averiguarlo. Titubeó. Entonces tomó una decisión. Se arrebujaó en su abrigo y abandonó la habitación.

*

Lorena despertó, se incorporó en la cama y se restregó los ojos con las manos. Se apartó del borde del lecho y se quedó muy quieta en medio de un revoltijo de sábanas y frazadas a cuadros rojos y azules, atenta a cualquier sonido que proviniera del pasillo.

La oscuridad la asustó, pero pronto se acostumbró a ella. No tardó en vislumbrar los muebles bajo el débil resplandor de la lámpara del corredor. Su abuela siempre la dejaba encendida para ella, y el fulgor del aceite se colaba por debajo de la puerta para ahuyentar las sombras hacia las esquinas.

Lorena aferró a la muñeca y bajó de la cama. El camisón de algodón que llevaba le formó pliegues color damasco alrededor de los tobillos cuando corrió hacia la puerta. Dudó, pero al final tiró del picaporte y asomó la cabeza al pasillo. El pelo oscuro de la pequeña le cayó sobre los hombros cuando se inclinó. Algo la había despertado. ¿Quizás el viento al aullar bajo el alero o el crujir de las ramas de los árboles?

La niña abandonó la alcoba y atravesó el pasillo con rapidez. Se acercó a las escaleras y observó el vestíbulo, donde vio a Isabela salir al pórtico y cerrar la entrada. Lorena crispó los dedos contra la muñeca. La maestra no debería salir a la noche. Si hubiera podido hablar, le habría advertido sobre lo peligroso que era abandonar la casa en la oscuridad.

Echó una mirada hacia atrás, hacia la seguridad de su propia habitación, y luego apretó el juguete contra el pecho para comenzar a bajar las escaleras. El frío de la noche la hizo temblar, pero eso no la detuvo. Tenía que decírselo. Debía ir con Isabela y hacerla regresar. Debía avisarle que estaba en peligro.

Una rama golpeó de manera espasmódica el vidrio de una de las ventanas, y una sombra en la pared estiró una boca sin dientes en una mueca siniestra cuando el viento comenzó a ulular en el pasillo.

Un par de viscosas criaturas se arrastraron hacia la precaria seguridad de un agujero en la pared cuando se encendió una luz al final del corredor.

—¿Lorena?

La niña dio un salto. Se dio vuelta y se encontró con Livi, que estaba de pie en el umbral de la sala.

Lorena se apresuró a correr hacia el vestíbulo, se puso de puntillas y alcanzó el pomo de la puerta.

—¿Lorena! —Livi se apuró a seguirla—. ¿Adónde vas?

La niña la miró una vez más por encima del hombro y luego se internó en la oscuridad.

CAPÍTULO 20

Dermont se inclinó y rozó con la punta de los dedos la hierba apisonada en tanto observaba el sendero que se abría entre la arboleda hacia la penumbra. Llevaba el facón cruzado sobre los riñones y se había recogido el pelo en una coleta a la altura del cuello.

Livi lo observó con cierto temor. Era un hombre fuerte, de aspecto imponente. No tenía la apariencia desolada y avergonzada de los indígenas o de los mestizos que a veces se podía ver en el puerto y que ofrecían a los viajantes sus hierbas o sus productos de cestería. Dermont era diferente. Los ojos de aquel hombre no dejaban entrever ni una emoción mientras seguía el rastro de Lorena; sus movimientos se adivinaban fluidos y seguros en ese ambiente. Era obvio que estaba acostumbrado a desplazarse en el bosque. Se imaginaba que caminaría por el lugar en la noche, sin más luz que la de la luna, con los sentidos afilados.

Lautaro le sujetó la mano a la dama.

—Regresa a la casa —ordenó.

—No.

—Olivia.

Livi lo miró a los ojos.

—Necesitan ayuda —dijo, y le cubrió la mano con la propia—. Los dos solos no podrán hallar a la niña en esta oscuridad.

Él no respondió, sino que se limitó a mirarla fijo.

Ella alzó una ceja.

—Si pretendes intimidarme, no lo conseguirás —advirtió.

Lautaro aflojó el agarre.

—Isabela estuvo aquí —aseguró Dermont. En su palma, había un trozo de puntilla. Examinó el entorno con brutal intensidad—. Lorena debió de seguirla.

—No imagino a dónde iría Isabela a esta hora —musitó Livi.

Dermont apretó los labios y se puso de pie. Su rostro de líneas fuertes no reveló nada en tanto echaba una rápida mirada a su alrededor y luego clavaba en Livi los ojos durante un instante.

—No haga ruido —indicó—. De aquí en adelante, la quiero en silencio.

La muchacha frunció el ceño. Pensó que había sido sigilosa. A su entender, no había hecho sonido alguno.

—No lo haré —prometió con acritud.

Dermont asintió e intercambió una mirada con su hermano.

Lautaro tomó la muñeca de la dama y tiró de ella con suavidad. Livi lo siguió. Eludió unos pajonales y miró un instante hacia atrás. Todavía podía ver el camino principal, aunque ahora estaban adentrándose a un sendero alternativo, que, a ojos de la joven, no había sido pisado en años.

Lautaro la mantenía de la mano con seguridad mientras se internaban en la pesada negrura. La luz de la luna era muy débil. Cuando lograba escapar de los oscuros nubarrones que la mantenían prisionera, apenas conseguía iluminar la espesura. Pequeños reflejos quedaban atrapados en la fronda, pero no llegaban al suelo. El lugar olía a tierra mojada y a vegetación.

Pasados unos metros, Livi ya no pudo ver la senda principal, como si no existiera. El corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho al pensar en lo fácil que sería perderse en aquel lugar. A su alrededor, solo había oscuridad, el susurro desapasionado del viento entre las hojas, algunos sonidos discordantes y el movimiento de las copas de los árboles.

Lautaro la miró.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Ella asintió. Pero no, no estaba bien. Se sentía aterrorizada. Trepó con ayuda de él una cuesta empinada y tiró de la falda cuando el ruedo se le enganchó en una rama. Dermont iba a unos metros de distancia y se detenía a veces para buscar pistas entre la hierba, detalles que ella nunca habría hallado. Los ojos de él parecían verlo todo. Ella desvió la vista hacia Lautaro. Aunque había muchas diferencias entre los hermanos, en eso eran similares: compartían esa mirada dura que parecía ver con claridad todo lo que se encontraba más allá de lo evidente.

Quizá Lautaro no estuviera en su elemento allí, en medio de un bosque, pero la actitud que exhibía no dejaba a lugar a dudas sobre las aptitudes del caballero.

Livi, por su parte, comenzaba a cansarse. Sentía el sudor descenderle desde el cuello hasta los pechos. Rodeó la maleza, eludió espinos y, cuando creyó que el agotamiento la llevaría al desmayo, Lautaro tiró con violencia de ella. Antes de que pudiera emitir un sonido de sorpresa, él le cubrió la boca con una mano y la ocultó detrás de un pino.

Livi abrió muy grandes los ojos y buscó a Dermont con la mirada. Él estaba en cuclillas detrás de unos matorrales. La oscuridad era casi total. La inquietud y el miedo se convirtieron en una bola de plomo en el vientre de la joven cuando, con movimientos muy lentos, Lautaro sacó un arma. Aunque no apuntó a ningún lado, era obvio que estaba preparado para utilizarla.

Dermont se escondió entre las sombras hasta desaparecer frente los ojos de Olivia.

Lautaro la empujó con suavidad contra el tronco del árbol y la cubrió con su cuerpo. Ella podía sentir las piernas, el torso y los músculos fuertes de él contra su falda. El señor Sanlúcar inclinó la cabeza y acercó la boca a la oreja de la muchacha. No la miró, porque tenía la atención fijada en Dermont y en el siseo casi imperceptible que provenía de algún lugar entre la floresta.

—Quieta —musitó. La voz de él era tan baja que Livi creyó imaginarla.

Dermont observó las ruinas jesuíticas. Los árboles semejaban espectros entre las tinieblas, y los arbustos espinosos se mecían con lentitud bajo la caricia del viento.

Extrajo el facón y lo empuñó.

La atención del hermano menor se centró en las dos mujeres que se encontraban de pie junto al pozo.

Dermont clavó los ojos en Isabela y crispó la mandíbula. El vestido de la muchacha estaba húmedo, sucio de barro; el pelo le caía salvaje y ondulado sobre los hombros y la espalda. No estaba herida, o al menos sus heridas no resultaban visibles. Aunque Valentina le estaba apuntando con una pistola, la maestra no parecía asustada. Eso lo enorgulleció e hizo que torciera los labios en una sonrisa. Nada quebraría el espíritu de esa dama; una loca con un arma no la intimidaría con facilidad.

Lautaro lo miró, y Dermont hizo un gesto para ordenarle silencio antes de deslizarse con suavidad entre las matas. Sus pies no parecían tocar el suelo debido a los movimientos lentos pero fluidos que hacía mientras iba acercándose a su presa.

Escuchó a Isabela gritar, lo que hizo que se tensara, aunque se obligó a sí mismo a mantener la calma. No la miró. No elevó la vista hacia ella porque, si lo hacía, permitiría que las emociones lo dominaran. Controló la furia y fijó los ojos en la escoria que se atrevía a humillar a su mujer.

Isabela clavó los ojos en Valentina y movió las manos con extrema lentitud. Lo había estado haciendo desde que esa mujer la maniatara. Apretó los labios y sintió el sabor de la sangre en la lengua y la hinchazón en la mejilla izquierda. El golpe que había recibido le dolía, pero no había sido más que un bofetón. Lo que le preocupaba en realidad era la sangre que se deslizaba desde algún sitio detrás de su oreja hacia el cuello. Valentina la había atacado con la culata del arma al descubrirla en la oscuridad, entre las ruinas. Isabela no había reparado en ella, no la había visto acercarse, y tan solo había caído a sus pies cuando la otra la había golpeado.

“Solo un poco más”, pensó. Sentía que los amarres se estaban aflojando; las manos no tardaron en liberarse. Entonces reparó en que tenía que decidir qué hacer. Echarse a correr no era una opción, dado que Valentina no dudaría en dispararle. Mantuvo las manos juntas a su espalda.

Estaba asustada, pero intentaba mantener el miedo bajo control. Perder los nervios en ese momento no la ayudaría. Solo tenía la ventaja de que Valentina la creía a su merced.

—La policía no tardará en descubrir que fue usted quien mató a esa muchacha —acusó.

Valentina sonrió.

—No sé qué habré olvidado junto al cadáver de esa puta, pero, una vez que lo recupere, nadie sospechará de mí —reveló—. Tampoco creo que insistan en demasía en descubrir quién la asesinó. Era una buscona. Simplemente asumirán que un amante acabó con su vida.

—¿Por qué lo hizo?

—Esa perra estaba decidida a meterse en la cama de Lautaro. Quizá pretendiera quedarse preñada, ya que eso lo obligaría a hacerle una propuesta de matrimonio. Mi primo es un caballero, no dudaría en hacerse responsable. Lo consideraría su deber. Tenía que impedirlo.

—Entonces la atrajo hasta aquí.

—Fue sencillo. Deslicé una nota bajo su puerta, y creyó que era de Lautaro. Se emocionó al pensar que sus tretas habían funcionado. No esperaba verme, por lo que aproveché su sorpresa para distraerla. Entonces la empujé al pozo. Pensaba dejarla allí y olvidarme de ella. Aunque gritara, nadie la escucharía. Pero entonces esa mujer descubrió la entrada al túnel. Creí que podría encontrar la salida, así que decidí asesinarla. Una roca acabó con ella. Un par de golpes fueron suficientes para acallar sus gritos.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Con mucha facilidad, se lo aseguro.

—Es usted un monstruo.

—No permitiré que nadie me aleje de Lautaro —replicó Valentina—. Yo lo quiero, y él lo sabe. Sé que lo sabe, pero su honor, su maldito honor, se interpuso entre nosotros.

Isabela apretó los dientes.

—Estoy segura de que el señor Lautaro no comparte sus sentimientos —objetó—. Si la amara, nada le habría impedido casarse con usted.

—Se equivoca, señorita. A veces el honor de un hombre es también su maldición. Si Angelina no lo hubiera comprometido con Eleonora, podría haberme propuesto matrimonio a mí. Soy la única que puede comprenderlo. Sé de su soledad, de su amargura. Habría podido hacerlo feliz, pero entonces tuvo que cumplir con su palabra y llevar a Eleonora al altar. Ahora hará lo mismo con esa maldita anarquista. Estoy segura de que ella se metió en su cama, por eso Lautaro se siente responsable. Actuará como un caballero, como se espera de él, aunque sea a mí a quien ame.

Isabela observó el rostro de la mujer. No había rastro alguno de emoción.

—No la ama —afirmó cortante.

—¡Cállese!

—¡El señor Lautaro no tardará en descubrir que usted es una asesina y la despreciará!

—¡Cállese! —Valentina apoyó el revólver en la cabeza de la prisionera, entre el pelo—. Cállese o morirá ahora.

—¿Qué pretende? —preguntó la institutriz con suavidad—. ¿Hacerme desaparecer? No lo logrará. Dermont querrá saber qué sucedió conmigo.

—Lo sé. —Valentina le dirigió una mirada atenta. La pistola no temblaba en la mano de la joven—. Ese mestizo orgulloso querrá saber por qué su puta decidió abandonarlo. No se preocupe, señorita Alcántara, yo me ocuparé de eso. Ya lo he hecho antes.

—¿Qué dice?

—No desaparecerá. La encontrarán. Hallarán su cuerpo colgado de un árbol. Se quitará la vida. La vergüenza de haberse entregado a un hombre como Dermont Sanlúcar la llevará al suicidio.

—¿Cómo sabe...?

—No soy tonta. ¿Cree que no reparé en las miradas que le dirige ese salvaje? Dígame, sea sincera, ¿no sintió asco al ser acariciada por ese demonio?

Isabela no respondió.

—La señorita Graciela... —dijo en cambio—. Usted la mató.

Valentina elevó el mentón.

—Tuve que hacerlo —musitó—. Lorena le dijo que yo había matado a su madre. Esa pequeña imbécil. Le advertí que, si le contaba a alguien que me había visto empujar a Eleonora por las escaleras, lo lamentaría; pero creyó que Graciela podría protegerla.

—Entonces decidió matarla.

—Sí. No pude comprar su silencio. Esa mujer estaba decidida a desenmascaramme. Se lo contaría a Lautaro, y no podía permitirlo. Se lo hice saber a esa niña estúpida. Cuando encontraron a su maestra sin vida, le aseguré que lo mismo le sucedería a su abuela si se atrevía a hablar otra vez.

—Dios mío.

—Nadie se interpondrá en mi camino —declaró. El odio fue una sombra en su rostro—. Lautaro será mío.

—Eso no sucederá.

—Ocurrirá —afirmó Valentina divertida—. ¿Cree que alguien conseguirá detenerme? Lo dudo mucho.

—Está loca.

—Mis padres también intentaron contenerme —pronunció la captora pensativa—. Tenían planes para mí. Iban a prometerme a un viejo desagradable, a uno de los amigos de mi padre, pero los confronté y les revelé mi amor por Lautaro. Por supuesto, no iban a aceptarlo. Estaban decididos a casarme con el hombre que habían elegido para mí porque mi padre necesitaba esa conexión para asegurarse un lugar en la legislatura. Mi madre secundó sus planes, pese a que sabía de mis sentimientos hacia Lautaro. Me traicionó.

—Se atrevió usted a...

—Sí, señorita Alcántara. —Valentina se mostró tranquila—. Si fui capaz de provocar un incendio en mi casa y de trancar la puerta de mis padres para que quedaran atrapados en el fuego y murieran calcinados, ¿cree que algo me detendrá ahora?

Isabela estaba horrorizada. Entonces escuchó un sonido entre los arbustos y desvió la vista un instante. Vio a Lorena de pie en la penumbra. El camisón de la niña estaba sucio, además de roto en el dobladillo.

La niña contempló a Valentina con una palidez mortal. Los ojos de la pequeña se veían inmensos en la penumbra.

—Lorena —musitó Isabela. Sabía que la niña estaba asustada, podía verlo en la manera en que estrujaba la muñeca que sostenía contra el cuerpo diminuto—. Tesoro, regresa a la casa. Estaré ahí enseguida para arroparte.

Valentina hizo un gesto con la cabeza.

—Ven aquí —ordenó, y presionó el revólver contra la cabeza de Isabela.

Lorena no se movió, lo que provocó que la expresión de la asesina se endureciera.

—Mataré a tu maestra si no obedeces, niña —aseguró—. ¿Quieres verla morir?

La nena abrazó a su muñeca con fuerza.

—¿Recuerdes el grito que dio tu madre cuando la empujé? Estoy segura de que esta puta puede gritar igual. ¿Quieres oírla?

Lorena tembló mientras avanzaba entre los pajonales hacia Isabela. Estaba llorando cuando llegó junto a ella y se aferró a sus piernas.

La señorita Alcántara miró a Valentina a los ojos.

—Si le haces daño... —comenzó.

—Yo no la lastimaré. Será usted, antes de suicidarse —dijo, y se dispuso a disparar.

—¡No! —gritó Lorena, que empezó a llorar—. ¡Por favor, no!

De pronto, Isabela notó una saeta de plata pasar en un siseo junto a su rostro. Valentina soltó un grito de dolor cuando el cuchillo se le clavó en el hombro y la empujó hacia atrás.

Isabela se dio vuelta y echó a correr hacia la oscuridad con Lorena aferrada de la mano. Se escuchó un disparo y, de manera súbita, alguien se arrojó sobre ella. Quedó sin aliento al caer al suelo. Lorena se abrazó a ella entre lágrimas, e Isabela intentó elevar la cabeza, pero Dermont la mantuvo inmovilizada bajo su cuerpo sólido y fuerte.

El hombre se estiró sobre ella y Lorena. La estaba protegiendo. La miró, y la dama sintió el calor del aliento de él en la piel. Los ojos amarillentos de Dermont, brillantes bajo el suave resplandor azulino de la luna, se clavaron en ella.

—Estás segura —la consoló, parco.

Se escuchó otro disparo y, luego, el silencio.

Dermont se puso de pie y tiró de ella tras tomarla por el codo. La alzó sin problemas, como si pesara menos que una pluma.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con rudeza.

Ella asintió, todavía conmocionada. Sintió a Lorena revolverse entre sus brazos, desesperada por apartarse. Entonces se dio vuelta y vio a un hombre que avanzaba por la pendiente de la mano de una mujer.

—¡Papá! —gritó Lorena, y se lanzó hacia su padre con los brazos extendidos. El juguete había quedado olvidado en el lodo.

Lautaro tomó a su hija y la estrechó contra su pecho. Nunca había sentido tanto miedo en la vida como cuando había visto a la pequeña avanzar hacia Valentina.

Livi apoyó una mano sobre el brazo de él, que la miró. Ella comprendía el pavor que había sentido.

Dermont atrajo a Isabela hacia sus brazos con brusquedad y hundió los labios en el pelo de ella. Observó a la mujer que había estado a punto de matarla. Valentina estaba tendida en el barro, todavía con la pistola entre los dedos. Tenía los ojos vacíos fijos en la oscuridad, y había sangre entre sus rizos rubios. Había recibido un disparo en la cabeza.

Roberto García emergió de las sombras. Ya no parecía patoso ni torpe y tenía un arma en su mano. La expresión bonachona, al igual que la actitud servil, habían desaparecido. En el semblante del hombre, solo había frialdad y determinación. Apuntó el cañón al suelo cuando se detuvo junto a Dermont.

—Estaba usted en lo cierto, señor Sanlúcar —expresó—. Si el asesino creía haber dejado algo que revelara su identidad junto a la víctima, no tardaría en aparecer por aquí. Fue una artimaña muy inteligente de su parte.

Dermont intercambió una mirada con Lautaro.

—No fue idea mía —respondió, escueto.

Isabela crispó las manos contra él.

—Dermont... —susurró.

Él la miró.

—Creo... —Ella creyó que caería cuando le fallaron las piernas, pero él la sostuvo. La sangre comenzó a empaparle la blusa. Dermont hundió las manos en el brazo de la maestra, y el terror se reflejó en el rostro feroz del caballero mientras Isabela se aferraba a él—. Creo que estoy herida.

CAPÍTULO 21

Dermont observó la luna a través de la ventana. Estaba sentado en el sofá, entre las sombras de la biblioteca. Un abrigo colgaba del respaldo. La mandíbula se le veía oscura a causa de la barba. Los ojos amarillentos del hombre carecían de toda expresión, y la luz del astro le iluminaba parte del rostro. Inmóvil, la dureza de su expresión no lograba ocultar del todo el miedo.

La botella de whisky estaba llena junto a él. La había dejado sobre la mesita al lado del sofá. El vaso vacío le colgaba de los dedos laxos.

Cuando Lautaro se detuvo en el umbral, Dermont le dirigió una mirada en silencio y apretó los dientes.

—A ella no le gusta que beba —dijo. Elevó el vaso vacío a la luz de la luna, y el cristal reflejó durante un instante la desesperación en la mirada del heredero—. Dejaré de hacerlo. Le prometí al muy maldito que no beberé más si la deja conmigo. Ella es mía. Ella es mi precio, por lo que me arrebató, por lo que pude ser y no fui, por el destino que me negó. No puede apartarla de mí.

—Dermont...

—Ella es mi precio. Es el precio por regresar a él.

Lautaro fue hasta el escritorio y encendió la lámpara. El suave fulgor amarillento tiñó de oro el recinto.

—Isabela estará bien —lo tranquilizó—. El médico está con ella.

Dermont clavó en él sus ojos salvajes.

—Si me la quita, si se atreve a quitármela...

—Fue solo un rasguño. —Lautaro se apoyó en el escritorio y lo miró. Comprendía los sentimientos de su hermano. Si Livi o Lorena hubieran recibido una bala en el hombro, también estaría cuestionando a Dios. Pensó en eso: el terror y la furia le atenazaron las entrañas—. Su vida no corre peligro.

Dermont dejó el recipiente vacío sobre la mesa, junto a la botella.

—Iré con ella —resolvió. Se había necesitado de la fuerza de su hermano, de García y de Lozada para retenerlo cuando el médico lo había obligado a dejar a Isabela para que pudiera tratarla.

Cuando Dermont pasó a su lado, Lautaro lo sujetó de un brazo.

—Quiero que lo olvides —pidió y lo soltó.

Dermont lo contempló con una ceja alzada.

—¿De qué hablas?

Lautaro lo miró a los ojos. La luz de la lámpara convirtió en acero los ojos del hermano mayor.

—Cuando nuestro padre falleció, estaba dolido y furioso —musitó con calma—. Dije cosas que no debí decir. Lo he lamentado durante mucho tiempo. Quiero que lo sepas.

“Si tú no existieras...”

“Si tú no existieras, yo existiría...”

“Si tú no existieras, todo esto sería mío.”

“Desde que naciste, me has arrebatado todo lo que consideraba mío. Todo.”

Dermont lo miró durante un largo instante. La expresión se le suavizó.

—Eso ya no importa —aseveró y avanzó hacia el umbral.

Lautaro echó una mirada hacia la luz de la luna, que caía oblicua sobre el suelo.

—Ella estará bien —le aseguró—. Entonces podrás convertirla en tu esposa. Porque eso es lo que harás, ¿no es así? Es lo que quieres hacer.

El menor de los dos se detuvo. Sus hombros se tensaron.

—¿Te importa? —inquirió. No había ninguna inflexión en esa voz de seda y hielo.

Lautaro curvó los labios. Sabía lo que su hermano le estaba preguntando.

—Pensé que deseaba escuchar el tranquilo repicar de la lluvia sobre el tejado —comentó—, pero descubrí que prefiero estar en medio de la tormenta.

Dermont curvó las comisuras de los labios.

—¿Ella lo sabe? —preguntó.

—¿Livi? Lo sabrá.

El otro asintió y se hundió en la oscuridad.

Lautaro se quitó la chaqueta y la arrojó sobre el respaldo de una silla, fue hasta el sofá y apoyó la cabeza entre los almohadones. Extendió las piernas y cerró los ojos. Luego se aflojó la corbata para dejarla colgar a los lados del cuello. El fulgor del candelero acentuaba las sombras en el rostro varonil.

Livi lo encontró así. Vaciló en el umbral. Deseaba hablar con él, por lo que lo miró mientras se cuestionaba cómo un hombre tan fuerte, con un aspecto tan imponente, podía verse de pronto tan vulnerable. Pensó que podría haberse enamorado de él en ese momento, si ya no lo amaba.

Cerró la puerta con suavidad a su espalda.

—Lautaro.

Él no abrió los ojos.

—Aunque estuviera rodeado de personas, siempre estuve solo —dijo.

Ella se detuvo.

—¿Sí? —musitó.

—Sí. Sabía cuáles eran mis deberes, mis obligaciones. Como caballero, como padre, como hombre. Nunca pensé en rehuirlas.

Livi no se atrevió a moverse por temor a romper el encanto de aquel momento. Él estaba permitiéndole vislumbrar una parte de su alma.

—Hacer lo que debes, dedicar tu vida a cumplir con las expectativas de otros, desear la aprobación de un hombre muerto y no esperar nada más de la vida es estar en un abismo en la oscuridad —reflexionó él—. No puedes escapar, solo permanecer allí y elevar los ojos al cielo mientras deseas algo que crees que nunca llegará.

—Lautaro, no sé qué decir...

Él abrió los ojos y la miró. Tendió la mano hacia ella.

—Entonces apareciste tú —murmuró.

Olivia sintió que el corazón comenzaba a latirle enloquecido. Dio un paso hacia él, luego otro y otro más, hasta apoyarle los dedos temblorosos en la mano.

Lautaro tiró de ella y, cuando Livi perdió el equilibrio, él la recibió entre los brazos. No le permitió apartarse. Le hundió los dedos en el pelo, le acercó la boca, indagó en sus ojos y, en la propia mirada, se le reflejó un profundo anhelo.

—Apareciste tú —repitió, suave—, y la oscuridad se esfumó.

Livi apoyó una mano en la mejilla de él y rozó la barba incipiente con la punta de los dedos.

Él le atrapó el rostro entre las manos.

—Ahora, sácame del abismo —exigió—. Ayúdame a escapar.

Entonces la besó. La boca de él era caliente y posesiva y, sin embargo, dulce. La saboreó con la lengua y la incitó a responder a él, a desearlo con la misma desnuda pasión.

Livi crispó las manos contra la camisa de Lautaro para sentir la fuerza ondulante de esos músculos, su calor, el rápido palpitar de su corazón, la dureza de su virilidad.

Lautaro tiró de la blusa de la dama para descubrir la piel clara. Deslizó los labios sobre la base del cuello de ella hasta el nacimiento de sus senos. Livi gimió, y él la recostó en el sofá, bajo ese cuerpo enorme. Él deslizó la mano hacia abajo y tiró de la falda. Pronto sintió la suavidad de la piel femenina.

Livi arrastró la mano sobre la camisa de él para desabrochar los botones y luego le acarició el torso firme y los músculos del pecho en tanto hundía los dedos en los hombros de él.

Lautaro probó esos labios con la lengua, la besó. Con la mano le acarició un pecho al moverse despacio sobre la delgada tela de la camisola.

—Quiero esto —dijo.

Ella sonrió contra los labios de él. Lautaro no iría más lejos si ella no quería, se detendría, porque tenía la voluntad para hacerlo, aunque estuviera quemándose con el mismo deseo que ella. Era un caballero.

Era el hombre que amaba.

—Está bien —aceptó con ternura—. Estamos comprometidos.

Él la miró. Sentía la sangre caliente, el ansia le crispaba las entrañas.

Livi se acomodó bajo el cuerpo de él y apoyó los dedos sobre la mano masculina para guiarlo con suavidad sobre su cuerpo.

—Tu honor está a salvo conmigo —pronunció—. Te quiero.

Lautaro bajó la cabeza y se dejó llevar por esa calidez.

CAPÍTULO 22

Dermont arrastró una silla junto a la cama. Había varias lámparas encendidas en el recinto cuando entró, pero Angelina se apresuró a apagarlas todas, lo que hizo que la habitación se llenara de sombras.

Nely se marchó en compañía de García. La criada comentó en el pasillo lo impresionada que estaba con la actuación del detective, quien, al fingir que era un sirviente, había logrado engañarla. Roberto se limitó a asentir, aunque se veía orgulloso.

Dermont echó un vistazo hacia Angelina. La anciana estaba de pie a su espalda y lo observaba. Tenía a Lorena de la mano.

—Ella me protegió —explicó la niña. Parecía asustada—. ¿Estará bien?

—Sí, cariño. —La abuela de la niña le sonrió con ternura—. Pronto se repondrá. Ya escuchaste al médico: dijo que debía descansar, pero que pronto estaría en pie otra vez.

—¿Por qué no abre los ojos?

—Estaba muy cansada después de que curaran su herida.

Lorena asintió, comprensiva.

—No quería que Valentina la hiriera, por eso la seguí. ¿Crees que mi papá me dará una reprimenda por eso?

—No, pequeña. Fuiste muy valiente. —Angelina vaciló—. Dermont, tengo que llevar a Lorena a la cama. Sé que quieres estar aquí, pero esto no es correcto.

Él no la miró.

—Ella es mía.

—Lo sé, querido. —La viuda suavizó la expresión—. Pero debes considerar su reputación. Es una dama.

Dermont tomó la mano de Isabela entre las suyas.

—Aquí me quedo —sostuvo.

Angelina sabía que sería inútil insistir, por lo que, tras vacilar, terminó por asentir y tirar de Lorena hacia la puerta.

—Vamos, nena. Te arroparé.

—¿Podría hacerlo la señorita Olivia?

—¿Livi?

—Sí. Ella será mi madre ahora, ¿no es así?

—Sí. —Angelina dudó—. Pero déjame a mí arroparte esta noche. Livi deseaba hablar con tu padre a solas.

—Está bien.

Angelina observó a Dermont desde el umbral.

—Buenas noches, querido —dijo, y cerró la puerta al salir.

Dermont se inclinó sobre Isabela. La miró y le rozó la su mejilla con el dorso de la mano. Examinó la piel pálida de la dama, las mejillas, el pelo ensortijado sobre la almohada. Era una mujer hermosa, obstinada y osada. Pensó en sí mismo: un salvaje, un perro en la noche, sin más dios que su propia voluntad. Estaba encerrado en la oscuridad, condenado a vivir entre las sombras desde la cuna hasta la tumba. Jamás podría estar al lado de ella bajo el sol, no podrían compartir largos paseos al mediodía, ni tampoco cabalgatas al atardecer. Pero la quería con él. Le ofrecería la penumbra, una vida de amor y pasión entre el ocaso y el amanecer.

¿Lo aceptaría ella?

Isabela abrió los ojos con lentitud en tanto notaba las sombras que la rodeaban. Esbozó una sonrisa.

—Te estaba esperando —expresó.

—Y te quedaste dormida. —Él se inclinó para ayudarla a incorporarse en la cama.

—Solo estaba descansando. —Ella lo observó. Se veía extraño, desprovisto de su habitual hurañía—. ¿Estás bien?

—No.

—¿No? ¿Por qué no?

Él le sujetó la mano.

—Te quiero —respondió tajante.

Ella sonrió.

—¿Y eso te hace sentir desgraciado?

Él curvó las comisuras de los labios.

—Te quiero en mi vida y en mi cama —musitó—. No podría dejarte ir. Ahora que te he encontrado, no podría.

—No iré a ninguna parte —le aseguró ella con dulzura.

Él no le creyó.

—No me exigiste una promesa ni hablamos del futuro. ¿Y si estás embarazada?

—No lo creo, fue solo una vez. Además...

—Quiero saberlo. —Él endureció la expresión—. Si no te baja la sangre, quiero saberlo.

Ella desvió la mirada. Nunca antes se había sentido tan avergonzada en toda su vida.

—No deberíamos hablar de esto.

Por supuesto que no. Era una dama; y él, un bruto salvaje.

Dermont apretó los dientes.

—No quiero que un hijo mío lleve el título de bastardo —afirmó con dureza.

—No sucederá.

—Isabela. —Él le aferró el mentón entre los dedos y la obligó a mirarlo. Los ojos duros del caballero se veían desesperados; los de ella, confusos—. Tengo un apellido, dinero, propiedades, tierras. Puedo ofrecerte todo cuanto desees. Solo cástate conmigo.

Isabela parpadeó.

—Eso sería... —comenzó.

—Sé que tienes ideas raras sobre el matrimonio, pero serás mi esposa — la interrumpió él. Se mostró inquieto—. Tienes que serlo. Piensa en tu reputación, o en la mía, o en alguna condenada razón que te obligue a aceptarme. ¡Maldita sea!

Ella sonrió.

—Dermont...

—No me rechaces —suplicó. La sujetó por los hombros, y ella dio un respingo a causa del dolor, lo que hizo que la soltara de inmediato. Juró entre dientes y se apartó.

Entonces se puso de pie. Parecía un animal enjaulado. La miró.

—Sé que eres una dama y que se espera que te cases con un caballero. Yo no lo soy. Puedo tener un apellido, pero eso no me ha convertido en uno. Soy de hecho un maldito que no ha dudado en servirse de las putas para hacer una fortuna. Sé que no te merezco, que ni siquiera puedo ofrecerte mi brazo en un condenado paseo bajo el sol. —Apoyó las manos sobre el respaldo de una silla y presionó los dedos contra ella hasta que los nudillos se tornaron blancos—. Perteneces a la luz, y yo, a la oscuridad. Sé que debería dejarte ir para que encuentres tu felicidad junto a un hombre que te merezca, pero no puedo apartarte de mí. No soy amable ni un hombre justo. Te quiero conmigo.

—Dermont, no digas más.

—Isabela, a decir verdad, aunque desearas marcharte, yo no lo permitiría. Te ataría a la cama si fuera necesario. Haría cualquier cosa, diría cualquier cosa, si con eso te quedaras conmigo.

Ella esbozó una sonrisa.

—Me casaré con usted, señor Sanlúcar —respondió con formalidad—. Aunque su proposición ha sido muy extraña.

Él guardó silencio un momento.

—¿Por qué? —exigió saber.

—Bueno, amenazar a la novia con atarla a la cama no es una manera adecuada para convencerla de llegar al altar. No es apropiado.

Él suavizó la expresión.

—¿Por qué? —repitió.

Isabela tendió la mano hacia él, y Dermont no lo dudó. Acudió a ella, hincó una rodilla en el suelo, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Porque no puedo resistirte —declaró—. Mi corazón ya te eligió. Es contigo con quien quiero estar; con nadie sería más feliz.

Dermont enredó los dedos en el pelo de ella y la atrajo hacia él.

—Dímelo —pidió, y se inclinó—. Quiero escuchar que me amas.

—Te amo.

—Ahora y siempre —musitó. La voz de él era seda caliente contra los labios de ella—. Siempre mía. Repítelo.

—Siempre tuya. —Isabela le acarició el rostro mientras lo miraba a los ojos. Era una promesa, un lazo que los uniría eternamente—. Ahora y siempre.